

*Publicación Comemorativa Para El Centenario
Del Martirio Del Dr. José Rizal
(Commemorative Publication on the Centenary
of the Martyrdom of Dr. José Rizal)*

PROSA

Por

JOSÉ RIZAL

Republic of the Philippines
Department of Education, Culture and Sports
NATIONAL HISTORICAL INSTITUTE
Manila

FIDEL V. RAMOS
President
Republic of the Philippines

RICARDO T. GLORIA
Secretary of Education, Culture and Sports

SERAFIN D. QUIASON
Chairman and Executive Director

GABRIEL CASAL
Ex-Officio Member

ONOFRE D. CORPUZ
Member

MARCELINO A. FORONDA
Member

SAMUEL K. TAN
Member

HELEN R. TUBANGUI
Member

ALICIA M. SISON
Chief, Research and
Publications Division

AVELINA M. CASTAÑEDA
Chief, Historical Education
Division

REYNALDO A. INOVERO
Chief, Historic
Preservation Division

EMELITA V. ALMOSARA
Chief, Monuments and
Heraldry Division

JULIETA M. DIZON
Administrative Officer V

RHODORA C. INONCILLO
Auditor

Publicaciones de la
COMISION NACIONAL DEL CENTENARIO DE JOSÉ RIZAL

ESCRITOS DE JOSÉ RIZAL

Tomo III

OBRAS LITERARIAS

Libro Segundo

PROSA

Por

JOSÉ RIZAL



EDICION DEL CENTENARIO

MANILA
INSTITUTO HISTÓRICO NACIONAL
1995

Published by:



National Historical Institute
T.M. Kalaw St., Ermita, Manila

Commemorative Publication on the
Centenary of the Martyrdom of Dr. Jose Rizal

First Printing, JRNCC, 1961
Second Printing, NHI, 1995

Research and Publications Division

REGINOP P. PAULAR
Supervising History Researcher

CARMINDAR R. AREVALO
Publication Officer

PREFACIO

OBRAS LITERARIAS (*Poesía y Prosa*)

Una de las manifestaciones de la extraordinaria capacidad intelectual de Rizal se ha dado a conocer por sus múltiples producciones literarias. De entre las muchas disciplinas humanas a que se ha dedicado, sabemos todos que, en las letras fué donde ha mostrado mas inclinación, sobre todo a la poesía; "¿Qué vale, me decía yo, (Rizal), la miseria que dicen es la eterna compañera de las musas? ¿Hay algo más dulce que la poesía y más triste que el prosaico positivismo de los corazones metalizados? Así era Rizal, que desde los ocho años de edad, había ya escrito una poesía en tagalo y así fue hasta las puertas de su muerte en que produjo su inmortal "Último Pensamiento."

Estamos con Retana y quizás con otros más en que Rizal no se compara con el mejor novelista, ni con el mejor poeta, ni con el mejor historiador, pintor, escultor, oftalmólogo etc., nó; nadie cree que así lo haya sido, ni Rizal, creemos, haya alguna vez tenido tal pretensión, pues él tenía otro propósito en la vida; pero conocido el carácter de Rizal, no nos atreveremos a dudar de que hubiera sido uno de los mejores si se hubiese empeñado en serlo, en cualquiera de estos ramos del saber humano.

En este Tomo III de la serie, consistente en dos partes, publicamos todas sus obras en verso, así como las otras en prosa de carácter puramente literario, dejando para otro tomo las de carácter político, histórico y religioso. No obstante que las consideramos puramente literarias, se notará, sin embargo, que muchas de ellas, como en los otros escritos de él, un reflejo de la idea que le ha obsesionado siempre, la patria, ya escuetamente expresa, ya simbólicamente. Todas ellas han sido debidamente autenticadas como obras de Rizal. En este respecto, queremos llamar

la atención del lector que se han descartado de esta publicación las obras también suyas que no han sido halladas así como otras que habiendo sido incluidas como de Rizal en varias bibliografías encontramos que no son suyas.

De entre estas obras, sobre todo en prosa, hay bastantes incompletas. Estas son en sí obras sin concluir o bien fragmentos cuya continuación no se ha podido hallar.

TABLA DE MATERIAS

	Página
EL CONSEJO DE LOS DIOS 13 Abril 1880	1
EL AMOR PATRIO 22 Agosto 1882	12
LOS VIAJES 1882	18
EL SENTIMIENTO DE LO BELLO 1882	24
REVISTA DE MADRID 2 Noviembre 1882	28
UN RUMBOSO GOBERNADORCILLO .. 1883-1885	34
UN LIBRE PENSADOR 1884	38
UN RECUERDO (Costumbres Fili- pinas) 1884-1886	46
MADRID 1886	57
JUAN LUNA 28 Febrero 1886	60
DISCURSO EN LEITMERITZ, BO- HEMIA 14 Mayo 1887	64
LOS ANIMALES DE SUAN 1887-1888	66
LA VISIÓN DE FR. RODRIGUEZ 1889	72
POR TELÉFONO 1889	85
MARIANG MAKILING 23 Noviembre 1890	92
MAKAMISA 1894	99
DESPUÉS DE MISA (Traducción).... ..	109
DA. GERÓNIMA (La Encantada).... Sin Fecha	119
LA TORTUGA Y EL MONO Sin Fecha	120
PAALAALA SA MGA MAPAGUSAPIN Sin Fecha	122
MEMORIAS DE UN GALLO Sin Fecha	123
UNA VISITA DEL SEÑOR A LAS FILIPINAS Sin Fecha	125
MALIGAYA Y MARÍA SINAG-TALA Sin Fecha	153
DAPITAN Sin Fecha	182
ANG DALAWANG MAGKAPATID Sin Fecha	188
LOS DOS HERMANOS (Traduc- ción) Sin Fecha	189
CHARADAS Sin Fecha	190
COMPOSICIONES EN FRANCÉS Sin Fecha	192
FRAGMENTO DE UNA NOVELA Sin Fecha	240

APÉNDICES

	Página
AN ACCOUNT OF THE LIFE AND WRITINGS OF MR. JAMES THOM- SON BY PATRICK MURDOCH, D.D.F.R.S. Sin Fecha	283
EL CONCUBINATO DE DOÑA OLA- LLA DE ROJAS Y JUSTINA TOLEN- TINA CON LOS AGUSTINOS FR. FRANCISCO DE VICTORIA Y FR. JUAN DE TORRES	Sin Fecha 296
MARIANG MAQUILING	23 Noviembre 1890 318
UNE SOIRÉE CHEZ MR. B.	333
LE MILAN ET LA POULE	335
MADRID	337

EL CONSEJO DE LOS DIOSES

Alegoría

ACTO ÚNICO

REUNIÓN DE LOS DIOSES EN EL OLIMPO

JÚPITER, sentado en el trono de oro y piedras preciosas y llevando en la mano el cetro de ciprés, tiene a sus pies el águila, cuyo plumaje de acero refleja mil diversos colores: los rayos, sus terribles armas, yacen en el suelo. A su derecha está su esposa, la celosa JUNO, con refulgente diadema y el vanidoso pavo real. A su izquierda, la sabia PALAS (MINERVA), hija y consejera, adornada de su casco y terrible égida, ciñiendo el verde olivo y sosteniendo gallardamente su pesada lanza. Formando severo contraste está SATURNO, acurrucado y mirando desde lejos tan hermoso grupo. En gracioso desorden hállase la hermosa VENUS, recostada en un lecho de rosas, coronada de oloroso mirto, y acariciando al AMOR; el divino APOLO, que pulsa blandamente su lira de oro y nácar y jugando con las ocho MUSAS,¹ mientras que MARTE, BELONA, ALCIDES y MOMO cierran aquel círculo escogido. Detrás de JÚPITER y de JUNO se hallan HEBE y GANIMEDES. Hacia el lado derecho de JÚPITER se halla la JUSTICIA, sentada en su trono, teniendo en las manos sus atributos.

ESCENA I

Los DIOSES y las DIOSAS y las ocho MUSAS mencionados. Llegan la musa TERPSÍCORE² primeramente, y después las NINFAS, las NÁYADES y las ONDINAS, bailando y esparciendo flores al son de las liras de APOLO y de ERATO y de la flauta de EUTERPE. Después de la danza, todos se colocan a ambos lados del escenario.

¹Las musas eran nueve hermanas, hijas de Júpiter y de Mnemosina, diosa de la memoria. He aquí los nombres de las ocho que aquí se citan: CALÍOPE, musa de la poesía heroica; MELPOMENE, musa de la tragedia; TALLA, musa de la comedia; POLIMNIA, musa de la retórica; ERATO, musa de la poesía lírica; EUTERPE, musa del canto y de la música; URANTA, musa de la astronomía; y CLÍO, musa de la historia.

²TERPSÍCORE, musa de la danza, es la última de las nueve hermanas.

VENUS.—Perdona, hermana, y esposa del grandioso JOVE, si no soy de tu respetable opinión. Y tú, JÚPITER, visible tan sólo para los inmortales, sé propicio a mis súplicas. Ruégote no permitas que al cantor de mi hijo ENEAS le venza HOMERO. Acuérdate de la lira de VIRGILIO, que cantó nuestras glorias y moduló las quejas del amor desgraciado; sus dulcísimos y melancólicos versos conmueven el alma: él alabó la piedad, encarnada en el hijo de ANCHISES: sus combates no son menos bellos que los que se efectuaron a los pies de los muros troyanos. ENEAS es más grande y piadoso que el iracundo AQUILES. En fin, en mi sentir, VIRGILIO es muy superior al poeta de Chío. ¿No es verdad que él llena todas las cualidades que tu sagrada mente ha concebido?

(Dicho esto, se acomoda, graciosamente en su lecho, cual la graciosa ONDINA que, medio reclinada en blanca espuma de las azules olas, forma la joya más preciosa de un hermoso y poético lago.)

JUNO.—*(Airada.)* ¡Cómo! ¿Cómo el poeta romano ha de ser preferido al griego? ¿VIRGILIO, imitador tan sólo, ha de ser mejor que HOMERO? ¿De cuándo acá la copia ha sido mejor que el original? ¡Ah, hermosa VENUS! *(En tono desdeñoso.)* Veo que estás equivocada, y no lo extraño; porque no tratándose de amores, no estás en tu juicio; además, el corazón y las pasiones jamás supieron discurrir. Deja el asunto; te lo suplico por tus innumerables queridos . . .

VENUS.—*(Interrumpiendo ruborizada.)* ¡Oh, bellísima, JUNO, tan celosa como vengativa! A pesar de tu buena memoria, que siempre se acuerda de la manzana de oro que injustamente fue negada a tu renombrada y nunca bien ponderada hermosura, miro con disgusto que te olvidas de lo groseras que nos ha hecho tu favorito HOMERO. Empero, si por tu parte le encuentras razonable y verídico, sea esto en buen hora, y te felicito por ello; pero por lo que a mí me toca, los dioses del Olimpo digan . . .

MOMO.—*(Interrumpiendo a VENUS.)* ¡Sí! Que digan que tú alabas a VIRGILIO, porque él se ha portado bien contigo; que JUNO defienda a HOMERO, pues él es el cantor de las venganzas; que os haceis mutuas caricias

y atentos cumplidos. Pero, tú, JÚPITER, ¿por qué no intervienes en las disputas, y te estás ahí, como el ignorante que oye embobado las trilogías en las fiestas olímpicas?

JUNO.—(*En alta voz.*) ¡Esposo! ¿Por qué permites que nos insulte así este monstruo deforme y feo? Échale del Olimpo, pues su aliento infesta. Además . . .

MOMO.—¡Gloria a JUNO, que nunca insulta, pues sólo me llama feo y deforme! (*Los dioses se ríen.*)

JUNO.—(*Palidece, su frente se arruga, y lanza una fulminante mirada a todos, especialmente a MOMO.*) ¡Calle el dios de la burla! Por' la laguna Stygia . . . Pero dejemos eso, y hable MINERVA, cuya opinión ha sido siempre la mía desde lejanos tiempos.

MOMO.—¡Sí! Otra como tú, ilustres mequetrefes, que os hallais allá donde no debéis estar.

MINERVA.—(*Aparenta no oírla. Levanta su casco, descubre su severa y tersa frente, mansión de la inteligencia, y, con voz argentina y clara, exclama:*) Te ruego me oigas, poderoso hijo de SATURNO, que conmueves el Olimpo al fruncir tu ceño terrible; y vosotros, prudentes y venerados dioses, que presidís y gobernáis a los hombres, no tomeis a mal mis palabras, siempre sometidas a la voluntad del donante. Si por acaso mis razones carecen a vuestros ojos de peso, dignaos rebatirlas y pesarlas en la balanza de la Justicia. Hay en la antigua HESPERIA, más allá de los Pirineos, un hombre cuya fama ha atravesado ya el espacio que separa al mundo de los mortales del Olimpo, ligera cual rápida centella. De ignorado y oscuro que era, pasó a ser juguete de la envidia y ruines pasiones, abrumado por la desgracia, triste destino de los grandes genios. No parece otra cosa sino que el mundo, extrayendo del TÁRTARO todos los padecimientos y torturas, los ha acumulado sobre su infeliz persona. Mas a pesar de tantos sufrimientos e injusticias, no ha querido devolver a sus semejantes todo el dolor que de ellos recibiera, sino por piadoso y demasiado grande para vengarse, trató de corregirles y educarles, dando a luz su obra inmortal: el *Don Quijote*. Hablo, pues, de CERVANTES, de ese hijo de la ESPAÑA, que más tarde será su orgullo, y que ahora perece en la más espantosa

miseria. *El Quijote*, su parto grandioso, es el látigo que castiga y corrige sin que derrame sangre, pero excitando la risa; es el néctar que encierra las virtudes de la amarga medicina; es la mano halagüeña que guía enérgica a las pasiones humanas. Si me preguntais por los obstáculos que superó, servíos escucharme un momento, y lo sabréis. Hallábase el mundo invadido por una especie de locura, tanto más triste y frenética cuanto más extendida estaba por las imbéciles plumas de imaginaciones calenturientas; cundía por todas partes el mal gusto y gastábase inútilmente en lecturas perniciosas, cuando he aquí que aparece esa luz brillante que disipa las tinieblas de la inteligencia; y cual suelen las tímidas aves huir al divisar al cazador o al oír el silbido de la flecha, así desaparecieron los errores, el mal gusto y las absurdas creencias, sepultándose en la noche del olvido. Y si bien es verdad que el cantor de Ilión, en sus sonoros versos, abrió el primero el templo de las musas, y celebró el heroísmo de los hombres y la sabiduría de los inmortales; que el cisne de Mantua ensalzó la piedad del que libró a los dioses del incendio de su patria y renunció a las delicias de VENUS, por seguir tu voluntad; (tú, el más grande de los dioses todos), y que los más delicados sentimientos brotaron de su lira, y su melancólico estro transporta a la mente a otras regiones; también no es menos cierto que ni uno ni otro mejoró las costumbres de su siglo, cual hizo CERVANTES. A su aparición, la Verdad volvió a ocupar su asiento, anunciando una nueva Era al mundo, entonces corrompido. Si me preguntais por sus bellezas, a pesar de conocerlas yo, os envío a APOLO, único juez en este punto, y preguntadle si el autor del Quijote ha quemado incienso en sus inmortales aras.

APOLO.—Con el placer con que acoges en serena noche las quejas de FILOMENA, así serán gratas para ti mis razones, padre mío. Las nueve Hermanas y yo leímos en los jardines del Parnaso ese libro de que habla la sabia MINERVA. Su estilo festivo y su acento agradable suenan a mis oídos cual la sonora fuente que brota en la entrada de mi gruta umbría. (Os ruego no me tacheis de apasionado porque CERVANTES me haya

dedicado muchas de sus bellas páginas.) Si en la extremada pobreza, engendradora del hambre, la miseria y las desgracias, que al infeliz de continuo acosan, un humilde hijo mío ha sabido elevar hasta mí sus cantos y armonizar sus acentos, al ofrecerme un tributo mucho más bello y precioso que mi carro reluciente e indómitos caballos; si en la hedionda mazmorra, funesto encierro para un alma que a volar aspira, su bien cortada pluma supo verter raudales de deslumbradora poesía, mucho más agradables y ricas que las linfas del dorado Pactolo, ¿por qué le hemos de negar la superioridad y no darle la victoria cual a ingenio el más grande que los mundos vieron? Su *Quijote* es el libro predilecto de las MUSAS, y mientras festivo consuela a tristes y melancólicos e ilustra al ignorante, es al mismo tiempo una historia, la historia más fiel de las costumbres españolas. Opino, pues, con la sabia PALAS, y me perdonen los otros dioses que de mi parecer no participan.

JUNO.—Si su mayor mérito consiste en haber soportado tantas desgracias, pues en lo demás a ninguno aventaja, si es que no sale vencido, diré también que HOMERO, ciego y miserable, imploró en un tiempo la caridad pública (lo que nunca ha hecho CERVANTES), recorriendo pueblos y ciudades con su lira, única amiga, y viviendo en la más completa miseria. Esto bien lo recuerdas, ingrato APOLO.

VENUS.—¿Y qué? ¿Y VIRGILIO no ha sido también pobre? ¿No estuvo mucho tiempo manteniéndose con un pan solo, regalo de César? La melancolía que se aspira en sus obras, ¿no dice lo bastante cuánto debió de haber sufrido su corazón sensible y delicado? ¿Habrá padecido menos que el brillante HOMERO y el festivo CERVANTES?

MINERVA.—Sin duda, todo esto es cierto; pero vosotros no debéis ignorar que CERVANTES fue herido y cautivo por muchos en el inhospitalario suelo del África, donde apuró hasta las heces el cáliz de la amargura, viviendo con la continua amenaza de muerte.

(JÚPITER hace demostraciones de estar conforme con MINERVA.)

MARTE.—(*Se levanta y habla con voz atronadora e iracunda.*) ¡No, por mi lanza! ¡No! ¡Jamás! Mientras una gota de sangre inmortal aliente en mis venas, CERVANTES no triunfará. ¿Cómo permitir que el libro que echa al suelo mi gloria y ridiculiza mis hazañas se alce victorioso? JÚPITER, yo te ayudé en otro tiempo; atiende, pues, ahora a mis razones.

JUNO.—(*Exaltada.*) ¿Oyes, justiciero JOVE, las razones del valeroso MARTE, tan sensato como esforzado? La luz y la verdad campean en sus palabras. ¿Cómo, pues, dejaremos que el hombre cuya gloria el tiempo respetó (y que lo diga SATURNO) se vea pospuesto a ese advenedizo y manco, sarcasmo de la sociedad?

MARTE.—Y si tú, padre de los dioses y de los hombres, dudas de la fuerza de mis razonamientos, pregunta a esos otros, si hay algo que se atreve a sostener los suyos con su brazo.

(*Se adelanta arrogante al medio, desafiando a todos con su mirada y blandiendo su acero.*)

MINERVA.—(*Con rostro altanero y mirada reluciente, da un paso y exclama con voz tranquila.*) Temerario MARTE, que te olvidas de los campos troyanos, do fuiste herido por un simple mortal: si tus razones se fundan en tu espada, las mías no temerán combatirte en tu terreno. Pero para que no se me tache de imprudente, quiero demostrarte que te equivocas mucho. CERVANTES siguió tus banderas, y te sirvió heroicamente en las aguas de Lepanto, donde su vida perdiera, si el DESTINO no le dedicase a un fin más grande. Si tiró la espada para coger la pluma, fue por la voluntad de los inmortales, y no por despreciarte, como tal vez te lo has imaginado en tu loco desvarío. (*Y más blandamente añade:*) No seas, pues, ingrato, tú, cuyo magnánimo corazón es inaccesible al rencor y odiosas pasiones. Puso en ridículo la caballería, porque no era ya conveniente a su siglo; además, no son esas las luchas que a ti te honran, sino las batallas campales; tú lo sabes bien. Estas son mis razones, y si no te convencen acepto tu reto.

(*Dijo, y cual suele caliginosa nube, cargada de rayos, acércase a otra en medio del Océano cuando el cielo se encapota, así MINERVA camina*)

lentamente, embrazando su formidable escudo y enristrando la lanza, mensajera terrible de la destrucción. Tranquila es su mirada pero aterradora; su voz tiene un sonido que infunde pavor.

BELONA se pone al lado del iracundo MARTE, dispuesto a ayudarle.

APOLO, al ver la actitud de BELONA, suelta la lira, coge el arco, arranca de la dorada aljaba una flecha y, colocándose al lado de MINERVA, tiende el arco, dispuesto a disparar.

El Olimpo, próximo a desplomarse, se estremece; la luz del día se oscurece y los dioses tiemblan.)

JÚPITER.—(Enojado, blande un rayo y grita:) A vuestros asientos, MINERVA, APOLO; y vosotros, MARTE y BELONA, no irriteis mi cólera celeste.

(Cual suelen las carniceras y terribles fieras, encerradas en jaula de hierro, obedecen sumisas a la voz del esforzado domador, así aquellos dioses ocupan respectivamente sus puestos, amedrentados por la amenaza del hijo de CIBELES, quien, al ver su obediencia, más blandamente añade:)

Yo terminaré la contienda: la Justicia pesará los libros con su recta imparcialidad, y lo que ella diga, se seguirá en el mundo, mientras que vosotros acataréis su inmutable fallo.

JUSTICIA.—(Desciende de su asiento, se coloca en medio del concurso, sosteniendo su siempre imparcial balanza; mientras que MERCURIO coloca en los platillos a la ENEIDA y al QUIJOTE. Después de oscilar por mucho tiempo, la aguja marcará al fin el medio, declarando que eran iguales.

VENUS se asombra, pero calla. MERCURIO quita del platillo la ENEIDA, sustituyéndola con la ILIADA.

Una sonrisa se dibuja en los labios de Juno, sonrisa que se disipa rápidamente cuando ve subir y bajar a los dos platillos donde el QUIJOTE y la ILIADA están.

Suspensos están los ánimos: ninguno habla, ninguno respira.

Se ve volar un CÉFIRO, que inmediatamente se posa en la rama de un árbol, para aguardar también la decisión del DESTINO.

Al fin, ambos platillos se detienen a una misma altura, y allí permanecen fijos.)

JÚPITER.—(Con voz solemne.) Dioses y diosas: la JUSTICIA los cree iguales: doblad, pues, la frente, y demos a HOMERO la trompa, a VIRGILIO la lira y a CERVANTES el lauro; mientras que la FAMA publicará por el mundo la sentencia del DESTINO, y el cantor APOLO entonará un himno al nuevo astro, que desde hoy brillará en el cielo de la gloria y ocupará un asiento en el templo de la inmortalidad.

APOLO.—(Pulsa la lira, a cuyo sonido se ilumina el Olimpo, y entona el himno de gloria que resuena majestuoso en todo el coliseo.) ¡Salve, oh, tú, el más grande de los hombres, hijo predilecto de las Musas, foco de intensa luz que alumbrará a los mundos; salve! Loor a tu nombre, hermosa lumbrera, en cuyo derredor girarán en lo futuro mil inteligencias, admiradoras de tu gloria. ¡Salve, grandiosa obra de la mano del Potente, orgullo de las ESPAÑAS; flor la más hermosa que ciñe mis sienes, yo te saludo! ¡Tú eclipsarás las glorias de la Antigüedad; tu nombre, escrito en letras de oro en el templo de la Inmortalidad, será la desesperación de los demás ingenios! ¡Gigante poderoso, serás invencible! Colocado como soberbio monumento en medio de tu siglo, todas las miradas se encontrarán en tí. Tu brazo poderoso vencerá a tus enemigos, cual voraz incendio consume la seca pajilla. ¡Id, inspiradas MUSAS, y cogiendo del oloroso mirto, laurel bello y rosas purpurinas, tejed en honor de CERVANTES inmortales coronas! PAN, y vosotros, SILENOS, FAUNOS y alegres SÁTIROS, danzad en la alfombra de los umbrosos bosques, en tanto que las NEREIDAS, las NÁYADES, las bulliciosas ONDINAS y juguetonas NINFAS, esparciendo mil aromosas flores, embellecerán con sus cantos la soledad de los mares, las lagunas, las cascadas y los ríos, y agitarán la clara superficie de las fuentes en sus variados juegos.

MANILA, 13 de Abril de 1880.

NOTA

Esta composición fue escrita por Rizal en el año 1880, cuando aun no había cumplido 19 años de edad para un certamen promovido por el Liceo Artístico Literario, de Manila, en conmemoración del aniversario de Miguel Cervantes, y en el que se llevó el único premio. En aquel concurso, a diferencia de las ocasiones anteriores, se concedió un solo premio para peninsulares e indígenas. El jurado lo componían peninsulares, quienes, después de una larga y debatida evaluación de los méritos de cada una de las composiciones, otorgaron el premio a Rizal por el excelente valor literario de su obra, considerada superior a todas las demás.

Esto dió lugar a una enérgica protesta por parte de los españoles, quienes querían que el premio fuese adjudicado a un peninsular. La prensa, a su vez, agitaba la opinión pública contra el Jurado.

EL AMOR PATRIO *

He aquí un bello asunto y, por lo mismo que es bello, trilladísimo. Sabio, poeta, artista, labrador, comerciante o guerrero, viejo y joven, rey o esclavo, todos han pensado en el y le han dedicado los más preciados frutos de su inteligencia o de su corazón. Desde el culto europeo, libre y ufano de su gloriosa historia, hasta el negro del África, arrancado de sus selvas y vendido a precio vil; desde los antiguos pueblos, cuyas sombras vagan aún en torno de sus melancólicas ruinas, sepulcros de sus glorias y sufrimientos, hasta las modernas naciones, llenas de movimiento y vida, todos, todos han tenido y tienen un ídolo hermoso, brillante, sublime, pero implacable, fiero y exigente, que han llamado PATRIA. Mil lenguas la han cantado, mil liras dieron por ella sus más armoniosos acentos; inteligencias las más privilegiadas, númenes los más inspirados, desplegaron a su vista o a su recuerdo sus más esplendentes galas. Ella ha sido el grito de paz, de amor y de gloria, porque ella ocupa todos los pensamientos y, semejante a la luz encerrada en limpio cristal, sale al exterior en forma de vivísimos resplandores.

Y ¿será esto óbice para que nosotros nos ocupemos de ella? Y ¿no podremos dedicarle algo, los que por única culpa tenemos la de haber nacido después? El siglo XIX ¿dará derecho a ser ingrato? No. Aún no se ha agotado la rica mina del corazón; siempre es fecundo su recuerdo, y por poca inspiración que tengamos, encontrare-

* El primer artículo escrito por Rizal en tierra española. Estaba entonces en la ciudad de Barcelona, a principios del verano de 1882. Apenas tenía veintiún (21) años de edad.

Se publicó en *Diarióng Tagalog* de Manila, el 20 de agosto de 1882, en castellano y en tagalo, bajo el seudónimo *Laong Laan*, habiendo sido hecha la traducción al tagalo por Marcelo H. del Pilar. El artículo llamó mucho la atención, por su carácter hondamente nacionalista, y el editor del *Diarióng Tagalog*, D. Francisco Calvo, le felicitó a Rizal y le pidió más artículos.

Se publicó otra vez el 31 de octubre de 1890, en *La Solidaridad*.

mos positivamente en el fondo de nuestra alma, si no un rico tesoro, el óbolo, pobre, pero entusiasta manifestación de nuestros sentimientos. A la manera, pues, de los antiguos hebreos, que ofrecían en el templo las primicias de su amor, nosotros, en tierra extranjera, dedicaremos nuestros primeros acentos a nuestro país, envuelto entre las nubes y las brumas de la mañana, siempre bello y poético, pero cada vez más idolatrado a medida que de él se ausenta y aleja.

Y no es de extrañar, porque es un sentimiento muy natural; porque allí están los primeros recuerdos de la infancia, hada alegre, conocida sólo de la niñez, de cuyas huellas brota la flor de la inocencia y de la dicha; porque allí duerme todo un pasado y se transparenta un porvenir; porque en sus bosques y en sus prados, en cada árbol, en cada mata, en cada flor, véis grabado el recuerdo de algún ser que amáis, como su aliento, en la embalsamada brisa, como su canto en el murmullo de las fuentes, como su sonrisa en el iris del cielo, o sus suspiros en los confusos quejidos del viento de la noche.

Es porque allí véis con los ojos de vuestra imaginación, bajo el tranquilo techo del antiguo hogar, una familia que os recuerda y os aguarda, dedicándoos sus pensamientos y sus zozobras; en fin, porque en su cielo, en su sol, en sus mares y en sus bosques halláis la poesía, el cariño y el amor, hasta en el mismo cementerio en donde os espera la humilde tumba, para devolveros al seno de la tierra. ¿Habrá un genio que enlaza nuestro corazón al suelo de nuestra patria, que todo lo hermosea y embellece, mostrándonos los objetos todos bajo un aspecto poético y sentimental, cautivando nuestros corazones? Porque bajo cualquier aspecto que se presente, ya sea vestido de púrpura, coronada de flores y laureles, poderosa y rica; ya sea triste y solitaria, cubierta de harapos, esclava implorando a sus hijos esclavos; ya sea cual ninfa en ameno jardín, cabe las azules olas del mar, graciosa y bella, como el sueño de la ilusa juventud; ya sea cubierta de un sudario de nieve, sentándose fatídica en los extremos del globo, bajo un cielo sin sol y sin estrellas; sea cualquiera su nombre, su edad o su fortuna, la amamos siempre, como el niño ama a su madre en medio del hambre y de la miseria.

Y ¡cosa extraña! Cuanto más pobre y miserable; cuanto más se padece por ella, tanto más se la idolatra y se la adora y hasta se halla placer en sufrir por ella. Se ha observado que los habitantes de los montes y los agrestes valles, los que ven la luz en suelo estéril o melancólico, son los que conservan más vivos recuerdos de su país, hallando sólo en las ciudades un terrible tedio que les obliga a volver a su nativo suelo. ¿Será porque el amor a la patria es el más puro, más heroico y más sublime? ¿Es el reconocimiento, es la afección por todo lo que nos recuerda algo de nuestros primeros días, es la tierra donde duermen nuestros mayores, es el templo donde hemos adorado a un Dios con el candor de la balbuciente infancia, es el sonido de la campana que nos ha recreado desde niño, son las vastas campiñas, el lago azul de orillas pintorescas que surcábamos en ligera barquilla, el límpido arroyuelo que baña la alegre casita, escondida entre flores, cual nido de amor, o son los altos montes los que nos inspiran este dulce sentimiento? ¿Será la tempestad que, desencadenada, azota y abate con su terrible aleteo cuanto a su paso encuentra; el rayo que escapado de la mano del Potente, cae aniquilando? ¿Será el torrente o la cascada, seres de eterno movimiento y continua amenaza? ¿Será todo esto lo que nos atrae, cautiva y seduce?

Probablemente estas bellezas o tiernos recuerdos son los que fortifican el lazo que nos une al suelo donde nacimos, engendrando ese dulce bienestar cuando estamos en nuestro país, o esa profunda melancolía cuando estamos lejos de él, origen de una cruel enfermedad, llamada nostalgia.

¡Oh! no contristéis jamás al extranjero, al que se llega a vuestras playas; no despertéis en él ese vivo recuerdo de su país, de las delicias de su hogar, porque entonces, desgraciados, evocaréis esa enfermedad, tenaz fantasma que no le abandonará sino a la vista de su suelo natal o a los bordes de la tumba.

No vertáis jamás una gota de amargura en su corazón que, en semejantes circunstancias, se exageran los pesares, comparados con la dicha del perdido hogar.

Nacemos, pues; crecemos, envejecemos y morimos con este piadoso sentimiento. Es quizás el más constante, si constancia hay en el corazón de los hombres, y parece que no nos abandona ni en la misma tumba. Napoleón, entre-

viendo el oscuro fondo del sepulcro, se acordaba de su Francia, a quien amó en tanto extremo, y desterrado, le confiaba sus restos, seguro de hallar más dulce reposo en medio de ella.

Ovidio,¹ más infeliz y adivinando que ni sus cenizas siquiera volverían a su Roma, agonizaba en el Ponto Euxino² y consolábase al pensar que si no él, al menos sus versos, llegarían a ver el Capitolio.

Niño, amamos los juegos; adolescente, los olvidamos; joven, buscamos nuestro ideal; desengañados, lo lloramos, y vamos a buscar algo más positivo y más útil; padre, los hijos mueren y el tiempo va borrando nuestro dolor, como el aire del mar va borrando las playas a medida que la nave se aleja de ellas. Pero en cambio el amor a la patria no se borra jamás, una vez que ha entrado en el corazón, porque lleva en sí un sello divino, que se hace eterno e imperecedero.

Se ha dicho siempre que el amor ha sido el móvil más poderoso de las acciones más sublimes; pues bien, entre todos los amores, el de la patria es el que ha producido las más grandes, más heroicas y más desinteresadas. Leed la historia, si no, los anales, las tradiciones; penetrad en el seno de las familias; ¡qué de sacrificios, abnegación y lágrimas vertidas en el sacrosanto altar de la nación! Desde Bruto,³ que condena a sus hijos, acusados de traición, hasta Guzmán,⁴ que deja morir al suyo por no faltar a su deber, ¡qué dramas, qué tragedias, qué martirios no se han llevado a cabo por la salud de esa implacable divinidad que nada podía darles en cambio de sus hijos sino agradecimiento y bendiciones!

¡Y, sin embargo, con los pedazos de su corazón elevan a su patria gloriosos monumentos; con los trabajos de sus manos, con el sudor de su frente han regado y hecho fructificar su sagrado árbol, y no han esperado ni han tenido ninguna recompensa!

Ved ahí un hombre sumido en su gabinete; para él pasan los mejores días, su vista se debilita, sus cabellos se encanecen y van desapareciendo con sus ilusiones, su cuerpo se dobla. Va tras una verdad; años há resuelve un problema; el hambre y la sed, el frío y el calor; las enfermedades y el infortunio se le han presentado sucesivamente. Va a descender a la tumba y aprovecha su agonía para ofrecer

a su patria un florón para su corona, una verdad, fuente y origen de mil beneficios.

Tornad la vista a otra parte; un hombre tostado por el sol rompe la ingrata tierra para depositar una simiente: es un labrador. Él también contribuye con su modesto pero útil trabajo a la gloria de su nación.

¡La patria está en peligro! Brotan del suelo, cual por encanto, guerreros y adalides. El padre abandona a sus hijos, los hijos a sus padres, y corren todos a defender a la madre común. Despídense de las tranquilas dichas del hogar, y ocultan bajo el casco las lágrimas que arranca la ternura. ¡Parten y mueren todos! Tal vez era él, padre de numerosos hijos, rubios y sonrosados como los querubines, tal vez era un joven de risueñas esperanzas; hijo o amante; no importa! Ha defendido a la que le dió la vida, ha cumplido con su deber. Codro o Leonidas, quien quiera que sea, la Patria sabrá recordarle.

Unos han sacrificado su juventud, sus placeres; otros le han dedicado los esplendores de su genio; estos vertieron su sangre; todos han muerto legando a su patria una inmensa fortuna: la libertad y la gloria. Y ella ¿qué ha hecho por ellos? Los llora y los presenta orgullosa al mundo, a la posteridad y a sus hijos, por que sirvan de ejemplo.

Pero ¡ay! si a la magia de tu nombre, ¡oh, patria! brillan las más heroicas virtudes; si a tu nombre se consuman sobrehumanos sacrificios, en cambio ¡cuántas injusticias! . . .

Desde Jesucristo, que, todo amor, ha venido al mundo para el bien de la humanidad y muere por ella en nombre de las leyes de su patria, hasta las más oscuras víctimas de las revoluciones modernas, ¡cuántos ay! no han sufrido y muerto en tu nombre, usurpado por los otros! ¡Cuántas víctimas del rencor, de la ambición o de la ignorancia no han expirado bendiciéndote y deseándote toda clase de venturas!

Bella y grandiosa es la patria, cuando sus hijos, al grito del combate, se aprestan a defender el antiguo suelo de sus mayores; fiera y orgullosa cuando desde su alto trono ve al extranjero huir despavorido ante la invicta falange de sus hijos; pero cuando sus hijos, divididos en opuestos bandos, se destruyen mutuamente; cuando la ira y el rencor devastan las campiñas, los pueblos y las ciudades, entonces

ella, avergonzada, desgarró el manto y arrojando el cetro, viste negro luto por sus hijos muertos.

Sea, pues, cualquiera nuestra situación, amémosla siempre y no deseemos otra cosa que su bien. Así obraremos con el fin de la humanidad dictado por Dios, cual es la armonía y la paz universal de sus criaturas.

Vosotros, los que habéis perdido el ideal de vuestras almas; los que, heridos en el corazón, visteis desaparecer una a una vuestras ilusiones, y semejantes a los árboles en otoño, os encontráis sin flores y sin hojas, y deseosos de amar no halláis nada digno de vosotros, ahí tenéis la patria, amadla.

Vosotros, los que habéis perdido un padre, una madre, un hermano, una esposa, un hijo, en fin, un amor, en el que fundábais vuestros ensueños, y hallais en vosotros un vacío profundo y horrible ahí tenéis a la patria, amadla como se merece.

Amad, ¡oh, sí! pero no ya como la amaban en otro tiempo, practicando virtudes feroces, negadas y reprobadas por una verdadera moral y por la madre naturaleza; no haciendo gala de fanatismo, de destrucción y de crueldad, no; más risueña aurora aparece en el horizonte, de luces suaves y pacíficas, mensajera de la vida y de la paz; la aurora, en fin, verdadera del cristianismo, présaga de días felices y tranquilos. Deber nuestro será seguir los áridos pero pacíficos y productivos senderos de la ciencia que conducen al progreso, y de ahí a la unión deseada y pedida por Jesucristo en la noche de su dolor.

LAONG LAAN

Barcelona, Junio, 1882.

NOTAS

1. Poeta romano, nació 43 años antes de Jesucristo.
2. En el Mar Negro.
3. Marco Junio Bruto, político romano.
4. Rizal posiblemente se refería a Antonio Guzmán Blanco (1829-1899), soldado y estadista, que fue varias veces presidente de Venezuela (1870-1889).

LOS VIAJES *

¿Quién es el que no ha viajado? ¿Quién no ama los viajes, si son el sueño de la juventud al sentir por primera vez la conciencia de la vida, si son un libro para la edad madura, cuando el ansia de saber ocupa el espíritu, y, en fin, son el último adiós del anciano cuando se despide del Mundo para emprender el más misterioso de los caminos? ¹

El viaje es un capricho en la niñez, una pasión en el joven, una necesidad en los hombres y una elegía en los ancianos.

No leáis a los niños el *Robinson* ni el *Gulliver*,² si no quereis que os abrumen con preguntas acerca de esos países, cuyos encantos hicieran su imaginación sensible; no pinteis a los jóvenes las emociones, las peripecias, las aventuras en países extraños o desconocidos; quitad de sus ojos Julio Verne, Mayne Reid,³ porque sino, turbareis sus noches, y agregareis a sus nacientes deseos, múltiples y vehementes ya, otro aún que les haga sufrir la sujeción o la modestia de su fortuna. ¡Hay tanto atractivo en las desconocidas maravillas, tanta seducción en la contemplación de la naturaleza!

Es tan innato en el hombre el deseo de viajar como el saber, que no parece sino que la Providencia lo ha puesto en cada uno de nosotros, para que aguijoneados por él estudiemos y admiremos sus obras, nos comuniquemos y fraternicemos los que nos hallamos separados por las distancias, y unidos formemos una sola familia, aspiración de todos los pensadores.⁴

Para esto ha hecho al hombre cosmopolita, ha creado los mares para que los navíos se deslicen sobre su movible lomo, los vientos para impelerlos e impulsarlos, y las estrellas para guiarlos aún en la noche más oscura, el río que atraviesa diferentes regiones; ella ha abierto en las peñas, gargantas y caminos, echado puentes, dado al árabe para los grandes desiertos el camello, y al habitante de los polos el reno y el perro para arrastrar sus trineos.

* Publicado en *La Solidaridad*, 15 de mayo de 1889. Esta pieza literaria escribió Rizal en 1882 para el *Diarong Tagalog*, en Manila, pero no se publicó por la muerte de éste..

Todo el adelanto de las modernas sociedades débese casi por completo a los viajes. Y en efecto, desde la más remota antigüedad, viajaban los hombres en busca de la ciencia, como si estuviera escrita en los pliegues de la mar, en las hojas de los árboles, en las piedras de los caminos, en los monumentos y las tumbas.

Los griegos iban a Egipto a pedir a sus sacerdotes la instrucción, leían los papiros y se abismaban en la contemplación de aquellos gigantescos túmulos, sombríos representantes de la idea nacional; se inspiraban en su fúnebre grandeza, como hacen hoy día los sabios de la Europa en sus jeroglíficos, y volvían de allí filósofos como Pitágoras, historiadores como Herodoto, legisladores como Licurgo y Solón, y poetas como Orfeo y Homero. Y religión y civilización y ciencias y leyes y costumbres venían entonces de Egipto, sólo que al abordar a las risueñas playas de la Elade se despojaban de sus místicas vestiduras para ceñir el sencillo y gracioso traje de las hijas de Grecia.

Más tarde, del surco que trazó un arado un pueblo brota varonil, emprendedor, grande, orgulloso, y sublime. Desde su Capitolio tiende la vista al mundo, digno botín de una codicia sin límites, excita sus deseos. Lanza sus águilas y sus legiones que al volver uncen a su carro las naciones todas. Grecia, molécula absorbida por aquella masa victoriosa, hace con Roma lo que Egipto con ella: instruir a sus hijos, adornar con las obras de sus artistas sus calles y sus plazas; y todo su saber, ciencia, filosofía, bellas artes y literatura, pasan a Roma, si bien perdiendo algo de la gracia y la belleza, ganando en cambio en grandeza y majestad, reflejando el genio del arrogante pueblo; entonces en Roma sucedió lo que ahora en los pueblos civilizados con el afrancesamiento: el helenismo se introducía por todas partes, sus versos y sus voces corrían de boca en boca, sus costumbres y su filosofía se imitaban y practicaban. La ciencia, pues, y la civilización que hasta entonces había sido patrimonio del Oriente, imitando el natural curso de los astros, dirigía sus pasos al Occidente, sólo que al llegar al corazón del mundo, detúvose como para instruir a todas las naciones y razas. Entonces la Iberia, las Galias, la Germania, la Bretaña y hasta el África enviaban sus hijos a la ciudad, emporio del poderío, del saber y de las riquezas para ver, admirar y estudiar en el amplio recinto

de sus muros, cuanto hasta entonces había concebido la mente del hombre. Espectáculo es de todos tiempos ofrecido por la humanidad el dirigirse hacia la luz para alumbrar a la tierra. Y es que forma parte de la esencia del hombre la tendencia a la perfección, como de la esencia de los cuerpos la gravedad, como la idea de la claridad en el concepto del día.

Y a medida que los pueblos envejecían y perdían la savia que un tiempo los alimentara, nacían otros más jóvenes a heredarles el precioso tesoro,⁵ amasado por la gran familia humana a costa del tiempo y los sacrificios.

En vano desencadenó el Norte tempestades para llevar la muerte a las alegres ciudades del Mediodía; en vano la ignorancia y la barbarie labraron sobre la tumba de la señora del mundo; si la ciencia huyó espantada fue para fortalecerse en la soledad de los claustros para de ahí volver a salir rígida y severa, guiada por el cristianismo a ilustrar las bárbaras hordas que pretendieron ahogarla.

Entonces se fundaron Universidades. De todas partes acudían en peregrinación la multitud, haciendo lo que los griegos en Egipto, los romanos en Grecia, y en Roma y Bizancio, el universo entero. En todos los tiempos y en todas las edades de la Historia, los viajes han sido la palanca poderosa de la civilización, porque sólo en los viajes se forman, educan e ilustran el corazón y el espíritu, porque sólo en los viajes se ven y estudian todos los adelantos: Geología, Geografía, Política, Etnología, Lingüística, Meteorología, Historia, Fauna, Flora, Estadística, Escultura, Arquitectura, y Pintura, etc., todo cuanto forma parte del saber humano, pasan y se exponen a los ojos del viajero.

El que sólo conociera la superficie de la tierra, la topografía de un país por los mapas y planos que desde su gabinete examinase, tendrá una idea, no diré que no, pero una idea semejante a la que tendría de una ópera de Meyerber o Rossini, el que sólo la conociera por las revistas de los periódicos. Puede verse grabada o pintada toda una región, y puede ser de tal concepción el artista que consiga trasladar al lienzo un rayo de su sol, la frescura de su cielo, el verdor de sus campos, la majestad de sus torrentes y montañas, los habitantes y los animales y hasta el movimiento que imprime en la yerba el ligero aleteo del céfiro; todo esto puede hacer el pincel de un paisajista como

Claudio Lorena, Ruysdael o Calame y algo más tal vez, pero lo que nunca puede robarse a la naturaleza es esa viva impresión que ella sola sabe y puede comunicar, ese movimiento, esa vida en la música de sus aves y árboles, en ese aroma o perfume propio del lugar, en ese no sé qué de inexplicable que el viajero siente y no define y que parece despierta en él remotos recuerdos de felices días, pesares, alegrías que se fueron para no volver; amor olvidado, una imagen querida de su juventud desvanecida en medio del torbellino del mundo, seres que ya no existen, amistades . . . ¿qué sé yo más? Sensaciones melancólicas producidas por la expresión, fisonomía o aire del país o por el genio, ninfa o Dios como dirían los antiguos. Podreis ver pintado el mar batiendo, por ejemplo, las costas de Italia en una hermosa tarde, cuando el sol dora con sus más mágicos rayos las blancas casitas que coronan las rocas ceñidas de verdes guirnaldas y esmeraldas de flores; el agua y la espuma que se estrellan en los escondidos senos de las peñas, con todo el realismo ideal de aquellos parajes, si cabe la expresión; pero echareis de menos el perfume, la vida, el movimiento, la grandeza; no bordareis aquellas privilegiadas costas inmortalizadas por tantos poetas, ni pasareis revista a todo aquel espectáculo riente y poético, como el que desde un buque los contempla acariciado por la brisa del mar que hincha las velas, deslizándose tan suavemente, como las alas del sueño sobre la frente del niño, como la primera palabra de amor de los labios de una virgen como los acordes de la lejana orquesta en el silencio de la noche. ¡Qué emociones, qué sensaciones tan variadas no agitan a cada paso el corazón cuando se viaja en un país extraño y desconocido! Allí todo es nuevo: costumbres, idiomas, fisonomías, edificios, etc., todo es digno de observarse y meditarse.

Así como se ha dicho que el hombre se multiplica en razón de los idiomas que posee y habla, así también su vida se prolonga y renueva según vaya visitando diferentes países. Vive más, porque ve, siente, goza, estudia más que el que no haya visto sino los mismos campos y el mismo cielo. En este los días de ayer son los de hoy y serán los de mañana, esto es, en la primera aurora y en el primer ocaso puede reducirse toda su existencia, todo su pasado, su presente y quizá su porvenir.

Qué revolución no se lleva a cabo en las ideas del que sale por primera vez de su nativo suelo y va recorriendo distintos países. Avesilla que sólo ha visto la seca grama de su nido y ahora contempla panoramas, inmensos mares, cascadas, ríos, montañas y bosques y cuanto puede entusiasmar una imaginación soñadora. Rectifícanse sus juicios y sus ideas; desvanécense muchas preocupaciones, examina de cerca lo que antes fue juzgado sin ser visto, halla cosas nuevas que le sugieren nuevos pensamientos, admira al hombre en su grandeza, como en su miseria le compadece; el antiguo y ciego exclusivismo se trueca en universal y fraternal aprecio del resto de la tierra y deja de una vez de ser el eco de ajenas opiniones para expresar las suyas propias, sugeridas por apreciaciones directas e inmediatos conocimientos. El trato de las gentes, cierta calma y sensato criterio en todos los actos, la reflexión profunda, un conocimiento práctico en todas las artes y ciencias, si no profundo y completo, al menos indeleble y seguro; hé aquí las ventajas que puede sacar de un viaje un espíritu atento y estudioso.

Un libro puede describir los habitantes, la historia, los monumentos, las producciones, la religión, todo lo que concierne a un pueblo, este conocimiento si bien útil y suficiente no satisface al desconfiado lector que anhela siempre ver las cosas por sí mismo; y tarde o temprano se olvidan las nociones; pues no se fijan en la memoria como en la del que en persona lo recorre, lo ve, lo palpa y analiza, dejando ideas que los incidentes graban de tal suerte que se hace imposible el olvidarlas.

Las naciones modernas han comprendido la ventaja que se saca de esta clase de estudios y todas sus tendencias se reducen a multiplicar las comunicaciones.

Por este medio un viajero lleva a su país los buenos usos que ha visto en los otros y trata de aplicarlos con las necesarias modificaciones; otro, las riquezas y artículos de que el suyo carece; este, la religión, las leyes y las costumbres; aquél, las teorías sociales y las nuevas reformas, introduciéndose así todas las mejoras sociales, religiosas y políticas. Indicio será, pues, del adelanto de un pueblo el buen estado de sus vías de comunicación y comercio, como indicio de la salud del hombre la perfecta circulación de la sangre por todos los vasos de la economía; porque sin estas

vías no existen relaciones, sin relaciones no se comprenden los vínculos, sin vínculos no puede haber ni unión ni fuerza, y sin fuerza ni unión no se llegará jamás ni a la perfección ni siquiera al progreso.

Así se concibe el afán de abrir calzadas, túneles y carreteras, construir puentes, vapores, locomotoras y caminos de hierro y como si encontrasen pequeña la tierra para tanto movimiento invaden el aire hasta hace poco reino exclusivo de los pájaros y las nubes.

Viajan, pues, emigran e inmigran como en continuo vaivén todos los seres de la tierra, desde el insecto alado que va vagando de flor en flor, de planta en planta y de una en otra pradera hasta el mundo, ese pequeño viajero de los espacios infinitos, como la golondrina cuando busca mejores climas, la semilla arrebatada por el viento, el pez en el abismo desconocido de los mares o el hombre explorando y reconociendo sus vastos dominios.

La India ha abierto ya sus grandiosos templos y enseña sus ídolos colosales, como la China, las puertas de sus murallas, exponiendo sus raros y maravillosos productos. El África y el Polo abren sus grandes desiertos y se sentarán dentro de poco en el banquete del progreso, siendo deudores a Lowinstone, Stanley y Nordens Kjold⁶ de su adelanto y felicidad.

LAONG LAAN

NOTAS

1. Alude a la muerte.
2. *Robinson Crusoe* por Daniel Defoe; *Gulliver's Travels* por Jonathan Swift.
3. Julio Verne, autor del *20,000 leguas debajo del mar*; (Thomas) Mayne Reid, novelista irlandés.
4. Ideal de las Naciones Unidas.
5. *Precioso tesoro*—El saber humano.
6. Lowinstone (David Livingstone), y Henry Morton Stanley, exploradores de África; Nils Adolf Erik Nordens Kjold, explorador de las tierras Árticas.

EL SENTIMIENTO DE LO BELLO *

El espíritu del hombre se refleja en todas sus acciones, como el de una sociedad en las de sus individuos y el de una nación en la manifestación general de los ciudadanos. Hay para el nivel moral, el intelectual y el científico barómetros, así como para los cambios atmosféricos, barómetros más seguros aún si cabe más numerosos y duraderos. Las oscilaciones sociales que sufre la humanidad; los cambios, esos encumbramientos, esas caídas, las crisis laboriosas porque una y otra vez y alternativamente pasa, todo cuanto caracteriza y define la esencia del ser humano en cuanto tiene de perfectible, de mudable, de transitorio e inconstante, su progreso, su decadencia, su estacionamiento, el más pequeño paro, el movimiento más imperceptible todo se manifiesta, todo lo delata y acusa ese sentimiento esparcido en la naturaleza, dado por Dios al hombre y por el hombre perfeccionado. Sólo que superior a los instrumentos físicos, sus huellas se graban, sus efectos suelen subsistir, hablan a las generaciones. No es el ave que vuela cuyas huellas son el aire; no es el barco que deja ancha estela dilatada, sí, muchas veces, pero pasajera aun más como los amores bastardos; no es la ráfaga de luz tropical, que brilla en la noche como relámpago de la tierra; su camino es como el del rayo si al rayo puede como lo vigoroso y lo sublime pero creador delicado: desgaja el árbol, abre la peña y surca la tierra hasta las profundidades de su seno. Este sentimiento es el sentimiento de lo bello.

En el mundo material el aire llena el espacio y penetra en todas las cavidades: el fondo oscuro de la gruta, los espléndidos salones de los palacios, el pedazo de paraíso que en sombría floresta se cobija bajo entretejidas ramas la verde galería de un jardín, el caprichoso y perfumado kiosco oriental, la oscura mazmorra, el infecto tugurio, el gabinete del sabio, la madriguera, el cáliz de una flor, la trompa de un insecto, el más pequeño poro que respetan los átomos, todo lo ocupa; todo es dominio y mansión del aire, ya en

* El Ms. sin título, está en la Biblioteca Nacional.

movimiento, ya en reposo, puro, agradable o corrompido. En el mundo de las ideas lo llena también un aire dentro del cual flotan todos los seres de esa creación divina y ese fluido es el sentimiento de la belleza. Es puro y celestial en contacto con la poesía y el infinito como aquel en los mares y en las selvas; es corrompido y dañoso en sociedades abyectas y degeneradas como aquel en los pantanos y en las cloacas; arrebatada, impulsa y conmueve en los momentos de lustre y agitación como el aire en las revueltas tempestades; como el viciado cuando se arrastra en la tierra; puro y transparente cuando se eleva a los cielos, es la vida de la idea, es el encanto que baña los objetos de la inteligencia y del corazón; forma su perspectiva y sus hermosas gradaciones; transmite la luz, su luz que no ciega al alma, los sonidos de la música que no desafina ni aturde y es verdaderamente el vehículo del lenguaje más sublime del más universal que hablan los genios y los corazones sensibles. Reproduce la belleza, adivina lo delicado, a lo grande le entona himnos y le ensalza, y en el camino de la vida es desgraciadamente la única planta que ofrece flores sin mezcla de espinas.

El que previó la desigualdad y la vana suerte de los hombres les dió este dulce sentimiento, para cuando cansado de luchar en la tierra elevarse con él a otras regiones y aliviarse: es una flor que cultiva el prisionero de los cuentos indios. El hombre también los ha entendido, así lo ha cultivado.

Como dijimos que llenaba el fondo del alma, y efectivamente. Parece que de allí tiende a escaparse, así es que acompaña a todas sus producciones, a sus manifestaciones todas. Esto quizás al primer pronto parecería inexacto, pero no lo es en ningún modo si se le considera bien. Nos equivocaremos quizás en el camino, disentiremos en la opinión, pero es seguro que perseguiremos una cosa así agradable, bello, que nos deleite, sombra de felicidad, un momento sin sufrir, algo grande, algo que nos produzca un bien que nos conmueva.

Queriendo darle forma, expresarle hallar para él al símbolo, una vestidura, el hombre con el tiempo inventó las bellas artes. Quizás nació primero la música porque desde un principio el hombre lloraría y sufriría (sentiría el primer amor) y queriendo expresar sus dolores y sus deseos a

falta del lenguaje moduló sonidos. Mas después a medida que sus ojos se acostumbraban al espectáculo de la naturaleza, a medida que las bellezas de esta, adivinadas en un principio, sentidas después y más tarde comprendidas, agitaban su espíritu y entusiasmaban su corazón, el hombre que no es más que un espejo que copia y reproduce cuanto le rodea, el hombre decimos, quiso imitar los objetos exteriores e inventó la Pintura, la única arte que da derecho al hombre a que se llame imagen y semejanza de Dios.

Y en efecto la Pintura reproduce cuanto Dios ha creado, crea también como Él, sólo que entre muchas creaciones hay la diferencia entre lo *limitado* y lo *infinito*, entre la obra de un Dios y la producción de un hombre. Nada poderoso ofrece a vuestros ojos el mar allí donde tenéis el desierto y no refresca el aire; la más pequeña ola despliega ante vosotros risueños panoramas, bosques umbríos, cielos que sonríen con sus brillantes y caprichosas nubes, horizontes dilatados llenos de profunda melancolía, nobles pasiones, el heroísmo, la grandeza y los dulces sentimientos. Si desde vuestra infancia sólo habéis visto la bruma y habéis contado los años por el hielo o por la nieve, ella os hará gozar del paraíso que habéis soñado: la espléndida vegetación de los trópicos, el aire purísimo y transparente, una luz que os hará sentir el tibio calor de la primavera y que jugando sobre las elevadas copas de los árboles, sobre el cristal de los ríos y de los lagos vá a formar deliciosas penumbras llenas de amor y de misterio, cascadas de plata y diamantes que os harán recordar los sueños del oriente o las divinidades del paganismo. Si por el contrario hastiado de la vida, aturdido, y cansado de la esplendidez que os rodea doquiera; queréis hacer sentir al alma frías sacudidas, nuevos sentimientos para prepararla a sus dulces emociones, allá con su vara mágica os llevará a los reinos de la muerte: montones blanquísimos de hielo, horizontes sombríos, un cielo de plomo y como el plomo frío e inaccesible, ni una hoja, ni una flor que alegren el espíritu, por todas partes la monotonía de la muerte, la grandiosidad de la agonía. Ella os trasportó a los pasados tiempos de vuestros abuelos, os recuerda sus sacrificios, los dramas del pasado, las lágrimas derramadas en vuestra cuna para que florezca la sagrada planta de la libertad y del progreso. Un recuerdo querido, una poesía tenue y delicada, un canto del corazón, todas estas pequeñeces que

forman los pocos momentos felices de la vida, todo lo guarda, todo lo conserva, este arte el más universal de las concepciones de los hombres.

De las bellas artes, la pintura es la única que pertenece al hombre. Canta el ave inimitables himnos bajo la copa de un árbol o entona elegías sobre una seca rama; el murmullo de las hojas no es sólo un ruido, es música como también el murmullo de la fuente, el rumor de las olas y el quejido del viento. El castor construye sus madrigueras, como un hábil arquitecto, la araña fabrica con tenues rayos su aerea habitación . . .

REVISTA DE MADRID *

El frío—D. Estanislao Figueras—Nacimiento de una nueva infanta—Bargossi y Bielsa—Al Dr. Velasco-Genma Cuni-berti. El Comandante Mayet—La Moderna Idolatría—El miting libre-cambista—El Círculo Hispano-Filipino—Los periódicos de Manila.

El frío ha acentuado.

Los árboles se van despojando de sus pomposas galas, y convertidos en secos esqueletos, completan la melancolía de los nebulosos días. Una fina lluvia, un viento más fino aun, horrible, helado que viene del Guadarrama, como si este le recordase a Madrid que no en vano se levanta al norte; el piso a veces blanco y resbaladizo, una espesa niebla que envuelve todos los objetos en su blanquecino velo, dándoles un aspecto y una expresión particular, he aquí los tonos y matices de este penúltimo mes del año, las sencillas notas de su canto fúnebre entonado a la muerte de la naturaleza.

Con la caída de las hojas, van cayendo también muchos enfermos y ¡cuantos no descienden al sepulcro! Los por-dioseros se han aumentado tan pronto como la estación ha traído nuevas necesidades.

¡Felices aquellos cuyo cuarto, alfombrado o esterado, les resguarda del frío; aquellos para quienes arde alegre la amiga llama de la chimenea, aquellos que respiran la tibia atmósfera que rodea la estufa! Para estos la vida es un placer y el mundo, visto al través de los cristales de su balcón, herméticamente cerrados, es un variado y divertido espectáculo.

Cuando barren las hojas secas, desprendidas sin vida de las ramas; cuando a cada aleteo del viento nuevos despojos cubren lo que antes se ha limpiado, nos parece ver los tristes recuerdos, las importunas ideas turbando los últimos días de la vida!

*

* *

El doce de este mes ha vuelto al seno de la Madre Tierra,

* Se cree que esta revista y otras escribió Rizal para el *Diariang Tagalog* en Manila, pero este periódico no se publicó mas después de algunos números.

Ms. está en la Biblioteca Nacional.

D. Estanislao Figueras, el eminente jurisconsulto, el ilustre demócrata, el expresidente de la República española.

Numeroso cortejo, compuesto de amigos, compañeros particulares y políticos le han acompañado a la última morada.

Muchas casas ostentaban enlutadas colgaduras, coronas y crespones.

Todas las clases de la sociedad estaban representadas: políticos, abogados, médicos, artistas, periodistas, obreros, etc. etc.

Se recordaban sus hechos, sus célebres frases, su honradez y sus altas cualidades políticas.

Un ilustre escritor ha dicho: nosotros damos y devolvemos a la tierra lo que es de ella.

Obedeciendo a esta ley común, todo el mundo se aniquila y muere no solamente para dar a cada uno lo que es suyo, sino para dar la vida a nuevos seres.

*

* *

Una hora después nace en la púrpura del trono una hermosa niña, una nueva infanta.

Catorce cañonazos, varios faroles blancos y una bandera blanca también anunciaron al pueblo de Madrid el fausto acontecimiento.

¡Cuántas esperanzas desvanecidas, cuántos proyectos risueños evaporados! Militares, empleados y estudiantes veían en el nacimiento de un infante, galones, ascensos, gracias y dispensas, y echaban allá sus cálculos, esperando más ansiosos que la misma familia real, la hora feliz del alumbramiento.

Así como ha nacido en coronada cuna, al arrullo de las auras palaciegas entre la luz, el poder y el oro; así como a su primer llanto sólo responden voces respetuosas, así sea también el resto de su vida, y mienta una vez más el dicho que la felicidad huye de los artesonados techos.

*

* *

Bielsa y Bargossi van a disputarse la corona.

Para el público entusiasta; para los paisanos del aragonés; para los bielsafilos y bargossifilos, *ni Napoleón en la víspera de la batalla de Waterloo, ni Augusto preparándose contra*

Marco Antonio ofrece tanto interés como la lucha decisiva de los dos andarines.

Es la eterna conversación del día.

¿Tú vas a ver a Bielsa?—¿Y tú?—Voy por Bielsa.—Yo también.—¡Pues yo por Bargossi!—¡Bruto!—¡Animal! ¿Cuánto quieres perder?—¿Y tú, Juanito? ¿Cuánto? ¿Cuánto?

Una vez en la plaza y registrados y reconocidos por los médicos, que los declaran sanos y en buenas condiciones, comienzan la carrera.

La condición era dar el mayor número de vueltas en tres horas.

Después de veintidós vueltas Bielsa el aragonés declara no poder seguir corriendo por sentirse indispuesto. Llevaba ya casi media vuelta de ventaja. Es conducido a la enfermería. He aquí lo sublime.

Bargossi, que canta victoria al ver que su adversario se retira de la plaza, en vez de coronas, laureles, o el ramo de encina u otra cosa que indique el triunfo, recibe del público entusiastas botellazos, zapatazos y todos los proyectiles que se encontraron a la mano. ¿Quién, sino el entusiasmo es capaz de dar semejante muestra de apasionamiento? ¿Se diría que es una ovación moderna, realista, a lo Emilio Zola!

Pues no señor, el entusiasmo era por el *otro*, por el que según el jurado era el vencido.

El público decía que el italiano había narcotizado a Bielsa cada vez que se cruzaban, pues llevaba cloroformo en sus cabellos y en su pañuelo. Se creía engañado, burlado y explotado.

Para contener su ira, que se manifestó contra el italiano y el empresario Ducazcal, hubo menester de intervenir la autoridad armada y numerosa, y aun así no le libró al Sr. Ducazcal el perder todos los botones de su frac.

Las mujeres eran las que se mostraban más furiosas. Bielsa fue después paseado en triunfo, y Bargossi tuvo que salir disfrazado y partir después para el extranjero custodiado y defendido.

¿Qué se diría en el camino?

*

* *

La Academia española de Ciencias Antropológicas en el primer mensuario de la muerte del ilustre Dr. Velasco,¹

ha celebrado en la Alhambra una sesión para rendirle un piadoso cuanto entusiasta tributo de admiración y gratitud.

Se leyeron poesías delicadísimas, discursos, y otras composiciones llamando la atención el que pronunció el Sr. Letamendi por sus elevados conceptos, por su fondo, por su correcto Carlicismo.

Se coronó después al busto del fundador del más célebre Museo Antropológico que ha visto la España.

*

* *

Genma Cuniberti, la niña precoz, la Sarah Bernhardt, en perfecta miniatura, está llamando con justísima razón toda la atención del público madrileño.

Autores eminentes han escrito piezas para ella, solamente para hacer resaltar todo su talento increíble y sus verdaderos conocimientos artísticos. Viste con una propiedad pasmosa, increíble para sus pocos años: expresa con naturalidad y con rara perfección todos los sentimientos. ¡No hay como ella cuando se pone triste y alza los ojos al cielo!

Al verla no podemos menos de acordarnos de Mil hombres y Mil mujeres. Con una educación apropiada con buenos maestros pueden ser otros tantos Cunibertis.

Ella es el amor, el cariño, y la alegría de muchos párvulos que la ven salir y representar distintos papeles. Los adultos y los viejos no cesan de admirar su extraordinaria precocidad.

*

* *

El Comandante Mayet² sigue llevando a las altas regiones del aire a todos los representantes de las sociedades y *suciedades* de la tierra. Un periodista, una señorita, un empresario, un burro y un novillo, merced a él han salido de las bajas esferas a remontarse a extraordinarias elevaciones.

Antes iba a explorar las regiones del aire un torero; yo no sé por qué no siguió. Un novillo parece que, al ver su timidez, le reta en esa plaza infinita donde no hay barrera ni picadores.

¿Qué se diría el burro, el pobre paria del trabajo, cuando saliendo de sus habituales oficios vió que se levantaba y elevaba sobre los hombros, sus verdugos? No se habría

imaginado el sentir que le cargaban y llevaban, él sólo sabía cargar y llevar, no se habría imaginado que el Cielo se compadecía, al fin, de sus miserias y, ¡en pago de su virtud le llevaba a gozar de los dilatados campos llenos de paja y cebada!

Se espera que el Comandante Mayet lleve después consigo a un pobre cesante para nuevo Satanás, enseñarle tras el panorama de Madrid, tentarle con su riqueza y magnificencia, después ochenta o más días de ayuno y abstinencia rigurosa.

No falta quien ha llamado a Mayet el Comandante Noé.

*

* *

La Moderna Idolatría, así se llama un drama estrenado en Apolo, producción del conocido autor señor Cano.

El público no lo ha recibido con frialdad sino con terror y, a veces, repulsión.

El argumento del drama es bastante rebuscado y poco natural en ciertos pasajes: tiene escenas hermosísimas, verdaderas obras maestras de sentimiento y fuerza como la de la madre y la hija. Casi todos los personajes son antipáticos, repugnantes, y hubo momentos de verdadera ansiedad, como que tres veces se coge el revólver, que pasa de mano en mano. Es una violenta y brutal sacudida la que se recibe a su representación.

Se esperaba otra cosa mejor de la reconocida pluma del Sr. Cano.

*

* *

El Domingo 26, la sociedad libre-cambista ha celebrado en los salones de la Alhambra un *mitin* para tratar de las reformas arancelarias.

El Sr. Figuerola presidió: expuso en breves y concisas palabras el objeto de la reunión. Hablaron los Sres. Castañeda, Padregal, Azcárate, Moret y Rodríguez.

El auditorio era numeroso y escogido: entusiastas aplausos interrumpían los discursos.

*

* *

El Círculo hispanofilipino³ ha publicado ya el segundo número de la Revista.

Nuestras excusas, Suscripción nacional, El regio alumbramiento, La enseñanza industrial y artística en Filipinas, La Causa de Surigao, Crónica de Manila, Crónica de la quincena Manila y Actas y documentos: son los artículos publicados.

Esta Revista, la única expresión de la colonia filipina en esta Corte, lucha con muchos obstáculos para su sostenimiento y progreso. De sus hermanos y compatriotas espera protección y apoyo.

*

* * *

La impresión producida por los periódicos de Manila, llegados ayer, por el triste y horroroso relato de las pérdidas y desgracias acontecidas y sufridas en el país en donde todos ven una patria, familias y amores, es indescriptible, profunda, dolorosa.

Un ¡ay! una exclamación de dolor y de espanto se oía a cada noticia desgraciada, y ¡todas las que daban los periódicos eran desgraciadas!

En tanta miseria y dolor, la colonia filipina envía a su país y a sus familias la sincera expresión de su dolor y luto.

MADRID, 2 de noviembre de 1882

LAONG-LAAN

NOTAS

1. Dr. Velasco, además de ser fundador del Museo Antropológico, fue un eminente antropólogo.
2. El Comandante Mayet, un francés, murió en la noche del 28 de enero de 1883, porque cuando bajaba su globo aerostático "se enganchó en una chimenea la barquilla y por salvarle el Capitán Mayet a su compañero cayó a la calle desde un quinto piso . . ." (Véase la carta de Rizal, Madrid, 29 de enero de 1883.)
3. Antes de la llegada de Rizal a Madrid, se fundó el Círculo por la colonia de filipinos y algunos españoles. Rizal celebró la fundación, ingresó como socio, pues era un centro de unión para los filipinos y publicaba una revista, que podía ser un vehículo de propaganda y de acción de los intereses filipinos. Pero decayó a los pocos meses y a Rizal le disgustó la política de la revista, que era muy prudente, y no se atrevía a tocar las cuestiones públicas. En fin, por falta de recursos, murió a principios del 83 la revista con el Círculo.

UN RUMBOSO GOBERNADORCILLO *

CAPITÁN PEPE VA A DAR UNA CENA:

Todos los prohombres del arrabal de Binondo están invitados: el cura, el alcalde, el promotor fiscal, el Teniente de la Guardia Civil Veterana, recientemente instituída, un franciscano muy amigo de Cpn. Pepe, el cura de Tondo, dos o tres comerciantes extranjeros y algunas personas más. Esta fiesta la da capitán Pepe al cura por ser el aniversario de la muerte de la madre del cura acaecida allá en Calahorra, por lo que decía a sus convidados íntimos secretamente: Vaya V. a casa, tenemos fiesta por la muerte de Da. Calorra, la madre del cura; no diga Sr. nada al padre.

Allí podemos ir si no estamos invitados haciendo lo que los cadetes, esas mariposas que van a donde haya luz, música o cena, aire que se cuele en todas partes, de los cuales basta que uno conozca o no al dueño de la casa para que todos sean o no presentados.

Capitán Pepe es un hombre de cuarenta o cuarenta y cinco años: bajo de estatura, grueso, de un color bastante claro, pelo muy largo por delante y corto por detrás, frente un poco estrecha, cabeza redonda y pequeña, cuello corto y robusto. Es un hombre que sabe tomar un aspecto de conquistador o sultán cuando trata a sus paisanos e inferiores, y ademanos de bufón serio cuando se dirige al cura y a varias autoridades. Rico, con cinco casas en la Calle del Rosario y Anloague, tiene varias contratatas con el Gobierno. Cambiaría de religión por no reñir con el cura, manda decir dos misas por semana en provecho de las almas del purgatorio, los domingos, y días de fiesta oye la misa de diez y después se va a la gallera de la cual es asentista. Se le suele ver a menudo a la cabeza de una orquesta para felicitar al cura, al teniente de la Guardia Civil, al alcalde y hasta si mal no me acuerdo, a un chino muy amigo del Gobernador Civil. Él pondera sus discursos, canta los himnos hechos *ad hoc* para desear la palma y la corona al *buen padre*. Manila le conoce por sus bailes y banquetes;

* La Biblioteca posee el original de este escrito de Rizal.

capitán Pepe se preocupó mucho y fue a consultárselo al cura párroco. Éste le consoló con estas palabras dichas con mucha gravedad y en muy mal tagalo: Hay que saber interpretar las palabras de nuestro Señor Jesucristo; aludía a los ricos que no dan nada a la Iglesia, que no se acuerdan de mandar decir misas, dar limosnas, hacer donaciones. Ya ves Pepe: (aquí se conmueve el capitán), Abraham, David, Salomón, Job y otros santos eran muy ricos, pero como no se olvidaban de Dios y mandaban decir misas por las almas del purgatorio, fueron queridos del Señor. Sigue Pepe, (aquí se asoma una lágrima de ternura a capitán Pepe)—sigue en esa buena senda y no imites a otros impíos que no dan nunca nada a la Iglesia. Mira, yo te diré en secreto una cosa pero no lo divulgues; guárdalo en el fondo de tu corazón; te lo digo porque te quiero mucho, Pepe—(llora de veras capitán Pepe)—Anoche soñé que te llevaban los ángeles al cielo en medio de luces de bengala y cohetes, y los impíos iban al infierno de cabeza levantando hacia tí sus manos en ademán suplicante.

A esto contestó capitán Pepe con sollozos, dejando diez monedas de cuatro duros para una misa de gracia, besó la mano y se marchó.

¡El día en que le hicieron gobernadorcillo! El *Simbangbaras* ha sido un día de rosa para todos los sacristanes, empleados, cesantes, carabineros, alguaciles y . . . ¡Qué billetes versificados, qué *pabalsás!*

Su gobernadorcillo ha sido una continuada fiesta. El *frac* cortado por Alberto Reyes se veía en todas partes, de día y de noche ya en las procesiones, ya en la gallera, ya presidiendo a los munícipes de Binondo o a los chinos cargadores, portadores de jamones, pavos, manzanas, mangas, gallinas enteras, compañeros de capitán Pepe, lictores como dirían en la antigua Roma, para visitar a las autoridades de intramuros y al Cpn. General de Malacañang. Por eso las relaciones con los dioses del Olimpo, sus *familiaridades* con ciertas grandezas.

Durante el tiempo de sus regalos y genuflexiones, esto es, mientras gobernó pequeñitamente, en Binondo se oyeron los juicios más célebres, sentencias las más originales y variadas: Por si nuestro lector no es de Manila traeremos aquí dos de los menos célebres que tiene peso que le caracterizan.

Discutían dos individuos sobre si el uno había prestado al otro tantos duros: el otro aseguraba que eran menos, apoyándole ambos en sus papeles, recibos, cartas, etc. y agriándose.

NOTA

En este artículo, el Dr. Rizal nos describe la triste figura de un hombre, que gracias a su imbecilidad, es elevado al puesto de gobernadorcillo del pueblo. El pobre hombre entregado completamente a los curas, hace todo cuanto éstos le mandan, convirtiéndose en el ser más despreciable de la localidad. Y esa es la figura grotesca del rumboso gobernadorcillo llamado capitán Pepe.

La descripción de este capitán Pepe nos recuerda, por su similitud la figura de capitán Tiago del *Noli Me Tángere*.

UN LIBRE PENSADOR

No he visto nunca en mi vida un ser más antipático que el libre-pensador.

Desde mi infancia yo le he tenido miedo, y horror en mi adolescencia.—Ahora yo no sé qué pensar de él.

Cuando niños, nos acostumbran a ver bajo este nombre un ser condenado por nuestra santa Religión o al menos por nuestros sacerdotes, un alma entregada al diablo porque no piensa como nosotros ni como los ministros de nuestro Dios; ya adolescentes, cuando, salidos apenas de los juegos infantiles y del regazo de nuestras madres, dejamos los cometas y los caballitos de madera, para discutir los eternos principios de la Moral, para sondear las profundidades del alma, para desenvolver y refutar tantos sistemas filosóficos, para penetrar en las inmateriales regiones, dédalos tal vez, de la Metafísica, y guiados por manos maestras llegamos hasta a descifrar todos los enigmas que pavimentan el camino de la vida; cuando, con la fe en el alma, el amor en el corazón y la confianza en todo nuestro ser, vamos admitiendo sin réplica ni duda, sin discusión ni reserva suficientes, todo lo que nos dicen nuestros grandes maestros, todo lo que se nos presenta como dogmático e infalible, entonces llenos de luz y de celo religioso concebimos un horror por esas *ovejas descarriadas* que se han dado a conocer con el nombre de libre-pensadores.

¡Orgullosos! les decíamos nosotros, almas huecas y vanas que no admitís más que lo que vuestra razón os dicta; que raciocináis sin partir de nuestros santos y saludables principios; vosotros, mezquinos de concepción, estrechos de espíritu, no comprendéis nuestras luminosas creencias, ¡ay de vosotros!

Y con tanta caridad como filosofía les veíamos condenados para toda una eternidad. Absolutamente exclusivistas, como debían de serlo, todos los partidarios de la verdad que no es más que una y que todo lo demás es mentira, huíamos su contagio, esquivábamos su presencia, cerrábamos nuestros ojos y nuestros oídos a sus escritos y a sus palabras.

Y no hablo yo aquí de esos libre-pensadores de pega, de moda, de imitación o de tono, no; sus objeciones y razonamientos los destruíamos con dos o tres distingos que ellos no solían comprender y les hacíamos volver como mansos corderitos a nuestro corral, tan amigos siempre. ¿Qué podían hacer contra nosotros, los que nos hemos amañado con jugos escolásticos? Católico desde los cinco años, filósofo a los catorce, metafísico a los quince, teólogo a los diez y seis, nuevos Davides, derribábamos a esos Goliaths en un santiamén que las viejas se quedaban embobadas de nuestra sabiduría.

No, yo no me refiero a esos libre-pensadores; no merecen que uno se tome la molestia de disentir con ellos: yo me refiero a esos hombres dejados de la mano de Dios, que perseveran en el mal, que cierran los ojos a la luz, a esos que están convencidos de lo que dicen, que han raciocinado mucho y que mueren en la impenitencia final, como dice mi maestro. ¡Ah! tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, su corazón es como las piedras donde nada puede sembrarse ni germinar.

Yo he tenido la triste suerte de conocer a uno de estos desgraciados y por más que le he querido convertir nada he conseguido.

Era un famoso médico, a quien sus colegas todos llamaban sabio, hombre de muy profundos y extensos conocimientos en los diferentes ramos que componen la ciencia humana. Mientras no ha hecho más que explicarme la asignatura de la que era profesor, le he admirado y he bajado mi cabeza; pero tan pronto como entraba en el terreno filosófico-religioso he dejado de oírle y me he reído de sus explicaciones.

Y sin embargo, parecía que tenía razón: tan claras eran sus demostraciones y tan contundentes sus argumentos. Pero aleccionado yo desde mi más tierna juventud no caía nunca en esas engañosas apariencias del diablo, y oponía a la realidad la fe, al raciocinio el dogma y nunca me faltaba ocasión de poner un distingo que me dejaba muy satisfecho.

Aparte de todo esto, el médico L. era de costumbres muy sencillas sin ser groseras, maneras naturales sin ser familiares jamás y gustaba de hablar con nosotros, de discutir hasta sobre la filosofía pero sin llevar jamás sus ataques a nuestra religión, exponiendo de cuando en cuando sus opiniones propias, respetando siempre las de los demás. Así que si no fuera porque le encontrábamos un poco más liberal

quizás de lo que debiera ser, hubiéramos llegado a amarle; pero enemigo de mi Dios, debe ser también enemigo mío.

Viendo yo que alma preciosa e ilustrada se condenaba irremisiblemente si yo, faltando a la caridad cristiana, no me dignaba instruirle en la verdadera religión, hacer penetrar algunos rayos de luz dentro de aquella inteligencia oscurecida, hice el firme propósito de convertirle, darle parte de las verdades de que rebosaban mi inteligencia y mi corazón.

Y así, aprovechando un día en que él estaba muy triste, me acerqué a él, dispuesto a discutir con él para traerle al buen camino. Cuando las aflicciones descienden al alma, es señal de que Dios quiere prepararle para las cosas buenas. O como diría un gran predicador dominico que me embelesaba en mi niñez: "Cuando la fresca lluvia de las celestes lágrimas cae sobre el árido terreno del estéril corazón del alma, las gotas de la gracia fecundan el suelo que el calor del infierno ha secado y entonces el sembrador de la Iglesia puede plantar en aquellos regados surcos la divina semilla de los mandamientos de nuestra Sta. Madre, la Iglesia."

Yo ya me recreaba con la idea de que iba a convertir a un gran hombre, por lo que mereceré se me perdonen mis pecados: así que encontrándole un día pensativo en su jardín me acerqué a él con la idea de llevarle a una discusión teológica.

¡Ah! exclamó al verme con su natural afabilidad. Viene V. muy a propósito; vea V. en este injerto como ha obrado aquí la naturaleza . . . es casi admirable.

Y se puso pensativo.

—Dios, querrá V. decir—me apresuré a rectificar su frase.

—Dios o la naturaleza, amigo mío, me es igual—contestó con una triste sonrisa. Sabe V. muy bien que una de las muchas acepciones que dan los escolásticos a la palabra natura es *Deus*. Por lo demás yo no me meto a buscar si es Dios mismo quien obra ahí o la naturaleza ordenada por Dios. Pero dejemos esto que es una cuestión árida y nada sacaríamos en claro: hablemos de V.

No, no, —dije yo—al contrario hablemos sobre esto; es una conversación que me gusta mucho porque me entera de muchas cosas y me confirma en mis creencias.

Se sonrió tristemente y repuso:

—Cuénteme V. algo de su país, tengo tantos deseos de ver, y, sin embargo, me parece que moriré sin haberlo visto. A mi edad . . .

—A su edad de V.—repliqué—no debe V. pensar ya en viajes; hay uno que debe preocuparle a V. más y vamos a hablar de ese.

—¿Lo ha hecho V. alguna vez?—me preguntó adivinando mis palabras.

—No, pero otros lo han hecho, como V. y yo lo haremos.

—¿Está V. seguro?

—Y tan seguro.

—¿Pero cómo sabe V. que se hace ese viaje? ¿Quién se lo ha dicho?

—¿Como? quién pues . . . nuestra Sta. Madre, la Iglesia.

—¿Y a ella quién se lo dijo?

—Jesucristo en sus Evangelios.

—¿Quién hizo los Evangelios?

—Los apóstoles.

—¿Está V. seguro?

—¡Ya lo creo! Además . . .

—Perfectamente, si V. está seguro, sea enhorabuena; Dios no le puede a V. pedir más porque V. obra como piensa, piensa como cree, y cree según su conciencia. Dios no pide imposibles.—Y consultando su reloj, me convidó a comer con él pues ya era la hora.

Conocí que huía toda discusión; yo, no queriendo exasperarle, aplacé para otro día la conversión, prometiéndome mejor éxito. .

Lo que más me alentaba en la tarea que había emprendido era que notaba en él, además de su recto sentido moral, su natural apego o una especie de simpatía a nuestra Sta. Religión. Su mujer y su hija eran católicas, oían misa, confesaban, comulgaban y ayunaban siempre que la Iglesia lo mandaba. Por su parte, aunque él no practicaba los sacramentos, su vida era bastante ejemplar, no se le conocía ni un vicio: curaba gratis a los pobres dándoles hasta las medicinas, distribuía limosnas y no se le oyó nunca hablar mal de nadie, ni del gobierno siquiera, que es todo lo que se puede decir.

—¡Qué lástima—me decía yo muchas veces—que tantas virtudes no sirviesen para nada y que tanta ciencia y tanta abnegación parasen en el infierno!—Verdad es que no le olvidaba en mis rezos, lo que me parece que debía contribuir a mantenerle en tal estado.

Como decía, él tenía una hija muy buena, bastante bella pero muy simpática.

Decidido a ser su sombra (se entiende buena) determiné hacer el amor a su hija para así tener más ocasión de hablarle y de encontrarle en casa y a ver si entre su hija y yo logramos traerle al buen camino.

Me dirán Vs. que el camino que he escogido es un poquito largo: tal vez tengan Vs. razón, pero es el más seguro, ¡todo sea por amor de Dios!

Hícele, pues, el amor a la niña; pero Dios, sin duda para probarme, decretó que ella no admitiese mi amor apesar de vivas protestas, de mis frecuentes visitas, de hablarle del Cielo y de mis esperanzas. Llegué un momento a creer que el diablo, temiendo la realización de mi plan, impedía por todos los medios posibles mis santas aspiraciones; pero reflexionando un poco comprendí que no podía ser así por la razón siguiente. El diablo, muy astuto, muy tentador, hubiera favorecido nuestros amores, para después distraerme, apartarme de mi camino y hacerme entrar en otras vías.

Convencido, pues, de que todo era designio divino, me animé más y más viendo en ello la señal segura de que todo lo que hacía era a sus ojos agradable.

Aprovechaba todas las ocasiones para disputar con él, y como era muy versado en las Sagradas Escrituras, en los Evangelios y en las obras de los Stos. Padres, tenía yo también que estudiar estos fundamentos de nuestra Religión para no quedarme atrás . . .

Él no admitía la doctrina cristiana. Yo le hablé de los cuatro infiernos que hay en el centro de la tierra, según el P. Astete y me contestó con una sonrisa. Por lo demás, él no me negaba nada, pero no admitía tampoco todo lo que le decía.

Un día yo le pregunté si teníamos alma y si el creía en ella, me contestó: ¿Cree V. en ella?

—Sí, y estoy convencido de que existe y cómo existe y porque existe.

—Mejor que mejor—me contestó y me habló de otras cosas.

Sin embargo él una vez en la clase se dejó decir que no teniendo nosotros exacto conocimiento de lo que es la materia, desconocemos sus cualidades y por consiguiente no

podemos negar a ella las que no sabemos a que género de ser pertenecen exclusivamente.

En otra ocasión dijo que el hombre concibe las ideas de un modo material y siempre bajo una forma, y que no tiene nunca una noción exacta de lo que es infinito ni lo que es ilimitado, y que todo lo que se imagina o se forma en su inteligencia está en analogía con los objetos exteriores.

Una vez con motivo de un gran acontecimiento, dijo en medio de su entusiasmo que el hombre, para ser responsable de sus actos, para merecer el premio o el castigo, debe obrar solamente según su conciencia y su razón sin dejarse llevar de ajenas opiniones: porque desde el instante en que obra a influencias de otro, pierde su carácter de libre y no obra según él sino según los otros. Sostiene, sin embargo, que la conciencia debe ser ilustrada y sustraerse a toda presión. Dijo también que Dios no pide al hombre un imposible, y por consiguiente no le exige que vea blanco lo que es negro y negro lo que es blanco. "Si mi razón me dice que ha de ser así, no debo creer que ha de ser lo contrario: el que razone con más o menos claridad, eso no me incumbe; no tengo obligación de ser sabio, sino hombre de conciencia y de convicciones: sin embargo, yo no rechazo las luces siempre que me puedan alumbrar."

Yo notaba que apenas adelantaba en mis dos conquistas. Tanto el padre como la hija permanecían aún de pie y no se rendían. No obstante observé que el padre se mantenía más y más en sus opiniones y la hija se ablandaba de día en día aunque insensiblemente.

Veía allí tan claro la mano de Dios y estaba ya casi tocando el fruto de tantos trabajos, cuando un día cayó enfermo el padre para no levantarse ya más. Un joven médico, pariente de la casa, se encargó de asistirle; gozaba de gran reputación y que el mismo enfermo apreciaba como médico y como amigo. Excuso decir que he ido a velar junto a su cama dos o tres noches, ya espiando todos los momentos para hablarle de Dios, ya platicando con su hija que se volvía de día en día más pensativa y más amable también para mí. Yo ya me interesaba mucho por ella quizás porque veía en ella el instrumento de Dios para fines laudables; y puedo aseguráros de la pureza de mis pensamientos. Y hasta hubiera sido capaz de casarme con ella si así hubiera sido menester, todo sea por amor de Dios.

El enfermo, sin embargo, notaba que se aproximaba a la tumba, y varias veces así lo ha expresado. Recuerdo aún la noche que precedió a su muerte. Estábamos reunidos en la alcoba, él en la cama, su esposa, su hija y yo.

Pálido, descarnado, con la fisonomía triste y profunda, respirando fatigosamente, pero bañado siempre en una especie de atmósfera de tranquilidad que daba a sus facciones una simpatía singular.

Su señora rezaba fervorosamente en silencio, sentada en una silla: toda su mirada se reconcentraba en su esposo, pero; ¡qué mirada! . . . Se veía que ella recordaba todo un pasado feliz . . . No había un crucifijo siquiera.

La hija, que hacía dos noches que no había dormido, estaba inmóvil sentada en un sillón; su mirada vagaba sin fijarse en ningún objeto. Qué bella me parecía con su palidez y con sus suplicantes ojos. Si el enfermo fuese católico yo la hubiera tomado por el Ángel de la guardia que vela en la cabecera del enfermo para transportar su alma al cielo, pero, desgraciadamente, no podía ser así.

—Acercaos—dijo el enfermo con voz desfallecida pero cariñosa—acercaos: los momentos me son preciosos . . . conozco que mi hora se acerca y dentro de poco quizás vea a Dios y penetre lo que siempre he ignorado . . .

—Sí—me apresuré a contestar—vay V. a comparecer delante de Dios, reciba pues los sacramentos.

—Amigo mío—me contestó con un gesto breve y fijando en mí una mirada de agradecimiento—gracias por sus buenos deseos; pero no hablemos de eso . . . voy a morir y necesito este tiempo para dedicarlo a mi familia.

Los sollozos de la madre y de la hija largo tiempo reprimidos dejaron oír.

—¿Cómo? ¿Lloráis vosotras que creéis en la otra vida? exclamó—yo soy quien debo de llorar, que no sé que será de vosotras . . .

—¡Oh! en cuanto a eso descuide V.—interrumpí vivamente.

—¿Qué será de vosotras?—prosiguió—Ven, hija mía, acércate; pon tus manos en las mías . . . están frías . . . es que la muerte se acerca . . . yo ya no siento bien el calor de las tuyas.

—¡Papá . . . papá!—gritó llorando su hija y cayendo de rodillas.

La esposa estaba también arrodillada al pié del lecho.

—No lloréis . . . antes bien escuchadme . . . En la inmensa duda acerca del porvenir . . . hoy que os voy a dejar vuestra existencia sólo me preocupa . . . oye, hija mía: sé que tú amas, aunque no me lo has dicho nunca, pero yo lo sé . . . ¿no es verdad? . . . pues bien . . .

—Oh, no se ocupe V. de eso, papá . . . si V. no lo quiere no le amaré.

Mi corazón palpitó y me acerqué más para oír mejor.

—No, no de ningún modo—repuso el enfermo—yo apruebo tu elección y deseo que te cases con él.

Estaba a punto de caerme de rodillas para darle las gracias, cuando se abre la puerta y entra el médico todo conmovido. El aspecto del cuarto le sorprendió.

—Te esperaba, hijo mío—le dijo el enfermo—ven, arrodíllate . . . así yo te doy mi hija . . . haz de ella una buena esposa . . . yo bendigo vuestro amor . . .

Y expiró.

Yo no sé lo que pasó por mí; ya no me dí cuenta de los que sucedió después.

Siempre que pienso que aquella alma se ha perdido para siempre y yo no lo he podido salvar . . . yo que tanto he trabajado . . . ¡Ah! ¡La impenitencia final!

El castigo que da Dios a esos libre-pensadores . . . ¡Horror! . . .

Desde entonces, viendo la mano de Dios retirada de estos desgraciados, yo ya no pienso convertir a ninguno. ¡Qué se condenen!

Y para eso ¡he tenido que hacer el amor a su hija!

NOTA

En este cuento que Rizal escribió probablemente en Madrid hacia 1884, según D. Mariano Ponce, él tuvo a la vista la mentalidad entonces en Filipinas de considerar a los librepensadores como seres execrables, almas entregadas al diablo; y como enemigos de Dios iban derechito al infierno, condenados para toda la eternidad, según los sacerdotes.

UN RECUERDO (COSTUMBRES FILIPINAS)

Hay ciertos puntos en los inmensos espacios desde donde se contemplan el sol, vistosas nubes, mares, continente, islas, rocas, grutas, aves, fuentes y flores; en una palabra: todo un mundo riente, colosal, animado o sublime. El águila atraviesa tan bellas regiones desafiando los furores del mar que semejante a una gigantesca tumba o a un monstruo de mil fauces ruge esperando devorar su presa. Los humildes pajarillos renuncian a tan magníficos panoramas y se contentan con sus umbrosos bosques y saltan de rama en rama, de flor en flor, en torno de sus rústicos nidos.

Vaya pues el ave de poderoso vuelo a elevarse a las altas esferas del fuego de la luz; nosotros nos contentaremos en pasearnos por los campos de la infancia y de la juventud evocando las queridas sombras de lo pasado: los recuerdos. Sí, evocaremos los recuerdos, evocaremos esos seres que dormitan allá en el melancólico horizonte de la memoria, envueltos en la misteriosa gaza del tiempo, que aumenta las bellezas y atenúa los defectos, y semejante a una divinidad egoísta y celosa hace que odiamos lo presente para no suspirar sino por lo pasado; evocaremos esos seres de naturaleza aérea, personificación de lo vago, lo dulce y lo sentimental como las ondinas del lago y las sílfides del aire, que nacen y aumentan con nuestros años, transformaciones tal vez de las muertas ilusiones, esos seres en fin que cuando ya todo nos falte: amor, energía, confianza y entusiasmo, piadosos amigos vendrán a consolarnos en las soledades de la vida.

¡Ah! pero nosotros buscamos objetos sencillos y nos encontramos con un mundo colosal en continuo crecimiento que gira allá en ese otro espacio infinito de la memoria. ¡Que mundo que asimila a sí todas las ruinas del presente y las concepciones del porvenir! Allí está el mundo exterior pero más ideal o más bajo, más triste o más sublime, según a través de que prisma se vea o se conozca. ¿Y seremos capaces de abarcarlo todo y débil Atlas, no nos aniquilaremos bajo su grandioso peso?

Concretémonos pues a ciertos recuerdos o a uno solo. Y ahora que los tiempos y el espacio nos alejan del sitio y de

los personajes, deleitemos en pintarlos, y para que, dándoles vida, nos sirvan como compatriotas en lejanos países. Son esos dulces reflejos de la mañana de un día: bien puede uno recrearse con su recuerdo, si a la caída de la tarde el cielo se oscurece y la tormenta se anuncia a lo lejos.

II

Era el mes de Abril de 187 . . . Hacía pocos días que había salido del Colegio. Como la tierra y como los prados estaba yo entonces en la primavera de la vida: tenía cerca de diez y seis años y soñaba en las más ideales ilusiones. Todo me parecía bueno, bello y angelical como las brisas matinales, como las sonrisas del niño o como el misterioso coloquio de las flores. Los recuerdos del Colegio, mis profesores, amigos y compañeros, los estudios, las recreaciones y los paseos no se habían borrado aún de mi memoria y ocupaban casi todos mis pensamientos. ¡Que sueños y que proyectos me formaba yo entonces! Yo veía el mundo a través de un cristal que lo embellecía y poetizaba; lo veía al través de mi imaginación, no herida aun por el más leve desengaño, y me parecía que sus escenas y sus personajes todos eran dignos de amor, veneración y sacrificio. Niño, confiaba no hallar en mi camino dramas ni tragedias sino églogas e idilios, creía en el bien, y si era tímido, si tenía cierto instintivo miedo, si pensaba en el mal que solo creía forjado para hacer contraste con el bien, era que en mí había dos hombres: uno natural, confiado, alegre y presto a entregarse y dejarse seducir por la primera impresión, y otro, artificial por decirlo así, receloso, preocupado, efecto sin duda de coeducación y de las teorías. De aquí nacían combates, después dudas y vacilaciones y, si alguna vez vencía la naturaleza, solo conseguía una falsa victoria sacando de la lucha, como señales indelebles, una irritación, una melancolía hija de los vagos deseos no satisfechos. De seguro que si en aquella época hubiéraseme aparecido una hada que adivinando mis aspiraciones, (que yo mismo no conocía bien) me hubiera prometido satisfacerlos, de seguro que me hubiera dejado guiar pese a todas mis teorías y prevenciones.

En este estado moral que en vano uno analiza cuando se tiene delante, y que solo se conoce cuando ha pasado ya,

semejante a las diosas de Virgilio, por la luz y el aroma que dejan, pasaba yo las vacaciones al lado de mi familia en mi pintoresco pueblo. Mis diversiones eran las más simples y primitivas: bañarme en las fuentes y arroyos, pescar en el río o en el lago, o recorrer las campiñas montado en un brioso corcel.

Uno pues de los primeros días de este Abril se me ocurrió bañarme en un famoso riachuelo de un vecino pueblo, playero también como el mío. En una ligera y fresca carromata tirada por un caballo iba yo recorriendo la ancha carretera que hacia él conducía. Los campos sembrados de la caña dulce que a la sazón se beneficiaban las ligeras y flexibles cuanto hojosas cañas, el verde y alto Maquiling, el *cupang* elegante y ramoso, las chozas, las fuentes, todo me sumía no en meditación ni en reflexiones, sino en una especie de sueño, de regocijo inexplicable que se siente y se goza y desaparece tan pronto como se quiera analizar. El sol que entonces se levantaba derramando doquier luz y colores, prometía un día brillante y caluroso. Hubiera querido detenerle en su mañana no con el grandioso fin de vencer a cinco reyes, sino con el sencillo deseo de gozar del placer y de la luz. Pero ni el sol ni los años se pueden detener ya como en las edades bíblicas, y nosotros tenemos que seguir mal que le sepa a nuestro sibaritismo, el invariable curso del Destino.

Pasada la peligrosa garganta que divide y limita mi pueblo del de M * * * preséntase a la vista un delicioso paisaje. La iglesia del pueblo con su casa parroquial a lo lejos, entre árboles, cocoteros y cañas, a la derecha la falda del monte y a la izquierda, la ancha Laguna tranquila y apacible, enviando a la playa sus ligeras olas que morían murmurando en la fina arena. Una brisa fresca agitaba las brillantes hojas de los árboles y arbustos que había cerca del camino solitario y desierto. Algunas cabras y ovejas pacían la abundante hierba cerca de la playa.

Después de recorrer bastante trecho detúveme a una casita que hay a la orilla del camino: limpia y fresca, como la india de las orillas del Pasig, rodeada de árboles de nanca y guayaba, entre altas y elevadas palmeras, parecía aguardar al bañista deseoso de sumergirse en las frescas ondas del vecino arroyo. Respirábase en aquellos contornos una paz y una tranquilidad que el susurro de las cañas, esa

música de los bosques filipinos, hacía más agradables aun ofreciendo por decirlo así un concierto silencioso.

Bajé y me dispuse a tomar el baño.

Hay un sendero que partiendo del camino frente a la casita sigue bordeando el *Dampalit*, dando de distancia en distancia pequeñas ramificaciones que servían para descender al agua. A ambas orillas del arroyo, que no son muy altas crecen y se elevan todos los hijos de la vejetación exhuberante y tropical. Las cañas, los plátanos, el papayo entrelazados bien por sus mismas ramas, bien por todo un mundo de enredaderas, parásitos y trepadoras formaban una verde bóveda que sumisa al arroyo en dulce sombra defendiendo del sol y del viento. Al pie de estos árboles y besando inclinados el cristal líquido se balanceaban una multitud de plantas y arbustillos matizados de pequeñas florecillas amarillas rojas o azules. Bajo aquella umbrosa enramada deslizábase tortuosa entre piedras sembradas y fina arena la exigua pero fresca y cristalina corriente.

Tres mujeres agrupadas y sentadas sobre enormes piedras lavaban ropas y turbando el silencio con el acompasado batir de sus palos. Alejéme de aquel estruendo y remontando la corriente fuí en busca de mejores parajes. A medida que iba subiendo la corriente notaba yo que se volvía más sombrío, más fresco el arroyo, que las plantas y las flores se iban haciendo más hermosas y variadas, y que volaban ya en parejas ya persiguiéndose enamoradas mariposas de variadas matices libélulas ya azules, rojas, moradas etc. y varios insectos, felices en medio de aquel florido Edén. Al verlos alzar sobre las flores silvestres, esas flores del Aire, al oír su monótono y mórbido canto de placer o himno de gozo, de gozo tal vez y se considera la brevedad de su existencia, bien podría el hombre envidiarles si este no tuviese otros fines.

Bañábame así subiendo el curso del río y me sentía ya fatigado cuando perciben mis oídos una fresca vocecita tarareando una alegre canción. El riachuelo daba en aquel paraje un violento recodo lo que me hizo suponer que la que cantaba debía estar muy cerca. Deseoso de conocerla proseguí mi paseo fluvial y ¡qué agradable sorpresa se presentó entonces a mis ojos!

Era una joven que tendría sus catorce a diez y seis abriles, blanca, esbelta para su edad, con la negra cabellera suelta que le llegaba hasta cerca de sus talones. Vestía una saya encarnada ceñida debajo de los hombros

Un tapis negro encima contorneando sus virginales formas: sobre los hombros una blanca toalla de pelusa ocultaba sus redondos hombros. La juventud, esa hada amiga de la mujer y del amor, la llenaba de indefinible encanto. Iba ella al parecer persiguiendo una mariposa.

A pocos pasos de ella había una anciana de sus sesenta años espumando en una palangana el *gogo*. Una cesta de frutas, ropas etc. estaban en su derredor.

Al ruido que yo hice ambas volvieron hacia mí los ojos: la anciana como preguntando y estrañando, la joven sorprendida y ruborizada. Aquella prosiguió su trabajo y esta cesó de cantar. Yo les hice el saludo más torpe y más mudo, que la anciana me devolvió con frialdad y la joven con gracia. Ésta viendo que yo no decía nada siguió cazando mariposas.

Quedéme yo parado y confuso delante de aquella joven que sin su compañera la hubiera yo tomado por la Náyade del arroyo.

Yo quería retirarme pero cierto reparo me lo impedía, quería seguir pero yo no sé porque no me atrevía. Estaba muy embarazado en aquella falsa posición. Al fin decidiéndome y haciendo un esfuerzo traté de caminar.

Apenas había dado dos pasos cuando dirigiéndose a la anciana:

—¿Habrán dado las diez, abuela? preguntó la joven.

—Probablemente, Minang—contestó la abuela después de mirar al través de la espesa bóveda de ramas para distinguir al sol.—Ven pues a lavarte la cabeza con el *gogo* para que nos podamos retirar.

—Un momento no más, abuelita. Cogeré esta mariposa y después nos podremos retirar.

Y se alejó siguiendo a su presa. Tuve tiempo de contemplarla y examinarla. Su rostro era muy gracioso y expresivo. En su cara de un óvalo perfecto se destacaban a simple vista dos grandes ojos negros de largas pestañas, su frente era tersa y pura, su boca graciosa y parecía exhalar siempre una súplica o un deseo.

Por lo demás la mariposa parecía jugar con su ansia y sus cuidados. Posábase en una flor como esperándola luego volaba de pronto alejándose a toda prisa, después como para incitarla se acercaba y pasaba casi rozando sus hermosos labios; elevábase a veces, otras trazaba círculos en derredor suyo, ya tocando ligeramente el agua, ya parándose un momento en una rama, para trasladarse al instante a otra, siempre juguetona y caprichosa como la Galatea de Virgilio. Todas estas evoluciones arrancaban del pecho de Minang varias exclamaciones.

Yo por mi parte, quise seguir también a esta otra mariposa, y caminando con tiento iba recorriendo el río.

Paróse por fin la flor de los aires sobre una pequeña flor que se balanceaba a orillas del arroyo. Ella inclinada hacia delante acercábase con tiento, con la derecha presta a apoderarse del voluble insecto, con la izquierda en ademán de decir: espera. Años han pasado ya y aun me parece verla en aquella deliciosa actitud en medio de tantas flores. Ella casi tocaba ya las brillantes alas y tal cuidado ponía y tal emoción la embargaba, que veía temblar sus afilados dedos como si pudiesen ajar aquellos aterciopelados colores.

Pero yo no sé por que torpeza mía, dí un resbalón metiendo tanto ruido que espantó a la mariposa emprendiendo esta acto continuo un precipitado vuelo.

¡Ah! exclamó ella y se dibujó en sus ojos el pesar y la lástima. Y me lanzó una mirada llena de reproche y reconvención. Después parada y con los brazos colgantes contempló como se perdía entre el laberinto de ramas el objeto de sus persecuciones asomándose una triste sonrisa en sus hermosos labios.

Yo estaba confuso y abochornado y miraba también a la mariposa. Quería dar excusas, satisfacciones, pero nada se me ocurría en el momento. Volvióse ella y suspirando se acercó lentamente a su abuela.

Tomé entonces un partido y me alejé. A algunos pasos ví dos mariposas que iban volando trémulas de placer y de amor. Al verlas tan bellas, tan enamoradas, tan alegres de vagar y de encontrarse juntas a sus anchas me dió lástima sacrificarlas sus días de amor y de felicidad a mi amor propio. ¡Íbanse ellas, tal vez declarándose sus amores!

Egoísta dediquéme a perseguirlas y en pocos momentos cogí una. Mi corazón batió de placer y no obstante seguí

aun persiguiendo la otra la que muy pronto cayó en mis manos.

El que ha ganado en los juegos olímpicos laurel inmortal y en rechinante carro vuelve a su patria que le espera en la abierta brecha no iba más alegre que yo con mis dos inocentes víctimas. Iba yo formulando lo que iba a decir y preparaba los más galantes discursos. Yo le divisé afanándose en partir un coco tierno. Notóme sin duda porque volvíome la cara. Al ver las dos mariposas que tenía cuidadosamente en ambas manos soltó un pequeño grito y dirigiéndome una sonrisa llena de agradecimiento se levantó.

Todo lo que yo había pensado para decirlo se me olvidó; no pude articular más que lo siguiente:

—Señorita—le dije en Tagalo.—Íbais a apoderaros de una mariposa que hacia tiempo perseguíais; una torpeza mía os ha privado de ese placer. Si os dignais aceptar las que yo os ofrezco, me haríais un gran favor. Tenedlas que aunque no son tan bellas en cambio son dos.

—¡Oh! son más bellas aún—contestó tomando las mariposas y examinándolas.—Os doy muchas gracias por la molestia que habéis tenido . . . Siento que hayáis tomado en serio un capricho de niña y casi estaba por agradeceros el que me hayáis impedido cometer una crueldad. Pero, —continuó cambiando de tono y medio sonriendo,—Advierto que sois muy diestro cazador.

—Señorita—repliqué con un poquito más de aplomo—mi destreza consiste en mi ardiente deseo de complaceros.

—Yo también tenía ardientísimos deseos y no obstante bien visteis que fueron inútiles. Ah, pero yo soy muy aturdida. Hace mucho tiempo que tengo las mariposas y aun no os he dado gracias por ellas. ¿Sabéis que son estas muy lindas?

—No podéis imaginaros mi satisfacción al ver que os agradan.

Ella me dió las gracias con una mirada y se dispuso a seguir su interrumpida ocupación después de envolver cuidadosamente las dos mariposas en un pedazo de papel.

—Podéis heriros—dije tomando el cuchillo y el coco, que conservaba en su corteza las señales de una dentación inútil.

—Muchas gracias. ¿Pero dejándoos no abuso yo de vuestra bondad?

—De ningún modo, contesté.

—Ten cuidado, Minang,—exclamó la abuela,—con jugar con las mariposas.

—Las he envuelto, abuela.—Y dirigiéndose a mí: —¿es verdad, añadió, que estas hermosísimas alas ciegan con sus polvos?

—Podiera muy bien ser; pero la naturaleza nos ha dotado de pestañas que ahuyentan las moléculas nocivas. Y sobre todo cuando se tienen las pestañas muy largas puede una estar segura contra todo daño.

Y le ofrecí el coco o mejor dicho el agua virgen fresca contenida en aquel vaso obra de la naturaleza.

Ella lo ofreció a su abuela quien le dió las gracias. Me suplicó que tomára a lo que no accedí, ni lo hice sino después de ella.

Íbamos hablando si no familiarmente al menos con soltura y con franqueza, tan es así que la abuela nos miraba de rato en rato con un aire que quería decir: ¡Qué pronto se hacen amigos estos jóvenes!

¡Y tenía razon! No hay como la niñez o la juventud para trabar amistades. Cualquiera diría que en esa edad los corazones están tan llenos de confianza y afectuosos sentimientos que al instante se derraman al menor contacto. Embarcaos si no en esos grandes vapores que hacen largos viajes tocando por diferentes puntos. Allí veréis hombres y mujeres de todas las razas y naciones, oiréis hablar por todas partes, francés, inglés, español, alemán, italiano etc. Desde el primer día, los niños que no creen pertenecer a ninguna bandera y se creen ciudadanos del mundo, se reúnen, juegan juntos, corren, gritan y alborotan y si se extrañan de que no se entiendan en su idioma emplean otro (medio) universal cual es el de la alegría y del corazón. ¡Los jóvenes ay! imitadores ya de los hombres dejan pasar algunos días y sus amistades son más o menos estrechas según se entiendan más o menos o se ven más o menos simpáticas. En cambio para que los hombres se comuniquen se necesita un azar u otro hombre que les ponga en contacto constituyéndose para uno el fiador del otro, que responde de la honradez del presentado. ¡Son hombres y tienen derecho de recelarse mutuamente!

Volviendo pues a la inquieta mirada de la abuela, digo que me sentí un poquito cortado, mucho más cuando con-

sultando al parecer el sol que dejaba pasar algunos de sus rayos por entre las hojas exclamó:

—Van a dar las doce, Minang; es ya tarde y es menester que nos retiremos. Recoge tus ropas que allí nos mudaremos en la casita de en frente.

Ella púsose a recoger sus alhajas y demás prendas y poniéndose unos elegantes zuecos de Biñán y envolviéndose además de su ropa de baño en una manta de Ilocos dispúsose a partir.

—Nosotras vivimos en el pueblo, aunque hace dos días que llegamos a este, no obstante lo desarreglado de nuestra casa os la ofrecemos a V.

—Igualmente, señorita. En el vecino pueblo y donde yo me encuentro tienen, tendréis el más humilde servidor.

—¿Ah sois de C . . . ? Desde aquí se divisan su iglesia y varios edificios.

Y desplegando una elegante sombrilla me tendió la mano para despedirse.

—Yo también voy a retirarme ya—respondí saludando—y si me permitís que os acompañe, tendré el honor de sosteneros el quitasol.

La vieja recogió la palangana y las ropas, lo que ella no se lo permitió; ella se llevó la cesta de frutas y a mis instancias me cedió lo demás.

Por el sendero que decía costaba el arroyo nos retiramos y salimos a la calle hasta la casita del frente. La dueña que debía conocerles las recibió alegremente.

Yo hice enganchar la carromata para conducir las a su casa, pues el sol hacía gala de una brillantez y un calor insoportable.

Al poco rato apareció ella sencillamente vestida. Una saya de percal encarnada, un tapis de seda, una camisa blanca de beatilla un pañuelo pintado constituían todo su traje. De sus pequeñas orejas colgaban dos perlas grandes como un grano de maíz. Su cabellera suelta y anudada en la punta cubría sus espaldas.

Yo les ofrecí la carromata para conducir las hasta su casa. Ella rehusó dando las gracias.

—No creáis causarme la menor molestia a mí—añadí.—Por precisión tengo que ir al pueblo y puedo dejaros donde queráis. Además os hago observar que no es muy bueno tomar el sol . . .

—El señor tiene razón—contestó la abuela. Aprovecharemos esta ocasión para ofrecerle la casa.

Subieron en la carromata y yo me senté junto al cochero. Y entramos en el pueblo.

III

Cerca de la playa y en medio de altos y elegantes cocoteros, plátanos, boñgas y cañas, se hallaba una modesta casa de nipa de sencillísima construcción. Un jardín la aparta del camino, si jardín pueden llamarse, en donde vegetan, gracias no a los asiduos cuidados, sino a la fertilidad del clima dos o tres rosales de Alejandría, azucenas, margaritas y girasoles plantados en ollas de barro y sostenidos por pedacitos de caña coronados con cáscaras de huevos de gallina. Crecía la yerba por todas partes si bien que se notaba que por un extremo comenzaban los trabajos o los cuidados. Un viejo y carcomido cerco de caña sostenido por los arbolillos de gumamela, adelfa y sampaguita ocultaba a los ojos del caminante los habitantes de aquel jardín.

Un sendero estrecho y pedregoso conducía a la casita a la que se subía por una escalera mitad piedra, mitad madera compuesta de unos diez peldaños.

Una criada y un perro nos recibieron saliéndonos al encuentro:

Invitáronme a subir, a lo que accedí con gusto.

El aspecto interior de la casa era muy curioso.

Respirábase el aseo y buen gusto en todas partes; parecía que una mano cuidadosa había ido arreglando los heterogéneos objetos del mueblaje. Componíase esto de bancos de caña fijos en los *dindines*, brillantes mesitas de maque con elegantes centros llenos de flores, ligeras sillas de bejuco, una viejísima cómoda que servía de altar para una multitud de imágenes de la Virgen, de Santos y un Crucificado de la primitiva escultura de Paete. En un rincón de la sala estaban cuidadosamente colocadas cuatro maletas de cuero y un elegante neceser con incrustaciones de níquel.

—Hace dos días solamente, que hemos llegado a este pueblo—me dijo la anciana.—Veis todo esto desarreglado; casi casi está la casa tal como la hemos encontrado el primer día. Pero no obstante os la ofrecemos con la más buena voluntad.

Dí las gracias y enseñándome ellas el comedor, me advirtieron que había tres cubiertos. Efectivamente estaba la mesa convenientemente dispuesta. Cubrídala un blanco y fino mantel de hilo: la vajilla o el servicio era de porcelana dorada con una cifra dorada también en cada pieza. Los cubiertos eran de plata marcados con la misma cifra que tenían los platos.

—La criada ha puesto tres cubiertos—me dijo la anciana—esperando que honréis nuestra humilde mesa.

—Miles de gracias—respondí—pero me esperan en mi casa y no puedo aceptar tan honrosa invitación.

—Lo sentimos mucho. Si en esta ocasión no podéis aceptar, no será así en otra.

Despédime de ellas grabando bien en mi imaginación los pormenores de la casa. Minang me saludaba con la mano desde la ventana.

Retiréme pensando en ¿quienes podían ser aquellas dos mujeres? De que pueblo vendrían y a que familia pertenecían?

Aquella anciana tan poco amiga de hablar, y aquella joven pensativa y franca ¿qué hacían allí? ¿por qué estaban solas?

Que debían ser de una familia distinguida, no hay que dudarlo: sus maneras lo dicen.

Lleno de curiosidad y deseando penetrar el problema que encerraban aquellas dos mujeres, llegué a mi casa, prometiendo visitarlas lo más pronto posible.

(*Se continuará*)*

* Hasta aquí termina este manuscrito. Sin continuación.

MADRID *

“Cuando en un país del Norte de Europa alguien os quiere hablar de España, Vd. no oirá sino tristezas y nostalgias hacia el bonito cielo azul, las brisas perfumadas y saturadas, las hermosas mujeres de ojos negros, profundos y ardientes con sus mantones y su abanico, siempre llenas de gracia, de fuego, de amor, de celos y a veces de venganza. Eso es verdad, porque siempre hablamos de lo que se ha perdido, de lo que no se ve más; se siente y se envidia siempre el bien de otros. Es verdad que el cielo de España es de azul transparente, aún en el invierno cuando hace terriblemente frío; sí que las brisas son perfumadas, sobre todo en Valencia, en Andalucía, solamente que el perfume no es siempre exquisito, agradable. Es verdad también que las mujeres son bellas, apasionadas de un espíritu inocente, natural y gracioso, que han nacido para amar, que viven para amar y que se mueren porque han amado, eso es verdad. Uno se fija en todo eso cuando está dentro de un país cubierto de nieve, cuando uno no oye más sino una lengua dura, ruda lastimando el oído, cuando uno siente el frío que le penetra hasta la médula, cuando uno ve muchachas altas, rubias, bellas, pero formales, sin una sonrisa en los labios, sin chispa en las pupilas, andando más o menos como los hombres, con ese paso rápido apurado del que va a los negocios o a la fábrica. Pero al lado de esta poesía de la Naturaleza que cría la rosa con su tallo espinoso y las flores más bellas con su perfume envenenado para el que osara respirarlo, cautivado por sus bellos colores, Vd. encontrará también en España cosas que le harán sentir nostalgias por los países del Norte cuando Vd. esté allá. No le hablaré de aquellas partes de Andalucía que no conozco sino muy poco, porque no pasé allí más que unos cuantos días; si me atreviera a describir su clima o sus costumbres, no diría más que disparates, exageraciones o hechos

* El original en francés aparece en el apéndice pág. 337.

excepcionales. Prefiero hablarle de Madrid donde permanecí largo tiempo y cuyas costumbres, clima, historias secretas o públicas creo conocer algo por lo menos durante el tiempo que yo estaba allí.

“Madrid es una de las ciudades más sonrientes del mundo que participa al mismo tiempo del espíritu de Europa y del Oriente, que acepta la regularidad, la conveniencia, el buen tono que viene de la Europa civilizada, sin despreciar, sin rehusar los colores brillantes, las pasiones vivaces, las costumbres primitivas de las tribus de África, de aquellos árabes caballerosos cuyas huellas aún se pueden reconocer en todas partes, en el tipo, en los sentimientos, en los prejuicios y hasta en las leyes. Lo que siempre le extrañará cuando llega del Extranjero, es la animación, los colores brillantes y el andar campechano que encontrará en las calles. Vd. verá ropa sucia decorando los balcones como la bandera de la familia. Son las lavanderas que cojen esta oportunidad para enseñar delante del público el secreto del tocador y de las prendas de sus amos. Pero no hay que andar con la cabeza alta mirando los balcones para admirar a las jóvenes que les adornan en medio de flores y de plantas atrayentes, porque se expondrá al peligro de pisar algo que le pondrá en la necesidad de cambiar las botas. Tenga Vd. cuidado, si alguien se acerca para preguntar alguna cosa, no diga que es extranjero, le podrían hacer una mala jugada. Procuran engañarle imaginando mil trampas de las cuales los extranjeros escapan con dificultad. No se dirija a los guardias de policía para obtener una información; es una molestia inútil, son palabras perdidas. Le contestarán tranquilamente que no lo saben, que entraron ayer en el servicio; pero si Vd. les apura dando algunas explicaciones con el deseo de utilizar sus conocimientos, le darán un jeroglífico que ellos mismos no entienden.

“La más bella cosa de Madrid es la burguesía. Es amable, distinguida, ilustrada, franca, digna, hospitalaria y caballerosa. Es también un poco aristocrática en sus gustos, quiere los reyes, los títulos, las dignidades, aunque se precia de republicana. Se ríe de los curas, de los sacerdotes, y aunque no lo practica mucho, se precia de ser católica; tiene horror a los protestantes, a los

judíos, a los librepensadores. Se siente siempre orgullosa de la historia de su país. Cree que es la mejor del mundo, pero tan pronto como oye de algún crimen, o falta de sus compatriotas, empieza a gritar: Aquí siempre somos salvajes, siempre tenemos sangre africana, etc. . . .

“El verdadero madrileño desaparece cada día. De él no se queda más que la clase baja, canalla que es el lodo, el fango de Madrid. Cada vez que pienso de esta sociedad, me imagino la clase baja como el fertilizante, la burguesía como flor que crece en este terreno abonado. La aristocracia se divide en dos clases: la vieja y la nueva. La vieja es siempre un poco altiva, pero de una altivez de espuma; desaparece tan pronto como se la toca. La nueva es el término medio que conduce de la burguesía a la aristocracia antigua. Es muy difícil definir sus límites: es amable, a veces un poco ridícula por darse apariencias falsas y por pretender esconder sus blasones forjados anteayer.

“El clima de Madrid es terrible; no se sabe por la mañana si el día será caliente o frío a las doce; el Guadarrama que está al lado manda un viento que causa muchas neumonías. Las casas están mal levantadas, el suelo es de ladrillos. En la casa se encuentran una o dos chimeneas que dan escalofríos en invierno y producen reuma. Felizmente, se pasa la vida en los cafés, en los restaurantes donde se habla de política, de toros, se discute, se grita, se ríe, se pelea, sin estar seguros de los motivos o de las causas de las diferencias de opinión.

“Queda mucho que decir de Madrid, pero no tengo el tiempo de hablar de ello.

“HEIDELBERG, 1886.”

JUAN LUNA *

El ser amigo y compatriota del ilustre artista nos impone un deber: la parsimonia en los elogios y en los juicios.¹ Las alabanzas del amigo perjudican más que las censuras del enemigo y hacen sonreír a los extraños. El pasado de Luna es corto; es la historia de la llama escondida en el seno de la tierra abriéndose paso al través de mil dificultades. Juan Luna nació el 23 de octubre de 1857 en Badoc, provincia de Ilocos Norte, en la isla de Luzón. El ser notable parece cualidad inherente a su apellido. Manuel, su hermano mayor, muerto en la flor de sus años, era excelente músico y artista de corazón, al decir de los inteligentes, y, según Juan Luna, tenía más disposición que él mismo para la pintura; José, menor que éste, es hoy uno de los más hábiles cirujanos del archipiélago y de un porvenir brillantísimo; los otros, que aún siguen una carrera, han empezado por obtener premios en los concursos. Los padres de Luna se trasladaron a Manila para continuar la educación dada por ellos a sus hijos, y allí Juan pasó su niñez, que, como la de todos los filipinos, fue sin promesas ni esperanzas.² Estudió nuestro artista la enseñanza elemental en el colegio de los PP. jesuitas, y prueba la amplitud del horizonte que Filipinas abre a su juventud, el que Manuel y Juan, cuyas disposiciones no podrían pasar por alto a sus padres, tuvieran que estudiar el pilotaje, carrera que por buena que fuese, no correspondía a sus tendencias. A los diez y siete años Luna con su hermano viajaban ya por el mar de la China, como agregados primero, y después como pilotos. Sin embargo, para uno y otro el mar ofrecía algo más que un simple camino a la nave; Manuel oía armonías en el oleaje y Juan veía combinaciones de luz, entonación y colores. Pero estudiemos la vida del pintor. Su vocación se despertó viendo los dibujos de su hermano José; los halló fáciles y los copió. Más tarde entró en la Academia de Manila, y luego tomó por maestro a un pintor indio de Filipinas—no

* Publicado en *La Ilustración, Revista Hispano-Americana*, Barcelona, 28 de Febrero, 1886, Año VII, Número 278 con un retrato del insigne pintor filipino en la portada del periódico.—Ponce.

de la India,³ llamado Guerrero y con él estudió al natural y manejó por primera vez los colores. Allá hemos visto sus primeros lienzos, pintados en medio de aquel país enemigo del arte,⁴ pero cuyos hijos nacen todos artistas, y bajo la dirección de un maestro que se ha formado casi por sí solo. Pero, pronto la paleta de éste, como antes las litografías de la Academia, dejaron de ofrecer misterios a su talento y aplicación, y su familia se decidió por fin a enviarlos a Europa a él y a su hermano. Desde que llegó a Madrid tuvo a D. Alejo Vera⁵ por maestro. A éste confiesa deber el gusto y el estilo. Sin embargo, la Academia de San Fernando le ha premiado en el único año que estudió en ella. Con Vera, que veía en él grandes esperanzas y que le quería con afección, recorrió Italia, la predilecta, la inspiración del maestro, estableciéndose al lado suyo en Roma, sin cesar de oír sus consejos. Allí, en esa ciudad donde todo artista recoge sus más frescos laureles, trabó estrecha amistad con Mariano Benlliure, el creador en España de la risueña escultura. Allí también pintó su primer cuadro *Dafnis y Cloe*,⁶ premiado por el Liceo de Manila con una paleta de plata; en Roma también, inspirándose en *Los últimos días de Numancia*, de su ilustre maestro, pintó *La muerte de Cleopatra*, que obtuvo una segunda medalla en la exposición de 1881 en Madrid, llamando la atención de toda la prensa, a la cual impresionara vivamente. Entonces fue cuando, meses después, un concejal de Manila presentó una moción a su Ayuntamiento para que se le concediese a Luna una pensión extraordinaria, moción que, sostenida y apoyada por la colonia filipina de Madrid y los pintores españoles de Roma, ha tenido la rara fortuna de ser atendida y contra la costumbre, concedida. Filipinas debe conservar en su memoria y amar el nombre de D. Francisco de Rodoreda, uno de los pocos que se han interesado lealmente por los hijos de aquel suelo.

En julio del 83 empezó el *Spoliarium*⁷ sin arredrarse ante obstáculo alguno. Al cabo de ocho meses y grandes sacrificios lo termina y asombra a cuantos pasan por su Estudio de la Vía Margutta. El gran Morelli le saluda con entusiasmo y le recomienda a la admiración de sus discípulos. La prensa romana, sorprendida al encontrarse con su nombre, lo pregoná. El *Spoliarium* se expone en el Palazzo della Esposizione, cedido por el Gobierno Italiano para el

efecto, y toda Roma y los mismos Reyes rinden un tributo de admiración *al extranjero que trata con tanto sentimiento asuntos nacionales*.

Algunos días después, el *Spoliarium* llamaba la atención de todo Madrid en la Exposición del 84. Hablar de la impresión que produjo, de las polémicas que suscitó, es repetir lo que todo el mundo sabe. Obtuvo la primera de las primeras medallas, y la juventud filipina en Europa regaló al ilustre artista una paleta rodeada de laureles. El *Spoliarium*, que conmueve, arrebatata y sacude violentamente, secando la lágrima que asoma a los ojos, es la condenación de la barbarie y despotismo de un gran pueblo por otro pequeño, pero sediento de luz y de libertad. La primera copia que de él se ha hecho la encargó ¡un ruso!

Barcelona, que recientemente ha admirado este cuadro notabilísimo, tendrá fortuna de conservarlo en su seno gracias a la adquisición que del mismo ha hecho su Diputación provincial.

Actualmente Luna está terminando *El pacto de sangre*,⁸ sacado de la historia de Filipinas, en que el régulo Sicutuna y Legaspi, primer gobernador del archipiélago, se sangran en señal de eterna amistad. Se ha escogido el momento en que Legaspi acerca a sus labios la copa llena de sangre. Este cuadro es el primero en la historia de nuestro país, que reproduce fielmente los trajes y las costumbres de la época, borrados de la memoria del pueblo pero conservados en los museos extranjeros. Al mismo tiempo dibuja los cartones de la *Batalla de Lepanto*⁹ que el Senado ha encargado para pareja de *La Rendición de Granada*.¹⁰

No queremos adelantar ningún juicio, pero creemos que si su pasado ha sido hermoso y grande, Luna, que no duerme sobre los laureles, piensa en más brillante porvenir, y días de gloria reserva aún a su patria y a sus padres que ven sus esperanzas cumplidas en sus hijos. En China, país raro por excelencia, en donde la nobleza del hijo trasciende al padre, pero no la del padre al hijo, los progenitores de tan ilustres ciudadanos hubieran sido ya ennoblecidos y tratados con toda veneración; pero en Filipinas se hizo lo contrario, porque, aunque está cerca del Imperio Celeste, no es China a pesar de lo que se cree en España.

JOSÉ RIZAL

NOTAS

1. Delicadeza de Rizal en asuntos de amistad.
2. Según Rizal si eran adinerados, los gobernantes les quitaban el dinero y si eran ilustrados, les llamaban filibusteros.
3. Una ironía rizalina.
4. Otra ironía de Rizal, puesto que hasta los artistas eran considerados filibusteros.
5. Famoso pintor y escultor catalán.
6. La pareja de amantes sencillos en el romance pastoral griego del mismo nombre atribuido a Longus hacia el 5° o 4° siglo, antes de Cristo.
7. Este cuadro ha sido regalado recientemente por el gobierno de España a Filipinas. Se halla en el Departamento de Relaciones Extranjeras, Padre Faura, Manila.
8. Este cuadro se halla en Malacañang.
9. El original se halla en el Senado de España.
10. Un cuadro del famoso pintor español Francisco Pradilla.

DISCURSO EN LEITMERITZ, BOHEMIA *

“Seguramente la vegetación de mi patria es rica y todo el paisaje esmaltado de brillantes colores: pero este país (de Bohemia) es también hermoso por su sencillez y lo idílico del paisaje. (*Pero lo que él, Rizal admiraba, era el amor al suelo patrio, la estimación de su hermosura, el contacto íntimo entre el hombre y la naturaleza.*) Para los turistas de aquí la naturaleza es objeto de admiración y de un culto muy especial que sirve para enaltecer el alma. Cuando estamos afligidos, nuestros nervios se agitan, no podemos tolerar el eco de la mejor música del mundo, ni el consuelo de los amigos, ni las distracciones de la vida social. Pero si como sucede en los países Europeos poblados por los pueblos germanos—estamos acostumbrados a *leer en la expresión de la naturaleza*, encontramos el mejor consuelo en la soledad del bosque; mirando las nubes que cruzan el espacio, admirando la hermosura de las flores y escuchando el canto inocente de los pajaritos, nos olvidamos de nuestros duelos y cuitas, la mano del Criador nos acaricia, y al regresar al hogar nos sentimos como refrescados, pues la naturaleza ha alegrado lo que antes había entristecido el alma. (Por esto, él, Rizal, admiraba la actividad de los Clubs de turistas, porque en vez de conducir al viajero a la vida bulliciosa, a los “bars” y lupanares de las ciudades, invitaban al hombre de corazón y alma a adquirir nuevas fuerzas para la lucha de la vida, salvándose en el seno de la naturaleza pura, sublime y encantadora).

NOTA

Este discurso de Rizal, en alemán, se pronunció en Leitmeritz de la provincia de Bohemia, entonces de Austria, donde él estuvo de visita a su buen amigo Profesor Ferdinand Blumentritt. El Dr. Viola, que estaba presente, relata que “al terminar fue ovacionado por los concurrentes, particularmente por su presidente que preguntó por el tiempo invertido en el estudio del alemán.

* Reproducido tal como ha transcrito Blumentritt y publicado en el *Día Filipino*, Manila, 19 de junio de 1921, pág. 47.

Y cuando dijo once meses, la admiración subió de punto, llamándole talento privilegiado." ("Mis Viajes con Dr. Rizal," *Journal of History*, Manila, V, 1-2, page 69.)

En su anotación al manuscrito de Viola, Mariano Ponce dice que se publicó en *La Vanguardia* en Manila, el 19 de junio de 1911, una carta del Prof. Blumentritt, fecha 20 de mayo del mismo año, que sigue:

"El 14 de mayo (1887) era un día muy frío, lo que no importaba a Rizal, quien soportaba mejor el frío que nosotros los hijos del país. Rizal supo que en la tarde de aquel día se celebraría una sesión de la Junta Directiva del Club de Turistas (cuyo secretario era yo) y me pidió permiso para asistir a aquella sesión, pues le interesaba mucho todo cuanto en Europa se hace para atraer viajeros y abrir al público los caminos que facilitan la visita de los puntos pintorescos del territorio. Rizal y Viola recibieron la deseada invitación. El presidente del Club (José Krombhols) saludó cordialmente a los filipinos y les rogó a la vez diciendo que nos perdonen a nosotros que hacíamos tanta gala de nuestro paisaje pobre y raquíto, en comparación con lo hermoso y exuberante de la vegetación de Filipinas y magestuoso de sus tierras y volcanes." Rizal contestó en alemán perfecto . . .

Este *speech* entusiasmó muchísimo al auditorio y fue premiado con aplausos poco frecuentes entre mis muy fríos paisanos."

LOS ANIMALES DE SUAN *

Como nació el día de San Salomón a las doce en punto de la noche, cuando la luna entraba en su pleno, poseo el raro don de comprender el lenguaje de los animales. Si alguno no me cree, no tiene más que nacer en las mismas condiciones que yo, y al instante se convencerá.

Teníamos un solar muy grande¹ donde vivían mezclados gallos, gallinas, patos, pavos, gansos, cerdos y a donde bajaban también las palomas para picotear el grano que por las mañanas les arrojaba Suan, un criado nuestro muy simple pero muy hábil para ciertas operaciones quirúrgicas por medio de las cuales los animales más lúbricos se volvían castos y engordaban deliciosamente.

Hacía algún tiempo mi padre observaba que las aves enflaquecían y morían no dejando más que huesos y plumas, que los huevos escaseaban y eso que teníamos unas cincuenta gallinas, que así los capones como los pavos perdían el brillo metálico de su plumaje y que pichones en el palomar se hacían muy raros los pocos que se encontraban pareciendo sietediasinos. Ni mi padre ni Suan se podían explicar este fenómeno; no había enfermedad reinante ni epizootia alguna; el palay y el maiz que les daban eran de lo mejor; nuestro gato estaba siempre bastante bien alimentado para que vaya a comerse los pichones; no rondaba ningún *alamid*² por la vecindad ni se tenía noticia de que nos visitase alguna iguana, animal reputado amigo de comerse los huevos y nuestro Suan era de una probidad rayana muchas veces en simpleza.

Aunque yo me cuidaba poco de las cosas de mi casa y no me importaba mucho que las gallinas y capones enflaqueciesen o no, sin embargo la calamidad me llegaba a interesar bastante porque los pollitos (pollitos que armábamos de una espina de naranjo a guisa de espolón o navaja) que cogía para jugar al gallo con mis primos perdían continuamente, huían y se dejaban vencer de la manera más vergonzosa. Tomé pues la determinación de averiguar lo que pasaba entre nuestros animales y quise utilizar el don que tenía

* El Ms. está en la Biblioteca Nacional.

de comprender su lenguaje, don que yo había ocultado a todos por temor de ser molestado, y que no cultivaba como otras muchas facultades que Dios me ha concedido al nacer el día de S. Salomón a las doce en punto de la noche en el momento del plenilunio.

Una hermosa siesta pues, de esas que convidan a dormir o a balancearse en una hamaca suspendida de las ramas, mientras todos descansaban fuíme a nuestra huerta, me encarné a un árbol de makupa,³ me senté sobre una rama y me dispuse a escuchar las conversaciones de los animales. A poca distancia, echados sobre el polvo y el fango de un lodazal había algunos cerdos, unos durmiendo, otros medio despiertos; un poco más allá, bajo un cafetero y posados sobre un pilón roto descansaban dormitando pavos, patos y gansos, mientras que de un lado para otro circulaban en silencio melancólicamente algunas gallinas, pollos y gallos, procurando no acercarse mucho del grupo de los cerdos.

Según lo que pude observar y colegir de algunos cuchicheos y picotazos de las aves, nuestros animales vivían entre sí como viven los buenos cristianos y los hombres de buena voluntad en la tierra con su policía, desconfianzas, delaciones, vejaciones, expedienteos, calumnias, violencias, murmuraciones, quejas, amenazas, cárceles, horcas, cañones, leyes, confesionarios, púlpitos, guardias civiles, carabineros, etc., etc., reinaba el orden más completo y la más afectuosa fraternidad quitando tal o cual gruñido de un cerdo, tal o cual pelea, picotazo, etc. Entre ellos figuraban en primera línea como Séres dignos de toda clase de respeto los cerdos, 1.º porque eran muy gordos y la gordura ha sido siempre un distintivo de la buena posición; 2.º porque dormían mucho y el mucho dormir significa tranquilidad de conciencia e independencia de situación; 3.º porque eran muy gruñones y gritones, y ya se sabe, en el patio de nuestra casa como en nuestro mundo el que más habla y chilla es el que más consigue y se pinta. Pero lo que más les hacía respetables a los ojos de la comunidad era, según entendí de una chismografía de dos viejas gallinas, la repugnante suciedad en que vivían: entre los animales la suciedad y la cochinería se reputaban por virtud y así les tenían por santos los gansos y publicaban por todas partes rasgos famosos de su santidad tales como el no bañarse nunca, el entrar y permanecer en sitios excusados de nombrar, el olor repugnante, etc., etc.

Yo creí que mis observaciones no iban a pasar de ahí y ya me disponía a bajar, cuando apareció Suan disponiéndose a hacer la comida de los cerdos. Despertáronse éstos, levantaron sus hocicos, pronunciaron dos o tres gruñidos que significaban una profunda salutación, sacudieron sus anchas orejas, y uno de ellos, un cerdo flaco muy feo gritó:

—¡Acercáos todos y escuchad! ¡El gran cerdo ha de hablar!

Con gran sorpresa mía, ví que se acercaron obedientemente los animales; primero eran los pavos haciendo rueda y caminando lentamente; después seguían los gansos y los patos; detrás de estos venían los gallos, gallinas y pollos, y últimamente las palomas que manifestaban mucho miedo y desconfianza.

—¡Escuchad! ¡El gran cerdo ha de hablar! repitió con gruñido imperioso el que hacía las veces deregonero.

Busqué con la mirada al *gran cerdo* y noté que tenían por tal a *Bótiok*, uno que Suan había bautizado así por ser el más gordo de todos. Hacía dos años que estaba castrado y mi padre le iba ya a encerrar para sacrificarle dentro de un año. Era un animal respetable; su vientre arrastraba, sus mejillas se caían y los ojos los tenía ya tan hundidos que estoy seguro ya no le servían. Estaba echado y roncaba.

—¡Está meditando el sermón!—dijéronse en voz baja los patos y los gansos.

—¡Está en éxtasis!—añadieron las gallinas.

Entretanto le murmuraba al oído el cerdoregonero:

—Gran *Bótiok*, levántate, es menester que gruñas porque se acerca la hora de comer.

Bótiok abrió los ojos y respondió con un gruñido.

—Es menester que gruñas—repitió elregonero en gruñido bajo;—hemos notado cierto descontento en los pollitos y muchos gallos empiezan a murmurar; se acerca la hora de comer; levántate y gruñe.

—Y ¿que les he de decir? preguntó *Bótiok* bostezando.

—Pues cualquier cosa, recomendarles la humildad, la sumisión, la obediencia

Yo me interesaba tanto en lo que pasaba que era todo ojos y oídos.

Bótiok, aunque algo malhumorado trató de levantarse, agitó su rabito y después de abrir varias veces la boca y sacudir las orejas, gruñó en medio de la expectación general:

—¡Hermanos míos en Suan! Los cerdos somos de raza superior, vosotros sois de raza inferior. ¿Quién lo ha de negar? Ninguno de vosotros tiene el hocico largo y movable como el nuestro . . .

—¡Ticaticatoccatoc!—interrumpió un pavo. (Esto en lenguaje pavesco quiere decir: nosotros también tenemos un moco largo, colgante y rojo. Como Vs. ven el lenguaje pavesco es conciso y enérgico.)

—Sí, hermanos pavos—replicó Bótiok—tenéis un moco largo y rojo, es verdad, pero no tenéis nuestras orejas anchas.

—Pero tenemos barba—replicó otro pavo que tenía un mechón de pelos en el pecho.

E hizo la rueda y se paseó majestuosamente.

—Sí, todo eso es verdad, hermano pavo—continuó Bótiok que al parecer no quería reñir con la orgullosa corporación de los pavos; es verdad que tenéis moco y barba y nosotros no, pero no gozáis del alto honor de haber sido tocados por la mano de Suan, nuestro Dios y Señor, no estáis consagrados, esto es, no estáis capados como nosotros, en esto nos sois inferiores.

—¡También hay gallos capones!—se atrevió a piar una gallina con bastante mal humor.

—¡Sí!—dijo con desprecio Bótiok.

* * * * *

Nuestro criado Siloy pasaba por Dios: en efecto era el que les daba de comer, les castraba, les hablaba y acariciaba de cuando en cuando. Decía yo que los cerdos por ser capados se daban mucho tono y aunque es verdad que había también gallos capones, a estos les hacían poco caso y los procuraban desprestigiar por pertenecer a otra raza, y a lo más les consentían desempeñar el papel de criados o ayudantes. Considerábanse como los más sabios; nada se podía creer ni decir en el patio sin que antes se les consultase; lo que un cerdo no sabía, no lo podía saber nadie; pretendían explicarlo todo con gruñidos misteriosos que yo mismo muchas veces por más atención que quise poner, no pude comprender el significado. Se movían poco, y cuando an-

daban lo hacían con tal gravedad que más de una vez me dieron ganas de hacer una genuflexión.

Lo único que movía y agitaba era el rabito retorcido, sobre todo cuando Siloy le rascaba la piel con una caña, cosa que aumentaba mucho su prestigio y le hacía pasar por representante de Siloy en el patio.

—No comáis todo el grano que os arroja Siloy por las mañanas—decía a las aves de corral:—dejad la mitad para los cerdos y así le seréis más agradables.

Y nuestros gallos y gallinas hacían lo que él les mandaba, y se iban a otra parte a buscar alimento.

—¿Véis esa casa grande, elevada y llena de pinturas azules y blancas?—decía una tarde a algunos animales que le escuchaban.—Pues allí vive Siloy el que hizo este patio, el palay, el maiz, el excusado y el salvado que comemos los cerdos, el lodazal, las cortezas de plátanos y el *hugas bigas*:⁴ Siloy, de quien soy el representante, vive allí, reina.

—Si sois sumisos y obedientes a mis mandatos, yo que soy el elegido de Siloy, haré que os lleve arriba donde viviréis en medio de granos de palay eternamente y en donde seréis felices en compañía de los grandes cerdos que ya fueron allí en recompensa de su gordura y suciedad. Allá hay inmensos lodazales, cortezas de toda clase de frutas, inmensos *labanganes*⁵ . . .

—¡Piok!—interrumpió un pollito que yo había cogido el día antes para jugar al gallo con mis primos; pues yo estuve allí ayer cuando me llevó Dimas y no he visto nada de eso.

—¡Nguuuuu!—gruñó el cerdo:—Dimas es el espíritu malo y en vez de llevarte a esa casa te llevó para engañarte a otra parte.

Así como Siloy pasaba por ser el Ahuramazda del patio, ya Dimas, era el Ahriman, era el espíritu del mal. Por ser muy travieso y casi siempre con mis perros que son los enemigos natos de los cerdos, era muy natural que gozase de mala fama entre estos animales.

—Lo que yo ví eran séres mejores que Siloy y con mejores plumas.

—¡Falso! ¡idolatría, herejía, excomunió!—gritaron varios cerdos a la vez.—¡Haz penitencia, arrepiéntete de tu error, de lo contrario Siloy te condenará a vivir en el estanque!

Como los pollos tienen mucho miedo al agua, mi pollito se calló.

NOTAS

1. Nos recuerda la casa solariega de la familia Rizal en Calamba.
2. *Alamid*—Gato montés.
3. *Makupa*—Macupa. (*Eugenia malaccensis*, Linn.)
4. *Hugas bigás*—Lavazas de arroz.
5. *Labanganes*—De *labangan*, palabra tagala que significa comedero de animales domésticos.

LA VISIÓN DE FR. RODRIGUEZ *

Arrellanado en un cómodo sillón, y satisfecho de sí mismo y de lo que había cenado, estaba una noche Fr. José Rodríguez soñando en los cuartos que con sus libritos sacaba de los bolsillos filipinos, cuando de repente, cual si por arte de encantamiento, tomó un blanco brillantísimo la amarilla luz del quinqué, el aire se llenó de un suave perfume, y un hombre se presentó sin saberse de donde ni como vino.

Era éste un anciano de mediana estatura, moreno, delgado, cuya barba blanca contrastaba con unos ojos vivos y brillantes, que prestaban a su semblante una animación extraordinaria. Cubría sus hombros una capa pluvial, y su cabeza una mitra, que con el báculo que llevaba en la mano, le daba el aspecto de un obispo.

Al verle Fr. Rodríguez murmuró bostezando:

—¡Ensueños de mi fecunda imagi . . . !

La visión no le dejó concluir la frase; sacudióle con el báculo en el cogote.

—¡Eh! ¡Bromas pesadas!—exclamó el fraile cogiéndose la parte dolorida, mientras se frotaba un ojo;—ya veo que no es un sueño, pero ¡compare!

Irritado el extraño personaje por esta familiaridad, le administró entonces sendos *baculazos* en el vientre, con lo que fray Rodríguez saltó del asiento, viendo que la cosa iba de veras.

—¡Eh! ¡Fr. Pedro! ¿Cómo? ¿Así se cobra usted las indulgencias? ¡No era eso el trato! ¡Ay!, ¡Ay! ¡Perdón!

El extraño obispo, más irritado aún, no se contentó ya con atacar el vientre, sino que dirigió sus golpes a la cabeza, creyéndola ser la parte más sensible; pero, en mala hora; la cabeza de Fr. José Rodríguez era muy dura, y el báculo se rompió. Ya era tiempo; el pobre fraile, más pálido que el hábito de casa y muerto de terror, se había caído y andaba a gatas por no poderse sostener de pie.

* Esta reproducción fue copiada de un folletín del mismo título (una rara edición) que se halla archivada en la Biblioteca Nacional, Manila.

Al ver tan lastimoso estado, la ira se mitigó en el rostro del extraño personaje, quien, cesando de golpearle, depositó sobre una mesa el roto báculo y exclamó con desprecio:

—*¡Homo sine homine, membra sine spiritu! ¡Et iste appellatur filius meus!*

Al oír aquella voz vibrante y aquel lenguaje para él incomprensible, Fr. Rodríguez quedóse aun más confundido. ¡Aquel no podía ser Fr. Pedro, ni ningún compañero disfrazado! ¡Ca! ¡No podía ser!

—*¡Et tamen—*prosiguió—*tanta est vanitas vestra, ut ante me, Patrem vestrum . . . sed video, loquor et non audis!*

Y moviendo disgustado la cabeza, después de algunos segundos habló en castellano con acento extranjero:

—Y ¿sois vosotros los que os llamais hijos míos? Y ¿a tanto ha llegado vuestro orgullo que no sólo pretendéis ya que os teman y adoren gobernantes y gobernados, sino que ni me reconocéis, ni me respetáis, a mí cuyo nombre deshonrais, y de cuyos merecimientos abusáis? ¿Cómo os encuentro? ¡Insolentes con los infelices, y cobardes con los que no os temen! . . . *¡Surge et audi!*

La voz fue tan imperiosa y el gesto tan significativo que Fr. Rodríguez lo comprendió. Levantóse todo trémulo, procuró enderezarse, y a reculones se metió en un rincón.

Movido de esta prueba de obediencia, tan rara ahora en los que hacen voto de ella, el desprecio dió paso a la compasión en el semblante del personaje, quien ahogando un suspiro, prosiguió en tono más familiar, aunque sin perder su dignidad:

—Por tí, por tus tonterías, me he visto obligado a dejar aquella región para venir acá. Y ¡qué trabajo me costó encontrarte y distinguírte de los demás! Se te parecen todos, con pocas diferencias: ¡cabezas huecas y estómagos repletos! *Allá* no paraban de embromarme por causa vuestra y tuya sobre todo. Inútil hacerse el desentendido. No era sólo López de Recalde o sea Ignacio de Loyola quien se burlaba de mí con su eterna sonrisa y aire humilde; no era Domingo sólo, el de las pretensiones aristocráticas y estrellita de piedras falsas en la frente, quien se me reía; hasta el mismísimo simplete de Francisco, ¿entiendes? me daba bromas, ¡bromas a mí que he pensado, raciocinado y escrito más que todos ellos juntos!

—“Tu orden es grande y poderosa,”—me decía Ignacio bajando la cabeza,—“parece una pirámide de Egipto; grande en la base (tú eres la base), pero cuanto más se eleva más se empequeñece . . . !” Y se alejó murmurando humildemente: “¡qué diferencia de la base al vértice!”

—“Doctor,—decía Domingo—¿por qué no hicisteis con vuestra ciencia lo que yo con la nobleza que dejé a mis hijos por herencia? ¡Habríamos ganado todos!”

—“*Mon Ami*,—decía compungido Francisco o sea Giovanni Bernadone;—si Dios es servido de que vuelva a la tierra para predicar como la otra vez a los brutos y a las aves, predicaré en tus conventos . . .”

—Y se reía de tal manera que, aunque flacucho, parecía que iba a reventar.

—En vano les contestaba que sus hijos no eran mejores que vosotros, y que si íbamos a sacar trapos, nos tendríamos que tapar las narices; pero ¡quíá! ¿quién puede contra tres, y lo que es peor teniéndote yo a tí de mi parte? ¿Qué digo tres? Pedro, ese viejo pescador, atraído por las carcajadas, dejaba la portería y me echaba en cara la jugada que habíais hecho a sus clérigos, arrebatándoles los curatos, y eso que fueron anteriores a vosotros en estas islas lo menos veinte años, y fueron los primeros que bautizaron tanto en Cebú como aquí en Luzón.

—“Ya se ve, añadía, como mis hijos son unos perezosos y desunidos, y los tuyos mienten, gritan y se agitan más que ellos, llegan a hacerse creer de los ignorantes, y triunfan. Pero me alegro; ¡a ver si se me acaba la descendencia!”

—“¡Lo mismo digo de la mía!”

—“¡Y yo!—¡Ojalá me pasara a mí lo mismo con la mía!” exclamaron varias voces.

—Pero no paró sin vengarse el viejo Pedro; ayer me jugó una mala pasada. No sólo no confiscó un sospechoso paquete que traía un indio que acababa de llegar, sino que, en vez de dirigirle hacia el grupo de los imbéciles, le acompañó hasta donde estábamos nosotros. Este infeliz traía, como provisión, un *balutan* lleno de libritos tuyos, que su cura le había dado, prometiéndole indulgencias para la otra vida. Llegar él, saberse que tenía libritos escritos por agustinos; y arrebatárselos todos, todo fue uno. Yo me quise esconder, pero no pude. ¡Qué risas y qué carcajadas! Los angelitos acudían en masa; los músicos del

Padre celestial perdían el compás; las Vírgenes, en vez de mirar los papeles de los cantos, leían los libritos, con lo que desafinaban y desentonaban, y el mismo cerdo del viejo Antonio empezó a gruñir y a retorcer la cola.

—Yo estaba corrido: veía que todos me señalaban con el dedo y se reían. Zarathustra, sin embargo, el grave Zarathustra no se reía. Con una altivez que me humilló me reprendió de esta manera:

“Y ¿es hijo tuyo, ese que pretende que mi religión es pagana y que yo soy pagano? ¿Han degenerado de tal manera tus hijos? ¿Han confundido con la idolatría y el politeísmo mi religión pura, la religión matriz de las religiones más perfectas? No saben ya que *paganismo* viene de la palabra *pagani*, habitantes de los campos, que fueron los que se conservaron más fieles al politeísmo griego y romano? Me dirás que no saben latín, pues bien ¡que hablen más modestamente! Díles entonces que *Paganus* viene de *pagus*, de donde se derivaron las palabras *pagés*, *payes*, *païen*, *paese*, *païs*, etc.; díles a esos infelices que la religión del Zend-Avesta jamás fue profesada por los campesinos del pueblo romano; díles que mi religión es monoteísta, más monoteísta aún que la católica apostólica romana, quien no sólo aceptó mi dualismo, sino que ha divinizado varias criaturas. Díles que el Paganismo en su sentido más lato y corrompido sólo significó politeísmo; que ni mi religión ni la de Moisés ni la de Mahoma, fueron jamás religiones paganas. Díles que lean tus obras en donde a cada paso hablas de los Pagani; repíteles lo que dijiste hablando de la religión de los Maniqueos, hija corrompida de mi doctrina, profesada por tí, y que ha influido en tus obras, influye aún en tu religión y que un tiempo hizo vacilar la iglesia romana. Sí, yo he puesto el principio del mal enfrente del principio del bien: Ahura-Mazda, el Dios, pero esto no es admitir dos dioses, como dijiste muy bien: hablar de la salud y de la enfermedad, decías, no es admitir dos *saludes*. ¿Y qué? no me han copiado ellos mi principio del mal en Satán, el príncipe de las tinieblas? ¡Díles que si no saben latín, que estudien al menos las religiones, ya que les es imposible conocer la verdadera religión!”

—Así habló Zarathustra o Zoroastro; pero ¿y Voltaire? Voltaire que supo lo que contabas de su muerte se me acerca, y con fina sonrisa me estrecha la mano y me da las gracias.

—¿Por qué? le pregunté.

—“Vuestros hijos, *mon cher Docteur de l’Eglise*, contesta, prueban y siguen probando con hechos, lo que yo sostenía con palabras . . .”

—¿Y qué sosteníais, pues?

—“Que eran, además de ignorantes, embusteros.”

—Yo no tuve más remedio que callarme, pues tenía razón. Sábete que murió a los 84 años, conservando tal lucidez de inteligencia que cuando le vinieron a importunar para arrancarle una confesión, “Dejadme morir en paz,” contestó, y expiró. Pero no te riño por eso; tú sólo has mentido por boca de ganso. Lo peor es que Voltaire ha estado tratando de pedir a Dios para que te lleven al Cielo, vivo y en hábito. Y preguntado por qué lo quería, respondió: “¡Para que nos divierta!”

—“Pedro, viendo las indulgencias que el Arzobispo puso a tu librejo, para atrapar compradores.”

—“¿Cómo no se me ocurrió, decía golpeándose la calva, cómo no se me ocurrió a mí enriquecer con indulgencias los peces que yo vendía cuando era pescador? Nos hubieramos hecho ricos, y Judas, en vez de vender al Maestro, ¡hubiera vendido sardinas y *tinapá!* Ni yo hubiera tenido que apostatar cobardemente, ni me hubieran después martirizado . . . En verdad os digo que mi tocayo tiene más *pesquis*: me ha puesto el pie en esto de hacer cuartos, y eso que soy judío.”

—“¡Claro! ¡Como que tu tocayo es gallego!” contestó una voz.

—“Era la de un viejecito que había llegado hacía pocos años. Llamábanle Tasio. Este se me dirigió y dijo:

—“Vos sois un gran Doctor, y aunque os habeis contradecido varias veces, como habeis escrito los libros de *Retractationum* y vuestras *Confesiones*, os tengo por un talento privilegiado y una erudición vastísima; y puesto que vos no os parecéis en nada a vuestros hijos, que hacen lo negro blanco y lo blanco verde cuando tratan de defenderse, os diré mis quejas, para que como su Padre los podais corregir.

“Hay allá en la tierra un infeliz de vuestra orden que ha cometido entre muchas tonterías, las siguientes—1.^a. Que quiere hacer solidario a un indio llamado Rizal, de lo que yo en vida terrenal he dicho, sólo porque este Rizal lo

hizo constar en un libro que escribió. Como veis, si se sigue este razonamiento, Rizal sería también solidario y participaría de las ideas vertidas por los frailes, guardias civiles, gobernadorcillos, etc.; y vos, santo Doctor, lo seríais también de las palabras que poneis en boca de los herejes, paganos y sobre todo de los maniqueos. 2.^a. Que quiere que yo piense y hable como él, pues me tacha por decir *la Biblia y los santos Evangelios*. Está bien que él, como todos los fanáticos, crea que forman una sola cosa; pero yo que he estudiado la Biblia original hebráica, sé que ésta no contiene los Evangelios; que siendo la Biblia judía creación, historia, tesoro y patrimonio del pueblo judío, aquí la autoridad son los judíos, quienes no aceptan los evangelios; que siendo la traducción latina inexacta en algunos puntos, mal pueden los católicos dar aquí la ley, ellos que pretenden apropiarse lo que no es suyo, e interpretar a su modo y a su favor la traducción, alterando el espíritu de los textos. Los Evangelios, además, menos el de Mateo, se escribieron en griego, son posteriores, y en el fondo como de hecho echan abajo las leyes de Moisés; prueba de ello la enemistad entre judíos y cristianos. ¿Cómo, pues, conociendo esto, he de hablar como un fanático o un fraile ignorante? No exijo de ningún fraile que hable como libre pensador; que no me exijan tampoco que hable como fraile. ¿Por qué quieren que confunda bajo un solo nombre dos cosas distintas y aun en ciertos puntos contradictorias? Pase que el vulgo de los cristianos lo haga así, pero yo no debo ni puedo hacerlo. Además, el mencionar a los dos separadamente obedece al pensamiento que inspiran dos obras, dos legisladores, dos religiones en que quieren hacer basar la religión católica. Vuestro hijo, además, razona divinamente cuando dice: *no sabía yo que los santos Evangelios eran distintos de la Biblia y no una parte principal de ella*; decidle, Santo Doctor, que, en todos los países, una parte, por principal que fuese, siempre es distinta del todo; ejemplo: lo principal en Fr. Rodriguez es el hábito pero el hábito es distinto de Fr. Rodriguez, porque a no ser así, habría un Fr. Rodriguez sucio, otro flamante, otro arrugado, otro ancho, otro corto, otro largo, otro mugriento, otro planchado, y otro nuevo *tamquam tabula rasa etc.* El hábito, además se debe distinguir del fraile porque un pedazo de tela por sucio que fuese, no puede ser presumido, ni déspota, ni ignorante, ni

oscurantista. 3.^a Me saca una cita para probar el Purgatorio; *San Mateo*, dice, *capítulo doce, versículo treinta y seis*, y cita mal. Pues de este versículo no se deduce el Purgatorio, ni nada que se le parezca, y si no veamos: El texto hebreo dice: *Wa 'ebij' 'omär lakäm kij' al kal dbar reg aschär idabbru' abaschim yittbu heschboun ßiom ham-mischphat*; el texto griego: *Lego de hymin hoti pan rema argon ho ean lalesosin hoi anthropoi apodosousi peri autou logon en hemera kriseos*. Esto traducido en latín dice: *Dico autem vobis quoniam omne verbum otiosum quod locuti fuerint homines, reddent rationem de eo in die iudicii*, y al castellano: Y dígoos que toda palabra ociosa que dijeren los hombres darán cuenta de ella en el Día del Juicio. Como veis, Doctor, de estos cuatro textos no se deduce otra cosa, sino que Fr. Rodriguez tendrá que dar en el día del juicio una cuenta tan larga, que acaso la sesión se prolongue hasta el día siguiente, pues ya lleva dichas muchas tonterías. Pero ya veo, vuestro hijo, como quien oyó campanas, ha querido citar el versículo treinta y dos que dice: *Y todo el que dijere palabra contra el hijo del hombre, perdonada le será; mas el que la dijere contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este siglo ni en el otro*. De aquí han querido deducir el Purgatorio: ¡deducir es! 4.^a. Que porque S. Irineo, S. Clemente de Alejandría y Orígenes, tres en suma y que no fueron de los primeros cristianos, tuviesen alguna remota idea del Purgatorio esto no quiere decir que los cristianos de los primeros siglos creyesen en él, como no se establezca que tres significan la totalidad, aunque en la totalidad hubiese ideas enteramente contrarias. Y la prueba de que no es así, vos mismo, Santo Doctor, que sois su Padre, que florecisteis en los siglos IV y V, y que sois el más grande de los Padres de la Iglesia, *negásteis rotundamente en varias partes* la existencia del Purgatorio, pues dijisteis en vuestro sermón CCXCV que empieza por: *Frecuenter charitatem vestram*, éstas palabras decisivas: *Nemo se decipiat, fratres; DUO enim LOCA sunt et TERTIUS non est ullus. Qui cum Christo regnare non meruerit, cum diabolo ABSQUE DUBITATIONE ULLA perebit.*¹ Y luego decíais en *de consolatione*

¹ Nadie se engañe, hermanos; no hay más que dos lugares (para las almas) y no existe ningún tercero. El que no mereciere reinar con Cristo, perecerá con el diablo, *sin ninguna duda*.

*mortuorum: Sed recedens anima quae carnalibus oculis non videtur, ab angelis suscipitur et collocatur, aut in sinu Abrahae, si fidelis est, aut in carceris inferni custodie si peccatrix est.*² Y yo os puedo citar aún una multitud de textos vuestros, pues para vos el purgatorio sólo era una cosa no imposible (*impossibile non est*) y eso que lo habíais negado terminantemente: *Tertius non est ullus*. Añadid que S. Fulgencio que floreció después que vos, en siglos V y VI, decía en el Capítulo XIV (*de incarnatione et gratia, etc.*): *Quicumque regnum Dei non ingreditur, poenis eternis cruciatur.*³ 5.^a. Que vuestro hijo o no sabe leer, u obra de muy mala fe. ¿Cómo, pues, de mi frase: *los protestantes no CREEN en él, y los padres griegos tampoco, pues ECHAN de menos etc.* ha formado: *los padres griegos no CREÍAN en el Purgatorio?* ¿Cómo ha hecho de un tiempo presente un pasado sólo para torturar la frase y deducir de aquí los santos padres griegos? Yo hablaba en presente y en mi tiempo ya no existían los santos padres griegos sino los padres pertenecientes a la Iglesia griega; además de ésto, como seguía un orden histórico, mal podía hablar de los protestantes primero, y después de los santos padres griegos, que *creyeron* lo que pudieron en su tiempo, y que cuando yo vivía en la tierra eran para mí un pasado. Ahora, ellos, más ilustrados, creen lo que todos creemos. Y con esta mala fe, llama después calumniador, embaucador e ignorante al que hizo constar mis palabras. Pero tal manera de obrar es propia del P. Rodriguez, que también en otro librejo toma los *rayos del sol por el sol*, siguiendo su sistema de confundir una parte con el todo, todo para calumniar al autor del libro y llamarle masón. Decid vos, ¿quién es aquí el embaucador, el calumniador y el ignorante? 6.^a. Que en vez de acusar a los demás de ignorancia y echárselas de leído, debía tener más cuidado: él es quien siquiera te ha leído, y eso que eres su Padre, y es su deber saber lo que dijiste. A haberlo hecho, ni habría dicho tantas tonterías, ni se hubiese delatado, enseñando el poco fondo de sus conocimientos. Y sé de donde los

² Sino que al separarse el alma, que los ojos de la carne no ven, los ángeles la reciben y la colocan, o en el seno de Abraham si es fiel, o en el infierno si es pecadora.

³ Quienquiera que no entre en el reino de Dios, sufrirá las penas eternas.

saca: de unos libritos que Sarda y Salvany publicó en Cataluña, para mantener el oscurantismo . . .”

—Pero el viejecito no pudo continuar, porque la voz del Altísimo me llamó ante su trono. Temblando me acerqué y me prosterné.

—“Vé al mundo, dijo la voz omnipotente, y dí a los que se llaman tus hijos, que Yo, que he creado los millones de soles en torno de los cuales giran miles de mundos, habitados cada uno por millones de millones de seres creados por Mí en mi bondad infinita, Yo no quiero servir de instrumento a las pasiones mezquinas de unas cuantas criaturas, precisamente no las más perfectas, ¡puñado de polvo que se lleva el viento, insignificante parte de los habitantes de uno de mis mundos más pequeños! Díles que Yo no quiero que, en mi nombre, se explote la miseria y la ignorancia de sus hermanos; que no quiero que en mi nombre se trate de sujetar la inteligencia y el pensamiento que Yo he hecho libres; no quiero que en mi nombre se cometa ningún abuso, ni que se arranque un suspiro, se derrame una lágrima o se vierta una sola gota de sangre; ni quiero que Me representen cruel, vengativo, sujeto a sus caprichos y como ejecutor de sus voluntades. Que no hagan de Mí, Yo que soy El Bueno, un tirano y un mal Padre; que no pretendan ser los únicos poseedores de la Luz y de la Vida eterna. ¿Cómo? Yo que he dado a cada ser aire, luz, vida, amor y alimentos para que viva y sea feliz, ¿había de negar a los demás, en provecho de unos pocos y por cierto no los mejores, lo más esencial, lo más trascendental, la felicidad verdadera? ¡Impío, absurdo! Díles que Yo, que soy el Todo y que fuera de Mí nada existe y nada puede existir sin mi voluntad y consentimiento, Yo no tengo, ni puedo tener enemigos; nada me es igual, ¡nadie puede oponerse a mi voluntad! Díles que sus enemigos no son míos, que Yo jamás me he identificado con ellos, y que el obrar suyo es vano, insensato y blasfemo. Díles que yo perdono el error, pero castigo la iniquidad; que olvido una falta contra Mí, pero persigo la vejación de un desgraciado, pues Yo soy infinitamente poderoso, y las injurias todas de todos los habitantes de todos los mundos, mil veces centuplicados, no han de dañar un átomo de mi gloria; pero que la menor injuria contra el pobre, contra el oprimido la he de castigar, pues no he creado nada,

no he dado el ser a nadie para que sea infeliz y sirva de juguete a sus hermanos. Yo soy el Padre de todo lo que existe. ¡Yo sé el destino de cada átomo: que me dejen amar a mis criaturas, cuyas miserias y necesidades conozco; que cada uno cumpla con su deber, que Yo, el Dios bueno, sé lo que tengo que hacer!”

—Así habló el Omnipotente, y yo he venido aquí para cumplir su voluntad. Y os digo a vosotros:

Que las miserias del indio infeliz, que habeis empobrecido y embrutecido han llegado hasta el trono del Altísimo. Han llegado allá tantas inteligencias oscurecidas y mutiladas por vosotros, tantas vírgenes violadas; ha llegado el grito de tantos desterrados, torturados y muertos a instigación vuestra, las lágrimas de tantas madres, la miseria de los huérfanos, ¡todo mezclado con el ruido de vuestras orgías! Sabed que existe un Dios (tal vez dudais de su existencia y sólo usais de su nombre para conseguir vuestros fines) y ese Dios puede un día pedir os cuenta de todas vuestras iniquidades. Sabed que Él no necesita del dinero del pobre, ni su culto se reduce a encender velas, quemar incienso, decir misas, creer a ciegas lo que otro dijo, aunque repugne a la razón, no: Él tiene luminarias más grandes que vuestro sol, flores más perfumadas que las de la tierra, música en el concierto armónico de los astros. El se basta a sí mismo. Él creó la inteligencia, no para esclavizarla, sino para que en alas de ella, el hombre sea feliz y tienda a remontarse a Él. No necesita de nadie, creó al hombre mismo, Él no le necesitaba ni le necesita: Él es feliz desde la Eternidad.

Os aferrais a la idea del Purgatorio, la quereis defender usando de todas las armas, aun de las más ignobles. ¿Por qué en vez de gastar el tiempo en afirmar lo que jamás visteis, no predicais el amor al prójimo, la caridad? ¿Por qué en vez de esas penas, no predicais consuelo y esperanzas para endulzar un tanto los males de la vida? ¿Por qué? Porque la verdadera doctrina de Cristo no os traería dinero, y lo que vosotros quereis es oro, oro y oro, y para esto os valeis del Purgatorio, para sacar dinero de las almas timoratas. ¿Por qué desconsolar al huérfano y a la viuda con cuentos horribles de la otra vida, sólo para despojarlos de algunos cuartos? Olvidasteis lo que dijo el Apóstol: *Nolo vos ignorare, fratres, de dormientibus, ut non contris-*

temini, sicut qui spem non habent? ⁴ ¿Y lo que yo dije: *Haec enim est christianae fidei suma; vitam veram expectare post mortem?* ⁵ Pero vosotros faltando a la caridad, obráis contra Cristo, y por un vil interés, quereis entrometeros en los juicios divinos. Toda la fuerza de vuestros argumentos se estriba en que hay almas no bastante pecadoras para condenarse, ni bastante puras para entrar en el cielo. ¿Quién os autoriza a vosotros a anteponeros a los juicios de Aquél, que pesa y considera el más pequeño pensamiento, que sabe que es imposible exigir la perfección divina a seres de barro, sujetos aquí a miserias, necesidades y opresiones? ¿Quién os dice que Él juzgará como vosotros, que sois de inteligencia limitada? ¿Quién os dice que aquí no expiamos nuestras faltas con las miserias a que estamos sujetos? Si yo un tiempo pude admitir la sombra de esa posibilidad, ahora más convencido de la bondad divina y de la miseria del hombre, tengo absoluta confianza en Él, seguro de que su proceder y su juicio han de ser infinitamente más justos y mejores que los míos. Dejad; pues, ese afán de atesorar riquezas; ya teneis bastante; no juzgueis las almas de los demás, para arrebatár el último bocado a los pobres; dejadlas en manos de su Criador y no interpongais vuestras acusaciones, sólo para sacarles el poco dinero que les dejais. ¿Acordaos de lo que decía Fulgencio: *Et si mittetur in stagnum ignis et sulphuris qui vestimento non tegit, quid passurus est qui vestimento crudelis expoliat? Et si rerum suarum avarus posesor requiem non habebit, quomodo alienarum rerum insatiabilis raptor?* ⁶ Pensad que Satanás en el día del juicio puede decir de vosotros a Cristo: *Tui autem cristiani, pro quibus ideo crucifixus et mortuus es, ut morti ipsi non timerent, sed essent de resurrectione securi, non solum lugent mortuos voce et habitu, sed etiam ad ecclesiam procedere confunduntur; aliquanti etiam ipsi clerici tui et pastores ministerium*

⁴No quiero que ignoreis, hermanos, lo que hay acerca de los que duermen, para que no os contristéis, como los que no tienen esperanza—Pablo a los tesalónicos, Cap. IV-13.

⁵He aquí el resumen de la fe cristiana: esperar una vida verdadera después de la muerte.—*de cons. mort.*

⁶Y si se envía al estanque de fuego y azufre al que no dió vestidos al desnudo, ¿qué ha de pasar al que cruel le despojó el vestido? Y si no ha de descansar el avaro poseedor de las cosas propias, ¿cómo lo pasará el ladrón insaciable de las cosas ajenas?—*De remiss peccat.* Cap. XIV

*suum intermittunt, vaccantes lustui, quasi insultantes tuae voluntati.*⁷

Predicad, pues, la religión de las esperanzas y de las promesas, pues vosotros más que nadie teneis necesidad de perdón. No habléis de rigores ni condeneis a nadie, no vaya Dios a oiros y juzgaros según las leyes que forjasteis. Tened siempre en la memoria lo que Cristo dijo: *Vae vobis Scribae et Phraissae hypocritae qui clauditis regnum coelorum ante homines: vos non intratis, nec introeuntes sinitis intrare.*⁸ ¡Menos codicia y más caridad!

Ahora lo que te diré particularmente es esto: Que tú eres un infeliz mentecato, que dices muchas tonterías, pero esto casi no es culpa tuya; no podía esperar otra cosa de ti, y no quisiera castigarte por ellas. Pero tú tuviste el atrevimiento de no sólo insultar a los otros, en lo cual has faltado a la verdad y a la caridad, sino también de alabarte a ti mismo y todavía en letra bastardilla, para que todos lo notasen. Tu dijiste hablando de tí. *Este Padre, yo le conozco bien*,—o tú mentías o tú D. Pepe que resulta que no te conocía, y en cuanto a ti no te conoces, te lo aseguro;—aunque pareces algo testarudo, (¿qué algo?) ¿no ves cómo mi báculo se rompió en tu cabeza que no parece sino de piedra? pero no tenías necesidad de decirlo, porque todo el mundo sabe que ser testarudo es cualidad de gente ruda y no educada. *Sin embargo, no sueles hablar en balde*,—esto hasta cierto punto es verdad: cada palabra tuya es objeto de risa, así en la tierra como en el cielo.—*ni acostumbra decir las cosas sin haberlas pensado*, (tal vez; sólo que debes ser muy limitado de pensamiento). Por esta tonta vanidad mereces que yo te imponga una penitencia, un castigo, una vez para siempre, porque no me has de obligar a venir, a reprenderte cada vez que dices tonterías, mi vida no está dedicada a corregir tus mentecatadas.

Y el Obispo se puso a meditar:

—Sin duda que a tenerte que juzgar según tu modo de pensar, deberías ir al infierno o a tu purgatorio, cuando

⁷ Tus cristianos sin embargo, por los cuales te crucificaron y mataron; para que muertos mismos no temiesen, sino que estuviesen seguros de la resurrección, no solamente lloran sus muertos de palabra y de obra, sino que hasta se atropellan para ir a la iglesia y llorarlos hasta algunos de tus clérigos y pastores interponen su ministerio, dispuestos al duelo como para insultar tu voluntad.—*De cons. mort.*

⁸ Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerrais el reino del cielo a los hombres: ni entráis ni depais a los demás entrar.

menos; pero no, Dios no se guiará por tu criterio . . . Además que causas cierto indirecto bien haciendo reir a costa tuya a mucha gente ilustrada, y para esto se necesita cierta abnegación. ¿Debo hacer que los indios, al encontrarte, ni se quiten el sombrero ni te besen la mano? Sería bueno para castigar tu orgullo, pero los pobres indios serían después desterrados o cuando menos encarcelados, y no está bien aumentar el mal que haceis. ¿Debes sufrir lo que atribuyes a Voltaire, interpretándolo como un castigo? Casi lo merecías, porque parece que aplaudías aquel mal; pero algunos crédulos pueden haberte creído, y al verte después sufriendo la misma pena, no vayan a pensar que tienes algo de común con aquel hombre de talento; no, no es eso. ¿Te dejaré manco y mudo? Sería el mejor castigo, pero tus hermanos lo van a interpretar como una prueba a que te somete Dios . . . no, esta vez no me cogeis. ¿Qué haré contigo?

¡Ah! continuó, después de meditar en tu pecado hallarás la penitencia: te condeno a que toda tu vida sólo digas y escribas tonterías, para que el público se ría de ti, pues lo que dices no sirve más que para eso. ¡Y el día del juicio serás juzgado como mereces!

¡Amén! contestó Fr. José Rodríguez.

Dicho esto la visión desapareció, la luz del quinqué se tornó amarillenta, el suave perfume se desvaneció y al día siguiente Fr. José Rodríguez escribía con más bríos mayores tonterías. ¡Amén!

NOTAS

Este cura creyéndose llamado a desacreditar el *Noli Me Tángere* de Rizal, publicó una serie de opúsculos bajo el epígrafe de *Cuestiones de Sumo Interés*, cuyos ejemplares se vendían en las iglesias después de las misas. Con respecto a los libritos del Fr. José Rodríguez, escribió Rizal a Mariano Ponce el 30 de septiembre de 1888, "tengo el placer de ver que aun escribiendo con los pies les hago un terrible daño: ¡Con que si llego a escribir con la mano! . . . "Si mis enemigos sólo escribiesen como los PP. Rodríguez y Font nada me importaría; pero lo malo es que los tengo entre nuestros paisanos, que algunos con sus ambiguas frases me desacreditaron mucho."

En este escrito que satiriza a las "*Cuestiones*," Rizal demostró su vasta erudición sobre la historia del Cristianismo.

POR TELÉFONO *

El año de 1900 se unían por primera vez las Filipinas a la Metrópoli por medio del hilo telefónico tendido por una sociedad anglo-catalana, llamada *The Trans-Oceanic Telephone Company*, tan conocida en su tiempo por sus ideas verdaderamente atrevidas.

Gracias a la perfección de los aparatos se podían oír desde Madrid los suspiros místicos de los frailes, orando delante de las imágenes sagradas, sus rezos llenos de piedad, sus frases humildes, sus palabras de conformidad y resignación y hasta las acciones de gracias con que recibían las limosnas de arroz y sardinas que el pueblo les daba compadecido de sus ayunos y abstinencias. Tal era la perfección del teléfono, que se oía hasta el *silencio* que reinaba en los refectorios, y por el ruido de la masticación se sabía a ciencia cierta que el más glotón de los frailes no comía arriba de cinco bocados diarios.

—¡Qué pobres y qué virtuosos son estos sacerdotes! exclamaban en Madrid los demócratas conmovidos.

—¡Qué pobres y qué virtuosos son estos sacerdotes! repetía el teléfono en Filipinas y lo publicaba en todas partes, en los conventos, iglesias, etcétera.

Y los frailes, al oír esto, disminuían más el número de sus bocados por temor de que hubiese un indio que tuviese hambre; enseñaban a leer y escribir a los muchachos, y los instruían por fuerza en la lengua castellana, sufriendo no pocas veces insultos y bofetadas de los padres de los muchachos por atreverse a abrirles los ojos.¹

—¡Bendito sea Dios!—respondían los frailes y presentaban la otra mejilla:—¡sea todo por Dios y la madre España!

Y continuaban enseñando tan pronto como el despótico indio se alejaba, si el gobierno a instigación de los padres, no les formaba causa por enseñar, delito que constituía un gran crimen, peligrando la integridad de la patria.

—El Ministro de Ultramar,—telefoneaba un día el procurador de agustinos desde Madrid a Manila,—solicitado

* Esta copia fue reproducida del folletín del mismo título que existe en la Biblioteca Nacional.

por los indios, ofrece a nuestra corporación una hacienda para que los padres no se mueran de hambre y vivan con alguna comodidad. ¿Qué le respondo?

(El teléfono lo transmite al convento de agustinos.)

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal! ¡Dios nos libre de toda tentación!—exclaman todos los frailes al oír la noticia, se caen de rodillas y se tapan los oídos.

—¡Señor! ¡Señor!—gime el provincial dándose golpes de pecho de veras y no así como quien quiere embaucar a los fieles para hacer cuartos.—¡Yo he perdido el alma de Salvadorcito enviándole de procurador a Madrid. ¡El tan bueno, tan humilde, tan sencillo, tan ingenuo, tan poco charlatán, tan casto, tan cándido cuando estaba aquí! ¡Ahora se ha perdido! ¡Hacernos esas proposiciones . . . tan pecaminosas! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! *Domine, quare dereliquisti eum?* Señor, ¿por qué le has abandonado?

Y todo S. Agustín gimiendo y todos los frailes dándose golpes de pecho y azotándose unos a otros para hacer penitencia y traer al buen camino el alma de Salvadorcito Tont.

Y en Madrid se oye (por teléfono) toda la consternación del convento de S. Agustín. Y Salvadorcito Tont, en su aire cándido de buen muchacho, exclama:

—¡Si habrán encarcelado a todos mis hermanos por no leer los libritos que contra ellos publican los indios, insultándoles con la aprobación eclesiástica!² Después de todo, ¡está bien hecho! ¿Quién les manda contestar y replicar?

—A nosotros los imitadores y ministros de Cristo, si nos insultan en los libritos, nos deben obligar que los leamos, sobre todo si tienen indulgencias, y nos deben prohibir que contestemos o nos defendamos. Para eso tenemos voto de soberbia . . . Inmediatamente me voy al Ministro para pedirle mande azotar a cualquier sacerdote de mi religión que por orgullo no diga a todo amén y acate la verdad. Así verá que aunque soy un simple, no me falta amor a la Justicia . . .

Y busca sus zapatos agujereados, porque los que lleva puestos no tienen suelas. El buen agustino tiene que

andar a pie hasta el Ministro y no cuenta siquiera con que pagar el tranvía. ¡Y eso que había hecho voto de riqueza!

—¡Salvadorcito, Salvadorcito!—le grita el teléfono.

Salvadorcito reconoce la voz del provincial y se pone a temblar. Salvadorcito era muy obediente.

—¡Mande su paternidad!—contesta y se pone de rodillas al lado del teléfono para que así esté más respetuoso, y eso que lo prohibía el voto de soberbia.

—¿Cómo te has dejado tú tentar por el enemigo del mal, aceptando por un momento la proposición de darnos una hacienda?

—¿Cómo, hijo mío? ¿No has visto en eso un lazo que nos está tendiendo el enemigo, inspirado sin duda por el condenado Rizal para que así nos enriquezcamos y seamos soberbios, poderosos y libertinos, porque el desgraciado Calambaino no quiere otra cosa sino que cumplamos con los votos de riqueza, soberbia y lujuria, que los sacrílegos fundadores se han impuesto? Nada, no vuelvas a escuchar semejantes ofertas ¡nada! Nosotros aquí, no sólo trabajamos y construimos nuestras iglesias con nuestras manos, no sólo sembramos y ayudamos a los pobres, sino también damos lo poco que nos dan, a los ricos y soberbios para que más nos tiranicen, para que su avaricia se aumente y nos exploten y arruinen más, para que nos pongan en las cárceles, nos destierren, etc. . . . Así propagamos la ley de Cristo en todas partes, la predicamos en las islas a donde nos deportan, vienen más imitadores . . . Así no hay un solo igorroto, no hay un solo infiel en las montañas; todos se han bautizado, y todos nos explotan a fuer de cristianos. Lo que has de proponer al Ministro, para que nuestra doctrina triunfe, es que imite a los pretores romanos, que nos envíe gobernantes crueles, sanguinarios, que atropellen las leyes y nos persigan: así se despertarán los dormidos, se fortalecerán los tibios, se despertará la atención de los indiferentes que hay muchos, muchísimos . . . Acuérdate que para hacer triunfar una causa hay que perseguirla . . . ¡Anda y que nos persigan! Entretanto te impongo por penitencia, a ti que no eres *jambuguero* ni comediante, que te dejes retratar en diferentes posiciones pero siempre en actitud de meditar, de escribir un sermón, con una pluma en la mano y al lado de

una lámpara, con gafas aunque no las necesitas, ¿entiendes? Expondrás las fotografías en público para hue todo el mundo diga aunque no se lo crea: “¡qué pensador es! ¡qué gran orador debe ser Salvadorcito Tont! Siempre está escribiendo sermones. ¡Ni tiempo tiene para que le retraten!” Esto te hará sufrir, porque aunque tienes votos de riqueza, soberbia y lujuria, no haces caso de ellos.³ . . . ¡No te olvides de retratarte en actitud pensativa y de comediante! ¡Con Dios!

—¡Hágase tu voluntad!—gime Salvadorcito resignado, y toda su casa se llena de lamentos.

Salvadorcito era tan humilde que le martirizaba la idea de presentarse en público, aunque no fuese más que en fotografía; por eso cuando tenía que predicar, sacaba una voz hueca y cavernosa para amedrentar a sus oyentes y ver si le dejaban solo.

—¡Salvadorcito, Salvadorcito!—grita otra vez el teléfono.

—¡Mande su paternidad!—contesta el buen procurador y esta vez se pone de gatas para escuchar más reverentemente a su provincial.

—Pídele al Ministro que no haga obispo al P. Rodriguez;* dile que está muy ocupado buscando y componiendo palabras derivadas de Calamba, ya Calambano, Calambaino, Calaino, Calainos. ¡Si vieras el trabajo que le cuesta!, suda que es un gusto. No tiene tiempo para ser obispo, aunque serviría mucho, pues está condenado por N. P. S. Agustín a ser estúpido en toda su vida. ¡Que no le hagan obispo por Dios!

—¡No es el Ministro el que quiere hacerle obispo, son los dominicos que así tratan de rehuir el cargo, por espíritu de soberbia!—contesta Salvadorcito.

—Pues dile al Ministro que para obispos no hay como los dominicos. Aquí conozco yo uno tan amigo de los indios y enemigo de nuestra santa fe, que no permite que los chinos tomen parte en las ceremonias, y eso que se sabe que tan pronto como dejan el país, dejan el cristianismo; se hacen cristianos por interés. Los cristianos cuanto peores mejores son. Los dominicos lo saben, y aunque los chinos les dan y ofrecen dinero, ellos no lo aceptan. ¡Ca! no ¡señor! Ellos procuran que los indios no riñan con los

* El mismo Fr. Rodriguez en “La Visión.”

mestizos, ni éstos con los chinos, contra el mandato expreso de dividir para reinar que dijo Jesucristo. Por esta desobediencia hay que hacerles obispos, hay que plantarles encima de la cabeza una mitra en señal de soberbia, como a los sacerdotes asirios y persas que la llevaban puesta; esta gente sigue a Machiavelo, el maldito Machiavelo que decía que hay que predicar la paz y la concordia. Hablando de la concordia, sabes, Salvadorcito, que el P. Baldomero y otro han ido a visitar el colegio de este nombre, que es un colegio de educandas si mal no te acuerdas . . . Naturalmente, ni visitaron los dormitorios, mientras las niñas se vestían y se mudaban, ni hablaron con las más hermosas, y las pocas veces que cambiaron palabras no era en la oscuridad, ni detrás de las puertas, ni lejos de los demás . . . ¡Ah! el martirio que sufrieron, ¡ah! ellos tan púdicos, tan virtuosos, tan candorosos! ¡Y las Madres tan ariscas, tan poco complacientes, tan poco tolerantes! ¡Todo el tiempo que estuvieron allá sólo hablaron de Dios permaneciendo llorosos y compungidos!

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—¿Qué te pasa, Salvadorcito?

—Quitarme ya de procurador, porque aquí estoy sufriendo lo mismo que debieron sufrir Baldomero y el otro en el colegio de niñas . . . ¡Cuántas chulas y mujeres boni . . . ¡ay! ¡Quiero volver a Manila! ¡Madrid está perdido!

—¡Aquí te van a poner preso los indios y te desterrarán sin formación de causa! Con escribir un informe secreto . . .

—¡No importa!

—¡Morirás de hambre y no irás en coche!

—Aquí ando a pie.

—Mira que tendrás tú que saludar a los indios o, si no, te forman expediente gubernativo y te destierran.

—¡No importa! Prefiero todo eso a vivir entre mujeres . . . bonitas.

—Mira que si no le das gusto en todo al gobernadorcillo te va a acusar de antiespañol . . .

—Protestaré, diré que amo a España.

—No te creerán, porque los indios son muy ricos y publican libritos con Superior permiso contra los frailes . . .

—Pues ¿qué he de hacer? ¿qué he de hacer?

—¡Quedarte allí de procurador!

—¡Ay!

—Regalar objetos de la China y del Japón a los Ministros, Diputados y Senadores para conseguir nuestros fines.

—¡Sí, eso es, a los chinos! ¿Y qué más?

—Esperar a que te hagan obispo.

—¡Ay! ¡ay!

—¡Y después, cardenal!

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—Pero, por de pronto, hay que trabajar para que el gobierno dé cruces, haciendas, cargos a nuestros enemigos . . .

—¿Y si arman una sublevación y dicen que somos nosotros los que lo hacemos porque somos *bistirufelos*?

Silencio.

—¿Qué digo del *bistirufelismo*?—pregunta Salvadorcito.

Silencio.

—¿Padre provincial? ¿Qué hay del *bistirufelismo*?

—¿El *bistirufelismo*?—contesta una voz al fin. Dile al Ministro que no existe, pero que si quiere que exista, que crea en su existencia, y existirá. Dile que nosotros hemos sufrido ya mucho, sufrimos y sufriremos aún pero como en esta vida nada es eterno, nuestros sufrimientos tendrán un día su límite, el día en que nos convenzamos de que el gobierno está con nuestros enemigos.⁴

NOTAS

1. El lector sabe muy bien que Rizal quiere decir lo contrario. W. E. Retana, en sus notas a *El Filibusterismo*, hace la siguiente observación:

“En vano el Gobierno de la Metrópoli tenía dispuesto, reiteradamente, que a los filipinos se les enseñase el castellano; aquí (en España) la aspiración oficial consistía en hacer que nuestro idioma fuese el general en Filipinas: los frailes se opusieron siempre, y hasta existen informes en toda regla en los cuales los frailes sustentan el criterio de que la propagación del idioma castellano en el Archipiélago era eminentemente funesta . . . Todo filipino que supiese castellano, era sólo por esto, mirado de reojo por los frailes,” (*El Filibusterismo* anotado por W. E. Retana, 3.ª edición, Imprenta de Henrich y Cía, Barcelona, 1908.)

2. Esto, desde luego, debe entenderse al revés. Oigamos a Retana: “Contra el *Noli Me Tángere* y contra el Autor (Rizal) se

habían desencadenado los frailes de Filipinas, pero singularmente el agustino Fr. José Rodríguez, . . . excelente sujeto sin más defecto que el de padecer cierta atrofia mental . . . que recogiendo, o creyendo recoger, los conceptos fundamentales del *Noli* se propuso pulverizarlos en una serie de opusculillos . . . todos los cuales se difundieron profusamente por el país, en castellano y en idioma indígena, *con la nota de que el Prelado diocesano concedía indulgencia* a los lectores . . . Esto, y la oratoria sagrada con que se despotricaba contra Rizal, agigantó extraordinariamente la fama de Rizal en su país.”

3. Todo lo que en este párrafo se proclama como que se execra, constituía precisamente la práctica que se observaba entonces.
4. Esta es una advertencia que Rizal hace. Si no se daba fin a los abusos, las prisiones, los destierros, etc., entonces sí que habría filibusteros.

MARIANG MAKÍLING *

En mi pueblo se conserva una leyenda, la leyenda de Mariang Makíling.

Era una joven que habitaba el hermoso monte que separa las provincias de La Laguna y Tayabas. Jamás se supo a punto fijo el lugar de su morada, porque los que tuvieron la fortuna de dar con ella después de vagar mucho tiempo como perdidos en los bosques, ni han podido volver, ni han sabido encontrar el camino, ni están conformes en el sitio ni en su descripción. Mientras unos le dan por morada un hermoso palacio, brillante como un relicario de oro, rodeado de jardines y hermosos parques, otros afirman que sólo vieron una miserable choza, de techo remendado, y *dindines*¹ de *sawali*.² Semejante contradicción puede dar lugar a que se crea que tanto unos como otros mienten donosamente, es verdad; pero puede deberse también a que Mariang Makíling tuviese dos viviendas como muchas personas acomodadas.

Según testigos oculares, era ella una joven, alta, esbelta, de grandes y negros ojos, larga y abundante cabellera. Su color era un moreno limpio y claro, el *Kayumanging-Kaligatan* que dicen los tagalos; sus manos y pies, pequeños y delicadísimos, y la expresión de su rostro, siempre grave y seria: era una criatura fantástica, mitad ninfa, mitad sílfide, nacida a los rayos de la luna de Filipinas, en el misterio de sus augustos bosques, y al arrullo de las olas del vecino lago. Según creencia general, y contra la reputación atribuida a las ninfas y a las diosas, Mariang Makíling se conservó siempre virgen, sencilla y misteriosa como el espíritu de la montaña. Una vieja criada que tuvimos—amazona que defendió su casa contra los tulisanes y mató a uno de ellos de un bote de lanza—me aseguraba haberla visto en su niñez pasando a lo lejos por encima de los kogonales³ tan ligera y tan aérea que ni siquiera hacía doblar las flexibles hojas. Dicen que por la noche del Viernes Santo, cuando los cazadores encienden hogueras para atraer a los ciervos con el olor de la ceniza a que son

* Otra versión de esta historia, escrita por Rizal, aparece en el apéndice página 318.

tan aficionados, la han columbrado inmóvil al borde de los abismos más peligrosos, dejando flotar al viento su larga cabellera, inundada toda en la luz de la luna; dicen también que a veces se ha dignado ella de acercarse: entonces saludaba ceremoniosa, pasaba y desaparecía bajo las sombras de los vecinos árboles: por lo demás, todos la querían y la respetaban, y ninguno se atrevió jamás a preguntarla, seguirla o vigilarla. Se la ha visto también sentada largas horas sobre una roca, a orillas de un río, como contemplando el lento curso de las aguas. No falta un cazador viejo que asegure haberla visto bañándose en alguna escondida fuente a media noche, cuando las mismas cigarras duermen, cuando la luna reina en medio del silencio y nada turba el encanto de la soledad. En esas mismas horas y en medio de las mismas circunstancias, es cuando también los sonidos de su arpa se dejan oír, misteriosos y melancólicos: los que los perciben se detienen porque se alejan y se extinguen cuando se los trata de buscar.

Su paseo favorito era, según dicen, después de la tempestad: entonces se la veía recorriendo los campos, y por donde ella pasaba renacía la vida, el orden, la calma; los árboles volvían a enderezar su abatido tronco; los ríos se encerraban en su cauce y se borraban las huellas de los elementos desencadenados.

Cuando los pobres campesinos de las faldas del Makíling⁴ necesitaban de ropa o de joyas para las solemnidades de la vida, ella se las prestaba a condición de devolvérselas y darle además una gallina, blanca como la leche, y que antes no hubiese puesto huevos, una *dumalaga*⁵ como dicen. Mariang Makíling era muy caritativa y tenía buen corazón. ¡Cuántas veces no ha ayudado ella, en forma de una sencilla campesina, a las pobres viejas que iban al bosque por leña o para coger frutas silvestres deslizándose entre ellas pepitas de oro, monedas, relicarios y joyas! Un cazador que un día perseguía un jabalí al través de los kogonales y de las matas espinosas de la espesura, descubrió de repente una choza en donde se ocultó el animal. De la choza salió al poco una hermosa joven que le dijo tranquilamente:

—El jabalí me pertenece y habéis hecho mal en perseguirle; pero veo que estais muy fatigado, que vuestros brazos y piernas manan sangre; entrad, pues, comed, y luego proseguiréis vuestro camino.

El hombre confuso y sorprendido y más fascinado por la hermosura de la joven, entró, comió maquinalmente todo lo que le ofreció, sin acertar a hablar una sola palabra. Antes de salir, dióle la joven algunos trozos de jengibre, recomendándole se los diese a su mujer para sus guisos. Púsolos el cazador en el *baat*⁶ de su *salakot*⁷ y después de dar las gracias se retiró resignado. A la mitad del camino, sintiendo que el *salakot* le pesaba, se deshace de muchos pedazos y los arroja. Pero ¡cuál no sería su sorpresa y su sentimiento, cuando al día siguiente su mujer encuentra que lo que creyeron jengibre era oro macizo, reluciente como un rayo cuajado del sol!

Pero Mariang Makíling no siempre era dadivosa y complaciente con los cazadores, se vengaba también, si bien sus venganzas nunca fueron crueles. La doncella conservó siempre el tierno corazón de la mujer.

Dos famosos cazadores descendían una tarde del monte, cargando algunos jabalíes y venados que habían cazado durante el día. Encontráronse con una vieja que les pidió le cediesen cada uno una pieza, y ellos, considerando exorbitante la demanda, se la negaron. La vieja se alejó diciendo que iría a dar parte a la *dueña* de aquellos animales, de lo que se rieron grandemente los cazadores.

Entrada ya la noche, y cuando los dos se encontraban cerca del llano, oyeron un grito lejano, muy lejano, como si hubiese partido de la cumbre del monte. El grito era extraño y decía:

—¡Huyáa . . . huyó!

Y otro grito más lejano aún, contestaba:

—¡Huyáa . . . huyó!

Aquel grito sorprendió a ambos cazadores, no sabían a que atribuirlo: sus perros, al oírlo, enderezaron las orejas, gruñeron un poco, y se les acercaron.

Apenas habían pasado algunos minutos, cuando el mismo grito resonó de nuevo, pero esta vez en la falda del monte. Al oírlo, los perros metieron la cola entre piernas y se pegaron a sus amos como buscando protección; éstos, a su vez, miráronse asombrados sin decir una palabra, interrogándose con la mirada; les sorprendía que los que lanzaban aquel grito hubiesen andado tanto en tan poco tiempo.

Ya en el llano, resonó de nuevo el siniestro grito; pero esta vez tan claro y tan distinto, que ambos instintivamente volvieron la cabeza. Entonces, a la luz de la luna, columbraron dos formas colosales, extrañas, bajando la montaña con toda rapidez. Uno de los cazadores, el más intrépido, quiso detenerse y cargar su escopeta; pero arrastrado por el otro, también se echó a correr con la prisa que le permitía el peso que llevaba encima. Pero los extraños seres se aproximaban, sus pasos se oían; así que, llegados a una fuente que llaman *bukal*,⁸ arrojan sus cargas, se encaraman a un árbol, y desde allí aguardan la llegada de los monstruos, levantando el gatillo de sus escopetas. Sus perros en tanto, al verse desamparados, llenos de un terror pánico, echan a huir con dirección al pueblo sin proferir un solo ladrido.

Los monstruos llegaron y su aspecto heló la sangre en las venas de los cazadores. El que me ha referido esta aventura, sobrino de uno de ellos, no me supo jamás describir la forma de los extraños seres; el único detalle que me daba era los colmillos enormemente largos que relucían a la luz de la luna: es lo único que él oyera de su tío. En pocos segundos se comieron los jabalíes y venados que encontraron en el suelo, dirigiéndose después a la montaña. Sólo entonces volvieron en sí los cazadores, y el más animoso apuntó, pero el tiro no salió y los monstruos desaparecieron.

No se supo jamás que Mariang Makíling tuviera padres, hermanos o parientes: semejantes personajes brotan en la naturaleza como las piedras que los tagalos llaman *mutyá*.⁹ Su verdadero nombre tampoco se sabe; la llamaron María por darle un nombre: jamás la vieron entrar en el pueblo ni tomar parte en ninguna ceremonia religiosa. Permaneció siempre la misma, y las cinco o seis generaciones que la conocieron la vieron siempre joven, fresca, ligera y pura.

Pero ya hace muchos años que su presencia no se ha señalado en el Makíling; su vaporosa silueta ya no vaga por los profundos valles ni cruza las cascadas en las serenas noches de luna; ya no se deja oír el melancólico acento de su arpa misteriosa, y ahora los enamorados se casan sin recibir de ella ni joyas ni regalos: Mariang Makíling ha desaparecido, o al menos huye el trato de los hombres.

Unos culpan de ello a los vecinos de cierto pueblo, quienes no sólo no quisieron dar la gallina blanca de costumbre,

sino que tampoco devolvieron las prendas prestadas; claro está que rechazan enérgicamente semejante acusación, y dicen que Mariang Makiling está ofendida, porque los frailes dominicos quieren despojarla de sus dominios, apropiándose la mitad del monte; pero un viejo leñador, que pasó los sesenta y cinco años de los setenta que vivió, en las espesuras del Makiling abatiendo los más seculares árboles, me ha dado otra versión que, si no es muy conocida, tiene al menos mayores visos de probabilidad.

En la vertiente de la montaña vivía un joven dedicado al cultivo de un pequeño campo, y era el sostén de sus ancianos y enfermizos padres. Bien parecido, apuesto, robusto y trabajador, poseía un corazón noble y sencillo, si bien era algo taciturno y poco comunicativo. Sus sembrados pasaban por ser los más hermosos y mejor cuidados; sobre ellos nunca descendía la langosta, los *baguios* parecían respetarlos, la sequía no los agostaba, ni se pudría la semilla cuando las lluvias torrenciales anegaban los vecinos campos. Jamás la peste diezmó su ganado, y si alguno durante el día se extraviaba, volvía de seguro al anochecer, como si le trajese una mano invisible. Tan feliz ventura la atribuían algunos a ciertos *mutyá* y amuletos, otros a la protección de un santo, y otros al cielo que protege y premia a los buenos hijos. Sin embargo, la conducta del joven era bastante misteriosa, sus ratos de ocio los pasaba vagando en la montaña, sentado junto a algún torrente, hablando a veces a solas o pareciendo escuchar extrañas voces.

Llegaba entretanto el tiempo de entrar en quintas. ¡Sabe Dios cuánto lo temen los jóvenes y las madres sobre todo! Juventud, hogar, familia, buenos sentimientos, pundonor, y a veces honra, adiós! Los siete u ocho años de vida de cuartel, embrutecedores y viciosos, en que las groseras interjecciones parafrasean el despotismo militar armado aún del azote, se presentan a la imaginación del joven como una larga noche que agosta lo más sano y hermoso de su vida, en que uno duerme con lágrimas en los ojos y sueña horribles pesadillas, para despertarse viejo, inútil, corrompido, sanguinario y cruel. Así se ha visto a muchos cortarse dos dedos para eximirse del servicio militar; otros se han arrancado los incisivos, en los tiempos en que había menester de morder el cartucho; otros han

huido a los montes, haciéndose bandoleros, y no pocos se han suicidado. Sin embargo, la mejor precaución contra esta desgracia ha sido el casamiento, y los padres de nuestro joven determinaron casarle con una muchacha, agraciada y trabajadora, que vivía no muy lejos en la misma montaña. El joven, si bien no se mostró muy entusiasmado con semejante proyecto, aceptólo, sin embargo, primero para librarse de las quintas, y después para no desamparar a sus ancianos padres. Como no tenía ninguna tacha, pronto se arreglaron las bodas y se fijó el día del casamiento.

No obstante, conforme se acercaba el dichoso día, hacía el novio más taciturno y menos comunicativo aun; desaparecía durante largas horas, y cuando volvía, le veían como desalentado, y muchas veces no respondía cuando le preguntaban.

La víspera de las bodas, a la noche cuando volvía de la casa de su futura, apareciósele una joven en el camino de extraordinaria belleza.

—Yo ya no quería dejarme ver de ti—le dijo ella, en tono dulce, mezcla de lástima y de compasión;—pero vengo a traerte mi regalo, el traje y las joyas de tu novia. Yo te he protegido y te he amado porque te ví bueno y trabajador, y había deseado te hubieses consagrado a mí. ¡Va! Puesto que te es necesario un amor terrenal; puesto que no has tenido valor ni para afrontar una suerte dura, ni para defender tu libertad y hacerte independiente en el seno de estas montañas; puesto que no has tenido confianza en mí, yo que te hubiera protegido a ti y a tus padres, véte; te entrego a tu suerte, vive y lucha solo; vive como puedas.

Y dicho esto, la joven se alejó y se perdió entre las sombras. El quedóse inmóvil y como petrificado; después dió dos o tres pasos como para seguirla, pero ya había desaparecido. Recogió silenciosamente el bulto que la joven había depositado a sus pies y entró en su casa. La novia ni se puso los trajes ni usó las alhajas, y desde entonces Mariang Makíling no apareció ya más a los campesinos.

El leñador que me contó esta historia, no me quiso jamás decir como se llamaba el héroe de ella.

Si esto es cierto o no, yo no lo sé. Varias veces he vagado por las faldas del Makíling, y en vez de dedicarme a matar las pobres palomas que se cuentan sus amoríos en las elevadas copas de los árboles, acordándome de Mariang

Makíling la he evocado; he escuchado atento en el silencio del bosque para percibir las armonías de su melancólico instrumento y me he dejado sorprender por la noche para ver si podía columbrar su ideal figura flotando en el aire medio alumbrada por un rayo de luna que se filtra al través del espeso ramaje. Nada he visto, nada he oído. Más tarde, subí hasta la misma cumbre del monte (en aquella famosa ascensión que los frailes calificaron de filibustera, a pesar de venir con nosotros un oficial y un soldado de la Guardia civil en calidad de *turistas*) y vimos parajes deliciosos, sitios encantadores, dignos de ser habitados por dioses y por diosas. Elevados árboles de tronco recto y musgoso por entre cuyas ramas las lianas tejen hermosísimos encajes bordados de flores; plantas parásitas a cual más raras y variadas desde la forma filiforme a la hoja ancha dentada, hendida o circular; gigantescos helechos, palmas de todas clases, esbeltas y graciosas, que esparcen sus simétricas hojas en el espacio como un espléndido plumaje; todo esto y más hemos visto y admirado, suspendiendo varias veces nuestra marcha para quedarnos extasiados; pero ni el palacio encantado, ni la humilde choza de Mariang Makíling, no se han dejado vislumbrar.*

LAONG LAAN

NOTAS

1. Particiones o paredes ligeras de una casa.
2. Tejidos de caña para particiones y zaquízames.
3. *Kogonales*—Cogonales, que Rizal escribió con la letra "k" tal vez por sus propuestas reformas de la ortografía tagala.
4. Un monte majestuoso entre las provincias de Laguna y Tayabas (hoy Quezon).
5. Palabra tagala que significa en español una polla.
6. Badana espaciosa de un *salakot* que puede contener buyo.
7. Sombrero o capacete nativo, generalmente hecho de palmas nativas.
8. Una fuente situada a un lado de la carretera entre Los Baños y Calamba, a tres kilómetros del último, favorecido anteriormente como sitio de baño.
9. Una piedra mágica o talismán.

* Publicado en *La Solidaridad* del 31 de diciembre de 1890.

MAKAMISA

Tumigil ang tugtugan at natapos ang misa ni Pare Agaton.

Humugong ang simbahan sa bulong-bulungan at sagad-saran ñg m̃ga chinelas ñg nağagsisilabas. Sagilsilan at pawisan sa init at antok, ang iba'y kukurap-kurap, ang iba'y naghihikab at ga kumukurus pa, ay nagtutulakan sa pagdukuang ñg benditang nakalagay sa dalawang mangkok na pingas, malapit sa pintuan. Sa pagdadagildilan ay may batang umaatuğal, matandang nagmumurá at nagbubulá ang labi, may dalagang naninikó, kunot ang noo't pairap sa kalapit na binata, na tila bagá mauubusan ng tubig na maruming tila na putikang tirahan ng *kiti-kiti*. Gayon ang pag-aagawang maisawsaw ang daliri, málahid man lamang maikurus sa noo, batok, puson at iba't iba pang sangkap ng katawan. Taás ñg m̃ga lalaki ang hawak na salakot o sambalilo kaya, sa takot na madurog; pigil na magaling ñg m̃ga babai ang panyo sa ulo at baka mahulog; may nakukusamot na damit, may napupunit na manipis na kayo, may nahuhulugan ng chinelas at nagpupumilit magbalik at nang makuha, ġuni't nadadalá ñg karamihang tulak ñg m̃ga punong bayang lumalabas na taás ang yantok, tanda ng kanilang kapangyarihan. Ano pa't sa isang hindi nakababtid ñg ugali sa katagalugan, ang dagildilang ito't pag-aagawan sa tubig ay makakatakut at maiisip na nasusunog ang simbahan, kundangan lamang at may ilang nagpatirang babaeng may loob sa Dios, na hindi lumalabas kundi nagdarasal ñg pasigaw at naghihiyawan na tila baga ibig sabihin:

—Ay, tingnan ninyo at kami'y m̃ga banal. Hindi pa kami busog sa haba ñg misa.

Tila baga kung tatanungin ang karamihan kung bakit sila pağagaw sa tubig na yaon at anó ang kagaliğan ay marami na manding makasagot ang limá sa isang daan. Ang siyámnapu at lima'y dumadawdaw sapagka't ugali. Salvaje ang lumabas na hindi nagkurus muna: mag-alkabalero ka na ay huag ka lamang magkulang sa kaugalian.

Ģuni't kung sasalugsugin ang loob ng lahat ñg araw ñg linggong yaong, lingo de Pasióñ, at itatanong sa marami kung anó kaya bagá ang ipinagdudumali, kung ang takot

na mainís at makuluom sa loob, o ang masarap kayang simoy ñg haqing humihip sa labas at gumagalaw sa madlang halaman at bulaklak sa patio, ay marahil ay may iba pang masasabi. Sa matá ng lahat, sa mnga tiġinan at kindatan pa sa loob ay mababasa ang isang hindi mailihim na pag-uusisa:

—¿Napaano kaya ang ating cura?—ang tanong na hindi napigil ñg isang matandang manang na uġab at hupyak ang pisġi, sa isang katabing kapuwa manang.

At nang matakpan ang kaniyang pag-uusisa sa loob pa ng simbahan, ang matandang manang ay ga kumurus-kurus na at nagsusmariosep!

—Hindi man kamí sinubuan ñg pakinabang . . . Napaano po kaya?

—Napaano ġa po kaya? Nagmisa ġa po nang pada-bog, a?—ang sagot naman ñg tinanong, isang manang na mataba na kumurus-kurus din naman, bumiling pa, humarap pa sa altar at ga yumukod pa ñg kaunti. Kulang na po lamang ipaghagisan ang mnga kandila, a! Susmariosep!

—Siguro po'y gutom na!—ang sabat naman ñg isang napalapit na babaing, mahusay ang bihis.—Tingnan ġa po ninyo't hindi man lamang binendicionan ang anak ñg aking alila . . . aba! Ganoon pong naibayad na sa kandila at sa bendición, aba! Di sa linggo pong darating ay iutang na naman sa akin ñg ibabayad! Ikako'y hari na ġang maalsan ñg empacto. Aba! Empactado po! Marami na pong nababasag! Ako ġa'y madali; ayoko ġa po ñg hindi binebendicionang lahat!

Ganito ang salitaan hangang nakalabas sila sa pintuan. Doon naman nagkakatipon ang mnga lalaki sa pag-aabang ñg mnga dalagang nagsisilabas .Doon ang pulong-puluġan doon nagmamasid at napamamasid, ang aglahian, tuksuhan at salitaan bagay sa mnga nangyayari. Datapua't nang araw na iyon, ang hantuġan ñg salita'y hindi ang magagandang dalaga, hindi ang panahon at ang init kundi ang pagmama-dali ñg cura habang nagmimisa. Bahagya nang nápuna ang paglabás ni Marcela, dalagang paġulo sa bayan, anak ñg Capitang Lucas, na nagbabaras ñg mnga araw na yaon. Ang Marcelang ito'y bagong kagagaling sa Maynila, sapagka't namatay ang aling nagpalaki, kapatid ñg kanyang amá. Kaya ġa't luksa ang kaniyang damit sapol sa pañong talukbong sa ulo hangang sa medias na balot nang maliit na

paang nakikita sa mabini niyang paghakbang. Sa tuwid ñg katawan, sa taas ñg ulo at sa kilos at lakad ay napaghalata ang bukod na kapintasan, ang malaki niyang kapaluan.

Bagama't marami ang nalibang na sandaling sumunod sa kaniya ñg tiġin, bagama't natigil na sumandali ang salitaan, ġuni't hindi rin makalimutan ang tanuġan bagay sa cura.

—Napaano kaya si Agaton natin?—ang tanuġan ñg lahat.

Si Agaton natin ang tawag na palayaw sa balitang pari.

—Hindi man maantay matapos ang cantores, a!

—Kung ipagtulakan ang misal . . .

—Padagis na ang dominus pabiscum . . .

—Totoong lintik na naman ang ating si Aton; totoong ginagawa na ang asal!

—Ilang pang araw ay tayo'y tutuwaran na lamang . . .

—Baka kaya nagpupurga! . . .

Hindi ko na salaysayin ang lahat ñg mġa kuro-kuro ñg mġa lalaki at mġa aglahiġang may kagaspagang labis. Anó ġa kaya ang nangyari sa mabunying pare, sa mabining kikilos at iikit na tila aral sa salamin, sa magaling magpadipadipa at magkiling ñg ulo kung nagmimisa? Ano't hinaros-haros ang misa at umuġol-uġol lamang gayong kung tura'y datihang magaling aawit at magpapakatal ng voces kung nagooremus? Winalang bahala ang lahat: misa, cantores, pakinabang, oremus at iba pang palabas at nagdumaling tila di inuupahan. Nagsisimba pa naman ang bunying si Marcela, ang dalagang sapol ñg dumating ay dinadalaw gabigabi ñg Cura. Napaanó ġa kaya si P. Agaton at di sinubuan ang tanang gutom sa laman ñg Dios, gayong kung tura'y totoo siang masiyasat sa pakumpisal at pakinabang?

Samantalang ito ang usapan ñg nagagtayô sa pintuan, ang mġa kaginoohan nama'y nagtitipon dahil sa pag-akyat sa convento at paghalik sa kamay ñg cura alinsunod sa kagugalian. Kung gulo ang isip ñg taong bayan sa balang kilos ñg cura at walang pinagtatalunan kundi ang kadahilanan, guló din naman ang loob ñg mġ maginoo at napapagkilalang tunay sapagka't bahagya nang maġakakibo lalong lalo na ang Capitan, ang bunying si Cpn. Lucas na totoong natitigilan. Kaiba mandin sa lahat ang umagang yaon. Ang masalita at matapang na Cpn. Lucas ay hindi maka-

imik. Titikhim-tikhim, patigín-tigín, at tila mandin di makapağahas lumakad at magpaunang para ñg dati. Ang sapantaha ñg nakapupuna ay takot siya ġayon at baka may ginawang kasalanan. Balita ġa sa tapang at balitang lalaki si Cpn. Lucas lalonglalo na kung ang kasap ay nasasaklawan at daig, ġuni't kapag ang kaharap ay pare, kastila o alin mang may katungkulan ay bali na ang matigas na leeg, tuġo ang malisik na tigín at bulong-bulong lamang ang masigawing voces:

Hindi ġa makapağahas si Cpn. Lucas umakyat sa convento at baka mabulas ni P. Agaton. Tunay ġa't magaling ang kaniyang panunuyo, walang kilos, walang ġiti, walang tigín ang pare na hindi niya nalilining dalá nang pagkaibig maglingkod at ñg makapagkapitang muli. Habang nagmimisa'y inusig ni Cpn. Lucas ang sariling isip; sagana siya sa pamisa, magagaling ang libing, halik siang palagi sa kamay ñg among, kahapon lamang ay kinatuwaan pa siang kinutusan ñg pare at hinaplos sa batok dahil sa kaniyang alay na dalawang capong samsam sa isang tagabukid.

Sumaloob sa kaniya na baka kaya nakararating sa taiġa ñg pare ang balitang siya'y nakabasa ñg librong bawal, diario at iba't iba pang may pağahas na isipan, at pinasukan ñg takot. Nguni't ¿bakit doon magpapahalata ñg galit sa misa? Baka kaya nakapagsumbong ang kanyang datihang katalo, ang mayamang si Cpn. Tibong, kapağagaw niya sa pagbabaras? Walang iba kundi ito, kaya ġa ñg kaniyang sulipan ay masaya ang mukha ni Cpn. Tibo at tila uumis-umis pa. Pinaġilagan ġa, humiging sa kaniang taiġa ang bulas na mabagsik, ang sigaw at mura. Nakinikinitá niyang Kapitan na si Cpn. Tibo at siya'y wala ñg katungkulan; pinagpawisan ñg malamig at tumiġin ñg mahinuhod sa upuan ñg kaniyang kaaway.

Malungkot ġang lubha ñg matapos ang misa at lumabas siyang parang nananaginip. Nanulak sa pagsasagilsilan, sumawsaw ñg bendita at nagkurus ñg wala sa loob, palibhasa'y malayo ang kaniang isipan. Nakaragdag pa ñg kaniang takot ang mġga usapan ñg tao at ang mġga kurokuro at akala sa ikinagagalit ñg cura.

Para ñg isang nadadalá ñg baha na walang makapitan si Cpn. Lucas ay lumiġap-liġap at humahanap ñg abuloy. Kintal sa mukha ñg lahat ang may libak na tuwâ, ang ġising masakit sapagka't poot sa kaniya ang lahat niyang

sakop at sawang-sawa na sa kaniya ang bayan. Sa mukha lamang ng isang tagasulat tila niya nasiglawan ang awa, sa mukha ni Isagani, ġuni't awang walang kibo, awang walang kabuluhan, paris nġ awang nakaguhit sa mukha nġ isang larawan.

Upang mailihim ang paġamba at takot, ay nagtapang-tapaġan at naggalitgalitan. Nagmasid sa paligid at nalala ang utos nġ cura tungkol sa susunod na lingo de Ramos. Pinagwikaan ġa ang mġga cabisa at inusig sa kanilá ang kawayan at haliging gamit sa Máligay. Tina-maan silang lahat nġ lintik at ang ibig nila'y siya makagalitan nġ cura. Palibhasa'y hindi sila ang mananagot. Ano ang ginagawa nġ mġga kinulugan at hindi nagpahakot nġ kawayan? Itatali ba nila sa laġit ang tolda? Ipahahampas niya silang lahat nġ tig-iisang caban kapag siya'y nakagalitan nġ cura sa kagagawan nila . . .

Iba't iba pa ang sinabi at sa paggagalit-galita'y nang matapos ay tunay na ġang galit. Ang sagot nġ mġga kabisa'y may panahon pang labis, sapagka't kung ipaputol agad ang kawayan at haligi'y matatalaksan lamang, siyang ika-gagalit nġ among at baka sila'y hagarin nġ palo, paris na ġa nġ Candelariang nagdaan.

Sa ġalan nġ cura hindi na nakaimik si Cpn. Lucas, lalong lalo na nang mabanggit ang panghahagad nġ palo. Nakinikinita niya na baka naman siya hagarin, at tila mandin naramdaman rin niya sa likod ang kalabog nġ garroteng pamalo. Nanglambot at nag-akalang umuwi't magdahilang maysakit, ġuni't sumilid sa loob niyang baka lalong magalit ang pari dahil sa di niya paghalik sa kamay. Maurong masulong ang kaniyang kalooban, kunot ang noo, ang dalawang daling noong kaloob sa kaniya nġ Dios; nagtatalo ang loob niya sa dalawang takot, sa bulas nġ cura na kaharap ang lahat, at sa galit ng curang hindi siya papagkapitaning muli.

Siya ġang pagdating nġ isang alila nġ pareng nagdudumali.

—Dali na po kayo—ang sabi sa Capitan—at kayo po ay inaantay. Totoo pong mainit ang ulo ġayon!

—Ha, inaantay ba kami—ang sagot na baliw ni Cpn. Lucas, na matulig-tulig—Oy! dali na kayo—ang sabi sa mġga kabisa—narinig na ninyo: tayo raw ang inaantay . . .

—Aba, kayo po ang inaantayan namin, ang sagot ñg m̃ga kabisa—kanina pa po kaming . . .

—Kayo ang hindi kukulaḡin ñg sagot . . .

Dali-dali nang lumakad sila, tahak ang patio tuḡo sa convento. Ang kaugalian ñg dati'y pagkamisa, ang m̃ga kaginoohan ay umaakyat sa conventong ang daan ay sa sacristia. Ĝuni't binago ni P. Agaton ang ugaling ito. Sa kaibigán niyang matanghalan ñg lahat ang paggalang sa kaniya ñg bayan, ipinagutos na lalabas muna ñg simbahan at doon magdaraan sa patio, hanay na mahinusay ang m̃ga kaginoohan.

Lumakad na ḡa ang m̃ga puno, naḡuḡuna ang Kapitán, sa kaliwa ang teniente mayor, Tenienteng Tato, sa kanan ang Juez de Paz na si Don Segundo. Magalang na nagsisitabi ang m̃ga taong bayan, pugay ang takip sa ulo ñg m̃ga tagabukid na napapatigín, puno ñg takot at kaba-baan sa gayong m̃ga karaḡalan. Tinunton nila ang malinis na lansagang tuloy sa pintuan ñg convento. Tanim sa magkabilang tabi ñg sari-saring halamang pangaliw sa mata at pagamoy ng balang nagdaraan. Ang mapupulang bulaklak ñg gumamelang pinatitinkad ñg madilim na murang dahon, salitan ñg maliliit na sampagang nagga-pang sa lupa, nagkikislapan sa masayang sikat ñg araw. Katabi ñg walang kilos na kalachucheng hubad sa dahon at masagana sa bulaklak ay wawagawagayway ang adelfang taglay ang masamyong amoy: ang dilaw na haluan ñg S. Francisco at ang dahon mapula ñg depascua'y kalugod lugod kung malasin sa . . .

Ĝuni't ang lahat na ito'y hindi napupuna ñg m̃ga maginoo, sa pagtigín nila sa bintana ñg conventong paparoonan. Bukas na lahat ang m̃ga duḡawan, at tanaw sa daan ang loob na maaliwalas. Sapagka't sa kaibigán ni P. Agatong ipatanghal ang pagpapahalik niya ñg kamay ay pinabubuksan kung araw ñg linggo ang lahat ñg bintanang lapat na palagi kung alaḡang araw. Kaya ḡa't malimit pang lumapit siya sa bintana at doon umupo habang nagpapahalik samantalang kunwari'y nagmamasidmasid sa m̃ga dalagang lumalabas sa simbahan.

Natanawan nila sa malayo ang mahagway na tindig ñg pare na palakadlakad ñg matulin, talikod kamay at tila бага may malaking ikinagagalit. Pabalikbalik sa loob ñg salas at minsanmingsang tumitiḡin sa daan, at nasisiglawan

ang kintab ñg taglay na salamin. Nang makita mandin ang pagdating ñg mġa maginoo'y tila natigilan, napahinto sa pagpapasial at lumapit at dumaġaw. Ga tumaġo ñg taġong inip, at saka itinuon ang dalawang kamay sa babahan. Nagpugay agad si Cpn. Lucas. Nagmadali ġang tinulinan ang lakad. Sumikdosikdo ang loob at dumaġaġin sa lahat ñg santong pintakasi at naġako pang magpapamisa, huag lamang siyang makagalitan.

Nang makaakyat sa hagdanan ay sinalubong sila ñg isang alilang nagsabi ñg marahan.

—Kayo po raw ay magsiuwi na, ang wika ñg among.

—At bakit?—ang tanong na mangha ni Cpn. Lucas.

—Galit pong galit. Kanina pa po kayo inaantay. Sabihin ko raw sa inyong siya'y hindi bihasang mag-antay sa kanino man.

Namutla si Cpn. Lucas at kaunti nang hinimatay ñg ito'y marinig. Nautal at hindi nakasagot kapagkaraka, nagpahid ñg noo, at sumalig sa bunsuran.

—Galit ba . . . ano ba ang ikinagalit?

Ewan po!—ang bulong ñg alila.—wala pong makalapit. Inihagis po sa cocinero ang tasa ng chocolate.

Nagpahid na muli ñg noo si Cpn. Lucas, at hindi naka-imik.

—Si aleng Anday . . . narian ba?—ang naitanong na marahan.

—Narito po, ġuni't nakagalitan pati—ang sagot ñg alila.

At idinugtong na marahangmarahan:

—Sinampal po!

Napaġaġa si Cpn. Lucas at nawalan ñg ulirat. Sinampal si aleng Anday! Pinutukan man siya sa tabi ñg lintik ay hindi man totoong nagulat paris ñg marinig ang gayong balita. Sinampal si aling Anday, gayong si aling Anday lamang ang sinusukuan ñg cura.

May tumikhim sa loob.

—Kayo po'y umuwi na at baka kayo marinig ñg pare ay kayo'y hagarin!—ang idinugtong ñg alila.

Hindi na ipinaulit ni Cpn. Lucas ang hatol ñg alila; na-naog na dalidaling kasunod ang lahat na maginoo sa takot na baka siya labasin ni P. Agaton dala ang garrote.

Nang makalabas na ay nagisipisip upanding pagsaulan ñg loob. Nagpahid uli ñg mukha at nang may masabi sa kaniyang mġa kasama'y ang wika:

—Napaano kaya si P. Agaton?

—Napaano kaya?—ang sagot n̄g tenyente mayor.

—Siya ġa, napaano kaya!—ang tanong naman n̄g *Juez de Paz*.

At nagtuloy silang lahat sa Tribunal.

Tunay ġa't hindi biro-biro lamang ang galit ni P. Agaton.

Nang makamisa at matapus magalbot ang lahat na isinoot, nakyat sa conventong dalidali, umupo at mag-aalmosal, at nang mapaso nang chocolate ay inihagis sa cocinero ang tasa.

Si aleng Anday na bagong kagagaling sa misa, at soot ang naipagbiling candila, at kaya ġa binigyan pa nang kaunti nang nagkahuloghulog. Kaya ġa't dalidaling na-naog at umuwi sa bahay. Walang makaalam sa boong convento n̄g dahilang sukat ikagalit n̄g cura. Malamig pa ang ulo niaong bago magmisa, umumis pa sa sabing marami ang naipagbiling candila, at kaya ġa binigyan pa nang isang salapi ang sacristan mayor. Ano ang namalas habang nagmimisa na hindi niya minagaling? Puno ang simbahan nang tao; ang lalong magagandang dalaga'y naġagluhod na malapit sa altar at si Marcela'y baga't malayo man ay tanaw ding tanaw sa malayo, katabi ni aleng Anday sa luhuran. Ang sakristan mayor ay walang sukat masabi.

Hindi naman ugali ni P. Agaton ang daanan n̄g sumpung na para nang ibang pare. Karaniwa'y mahusay, masaya at matuwain, lalo na kung marami ang pamisa, magagaling ang libing at nasusunod ang lahat niyang utos. May sampung taon nang cura sa bayan n̄g Tulig; dumating na bata pa, dalawampu't walo lamang ang tanda, at sa panahong ito'y nagkasundo niyang totoo ang bayan.

Tunay at mainit n̄g kaunti ang ulo, magaling mamalo kapag nagagalit at may ilang mahirap na ipinatapon sa malayo at ipinabilanggo nang taunan; nguni't ang lahat nang ito'y maliliit na bahid kung matatabi sa mabubuti niyang kaugalian. Siya ang takbuhan n̄g tao sa bayan sa anumang kailaġan sa cabecera; siya ang sinusuyo n̄g sinumang ibig magbaras o may usapin kayang ibig na ipanalo. Siya ang puno, siya ang tanggulan, siya halos ang kalasag nang bayan sa anomang marahas na pita n̄g ibang pinuno. Tunay ġa't may kalikutan n̄g kaunti sa babae lalong lalo na yaong kabataang bagong kadarating, ġuni't wala naman sukat na masabi sa kaniya ang bayan; naipakasal na mahinusay, pinabahayan at binigyan n̄g puhunan ang lahat niyang

ginalaw, alin na kaya sa ibang binata na nakasira't hindi nakabuo, at saka ang isa pa'y tumahimik nang lubos sapol ñg makakilala si aleng Anday, ġayon na ġa lamang na umuwi ang Marcela na galing sa Maynila, ġayon na ġa lamang tila nagugulong panibago, malimit ang pagdalaw sa bahay, ugali't maganda ang dalaga, kaibigan ang ama at wala pa namang sukat na masabing higit sa karaniwan. Tunay ġa dumadaing ang ibang mahirap at tumataġis sa kamahalan ñg libing, binyag at iba pang upa sa simbahan, datapua't talastas ñg marami na kailan ma'y madadaigín ang mahirap at sa katunayan ġa'y ang mayayama'y busog sa kanilang cura at tila pa mandin nagpapalaluan ñg pagbayad ñg mahal sa kanilang pare.

Mutya ġa halos nang bayan ang bunying cura kaya ġa't walang alaala ang tanan kundi pagaralan ang lahat niyang nasa at paġunahang tupariñ ang lahat niyang utos. Agawan ang lahat nang paglilingkod sa kaniya, palaluan ñg alay at sa katunayan ay saganang palagi ang cusina't despensa sa convento; sa cura ang maputi at bagong bigas, sa cura ang matatabang manok, ang malalamang baka, ang baboy at usang nahuli sa bating, ang ibong nabaril, ang malaking isdang nahuli sa dagatan, ang matabang ulang at ang mġga masasarap at mabubuting buġa ñg kahoy. Bukod pa sa mġga handog na ito nang mayayaman, na ikina-bubuhay ñg pare na walang gasta at nang kaniyang mġga alila ay sunodsunod pang dumarating ang mġga panyong habi, ang mġga talaksang kahoy ñg tagabukid na walang sukat maialay, ang lahat na panunuyo nang nagkakailaġan, sa napabilanggong ama, sa hinuling kapatid, sa sinamsam na hayop ñg Guardia Civil, sa ipalalakad na kamaganak sa Cabecera na hindi maalaman ang dahil. Sa lahat ñg ito'y isang sulat lamang, isang pasabi o isang salita kaya ñg cura'y nakaliligtas ang napiit, nakauwi ang hinuli, nasasauli ang hayop at napapanatag ang natitigatig na bahay.

Wala namang sukat masabi ang tao sa kay aleng Anday, subali'y puri pa at galang ang kinakamtan niya. Sapagka't sa totoong mahihigpit na bagay, sa mġga nakawan o haraġan kaya, si aleng Anday ang takbuhan ñg mġga mahihirap at sa pamamagitan niyang mabisa'y walang napapahamak, walang natitimba, walang naduduruhagi. Kaya ġa't kung ang tiġin sa cura'y parang isang Diyos na ahit ang ulo, ang tiġin kay aleng Anday ay parang isang may puso na

Virhen, maawain at muramura pa sa ibang Virhen kahoy na sinasampalatayahan.

Di sukat ġa pagtakhan kung magulo ang Tulig sa naramdamang galit ang cura. Kung biglang magitim ang masanting na araw, matuyo kaya ang masaganang batis at maglaginitan ang mġa kabundukan, sino ang di mababalisa at papasukan nġ takot? Si P. Agaton ay sa mġa taga Tulig ay mistulang araw na masilang, matamis na batis, masamyong amihan, masaganang kabundukan at bukod sa rito'y ama pa nġ kaluluwa.

Hindi man lamang sumagimsim sa loob nġ sinuman baka si P. Agaton ay nauulul-ul. Masisira muna ang ulo nġ lahat bago ang isang isipan ni P. Agaton; susumpuġin ang lahat. Kaya ġa't sa tribunal, nġ makatapos ang misa'y walang ibang pinagusapan at pinagpuluġan ang mġa kaginoohan kundi ang dahilang ikinagalit nġ cura. Magtatalo man at maghimutukan ay wala silang sukat na matuklasang dahilan, walang sukat masabi kundi ang ating kura ay galit. Sapagka't nabalitang nasampal si aleng Anday ay wala mandin silang . . .

DESPUÉS DE MISA *

Cesó la música y terminó la misa del P. Agatón.

Runruneaba la iglesia por los murmullos y los chasquidos de las chinelas de los que salían de la misma. Se estrujaban y sudaban todos debido al calor y al sueño, unos parpadeaban y otros bostezaban, al alcanzar el agua bendita puesta en dos pilas de porcelana con los bordes mellados próximas a la puerta. Por abrirse paso a la fuerza, había chiquillo que lloraba y viejo que murmuraba espumeándosele los labios; había soltera que daba codazos, fruncía la frente y miraba de reojo a un soltero que se hallaba cerca, como si temiera que se la acabase aquella agua sucia que parecía el lodazal en que se quedaban las larvas. Así era el pugilato para poder remojar el dedo, aunque no fuera más que para humedecerlo, y poder hacer la señal de la Cruz en la frente, en la nuca, en el vientre y en otras partes del cuerpo. Los hombres mantenían en alto su *salakot* o sombrero, por miedo a que se quedase triturado. Las mujeres tenían bien sujetos con la mano los pañuelos sobre sus cabezas por miedo a que se cayesen; se estrujaba la ropa, se rasgaban las telas finas, había a quienes se les iban las chinelas y que se empeñaban en volver para recojerlas, pero que eran arrastradas por la multitud empujada a su vez por las autoridades del pueblo que salían con el bastón de bejuco en alto, señal de su autoridad. Así es como para quien no sabía esta costumbre en las provincias tagalas, estos empujones y arrebatifias por el agua daban miedo y se pensaría que se estaba incendiando la iglesia, si no fuera porque había algunas mujeres devotas que se quedaban por su amor a Dios, las cuales no salían sino que rezaban a gritos y alzaban la voz como si quisieran decir:

—¡Ay, miren Vds. que nosotras somos devotas. No estamos satisfechas aún a pesar de la misa que fué larga!

Como que si se preguntara a la mayoría por qué se arrebataban el agua aquella, y cual sería su bondad, mucho fuera ya que pudieren contestar el cinco por ciento. El noventa y cinco por ciento lo harían nada más que porque era la costumbre. Por salvaje es tenido aquél que sale sin haberse hecho la señal de la cruz antes; ya puedes ser alcabalero, con tal de que no faltes a la costumbre.

* Traducción del anterior artículo.

Pero si vamos a buscar en lo más recóndito del interior de todos en un día de domingo, como aquel domingo de Pasión, y si se preguntara a muchos el por qué de tanta prisa, si sería, por el miedo de asfixiarse o de quedarse encerrado en la iglesia o por la deliciosa brisa que soplaba en las afueras, y movía a todas las plantas y flores que había en el atrio, tal vez pudieran decir otra cosa más. En los ojos de todos, en las miradas y en los guiños aún dentro de la iglesia se podía leer, una sigilosa inquirencia.

¿Qué le habrá pasado a nuestro cura?—fué la pregunta, sin poderlo contener, de una vieja Hermana con las mejillas hundidas y socavadas, a otra Hermana que está a su lado.

Y para disimular la inquisición, que hacía aun dentro de la iglesia, la vieja Hermana aparentaba hacerse la señal de la cruz con intercalaciones de “*susmariosep!*”

Pues ni siquiera nos dió la comunión . . . ¿Qué le habrá pasado?

¿Qué le habrá pasado, pues? Dijo la misa con brusquedad, contestó la interrogada, una Hermana gorda que también se persignaba haciéndose la señal de la cruz,—soslayó su cuerpo, miró hacia el altar, y hasta pareció que se hubiese inclinado un tanto. Sólo faltaba que arrojase las velas, ¡*susmariosep!*

—¿Sería posible que tuviese hambre?—terció una que se acercó, una mujer bien vestida.—Fíjese Vd. que ni siquiera quiso bendecir al hijo de mi criada . . . ¡abá! Eso que se había pagado ya por la vela y por la bendición, ¡abá! De modo que para el domingo que viene, ¡volverá a pedirme prestado para lo que tenga que pagar! Lo que digo yo, ojalá se le quite el “*impacto*” ¡Abá! “*Empactado*” ¡Ya ha roto mucho! Yo estoy pronta para eso; ¡no quiero que no esté bendecido todo!

Así hablaban hasta que consiguieron salir por la puerta. Allí también se reunían los hombres para esperar a las chicas que salían. Allí se hacían los comentarios, allí se observaba y se dejaba observar todo, allí las bromas, las fantochadas y las habladurías sobre los sucesos. Pero en aquel día, el tema de la conversación no era precisamente las mujeres bonitas, ni el tiempo, ni el calor, sino la prisa que se daba el cura en la misa. Apenas se fijaron en la salida de Marcela, una chica distinguida del pueblo, hija de capitán Lucas, que era el que tenía la vara de la autoridad aquel día. Esta Marcela acababa de llegar de Manila, por la muerte de una tía suya que la había cuidado de pequeña, hermana de su padre. Por eso que ella estaba de luto desde el pañuelo que cubría la cabeza hasta las medias que envolvían sus diminutos pies, que se podían ver en tanto caminaba con mucho comedimiento. Por el

cuerpo derecho, por la cabeza erguida, por los movimientos y por el andar, se notaba más su acentuada debilidad, su gran orgullo.

Aunque muchos se distrajeron por haberla seguido con la mirada, aunque cesaron un rato las conversaciones, no olvidaron, sin embargo, las preguntas que se hicieron referentes al cura.

—¿Qué le habría pasado a nuestro Agatón?—preguntaban todos.

Se le llamaba nuestro Agatón, de un modo cínico al famoso sacerdote.

—¡Ni siquiera esperó que terminaran los cantores!

—¡Cómo empujaba el misal! . . .

—El “dominus vobiscum” lo decía forzosamente . . .

—Verdad que ya se ha vuelto un relámpago nuestro Agatón,

—¡Verdad que está haciendo de las suyas!

—Algunos días más, y ya nos mostrará el trasero . . .

—¡A no ser que se haya tomado un purgante! . . .

No diré ya todo lo que pensaban los hombres y las bromas que se decían entre sí, y que eran sobradamente ásperas. ¿Qué le habrá pasado, pues, al ínclito sacerdote, aquél de tan refinados movimientos que daba vueltas como si todo lo hubiera estudiado ante un espejo, al que muy bien se abría los brazos en cruz e inclinaba la cabeza en el momento de decir la misa? ¿Por qué decía la misa con brusquedad y gruñía no más, y eso que se le tenía por quien cantaba bien, y sabía como hacer trémolos con la voz, cuando decía el *oremus*? No tuvo más cuidado de todo ni de la misa, los cantores, la comunión, el *oremus* y otras exhibiciones; y todo lo hizo a toda prisa como si no se le pagaba. Estaba oyendo la misa, precisamente, la excelsa Marcela, la chica que, desde que llegó, era visitada todas las noches por el cura. ¿Qué le habrá pasado al P. Agatón que no dió su bocado a los que tenían mucho hambre de la carne de Dios, y eso que por ahí dicen que él es muy minucioso en la confesión y en la comunión?

Mientras hablaban así los que estaban levantados frente a la puerta, los prominentes del pueblo se reunían para subir al convento y besar la mano del cura conforme a la costumbre. Si andaba revuelto el pensamiento de la gente pueblerina por cualquier movimiento del cura, y no discutía otra cosa que el motivo de semejante conducta, andaba también igual la conciencia de los *maguinoos*, y se conocía que era cierto, porque apenas si decían algo, principalmente el capitán Lucas, que se mostraba ensimismado. Aquella mañana era distinta de todas las mañanas. El dicharachero y valiente capitán Lucas no chistaba. Soltaba tosecillas, miraba a todas partes, y parecía que no se atrevía a caminar, adelantándose a todos como de costumbre. La sospecha

de los que lo notaban es que tenía miedo, entonces, a no ser que haya cometido alguna falta. Era muy popular por valiente y hombre diestro capitán Lucas, sobre todo cuando su contertulio se hallaba bajo su autoridad e inferior a él, pero cuando el que estaba en su presencia era sacerdote, español o cualquiera, con algún cargo público, se le torcía en seguida el cuello recio, bajaba la centelleante mirada, y sólo se limitaba al murmullo su altisonante voz.

No podía atreverse capitán Lucas a subir al convento por miedo a que lo echara de allí el P. Agatón. Es verdad que él sabía bien como atraerse la buena voluntad del cura: no había un movimiento, una sonrisa y una mirada del cura que no lo pudiera él interpretar, gracias a su empeño de servir y por el deseo de ser otra vez, capitán. Mientras se estaba diciendo la misa, capitán Lucas no dejó de examinar su propio pensamiento; mandaba decir misa con mucha frecuencia, procuraba costosos entierros, besaba siempre la mano del cura, ayer solamente se divertía el cura dándole un coscorrón y le pasó después la mano por la nuca en gracia a su obsequio consistente en dos capones decomisados de un campesino.

Le entró en la cabeza por si ha llegado o oídos del cura la noticia de que él hubiera leído algún libro prohibido, diario y otros que traen ideas atrevidas, y le entró el miedo. ¿Pero por qué en plena misa iba el cura a demostrar su disgusto? ¡No vaya qué su antiguo contendiente hubiérale acusado, el rico capitán Tibong, su rival en la posesión de la vara (autoridad municipal)! No hay otra cosa que esto, así es que cuando él le miró de soslayo, capitán Tibong tenía la cara alegre y parecía poseo de ufanía. Se le erizaron los pelos de temor, vibró en sus oídos el feroz chillido, el grito y él insulto. Presentía él que ya era capitán el rival Tibong y él ya no tenía cargo; sudó frío y miró suplicante al asiento de su enemigo.

Estaba bastante triste cuando terminó la misa, y salió como un somnoliento. Empujaba en la pugna por alcanzar el agua bendita, y se hizo la señal de la cruz inconscientemente, debido a que se hallaba lejos su pensamiento. Todavía aumentaron su temor las conversaciones de la gente y sus cavilaciones y cálculos sobre el motivo del disgusto del cura.

Como uno que es arrastrado por una avenida de agua y no tiene a que agarrarse, capitán Lucas estuvo mirando a todas partes en busca de algún apoyo. Grabada estaba en la cara de todos la risa despectiva, la risita zahiriente, porque le odiaban todos los

que estaban bajo su potestad, y el pueblo estaba ya muy harto de él. Sólo en la cara de un escribiente consiguió entrever algo de piedad, en la cara de Isagani, pero piedad sin valor, al igual que la piedad grabada en la faz de una imagen.

Para ocultar su zozobra y temor, se hizo el valiente y el enfadado. Miró por los alrededores y se acordó de una orden del cura referente al domingo de Ramos siguiente. Palabrotas soltó a los "cabezas" y les preguntó por la caña y los arigues para los altares provisionales. A todos les topó el rayo, y lo que querían era que el cura le riñese; como que no eran ellos los responsables. ¿Qué hacen esos hijos del trueno y por qué no han mandado acarrear cañas? ¿Tendrían ellos que amarrar al cielo la tolda? El capitán les mandaría azotar a razón de un caván (25 palos) cada uno, si le riñese el cura por culpa de ellos . . .

Dijo otras cosas más, y por aparentar que estaba realmente enfadado, al fin, acabó por enfadarse de veras. Los cabezas le contestaron que había tiempo sobrado, porque si mandaban cortar caña, en seguida, y postes, todos estarían sólo amontonados, nada más, y podría incomodarle al *among* (el cura) y sería peor que los persiguiese a palos, como en la pasada fiesta de la Candelaria.

Con el nombre del cura, ya enmudeció el capitán Lucas, sobre todo cuando mencionaron la persecución a palos. Presentía que pudiera ser él perseguido a palos, y le parecía sentir ya sobre las espaldas los golpes del garrote que se usaba para pegar. Se sintió débil y pensó en retirarse, aparentando estar enfermo, pero se le metió en la imaginación que pudiera enfadarse más el cura por no haberle él besado la mano. Estaba él indeciso, tenía fruncida la frente, las dos pulgadas de frente que le había concedido Dios; dubitaba entre dos miedos que sentía, uno es chillido del cura delante de todos, y el otro era que, una vez enfadado el cura, pudiera no dejarle volver a ser capitán.

Entonces fue cuando llegó un criado que parecía tener prisa.

—Venga Vd. pronto,—dijo al capitán—que le está esperando. ¡Tiene la cabeza muy caliente ahora!

¡Que! ¿nos está esperando?—respondió cínicamente el capitán Lucas, que aparentaba estar atarantado—¡Oid, venir pronto!—dijo a los cabezas—ya lo han oído ustedes: dice que nos está esperando . . .

—¡Abá!, a usted estamos esperando,—le contestan los cabezas,—hace rato que nosotros . . .

—Nunca les falta algo con que contestar . . .

Comenzaron prontamente a caminar en medio del atrio y derechito al convento. La antigua costumbre era que, después de la misa, los prominentes del pueblo subían al convento pasando por la sacristía. Pero el P. Agatón cambió la tal costumbre. Debido a su deseo de exhibir a todos el respeto que le tenía el pueblo, ordenó que debían salir primero de la iglesia, después de la misa, y por el patio pasarían, en perfecta formación, los *maginoos*.

Caminaron ya los principales, encabezados por el capitán, con teniente Tato, el teniente mayor, a su izquierda, y don Segundo, el juez de paz, a la derecha. Con mucho respeto se apartaban a un lado del camino, las gentes del pueblo; se descubrían, quitándose el sombrero, los del barrio, que se quedaban mirando, llenos de miedo y humildad ante tantos honorables. Pasaron por camino limpio que se dirigía a la puerta del convento. A ambos lados del camino había varias plantas para distraer la mirada y el olfato de los transeúntes. Las flores rojas de la gumamela, que las oscuras hojas lozanas hacían resaltar, con intercalaciones de matas de sampaga que se arrastraban por el suelo, brillando a la alegre luz del sol. Al lado del calachuche inmóvil estaba, falta de hojas y abundosa en flores ondulosas, la adelfa, con su perfumado olor: y una mezcla amarillenta de "san francisco" con las rojas "De pascuas" que alegraban la vista . . .

Pero todo esto no lo notaban los señores *maginoos*, por estar mirando la ventana del convento hacia donde iban. Estaban abiertas de par en par las ventanas y se podía ver desde la calle el interior amplio y espacioso. Y porque el P. Agatón quería exhibir como le besaban la mano, mandaba abrir, por los domingos, todas las ventanas, que se cerraban siempre herméticamente, en días ordinarios. Y por eso que muchas veces se ponía cerca a la ventana y allí se sentaba mientras daba de besar su mano, mientras aparentaba estar mirando a las chicas que salían de la iglesia.

Vieron desde lejos la alta figura del sacerdote, que se paseaba aprisa, con las manos reposadas sobre las caderas y, al parecer, estaba muy enfadado. Iba y venía por la sala, y algunas veces echaba una mirada a la calle, ofuscándole el mismo brillo de sus gafas. Cuando vió la llegada de los *maginoos* pareció estar en suspenso, cesó sus paseos y se acercó a la ventana. Daba cabeceos de aprobación como hastiado, y descansó las dos manos sobre el pasamano. Saludó en seguida capitán Lucas. Aceleró los pasos. Sintió palpitaciones y empezó por llamar a todos los santos de su devoción y prometió mandar por misa con tal de que no le riñera el padre.

Después de subir las escaleras, los encontró un criado que les dijo en voz pausada:

—Retírense ustedes ya, dice el *among* (el cura).

—Y ¿por qué?—preguntó extrañado Capitán Lucas.

—Está muy enfadado . . . Hacía mucho que les esperaba. Y me mandó que diga a ustedes que él no está acostumbrado a esperar a nadie.

Palideció Capitán Lucas y estuvo a punto de desmayarse cuando oyó lo que le decía el muchacho. Tartamudeó y no pudo contestar en seguida, se limpió la frente y se apoyó en el pasamano de las escaleras.

—¿Está enfadado acaso? ¿Cual será el motivo del enfado?

—No lo sé—murmuró el muchacho—nadie podía acercársele. Le tiró al cocinero la taza de chocolate.

Volvió a limpiarse la frente capitán Lucas y no pudo hablar. ¿Estará allí *aling* Anday?—fue todo lo que pudo decir.

—Sí, señor, está aquí, pero se regañó hasta de ella—contestó el muchacho.

—Y añadió en voz muy baja:

¡La abofeteó, señor!

Quedóse con la boca abierta capitán Lucas y perdió el sentido. Abofetear a *aling* Anday! ¡Aunque hubiera estallado a su lado un rayo, no se habría asustado tanto como al oír semejante noticia. Abofetó a *aling* Anday y eso que sólo a *aling* Anday se sobajaba el cura.

—Alguien carraspea adentro.

—¡Retírense ustedes ya, a no ser que les oiga el cura y los persiga!—añadió el muchacho.

No se hizo repetir capitán Lucas el consejo del muchacho, y bajó las escaleras a toda prisa seguido de todos los *maguinosos*, por miedo a que les saliera al encuentro el P. Agatón con el garrote.

Ya cuando hubo conseguido salir, recapitó para que se le volviera en tino. Se limpió otra vez la cara, y para que pudiera decir algo a sus compañeros, dijo:

—¿Qué le pasará al P. Agatón?

—¿Qué le pasará?—respondió el teniente mayor.

—Eso es, ¿Qué le habrá pasado?—preguntó el Juez de paz.

Y todos se fueron al Tribunal.

Era verdad y no es broma el enfado del P. Agatón.

Cuando terminó la misa, y después de rasgar toda la vestimenta que se pusiera, subió al convento a toda prisa, se sentó

para desayunar y cuando el chocolate medio le chamuscó los labios, tiró la taza al cocinero.

Aling Anday que acababa de venir de la misa, y tenía puestas sus mejores joyas fue recibida con insultos y bofetadas y estuvo a punto de caerse rodando. Y por eso bajó a toda prisa y se retiró a su casa. En todo el convento nadie sabía cual fuera el motivo de la rabia del cura. Tenía la cabeza fresca antes de la misa, todavía se sonrió cuando supo que se habían vendido muchas velas, hasta que, de contento, pudo dar medio peso al sacristán mayor. ¿Qué habrá visto mientras decía la misa que no le haya agradado? La Iglesia estaba llena de gente; las más bonitas chicas estaban de rodillas cerca al altar, y si Marcela estaba lejos, pero desde lejos se la podía ver bien, estaba al lado de *aling* Anday en el sitio en que se hallaban de rodillas. El sacristán mayor nada podía decir.

No era costumbre o natural en el P. Agatón el pasar momentos de mal humor como otros sacerdotes. Regularmente estaba bien, zandunguero y pronto a alegrarse, sobre todo cuando había muchas peticiones de misa, buenos entierros y eran obedecidas todas sus órdenes. Hacía diez años que era el cura del pueblo de Tulig; llegó joven aún; ahora no tenía más que veintiocho años, y en este tiempo se congeniaba bien con el pueblo.

Es verdad que era de cabeza un poco calentona, pegaba bien si se enfadaba, y ya había enviado al destierro lejano a algunos pobres, fuera de otros que sufrieron encarcelamiento por varios años; pero todas estas cosas resultaban leves defectos en comparación con sus buenas costumbres. La gente del pueblo recurría a él cuando necesitaba algo en la Cabecera. Le suplicaba cualquiera que deseaba tener "varas", es decir, ser capitán del pueblo, o tenía enpeño en ganar un asunto. Él era el jefe, el defensor, él casi la coraza del pueblo contra cualquier capricho violento de otros superiores. Es verdad que era un poco pícaro para con las mujeres, sobre todo cuando era más joven y acababa de llegar, pero tampoco podía el pueblo murmurar nada contra él; casaba bien, daba casa y capital a todas las víctimas de sus picardías, mejor que otros solteros que destruían y no construían nada y, además, se había apaciguado por completo desde que conoció a *aling* Anday. Sólo ahora que la tal Marcela se había retirado al pueblo procedente de Manila, ahora sólo, al parecer, volvía a inquietarse de nuevo. Visitaba con frecuencia la casa de Marcela por ser ésta recatada y realmente hermosa, era amigo suyo el padre, y no se podía decir nada todavía extraño fuera de lo co-

riente y ordinario. Es verdad que se quejaban y lamentaban muchos pobres por haberse subido el precio de los entierros, bautizos y otros gastos por la iglesia, pero muchos sabían que los pobres son, regularmente, muy dados a quejarse, y en prueba de ello es que los ricos estaban satisfechos del cura y, al parecer, se entregaban a una competencia para ver quien pagaba más al cura.

Era casi una alhaja para el pueblo el famoso cura, de ahí que todos no se acordaban más que de estudiar o saber sus deseos, procurando adelantarse a obedecer sus órdenes. Se arrebataban todos el honor de poderle servir, competían entre sí en cuanto a ofrecimiento y, en prueba de ello, se hallaba siempre abarrotada la cocina y la despensa del convento; para el cura el blanco y nuevo arroz, para el cura las gallinas gordas, la vaca de mejores carnes, el jabalí y el venado cogidos a red, los pájaros cazados, el pescado más grande cogido en los mares, el langostino más gordo y los más sabrosos y buenos frutos de los árboles. Además de este ofrecimiento de los ricos, que era la manutención del cura, sin gastos, así como de sus criados, llegaban sucesivamente los pañuelos tejidos a mano, las haces de leña de los labradores de terrenos que no tenían otra cosa que dar, todos los obsequios de los que necesitaban algo, por el padre encarcelado, por el hermano arrestado, por el animal decomisado por la Guardia Civil, por el pariente que está detenido en la Cabecera, sin que se supiese el motivo. A todo esto, por sólo una carta, un aviso verbal o una palabra del cura quedaba libre el encarcelado, se retiraba el preso, se devolvía el animal decomisado y se tranquilizaba el alborotado hogar.

La gente tampoco podía decir nada contra *aling* Anday, al contrario, encomios y respetos recibía ella. Porque, en los casos bastante serios, como los robos, los asaltos en despoblado, *Aling* Anday era el recurso de los pobres, y gracias a su intervención, nadie caía en desgracia, nadie era sometido al suplicio del agua, nadie se condenaba. Así es como le miraban al cura como a un Dios, con la cabeza rapada, a *aling* Anday la consideraban como a una Virgen, compasiva y un tanto más económica que otras Vírgenes de madera a las que se adoraba.

Y no era extraño, pues, que se alborotara el pueblo de Tulig al sentir el enfado del cura. Si se oscureciera de repente el brillante sol, si se secara de pronto el rico manantial y crujieran los montes ¿quién no se inquietaría y no tendría miedo? Para los del pueblo de Tulig, el P. Agatón era como un sol esplendoroso, dulce manantial, olorosa brisa decembrina, abundosa montaña y, además, padre del alma.

No pasó siquiera por la imaginación de nadie la sospecha de que el P. Agatón pudiera estar loco. Se perderán y enloquecerán otras cabezas antes de que lo sea la del P. Agatón; podrán ser atacados de locura todos pero no el P. Agatón. Por eso que, en el tribunal (casa municipal de entonces) después de la misa, no se hablaba ni se comentaba otra cosa por los principales más que lo que hubiera podido ser la causa del enfado del cura. Discutan o lamenten el hecho, no acabarán de encontrar el motivo, y no podrán decir otra cosa más que el hecho de que nuestro cura estaba rabioso. Y por que supieron que fué abofeteada *aling* Anday, ellos, al parecer, no tenían . . .

DA. GERÓNIMA (LA ENCANTADA)

LEYENDA

Entre *San Pedro Makati y Malapad-na-bató*, a la orilla derecha del Pásig, existe una gruta, cuya entrada de un perfecto arco, delata la prosaica mano del hombre corregida por la naturaleza y el tiempo adornándola con un hermoso encaje de lianas y enredaderas. La puerta está tapiada y la gruta se va alejando cada vez más del río o mejor dicho, el río va alejándose cada vez más de ella, puesto que en 1868 nuestra banca pasaba aún casi rozando con su entrada. En aquel entonces, oí yo la siguiente leyenda acerca de esta cueva y de la que allí pasó sus días:

Un Arzobispo de Manila había tenido * ciertos amores en su juventud con una doncella a quien él diera palabra de casamiento. El futuro prelado se olvidó pronto tal vez de su promesa, pues a poco entró en un seminario y se hizo sacerdote, mas, no así la joven, quien se conservó fiel y estuvo esperando la vuelta del olvidadizo amante. Pasaron algunos años y la noticia llegó a oídos de la pobre doncella que su amante había llegado a ser el Arzobispo de Manila. Ella, vistióse de hombre y arrostrando los mil peligros de los viajes de entonces, viajes que duraban seis y siete meses también, se presentó en Manila a pedir cuenta de su promesa al infiel amante. Dicen que el Arzobispo la recibió bien y se excusó como pudo, dándole por morada la cueva que aún hoy se vé. La imaginación de los filipinos doró la leyenda de esta desdichada amante, suponiéndola encantada; de ella dicen que era una mujer tan gruesa que necesitaba entrar de costado en su gruta, pues la anchura de la puerta no la permitía penetrar en ella de frente. Pero lo que más ha llamado la atención de los filipinos era su costumbre de arrojar al río, después de sus comidas, su vajilla de plata, retirándola después de él cuando la había menester. (De aquí vendría su fama de encantada: acaso una red tendida en el río, a manera de *salambaw*, le sirviera a este propósito, modo ingenioso y fácil de limpiar los objetos de su uso.)

* En España.

LA TORTUGA Y EL MONO

La Tortuga y el Mono encontraron una vez un árbol de plátano, flotando en las ondas de un río. Era un magnífico tronco, con anchas hojas verdes, con sus raíces intactas, exactamente como si una tempestad lo hubiese acabado de arrancar. Sacáronlo los dos a la orilla.

—Partámoslo—dijo la Tortuga—y que cada uno plante su porción.

Cortáronlo en medio, y el Mono, el más fuerte, cogió para sí la parte superior del árbol juzgando que, por tener hojas, iba a crecer mas rápidamente. La Tortuga, como más débil, se quedó con la parte inferior que parecía muerta aunque sí tenía raíces. Después de algunos días se encontraron.

—Buenos días, Sr. Mono—dijo la Tortuga—¿cómo lo pasa V. con su árbol de plátano?

¡Ay!—contestó el Mono—¡ya está muerto desde hace mucho tiempo! ¿Y el de V., señorita Tortuga?

—¿El mío? ¡Muy bien, por cierto! Con hojas y frutos. Sólo que no puedo trepar para cogerlos.

No se apure V., por eso—dijo el malicioso Mono—voy a trepar y cogerlos por V.

—Gracias anticipadas, señor Mono—replicó la Tortuga agradecida.

Fuéronse los dos a casa de la Tortuga.

No bien hubo divisado el Mono el hermoso racimo de los plátanos, de un amarillo brillante, entre las anchas hojas verdes; lanzóse sobre ellos trepando con increíble agilidad, y empezó a comérselos, a dos carrillos, riendo y haciendo muecas.

—Pero, ¡déme V. también!—suplicó la Tortuga viendo que el Mono no se preocupaba de ella en lo mas mínimo.

—Ni la cáscara—contestó el pícaro con los dos carrillos llenos.

La Tortuga pensó en vengarse. Fuése al río, recogió algunos caracoles puntiagudos, y los plantó alrededor del plátano ocultándose después bajo una chireta. Cuando descendió el Mono, hízose mucho daño y empezó a sangrar.

Púsose a buscar a la Tortuga, encontrándola con mucha dificultad.

—Vd., ¡infame criatura, aquí le tengo al fin! dijo él. Me las ha de pagar todas, Vd. debe morir. Mas, como yo soy muy generoso, quiero dejar a su elección el género de muerte de que ha de morir. ¿Qué prefiere? ¿Qué le triture en un almirez o que le arroje al agua?

—El almirez, ¡que me triture en el almirez!—exclamó la Tortuga:— ¡temo tanto ahogarme!

—Hola—dijo el Mono riendo—¿con que teme ahogarse? Pues ahora le voy a ahogar.

Y llevándola a la orilla, la lanzó con todas sus fuerzas en el río. Pero pronto reapareció la Tortuga nadando y burlándose del engañado, pero no obstante malicioso Mono.

PAALAALA SA MGA MAPAGUSAPIN

Minsá'y dalawáng magkaibigan ay nakatagpo ng isáng kabibi sa tabí ng dagat. Pinagtalunang ariin ng dalawá at ang sabi ng isá'y

—Akó, aniyá, ang nakakitang una.

—Akó namán ang pumulot, ang sagót ng kaibigan.

Sa pagtatalong itó'y humaráp silá sa hukóm at humingí ng hatol. Binuksán ng hukóm ang kabibi, kinain ang lamán at pinaghati sa kaniláng dalawá ang balát.

Paalaala sa m̃ga mapagusapin.*

* ADVERTENCIA A LOS PLEITISTAS

Cierta vez, dos amigos encontraron un testáceo al lado del mar. Los dos disputaron la posesión del molusco y uno de ellos dijo:

—Yo lo ví primero.

—Y yo soy quien lo recogió,—respondió el amigo.

Para resolver la discusión se presentaron ante el juez y pidieron una decisión. El juez abrió la concha y después de comer la carne, repartió las cáscaras entre los dos amigos.

Está es una advertencia a los sujetos que con ligeros motivos se ensarzan en pleitos.

MEMORIAS DE UN GALLO *

Y ví por primera vez no la luz sino la noche en un *silong*¹ de una casa. Mi cuna fue una cesta de caña, llena de paja, en donde se encontraban otros tantos pollitos como yo, entre cáscaras de huevos rotos. En medio de nosotros se encontraba nuestra madre, cuyo calor nos preservaba un poco del frío, pues nuestro corto plumaje apenas podía defendernos de las inclemencias. Yo estaba muy alegre sin saber porqué, tal vez sea por el placer de encontrarme a mis anchas, tal vez por hallar otros tantos hermanos y compañeros de juego a gozar del tibio contacto de nuestra progenitora. Es el caso que estaba muy alegre y piaba de cuando en cuando con tal satisfacción, que mi madre volvía la cabeza para mirarme como extrañada del placer que me embargaba. Yo probé hacer uso de mis patitas y saltando de pollito en pollito estuve conversando y piando con ellos como dándoles la enhorabuena. Eran diez y conmigo once gorditos, redonditos, con su piquito y una cabeza más bien grande que pequeña, piábamos y estábamos poseidos todos de una alegría y una satisfacción enteramente de pollos.

¡Chiquitines!—nos decía nuestra madre, no hagais tanto ruido; piad más despacio que arriba están aún durmiendo.² Nosotros nos callamos, aunque no sabíamos quienes estaban durmiendo.

Extrañará a V. el que nosotros al salir del huevo sepamos hablar y nos entendamos. V. es hombre y bien puede dudarlo, porque los hombres nacen faltos de todo, ignorantes, pues que tienen todos los cuidados de sus padres y demás parientes y como viven mucho, tiempo tienen para aprender el idioma y otros usos. Pero nosotros los polluelos, nosotros que no tenemos más que una madre y ¡somos tantos hijos!, una madre tan pobre y tan necesitada como nosotros sin recursos. ¿Qué nos sucedería si para el poco tiempo de vida que nos concede el hombre tuviésemos que aprender a hablar y tuviesen que enseñarnos palabra por palabra? Yo he sabido que los hijos de los hombres tardan tres, cuatro o más años para hablar y poderse expresar imperfec-

* El Ms. está en la Biblioteca Nacional.

tamente; si tuviésemos que aprender nosotros que no tenemos mucho seso y memoria, moriríamos antes de que llegásemos a expresar un deseo. La naturaleza, pues, pródiga y justiciera nos dota de muchas cosas de que VV. carecen en un principio, aunque más tarde los perfeccionan de una manera incomprensible.

Hablábamos pues nuestro lenguaje, imperfecto probablemente pero muy expresivo. Y mientras nosotros los pequeños discurríamos quiénes podían ser los que arriba dormían, entregándonos a nuestras conjeturas, nuestra madre nos habló de esta manera:

—Chiquitines; hará media hora que merced a mis picotazos rompí la envoltura que os ocultaba al mundo, es decir, que aún sois muy pollitos para poder penetrar ciertas materias. La que yo os puedo decir por ahora, que así vosotros como yo pertenecemos todos a un hombre que nos da de comer y que dispone de vosotros como de mí! Y un suspiro acompañó estas últimas palabras.

Yo no aprecio el valor del suspiro y llevado solamente de la curiosidad, le pregunté.

—¿Qué es eso que V. llama hombre?

—Hijo mío, hombre . . . hombre, ¿espérate qué te diré? Ah ya, hombre es un pollo más grande que todos vosotros, muy poderoso y muy fuerte.

—¿Más grande y más poderoso que tú?

—Oh muchísimo más.

¡Nosotros nos quedamos todos pasmados! ¡Qué conjeturas nos formábamos y qué suposiciones! ¿Qué podrá ser ese pollo más grande y más poderoso que mi mamá?

Estábamos en estas conjeturas cuando oímos un canto fuerte, sonoro, prolongado, canto que parecía lanzado por la alegría, la altivez, el orgullo y la jactancia.

NOTAS

1. *Silong*—Espacio debajo de la casa filipina.
2. Se refería a los dueños de la gallina.

UNA VISITA DEL SEÑOR A LAS FILIPINAS *

I

Relegado al olvido por los habitantes de la tierra, hacía siglos que el Dios Padre había abandonado los negocios de este mundo dejando que los manejaran los santos y los otros ídolos en boga que adoraban en su locura. Dedicaba Su atención a otros soles y planetas, más bellos y más grandes que el nuestro y en cuya superficie se rendía un culto, puro y sencillo, al Eterno Criador. Cada vez que Su omnipotente mirada se encontraba con nuestra pequeña bolita que rodaba cubierta de nubes por el infinito espacio, apartábala de ella con disgusto como un resentido padre a la vista de un hijo ingrato y de mala condición. Y así, abandonada la tierra a sus ídolos, se cubría de miseria y dolores, la oscuridad descendía sobre su superficie y en su seno las pasiones rugían furiosas como reptiles encerrados en su madriguera. Y los llantos de los desgraciados y las voces de las víctimas llenaban el aire, atravesaban las nubes y subían hasta el trono del Todopoderoso.

Al fin el Eterno tuvo compasión y un día, poniéndose los anteojos, se dijo:

—¡A ver, veamos lo que les pasa a los burros de los hombres en su anaranjada esfera!

Dios miró hacia la tierra y quiso la casualidad que sus miradas se encontrasen precisamente con un grupo de islas en su mayoría montañosas, rodeadas por mares tempestuosos y sacudidas de temblor convulsivo como si estuviesen azogadas. Y Dios vió hombres de diferentes razas y colores, unos con saya, otros con pantalones, quienes tenían la cabeza afeitada en la coronilla dejando un círculo de cabellos al rededor, mientras que otros la llevaban al revés, afeitada al rededor con un mechón de pelos en el centro, largos como los de las mujeres. Y unos y otros hacían cabriolas y decían muchas tonterías atribuyéndolas a él, Eterno Padre, y otros hacían más cabriolas y más tonterías aun creyendo

* El Ms. está en la Biblioteca Nacional.

que le iban a agradar. El Padre Eterno creyó estar viendo visiones, se arregló mejor los anteojos y miró con más atención.

Y vió unos pocos que vivían sin hacer nada, oprimían y esclavizaban a los demás, les sacaban los ojos, les chupaban los cerebros y no contentos aún, los insultaban y los escarnecían. Pero lo que más le extrañó al Padre Eterno fue el verlos a todos descontentos y en verdad, a los opresores más que a los oprimidos.

—¡Carambita, caramba!—murmuró sacudiendo con disgusto la cabeza y pasándose la mano por la barba—parece que los negocios van mal en esas islitas. ¡Oye tú, ven acá! —añadió en voz alta llamando al arcángel Gabriel que por allá cerca pasaba.

Gabriel se acercó.

—¿Sabes cómo se llaman esas islas verdes allá abajo esparcidas con habitantes raros y costumbres más raras todavía?

Gabriel miró.

—¡Ya lo creo!—contestó—¡como que allí tenía antes un templo y una plaza!

—¡Tú, Gabrielillo, tú allá un templo y una plaza!—exclamó el Padre Eterno sorprendido.—¿Te permites esos lujos . . . ?

—¡Bah, pero ya me han desposeido! Se los han dado a un fraile. ¡Ahí todo para en manos de frailes!

—¿Frailes, dices? ¿Que bicho es ése?

—Pues . . . un fraile, un fraile es cosa difícil de explicar,—contestó Gabriel perplejo.—Un fraile . . . allí está el *quid*. ¡Yo mismo no lo entiendo!

—Y ¿cómo se llaman esas islitas? Preguntó Dios, mirando con mucha curiosidad hacia la tierra.

—Pues, ¡Islas Filipinas!

—¡Ajá! con que esas son las célebres Filipinas, el país de donde nos viene tanto . . . Pues yo creía que . . . Pero dime: ¿cómo es que tienen un nombre que me suena a español cuando según oigo, sus habitantes no hablan ese idioma?

—Ese es otro *quid*, Padre Eterno,—respondió Gabriel que se había encariñado con la palabra cuando estuvo en Filipinas—¡los habitantes de esas islas están sujetos a los españoles!

—¿Sujetos, Gabriel, sujetos dices? ¡He creado a los hombres libres, los hombres nacen libres . . . todos los hombres son iguales . . .!

—¡Ese es otro *quid!*

—Déjate de *quides*, Gabriel y explícate mejor.

—¡Carambas! si tuviera que explicarle a Vuestra Divina Majestad las cosas que allá abajo pasan, no nos entenderíamos en siete días . . .

—Pero, al menos explícame ¿cómo habiendo yo creado la tierra para el hombre, para aquel que lo cultiva, y habiendo yo hecho libres e iguales a todos los hombres, los habitantes de esas islas han llegado a estar sujetos a los españoles?

—Pues . . . un tal Alejandro VI en nombre de Vuestra Divina Majestad . . .

—¿Qué, qué? ¿En mi nombre? ¡Caracoles!— interrumpió el Padre Eterno sin poderse contener—¿quién es ese Alejandro VI?

—Pues es otro *quid* . . . aun,—contestó Gabriel que no podía olvidarse de sus malos hábitos—ese Alejandro VI que pretendía gobernar al mundo en nombre de Vuestra Divina Majestad, era un pillo que había envenenado a muchos, tenido amores con su hija . . .

—¡Jesús María!—interrumpió el Padre persignándose—¡Jesús María! Y ese pillo gobernaba en mi nombre, ¡*Sanctus Deus!*

—Como V. D. M. no se ocupaba ya de la tierra . . . ¡cuando el amo se duerme, los criados y ladrones hacen fiesta!—repuso Gabriel con cierto tono de reproche. Todo el mundo sabe que ese Alejandro fue un redomado bribón así que está execrado y condenado por todos los hombres honrados, por toda la Europa y la América civilizadas y su nombre se ha hecho sinónimo de inmoral, asesino, envenenador, intrigante, incestuoso . . . Sólo, sólo en esas islitas se le tiene en estima: ¡allí le han consagrado toda una calle¹ a la que la pusieron su nombre!

—¿De véras? ¿Pero ese país está loco? Pero, continúa: decías que ese bribón abusando de mi nombre . . .

—¡Dió esas islas a los portugueses!

—¿A los portugueses? ¿Pero no decías que esas islas están sujetas a los españoles? ¿Cómo se ha quedado pues mi nombre y mi prestigio?

—Eso es otro . . . digo, me explicaré. Alejandro VI aprovechándose del descuido de V. D. M., dividió la tierra entre españoles y portugueses . . .

—Pero ¿quién le daba a él autoridad para disponer de la tierra que no era suya?

—¡Bah, bah! Se conoce que V. D. M. hace tiempo ignora lo que pasa en la tierra. ¡Pues buenos están los Papas para pararse en consideraciones! ¡Si disponen de los cielos, del reino de V. D. M. y de V. D. M. misma!

—¿Disponen de mí, disponen de los cielos, qué dices?— exclamó el Dios Padre, levantándose.

—¡Uy, uy!—dijo Gabriel—y no sólo los Papas que después de todo se dan ciertos aires y tienen cierta gravedad, pero hasta el último fraile, el último mono como decíamos allá en Manila, pretende enviaros órdenes, hacer de vos una especie de ejecutor de sus deseos. ¡Uy, uy, uy!

—¡Jesús María, Jesús María ¿es posible?—exclamaba el Padre cogiéndose la venerable cabeza;—*Oh tempora, oh mores!* . . . Pero continúa, dices que dividió la tierra entre españoles y portugueses . . .

—Las islas que V. D. M. ve, le tocaron a Portugal.

—¿Y España se las compró?

—¡No, señor, muy al contrario! Un portugués que tenía un amigo en esas partes, las ganó para los españoles . . .

—¿Un portugués? ¿De manera que hizo traición a su patria? ¡No te entiendo!

—Sí, Padre, hizo traición a su patria, pero se excusa diciendo que su rey no le había querido aumentar la paga.

—¿Y por eso ha hecho traición a su rey y a su patria? ¿Que le han hecho después a ése?

—Levantarle un monumento en Filipinas y bautizar calles con su nombre² como al otro.

—¡Otro! pero ¿es que allí honran a todos los pillos?

El arcángel Gabriel se encogió de alas.—Conste que yo ya no tengo mi iglesia,—murmuró.

—Pero y Portugal ¿que ha hecho entonces?—preguntó el Padre que se interesaba en el enredo.

—Reclamó y Carlos el rey de los españoles atendiendo a las razones y mediante una buena suma de dinero que entonces necesitaba, renunció en favor de Portugal a los derechos que hubiera podido tener con respecto a esas islas.

—¿Y Portugal las tomó entonces?

—No, Padre: Carlos volvió a enviar otras expediciones para apoderarse de ellas sin poderlo conseguir, hasta que por fin su hijo las sometió por medio de tratados, parte por astucia, parte por guerras y parte por buenas promesas.

—Y ese Carlos y su hijo ¿tienen monumentos en Filipinas?

—Todavía no, pero ya los tendrán con el tiempo,—contestó Gabriel.

—¿Y qué hizo Alejandro al ver que sus disposiciones no se obedecían, protestó, procuró poner orden?

—¡Ca! ya se había muerto, envenenado a su vez. ¡Pero bueno estaba él para tomar en serio sus disposiciones!

—Y los hombres ¿qué dicen cuando ven malparado mi nombre sacrosanto en semejantes arreglos?

—¿Qué han de decir, Eterno Padre, sino que no existís o que si existís los abandonais?

Cubrióse la cara el viejo Dios y después con el dolor en el rostro, preguntó:

—Vamos a ver, Gabriel: ya has estado en esas islas y parece que las conoces bien, ¿qué crees que sería conveniente para remediar sus males?

—¿Me pregunta el Eterno por mi opinión?

—Sí, hijo mío, porque hasta a mí han llegado las voces y quiero poner fin a tanta miseria.

—Pues yo, cogería todas las islas . . .

Y Gabriel hizo un gesto expresivo como quien pulveriza algo entre los dedos.

—Así, Padre Eterno, así, y haría otras nuevas con nuevos habitantes. ¡Así, así!

—Vamos, vamos,—repuso en tono paternal el viejo Dios —se conoce que eres joven y no estás acostumbrado a ver diabluras. Quizás estés todavía resentido de que te hayan despojado de tu templo y de tu plaza para dárselos a un . . . ¿cómo lo llamas?

—¡Fraile!

—Eso es, ¡fraile! ¡Qué nombre más raro, no me acuerdo haber creado semejante cosa! Pero no hay que ser vengativo; ¡imítame! Mira que me llaman el Dios de las venganzas, ¡yo que soy todo misericordia! Yo les he dado todo y no tengo allí un solo templo, yo que he hecho a todos libres, y abusan de mi nombre para destruir mi obra. Y

sin embargo no sólo no me vengo sino que quiero ahora hacerlos felices.

—Bien, bien,—repuso Gabriel—si V. D. M. no quiera seguir mi opinión, pídasela a los otros que gozan de mucha fama en Filipinas. Allí pasa precisamente San Andrés, el patrón de Manila, cuya fiesta celebran cada año con grande aparato y pompa, con banderas, procesiones, tambores, odores, alguaciles disfrazados, caballos penicos y ¡otras antiguallas!

Y el arcángel, después de hacer una reverencia, se alejó.

II

—Oye, Andrés, ¿tú qué sabes de Filipinas?—preguntó el viejo Dios a un viejo que pasaba con una cruz en forma de X.

El viejo Apostol al oirse interpelado se asustó, y soltó la cruz al resonar el nombre de Filipinas.

—Vamos ¿qué me aconsejas para poner en orden Manila?—continuó el Padre con voz dulce viendo que el otro se quedaba sin palabra.

San Andrés hizo una mueca al oír las palabras *orden* y *Manila* y se encomendó a todos los santos.

—¡Vamos, habla! ¿qué aconsejas?

—Yo, señor, yo nada, ¡nada!—pudo al fin contestar el Apóstol;—nada tengo que ver con ese país, no quiero tratos con esa gente; soy un santo pacífico y poco hablador, además que no entiendo de papeles. ¡Que me dejen en paz que bastantes disgustos me han dado!

—Pero, ¿no eres tú el patrón de Manila?

—No, no . . . sí . . . no, Padre . . . sí, Padre . . . es decir sí . . . sí . . . pero . . . no . . . no . . . no.

—Pero, hombre, explícate.

San Andrés se pasó la mano por el cogote, se abanicó con la punta de su capa pues sentía los apuros como cuando le crucificaron, y haciendo un esfuerzo pudo al fin decir:

—Mire V. D. M., yo soy inocente. La historia es ésta. Años después que los españoles se apoderaron de esas islas, vinieron muchos chinos que a su vez quisieron tomarlas. Allá se pegaron ellos, allá se mataron, yo no me mezclé en nada, ¿cómo iba a hacerlo? Pero los victoriosos para sancionar su posesión y darse unas apariencias justas, me quisieron enredar, atribuyendo su triunfo a mi intervención, ¡Dios me libre! fundándose en que la batalla se había dado en el día de mi santo como si yo tuviese parte en todas las

cosas que se hacen en ese día. Pero lo mejor del caso es que ese día no me correspondía, pues a consecuencia de haber hecho el viaje siguiendo al sol, los españoles habían equivocado la fecha del Calendario. Ahí verá V. D. M. cuan inocente soy yo de esa imputación.

—¿Y a quién correspondía la fecha de la batalla?

—¿Yo qué sé, Eterno padre?—contestó San Andrés tratando de marcharse.— Parece que a un tal Próculo, a un tal Evasio. El Calendario pone muchos santos, ¡allá que carguen ellos con la responsabilidad!

Buscaron a los santos aludidos pero los angelitos no los conocían y el Padre Eterno sin perder la paciencia, preguntó:

—Pero, vamos a ver, ¿qué religión se sigue en Filipinas?

Los bienaventurados se miraron unos a otros, los ángeles se preguntaban con la mirada como muchachos que no saben la lección hasta que uno más travieso y atrevido que los demás, un verdadero *enfant terrible*, contestó:

—¡La religión cristiana!

—¿Quién ha dicho que mi religión impera en esas islas? preguntó una voz varonil, clara y sonora; ¿quién se atreve a calumniarla?

Y un hombre alto de fisonomía seria y adusta, de gallardo continente y majestuoso andar se adelantó en medio de los bienaventurados, buscando con la mirada al atrevido angelito. En el cielo le llamaban Jesús y era uno de los más grandes entre los fundadores de religiones. Todo medroso y confuso el ángel charlatán se escondió detrás de sus compañeros quienes le sacaron la lengua y le dijeron:

—¡Abá, bien merecido!

—¿Qué religión se practica pues en Filipinas?—volvió a preguntar el Eterno Padre mirando a todos;—¿esas islas, no tendrán pues religión alguna?

Jesús continuaba más severo y adusto que nunca así es que, aunque muchos le miraban, no se atrevía a hablar. Al fin uno de mucha más edad, de tipo mongólico, bigotes y barba de cerda, moreno y los ojos oblicuos, después de muchas ceremonias e inclinaciones, repuso en acento insinuante y reposado:

—El justo Jesús ha dicho la verdad; su religión no se observa en Filipinas y casi me atrevo a decir se desconoce allí por completo su doctrina. Pero permita a su indigno dis-

cúpulo Kungtsen que le haga observar que si bien es verdad no imperan allí sus divinas leyes, en cambio allí se abusa de su nombre, y en su nombre se cometen delitos e inauditas iniquidades. ¡Lo sé porque mi país es vecino de Filipinas y muchos idólatras del mío se hacen allí cristianos para fines más o menos reprehensibles, más o menos deshonestos!

Las palabras de Kungtsen son de mucho peso en los círculos celestiales, así es que Jesús, sin irritarse, contestó de esta manera.

—Convengo con Kungtsen, pero no puedo ser responsable de los abusos que cometan en mi nombre unos cuantos hipócritas, raza de serpientes, víboras, sepulcros blanqueados. Si del nombre del Padre se abusa ¿qué no se ha de hacer del mío? escrita está mi doctrina y aunque desfigurada, allí está que brilla, protesta. Se abusa de mi nombre porque los hombres me olvidan, porque no recuerdan que yo que he predicado el amor y la caridad, no puedo aceptar ninguna tiranía, ninguna opresión. Yo les he enseñado a raciocinar, a analizar, a inquirir ¿porqué cierran los ojos? ¿Qué culpa tengo yo de que haya ciegos y tontos sobre la tierra? ¿A qué ridículo no me quieren reducir, cuando olvidando mi doctrina, el fondo moral de mi obra, el espíritu de mi predicación, se arrastran ahora adorándome por partes y entrañas? Yo reniego de esa raza de hipócritas y tiempo haría que hubiese protestado si no supiese que en el jaleo ¡andaba mi madre!

—Perdona, hijo,—repuso una buena señora de semblante dulce y mirada misericordiosa;—de mi nombre han abusado aun más que del tuyo y si yo no me he quejado es por no darte un disgusto. Mira, allí comercian conmigo, con mi amor, con mis sentimientos; de mi nombre se valen para el último cuarto del pobre, para perder a las casadas, para manchar a las vírgenes, para sumir a familias enteras en la ignorancia y en la miseria. Ya me pintan negra, ya morena, ya blanca; yo que siempre he vivido de mi trabajo y jamás he pedido limosna a nadie, tengo que ir de pueblo en pueblo, de casa en casa, mendigando para hartar de oro a los que viven en los placeres y en la abundancia; me hacen encubridora de trapujos y amoríos, vendedora de rosarios, escapularios y correas y si alguna vez me visten bien es con el objeto de hacer más dinero como hacen con una bailarina del Circo. Y no contentos con esto me atribuyen

necesidades y flaquezas, me suponen vengativa, codiciosa, dura de corazón, a veces me ponen en enemistad, en contradicción, en rivalidad conmigo misma, me hacen bañar, bailar, me visten de ridículos hábitos y cometen conmigo toda clase de herejías y diabluras. Ahora que ya lo sabes, te suplico, hijo mío, me saques de esas islas porque más no puedo sufrir. Deja allí a los santos que se arreglen con ellos, allí está Agustín, Domingo, Ignacio . . .

—*¡Nequaquam!*⁴—protestó San Agustín;—allí me han dejado mal parado. Mis hijos, cuando no son escritores simples son charlatanes predicadores: el mejor es un comediante. Te los regalo, Francisco.

—¡Los míos están demasiado gordos!—repuso melancólicamente el flacucho San Francisco;—prefiero entenderme con mis animalitos. Que se encargue Ignacio que es el más taimado y emprendedor.

—Con mucha fe y voluntad acaso pueda yo hacer algo,—repuso con su fina sonrisa Ignacio de Loyola;—mis hijos están bien disciplinados y obedecen mis reglas, pero vuestros hijos, mi querido Domingo, apesar de mis complacencias con ellos tratan de dificultarme toda empresa, tratan de echarme . . . Si pudiérais intervenir . . .

—¿Quién? ¿yo intervenir?—contestó Domingo;—¡sí, cualquier día! Primero me hacen saltar con mi escapulario y mi estrella de piedras falsas. Son capaces de cualquier cosa cuando se les amenaza con quitarles el negocio. ¡Que los arregle el Nuncio o San Pedro!

—¿Quién habla de mí?—preguntó una voz acatarrada como de portero viejo.

Era San Pedro que acudía con la calva y las manos llenas de tinta.

—Decíamos,—repuso Santo Domingo,—que debéis arreglar las cosas de Filipinas puesto que teneis un Papa . . .

—¡Haced el favor de no hablarme del Papa, haced el favor!—interrumpió San Pedro;—ved cómo tengo las manos llenas de tinta apuntando indulgencias. ¡Tengo la cabeza hecha un bombo! ¡Arreglar Filipinas nada menos! ¿Y si me ahorcan? Bueno estoy para arreglar el país donde mis hijos sirven de criados como coadjutores ¡mientras que los vuestros lo chupan! Arregladlo vosotros y sino que se arreglen ellos solos.

Y dicho esto se alejó porque oyó que llamaban a la puerta.

—Sí, ¡que se arreglen ellos solos!

—¡Con su pan se lo coma!

—¡A Dios rogando y con el mazo dando!

—¡Cada país tiene la suerte que se merece!

—¡Los tiranos viven porque lo consienten los tiranizados!

—¡El que todo lo consiente, que reviente!

Estas y otras cosas más decían los santos en su miedo de ir a Filipinas. Al verlos a todos huir del peligro, el Padre Eterno se quedaba perplejo.

—Pero vamos a ver, enterémonos antes de lo que pasa en Filipinas . . . ¿Quién de vosotros está al corriente? ¿Ninguno? ¡Carambas! pero no hay ningún filipino por allí . . .

—Sí, Eterno Padre, hay muchos, contestó San Juan que llevaba las estadísticas del cielo, pero son tan raros y tan . . .

—No importa, que vengan; ya trataremos de sacarles algo. ¡Yo he sacado todo de la nada!

—Los filipinos, ¡ay! ¡los filipinos! ¡Los que han estado en Filipinas!—publicaron los ángeles por todos los ámbitos del cielo.

III

Notóse un extraordinario movimiento entre los grupos de los habitantes del cielo. Muchos de los filipinos dormían, otros se escondían creyendo que les iban a requisar, pedir cédulas de vecindad o hacer trabajar en público gratis, etc, como estaban acostumbrados a hacerlo en la tierra. Al verlos, los angelitos se guiñaban unos a otros y se los enseñaban con el dedo, las vírgenes reprimían sonrisas cubriéndose con el abanico para comunicarse frasecillas, las viejas se ponían los anteojos para ver mejor y los arcángeles, querubines y serafines que no podían perder su dignidad se daban ligeros codazos y tosían.

Pronto avanzó una fila cuya larga cola se perdía a lo lejos formándose y aumentándose cada vez más. A la cabeza iban los más caracterizados, los más viejos, los que tenían cara avinagrada y un aire de Viernes Santo a las tres de la tarde. Los jóvenes, los que tenían semblante moderno y maneras afables se quedaban detrás, los primeros no les permitían mezclarse con ellos.

San Juan Evangelista presentó al primero, nombrando sus méritos y cualidades. Era un peninsular de bigotes duros, pero de mirada más dura todavía. Se había muerto en Filipinas de disentería.

—El Excmo. Sr. Don Policarpo Rodriguez Mendez de la Villaencina, gran filipinólogo, conocedor del país; según él ha viajado por todas las islas; conoce a fondo al indio y sabe el porqué, el cómo y el de qué manera no progresa el Archipiélago filipino.

—¡A la *monne-heure!*⁵—exclamó el Dios Padre abriendo los brazos;—¡vamos, hable V., ilústrenos V., inspírenos!

Todo el empíreo se puso en silencio y los mismos pícaros angelitos y las vírgenes indiscretas dejaron de guiñarse y sonreirse.

Don Policarpo, etcétera, etc. tosió dos o tres veces, miró a derecha e izquierda con gran desdén, escupió lanzando la saliva por un colmillo con tal fuerza que le alcanzó a Santo Domingo precisamente en medio de la coronilla. Sin cuidarse de pedir dispensación, volvió a toser y con voz un tanto aguantentosa empezó a hablar:

—Mírestee, sépaste que yo conozco bien el país y tengo una experiencia que . . . ¡vaya! Ya quisieran tenerla todos los questan presentes y no hablo de V. D. M. que . . . ¡ya mentiestee! Con que a mí no me venga nadie con buñuelos, que yo llamo al pan pan y al vino vino, porque yo soy así y me gusta la claridad, ¡al grano! He dicho, ¡ea!

Y escupió de nuevo por el otro colmillo, dando esta vez con la saliva precisamente en la oreja del bueno de S. Francisco.

El Padre Eterno que había seguido con mucha atención el discurso de D. Policarpo, quedóse con la boca abierta.

—Pero, ¿y el porqué, el cómo y el de qué manera . . . ?

—Mírestee, sépaste que yo conozco bien el país y tengo una experiencia . . .

—¡Cállese, buen hombre, cállese!—le interrumpió otro que estaba detrás de él;—V. no sabe lo que se dice, aquí no estamos en Manila sino en la Corte Celestial.

El que así había hablado era un guapo señor de maneras muy distinguidas.

—¡Vamos!—dijo el Padre dirigiéndose al segundo;—V. parece que conoce mejor Filipinas, ilústrenos V.

El aludido se atusó los bigotes, miró a todos con plácida sonrisa y acordándose del coro de vírgenes se irguió y con voz meliflua y sonora dijo:

—Sacra divina Majestad: la modestia que siempre me ha caracterizado en todas las reuniones públicas donde he tenido la fortuna de encontrarme—presidiéndolas a veces;—desde el meeting popular callejero hasta las augustas sesiones del parlamento de mi patria . . .

—¡Al grano, hombre, al grano!—le interrumpe D. Policarpo.

—Hombre, ¡no sea V. grosero! ¡Déjeme V. hablar!

—¡Callestee, hombre!

—Tiene V. envidia.

—¡Música celestial!

Se trabaron de palabras e iban a pegarse a no intervenir San Miguel, el jefe del orden público allá arriba, quien les puso en paz. El Padre Eterno les mandó que se retiraran. Los angelitos y las vírgenes procuraban contener su risa.

Seguía una vieja cargada de escapulario, velas, novenas, correas y otras baratijas.

—Esta es Doña Antonia, natural de Filipinas—dijo S. Juan. Malgastó toda su fortuna en comprarse esas chucherías y pasó ochenta años ¡mascullando rezos!

—¡Atrás!—dijo el Padre Eterno;—éste, ¿qué puede saber de Filipinas?

—Este es—continuó S. Juan—un cabeza de barangay que murió en la cárcel por deudas.

—Y ¿qué sabe del país?—preguntó el Eterno.

—El cura, señor, los padrones, señor, el cura, los padrones, los padrones, el cura—balbuceó el infeliz.

—¡Que se retire!—dijo el Eterno suspirando.

—Este es un abogado que desempeñó altos cargos en el país, por haber servido bien a los frailes.

—Vamos a ver, ¡que hable el abogado!

El abogado que era un hombre rechoncho y panzudo empezó a agitarse, apoyándose ya sobre un pie ya sobre otro, tosió sin poder sacar una palabra y al fin terminó por eructar. Las vírgenes y los angelitos ya no se contuvieron y soltaron las más argentinas carcajadas.

—Silencio,—dijo el Eterno;—vamos, hable V., aquí está entre amigos y tenga confianza.

Al oír estas palabras afectuosas, empezó a llorar el hombre por lo cual hicieron que se retirase. El padre Eterno se pasaba frecuentemente las manos por la barba.

El que sigue tiene fama de ser el más listo de su tiempo, siempre ha estado en el poder, ha sido juez, gobernador, director etc.

—Vamos, vamos, háglenos V. de Filipinas que tengo deseos de ilustrarme.

—Ah, ¿V. D. M. desea ilustrarse? Pues diríjase a los frailes, consulte con los frailes, agárrese a los frailes, adule a los frailes, tome el partido de los frailes, dé la razón a los frailes . . .

—Pues, ¡que vuelva a los frailes!—mandó S. D. M. poniéndose severo.

San Miguel le cogió a mi hombre, le dió un puntapié en cierta parte, y allá se fue volando a la tierra convirtiéndose en vasija de barro al llegar a ella y yendo a parar en la enfermería de un convento.

—¿Cómo es que han dejado entrar a semejantes séres en mi reino sin haberse antes purificado? ¿Qué hacía Pedro?—decía entretanto el Eterno dando muestras de gran impaciencia.

San Juan presentó a un viejo que se adelantó con mucha prosopopeya.

—Este es uno de los pájaros más gordos de Filipinas,—decía San Juan;—en toda su vida fue fraile . . .

—¡Ajá! ¡con que éste es un fraile!—exclamó el Padre Eterno mirando con curiosidad al vejete;—¡vamos a ver como se explica el fraile! Vamos, hable V.

—Pues, señor, aquí donde Vs. me ven,—dijo el vejete—yo soy una maravilla, he hecho prosperar el país procurando sacarle todo el dinero que podía. Le he inundado de pastorales que no se han leído, he cantado *Te Deums* creyendo que se habían terminado los temblores y los temblores han recomenzado; he dotado con indulgencias, libros tontos a fin de hacerlos más respetables y el público ha reído el doble; he construido cruceros con dinero del país, para defenderlo contra infieles, y los infieles se quedaron con el crucero, y el dinero ya no lo vio nadie. En fin he hecho feliz a Filipinas, le he hecho reír, reír y reír y debe continuar riendo hasta estas horas . . .

—De manera que no es cierta la miseria que veo . . .

—¡Quia, no señor, allí no hay miseria! Si al morir he dejado a cada heredero mío ocho mil pesos y cuenta V. que tenía muchos herederos: ¡dos o tres en cada pueblo donde había estado! Miseria, ¡quia, no señor! Pregúntese V. D. M. a todos estos frailes; ¿los ve que gordos y rollizos están? Pues acaban de llegar del país; ya ve V. D. M. que allá ¡todo es abundancia!

—¡Retiraos, quitaos de mi presencia!—gritó el Eterno al ver tanta impudencia y necedad;—¡retiraos, no estalle mi cólera y os envíe a la tierra transformados en inmundos animales!

Los filipinos se retiraron confusos con gran pesar de algunos pues entre ellos había quienes hubieran podido decir algo discreto y sensato sobre cosas filipinas. Pero como iban en la cola, ¡nadie sospechaba su existencia!

Después de algunos momentos de reflexión, el Eterno con voz severa dirigió a Jesús:

—Puesto que en tu nombre se cometen allá en la tierra odiosas injusticias es menester que descieras, estudies el mal y me enteres de lo que pasa a fin de remediarlo . . .

—¿Otra vez entre los fariseos?—preguntó Jesús palideciendo.

—¡Sí, otra vez entre ellos! ¡Si hubieras dejado escritas tus leyes y tus palabras, si te hubieras expresado con precisión y claridad, ni te habrían falseado tus historiadores, ni corromperían tu doctrina interpretándola, ni se abusaría de tu autoridad! ¡Qué discusiones, qué disputas, qué guerras y persecuciones habrías ahorrado a la humanidad y con qué rapidez habría progresado!

Jesús bajó la cabeza lanzando un suspiro.

—Pero, nada temas—continuó el Eterno con más dulzura;—esta vez el caliz pasará de tí, porque más prudente con el recuerdo de lo pasado, tratarás de pasar desapercibido evitando en lo posible rozarte con los fariseos y escribas. No habrá necesidad de que nazcas de una madre virgen, cosa allí difícil porque según dicen es un pecado el negar el débito a su consorte . . . Tampoco es necesario que se degüellen a catorce mil; al contrario, es menester que llegues allí formado, hecho un hombre, porque si naces allí y allí te educas, te criarás ignorante, te embrutecerás y me costará gran trabajo volverte a la razón. Evita con cuidado discutir con los doctores de su ley, pues de seguro que no

te dejarán salir vivo y te llamarán filibustero; Dios te libre de echar del templo a los vendedores y negociantes, porque te formarán causa y te empapelarán, y sobre todo guárdate de llamar serpientes y raza de víboras a los millares de fariseos que allí vas a encontrar. Ve, desciende pues, por amor a la humanidad, por el prestigio de tu nombre y porque no sea dañosa a los hombres la pasión que sufriste; ¡sé sufrido, sé prudente, sé observador!

Y el Eterno volviéndose a San Pedro que había acudido, le dijo:

—Y tú, ¿por qué dejaste entrar en mi reino a tantos imbéciles y desalmados que necesitaban antes de siglos de purificación y expiación, por qué has guardado mal la puerta? Volverás a la tierra.

San Pedro lanzó un grito y se cayó de rodillas.

—Pero, Señor, ¡si estaba yo ocupadísimo apuntando las indulgencias!—dijo juntando las manos.

—Volverás a la tierra y acompañarás a Jesús en su peregrinación,—continuó inflexible el Eterno;—tú te permitiste dejar sucesores en la tierra que se pretenden ser vicarios de Jesús, justo será pues que allá te vayas con él ¡porque en nombre vuestro se cometen allí todos los abusos!

Los dos no tuvieron más remedio que bajar la cabeza y después de recibir la bendición paternal se alejaron tristemente.

—Señor,—decía San Pedro llorando a Jesús,—esta vez ¡no nos escapamos! No teneis idea de como se las arreglan allá en Filipinas; yo sí tengo algunas noticias. Pilatos al menos se lavaba las manos todavía, pero allí, allí se las ensucian. Los judios cuando os crucificaron no persiguieron ni a vuestra madre ni a vuestros parientes ni siquiera a vuestros discípulos, pero, Maestro, en Filipinas, ¡uy! ¡en Filipinas . . .! Allá en Judea ya con la cruz auestas os mostraban todavía su simpatía las mujeres, pero en Filipinas todavía no os han acusado y ya ellas renegarán de vos ¡para no hacerse sospechosas! ¡Ay de mí, ay, ay!

—¡Valor, Pedro, valor! ¡Nuestra es la culpa! Tú te has dejado las llaves allá abajo y yo he hecho con tu nombre un juego de palabras al fundar mi iglesia y los pillos se aprovecharon. ¡Esto me enseñará a no hacer *calambours*⁶ al tratar de cosas serias y graves!

IV

A medida que se acercaban a la tierra, Jesús se ponía más y más triste y pensativo. Cubriase de dolor su varonil semblante y diríase que la noche descendía sobre sus facciones. Encontraba aquella tierra por la cual tuvo que verter su sangre por predicarla el amor, con los mismos vicios de antes acaso con peores; llanto, luto y desesperación por un lado, carcajadas egoistas, alegres blasfemias por otro y por donde quiera la humanidad miserable y descontenta trabajada de inextinguibles pasiones. Como antes el pobre era víctima del rico; el débil, presa del fuerte, leyes para los desheredados, deberes para la clase menesterosa y para los ricos, para los poderosos, derechos y privilegios. Sobre este piélago de miserias y lágrimas veía él como raros islotes aparecer algunos rostros sonrientes y tranquilos mirando con melancolía en torno de sí, pero las olas en torno rugían furiosas, les arrojaban su amarga espuma, los condenaban, los calumniaban, los insultaban y entre la gritería oía él pronunciado su nombre Jesús.

—¡Horror!—clamó Jesús cubriéndose la cara,—¡horror! Tanto sufrimiento inútil, tanta agonía en vano . . . ¡Más habría valido si hubiese dejado a la humanidad redimirse a sí misma desarrollando sus fuerzas naturales y la centella luminosa de que la ha dotado el Eterno! ¿Por qué, cuando el hombre ha podido arrancar tantos profundos secretos del seno oscuro de la naturaleza y formular sus divinas leyes, no iba a descubrir también y hacer brillar el germen moral puesto por Dios en su conciencia y en su corazón? ¿Era más fácil acaso analizar las propiedades del metal oculto en las profundidades de la tierra que las exigencias de la conciencia que nos habla a todas horas? ¿A qué mi martirio si entre tan pocos frutos iban a brotar tantas espinas? ¿Qué ha sido de mi obra, de mi pasión y muerte? ¿Para esto he sufrido, para que mi nombre sancione la injusticia, ahogue las conciencias y oscurezca los entendimientos?

San Pedro podía seguir a duras penas a su Maestro.

—Señor,—decía,—nos vamos acercando . . . pero ¿qué teneis, Maestro, que teneis la frente cubierta de sangre? Llorais y vuestras lágrimas son sangre . . . Diríase que estais de nuevo en Getsemaní . . .

Jesús sacudió tristemente la cabeza.

—Ojalá no sintiera más que las angustias de la muerte,—respondió. Mil muertes prefiriera, mil Getsemanís al dolor que ahora me abrumba. Cuando uno muere por amor o por convicción de que hará con su muerte un bien, la muerte es un placer . . . Pero cuando tras de la muerte, tras de los sufrimientos viene el desengaño . . . ¡Oh! que no pueda yo reducirme ahora a la nada, aniquilarme por completo, destruir mi conciencia para no ver el efecto desastroso de mi obra . . . He venido a la tierra como luz y los hombres se han valido de mí para cubrirla de tinieblas; he venido para consolar al pobre y mi religión sólo tiene favores y complacencias para el rico; he venido para destruir la superstición y en mi nombre la superstición florece, se enseñorea soberana, perfecta; he venido para redimir a los pueblos y en mi nombre se han sojuzgado provincias, reinos, continentes, se han reducido a la esclavitud o han desaparecido razas enteras. He venido para predicar el amor y en mi nombre por fútiles distinciones, por sutilezas de ociosos se han lanzado los hombres unos sobre otros y han cubierto la tierra de muerte y devastación santificando el crimen con el prestigio de la divinidad. ¡Ridículo, horrible, equivocación monstruosa, blasfemia estúpida!

Y Jesús lloró amarga y desconsoladamente.

—Sí—añadió,—es justo, es mi deber que yo otra vez redima a la humanidad del abismo en que se ha caído, y sufriera mil muertes aun más crueles que la que tuve, no deben arredrarme . . . ¡Fuera miedo, fuera temor; esta vez no será el amor solo, serán el amor, el deber y la justicia los que me impulsen al sacrificio . . .!

—¿Qué, señor, pensais dejaros crucificar otra vez?—preguntó temblando San Pedro.

Jesús absorto en su meditación, no contestó. Se acercaban ya a Filipinas; y divisaban los altos montes coronando las islas que se destacaban sobre el fondo brillante de las aguas fosforescientes a la luz de las estrellas; de lejos veían el penacho rojo de un volcán como una mancha de sangre sobre aquella tierra desgraciada. Hacia el Oriente comenzaba a iniciarse la claridad precursora de la aurora.

San Pedro, inquieto por el giro que tomaban las resoluciones de su maestro, temía con razón entrar en Filipinas, así es que aprovechando una oportunidad, a la sazón que

pasaban cerca de una isla que no pertenecía al grupo, dijo a Jesús:

—Maestro, sería muy conveniente que nos detengamos antes en esta isla a fin de prepararnos y disponernos para tan peligroso viaje. Es menester saber antes las condiciones de ese chiquero, y así como vos ayunasteis cuarenta días y cuarenta noches antes de habéros las con los judíos, pasemos aquí tres meses que con los filipinos toda precaución es poca.

San Pedro contaba distraer a su maestro y cuando menos ganar tiempo para no entrar en Filipinas. Jesús absorto en sus meditaciones se dejó guiar por San Pedro quien aprovechándose de la ocasión llevó su maestro hacia la isla tomando tierra en un lugar solitario no muy lejos de la población. Rayaba la aurora y las casas empezaban a distinguirse, blancas, cuadradas con muchas ventanas como palomares escalonados sobre la falda del monte que constituía en sí la isla.

Como les era necesario dejar sus celestiales vestiduras para la peregrinación que iban a emprender, Jesús se ingenió para hacer de su capa un terno de paño azul oscuro de correcto corte sin por eso seguir las leyes de la moda. Quitóse la barba y su larga cabellera y para tener un aire filipino más marcado encorvóse un tantico como hombre acostumbrado a la obediencia y sumisión. Al verle así desfigurado se comprometería la misma infalibilidad del papa y le tomaría cuando más por un filipino de buena familia que viaja por su placer.

San Pedro por su parte, habiendo oído en el cielo de que los chinos eran los que lo pasaban mejor en Filipinas creyó muy útil convertirse en chino, y así lo pidió al maestro pero con muy mala suerte, pues merced a su calva apenas le quedaban unos cuantos pelos para hacerse la coleta, con lo que tenía todo el aire de un chino *panut*.⁷ Dejóse unos cuantos pelos para bigotes, convirtió su capa en calzones anchos y su túnica en camisa china teniendo un aire tan raro que se necesitaba toda la seriedad de Jesús para no reírse a carcajadas.

Entraron en la ciudad que ya empezaba a animarse. Las casas despertaban y las calles se llenaban de criados, trabajadores, champaneros, marinos, chinos en su mayor parte. San Pedro que con su traje y su coleta adquirió el

don de hablar en chino, comprendió que se encontraban en un puerto chino llamado Victoria por gobernar en él los súbditos de la reina de Inglaterra.

—Hemos caído mal,—decía San Pedro;—estamos en país de chinos y por añadidura gobernado por protestantes.

Y añadió para sí:—Huimos de la lluvia y nos caemos en el mar.

Y muy triste e inquieto sobre su suerte, andaba el buen San Pedro con desconfianza maldiciendo en su interior la ocurrencia que tuvo de bajar en aquella isla. En Filipinas, país de cristianos, al menos era conocido y por maló que fuera, valía más que lo bueno por conocer.

Jesús que miraba a todas partes como buscando algo observó unas casas grandes parecidas, construidas de la misma manera y se le ocurrió que podían ser hospitales o algún edificio público para fines caritativos, pero San Pedro que tenía mala idea de los ingleses y chinos dijo que probablemente serían cuarteles: parecíale imposible que semejantes descreídos pudiesen hacer otra cosa. Y para salir de dudas se acercaron a un joven, mestizo al parecer, y le preguntaron:

—¡Dos paes dominicos!—respondió el joven.

—¡De los padres dominicos!—repitió maravillado San Pedro. Maestro, estas casas pertenecen a los hijos de Domingo.

Ambos contemplaron asombrados tantas casas y se admiraban de su magnificencia.

—¡Y Domingo que nos hacía creer que sus hijos tenían voto de pobreza!—repetía San Pedro.

—No te extrañe, Pedro,—dijo Jesús;—si mal no recuerdo tienen misiones en la China; quizás la labor sea tan grande que necesitan vivir aquí miles de misioneros para el trabajo de la conversión.

Prosiguieron su camino y vieron otra larga fila de casas, no tan grandes, pero bastante bien construidas.

—Estas sí que son cuarteles,—se dijo San Pedro, y preguntó a un hombre si en efecto eran cuarteles.

—¡Dos paes dominicos!—respondió el preguntado.

—¡Carambas!—dijo San Pedro,—¿y aquellas que yo veo allá, allí pintadas de blanco y rojo?

—¡Dos paes tambien! Toda todo e dos paes—respondió el hombre haciendo grandes gestos y enseñando varias calles.

Os paes tem muitas, muitas casas, nesta rua, en el otra e ainda mais.

—¡Ajá, ajá! ¿De modo que aquí hay muchos dominicos?

—¡Nao, dos somente!

—¿Dos solamente? ¿Y quiénes viven en esas casas?

—Os chinos.

—¿Los chinos? Cristianos sin duda.

—¡Nao!

—¿Cómo? chinos infieles viven en casas que construyen los católicos dominicos?

—Sao, os chinos pagam ben e os paes apanhan muito di-neiro e tem muitos millones nos bancos et accioses . . .

—Y ¿como se han hecho tan ricos? ¿Trabajan mucho, labran campos? ¿Se dedican a la industria?

—¡Nao!

—Y ¿de dónde han sacado dinero para levantar tantas casas?

—¡De Filipinas! ¡Os indios lhes dam muito dinheiro!

—De modo que los indios de Filipinas deben de ser muy ricos.

—¡Nao, muito pobres! Viven ne miserables casas.

—Pobres, ¡pues no entiendo! ¿Y los dominicos construyen casas para chinos infieles con dinero de Filipinas mientras que en Filipinas los cristianos viven en miserables cabañas?

—Sao.

San Pedro se acercó a su maestro para hacerle parte de sus dudas pero le encontró sumido en profunda meditación.

Jesús veía desde el punto donde se encontraba el patio de un gran edificio situado allí a lo lejos. En él había muchos hombres vestidos igualmente ocupados en levantar del suelo y depositar en él unas bolas que parecían bastante pesadas. Había uno que parecía presidir aquel trabajo.

—Esa es la prisión—dijo un inglés a quien preguntó Jesús—allí van los condenados, los ladrones, los falsarios, los violentos, los homicidas. Eso que veis es uno de los trabajos a que están condenados; hay otros trabajos además que consisten en hacer estopa, esteras, dar vueltas a un manubrio, etc.

—¿Y esos infelices son todos infieles?

—No, entre ellos hay cristianos, hay de todas las naciones, hay también ingleses, porque aquí no hacemos distinción

entre los criminales: allí tenemos a hombres que en nuestra colonia han desempeñado altos cargos.

—Y ¿vuestro prestigio?—preguntó San Pedro;—no sabeis guardar el prestigio como los españoles en Filipinas?

—Nuestro prestigio no está en nuestra cara sino en nuestra moralidad—contestó el inglés sin dignarse mirar a San Pedro vestido de chino.

San Pedro convino en que apesar de todo el inglés podía tener su razón en estimar más el prestigio moral que el prestigio de raza, pero decía que era muy orgulloso y muy ufano de su sistema, que los católicos de Filipinas debían entenderlo mejor primero porque eran católicos y segundo porque allí gozaba él de bastante fama.

Siguieron sus paseos y sus observaciones y San Pedro con gran extrañeza suya observaba que apesar de estar en país de infieles, se podía andar con seguridad; no había coches que atropellasen a los transeuntes, los ingleses no maltrataban a los chinos, la policia no robaba a los pobres ni los vejaba, y si alguna persona por rica y considerada que fuera abusaba de algún paria, se le llevaba ante los tribunales, allí se le juzgaba en breves momentos sin mucho papeleo, sin hacer gastar al que se queja, sin hacerle ir y venir de una oficina a otra, perder tiempo y resultar, tras de apaleado, víctima de las formalidades de la administración. Así que San Pedro que volvía en sí de sus desconfianzas, se avenía ya con el régimen de aquella isla y pensaba vivir para siempre en ella mejor que ir a Filipinas por lo que él muy taimado propuso a Jesús Nuestro Señor:

—Maestro, ¿no sería mejor que tomásemos aquí una casa para que podais pasar los cuarenta días de ayuno?

—¿Por qué ayunar?—contestó Jesús que adivinó la intención de Pedro;—necesito de todas las fuerzas de mi cuerpo y espíritu, necesito que todo mi ser esté en perfecto equilibrio para luchar con las dificultades de mi misión . . . ¿Por qué ayunar? Mi cuerpo, concebido sin sombra de mancha, no es enemigo de mi espíritu para que yo le debilite.

San Pedro comprendió la lógica de la respuesta.

—Sin embargo, Maestro,—repuso,—no está demás el que nosotros nos detengamos aquí para estudiar las condiciones del país que vamos a visitar. Podemos pedir albergue a los dominicos que tienen tantas casas, pues según veo aquí los campos no están habitables.

Jesús asintió a la proposición de San Pedro y habiendo preguntado por la casa de los dominicos, allá se dirigieron.

—¡Hermoso edificio!—exclamó San Pedro al ver el convento o palacio que les servía a los dos religiosos de procuración;—estoy seguro, Maestro, que nos darán aquí hospitalidad gratuita y nos tratarán como a hermanos.

Desgraciadamente para ellos, llegaban en muy mala ocasión. El fraile procurador en aquel día acababa de perder un pleito con un filipino por una mezquina cuestión de salario que él no le quería pagar: había creído poderse salir con la suya prevalido de la riqueza de su orden y la causa había llegado ante los altos tribunales de la ciudad con gran escándalo de todos. Pero los jueces ingleses no se intimidaron, e hicieron justicia y el gran fraile tuvo que pagar lo que legalmente y de derecho debía.

Así que aquel día estaba de mal humor, y cuando el criado le anunció la visita y el objeto de ella, creyendo que se trataba de filipinos les echó de la procuración a cajas destempladas, diciendo que la Procuración no es para mendigos y si no tienen con que pagar una casa, que se queden en la calle. San Pedro no volvía en sí de su admiración; decididamente todo le salía al revés; pensaba mal de la ciudad y la encontraba libre, tomaba a los frailes por hospitalarios y los encontraba violentos y avaros. Jesús solo estaba más triste y más meditabundo.

Ambos se fueron a un hotel y allí se hospedaron y mientras esperaban un barco que hiciese vela para las Filipinas, en vez de pasar los días en un desierto o en la soledad, como tenían que vivir entre vivos y en los pueblos y ciudades se dedicaron a estudiar las costumbres de la tierra y recorrían cada día las calles tomando interesantes notas.

Sucedió que en la ciudad de Victoria se supo que un misterioso extranjero, acaso un hijo de rajas que viaja de incógnito, se encontraba en la población haciendo estudio y tomando notas, con objeto de dirigirse después a las Islas Filipinas para estudiarlas. La noticia interesó mucho a los numerosos habitantes de Victoria que tenían relaciones con el Archipiélago, mayormente a las corporaciones religiosas que tenían allá grandes propiedades y que deseaban a toda costa sostener y conservar su prestigio discutido y en muchos sentidos muy malparado.

Y así sucedió que una mañana mientras Jesús meditaba en el cuarto de su hotel, recibió la visita de un caballero de maneras muy afables, palabras muy melosas y cumplimientos a cada paso.

—Dispense V.—decía el desconocido—que me presente de esta manera y acaso le estorbe, pero he oído que V. piensa irse a Filipinas para viajar de recreo . . . acaso para estudiarlas . . . quizás con una comisión del gobierno . . . tal vez para escribir un libro . . .

Y el desconocido sonreía pero Jesús movía la cabeza en ademán ambiguo, de tal manera que el desconocido no pudo saber nada del objeto que el viajero se proponía.

—Como nosotros conocemos el país—continuó el desconocido—y tenemos allá numerosos amigos y partidarios . . . nosotros . . .

* * * * *

—¡Mal comienzo!—decía San Pedro.

Como la mayor parte de las casas de alquiler pertenecía a los dominicos, juzgan que era trabajo inútil buscar una vivienda y decidieron embarcar para Filipinas.

Fueron a la playa y allí supieron que un vapor partirá dentro de pocas horas. El capitán sin embargo les pedía pasaporte.

—¿Cómo pasaportes?—dijo *Schunuch*; ⁸—yo soy Filipino ¿y para volver a Filipinas necesito pasaporte? ¿Cuándo necesita uno permiso por entrar en su casa?

El capitán decía que el gobierno así lo quería y pasaportes tuvieron que pedir nuestros viajeros: a *Schunuch* le costó tres pesos 50, y a San Pedro por ser chino le costó diez y seis. San Pedro no cabía en sí de furia.

—Maestro, ¡el mundo no era así en nuestros tiempos! ¡Había más libertad, más fraternidad entre los pueblos! ¿No habéis dicho que eran todos hijos de vuestro padre?

—Sí, Pedro, lo he dicho repetidas veces, y ojalá no lo hubiese dicho jamás. Lo repiten ahora algunos para mejor excluir a los otros.

—¡Mal comienza el viaje, Maestro, mal comienza!—murmuraba San Pedro embarcándose en el vapor.

En una hermosa mañana entraron en la bahía de Manila.

San Pedro que se había mareado enormemente durante el viaje no cabía en sí de alegría al pensar que al fin iba a

dejar el barco. El mar de China era otra cosa que lo que había visto en Galilea. Su maestro no había querido hacer ningún milagro para aquietar las olas.

Así que al divisar a lo lejos la ciudad se volvió muy hablador y con el gallo en el brazo molestaba a todos con preguntas.

—¿Qué edificio es aquel que vemos a la izquierda, con dos torres que parecen almenadas como de feudal castillo o de asilo de bandidos en Samaria?

—¡La iglesia de Santo Domingo!—responde el marinero. San Pedro a poco más suelta el gallo.

—¡Iglesia! ¡Santo Domingo!—repite sorprendido;—Domingo, dándose aires de señor feudal aquí, nosotros que le creíamos en el Cielo tan . . . ¿Tiene sin duda allí encerradas muchas riquezas?

—¿Muchas? ¡ca, hombre!—contesta el marinero;—buenos tontos son ellos de dejar su dinero en la iglesia. ¡Las tienen en otra parte!

—Pero ¿como han conseguido tantas riquezas?—preguntó San Pedro. ¿Trabajan mucho? ¿Labran los campos? ¿Se dedican a industrias? Deben estar muertos de trabajo porque para ser ricos . . . si mal no me acuerdo, Domingo me había dicho que sus hijos tienen ¡voto de pobreza!

El marinero que le comprendía, no contestó.

—Y esa cúpula redonda, grande, que vemos más hacia la derecha ¿qué es?

—¡La Catedral de San Pedro!

—¡Cáspita!—exclamó San Pedro soltando su gallo;—¡cáspitas! ¿que nombre has dicho?

—¡San Pedro!

—¡Mi catedral, mío. mío algo mío! Y yo que no lo sabía siquiera. Nada, nada me decían los picarillos que venían de la tierra. Pero ¡me alegre, me alegre!

Y en su deseo de dejar el barco y olvidándose de sus prevenciones contra Filipinas se dispuso a saltar. Pero un marinero le recordó que había que esperar primero la visita reglamentaria y esperar el permiso de las autoridades para entrar y desembarcar.

—Pero yo tengo mi permiso—contestó San Pedro.—¡Ay! tengo un pasaporte que me ha costado diez y seis pesos.

—¡No sirve para nada!

—¿Cómo que no? Pero si cuando llegamos a Victoria, la colonia de Victoria, no tuvimos necesidad ni de permisos ni pasaportes ¡y eso que es país de chinos y de infieles!

—Por lo mismo, ¡pero este es país de católicos!

—Por eso mismo; ¡los católicos llaman a todos hermanos! ¡Ah!—exclamó San Pedro y sin entenderlo se dió por convencido.

Al cabo de dos horas de espera, porque el que iba a hacer la visita estaba charlando sabrosamente con sus amigos, vino la lancha de la Capitanía, a notificarles que estarían en cuarentena en el Lazareto de Mariveles.

—¿Cómo? ¿Hemos de estar en cuarentena?—protestó indignado San Pedro.

—Sí, porque venimos de un punto sucio.

—¿Pero no me decías en el viaje que muchas calles de Victoria eran más limpias que las de Manila?

—No se trata de eso—respondió el marinero;—se trata de que hay cólera en Victoria.

—¡Ah! ¿Pero no me decías tú también que hay cólera en Manila y que tu mujer murió de ello y que no la enterraron los curas porque murió sin confesión? ¿Cómo pues se nos impide la entrada?

—¡Porque hay que cumplir con el reglamento! Aquí son estrictos con el reglamento, ¿entiendes?

—¡Ah!—volvió a exclamar San Pedro, sin comprender mejor esta vez que los anteriores.—Y dime, ¿vamos a estar entonces cuarenta días en Mariveles?

—No, hombre, solamente tres días.

—¿Porqué entonces dicen cuarentena?

—¡Porque cuarentena significa uno, dos o tres días!

—¡Ah! Pero ¿y mi pasaporte de que sirve? Yo voy a reclamar los diez y seis pesos que he pagado, ¡voy a protestar!

—¡Sh! ¡los chinos no protestan!

San Pedro se acordó que los chinos no protestan y suspirando, suplicó a su maestro le transformase en otro habitante cualquiera de la tierra.

—Sí, Pedro ¿y tu pasaporte? ¿Sabes que el Eterno Padre nos ha encargado que evitemos toda cuestión aquí con las autoridades?

San Pedro maldijo el momento en que se le ocurriera transformarse en chino y al cabo de tres días pasados en el lazareto de Mariveles, se les notificó que podían entrar en

Manila. Pero todas sus frutas estaban ya podridas y su comercio echado a perder.

—¡Bah!—se dijo,—venderemos los pañuelos de seda.

Pero el cabo de guardia no le permitió bajar sin registrarle antes la maleta y al ver los pañuelos, buenamente se incautó de dos. San Pedro le dejó hacer para tenerle propicio y le diese el guia, sin el cual, le dijeron que no podía desembarcar.

Jesús iba muy ensimismado y pensativo en tanto San Pedro gruñía y murmuraba protestando de todas aquellas formalidades.

—¡Veréis como yo llegue a mi Catedral y allí me conozcan!—se decía.

Un carabinero que le vió se le sospechó que llevaba contrabando, le registró de los pies a la cabeza. San Pedro protestaba con toda su energía y a tener aún su espada, de seguro que le habría cortado la oreja al carabinero.

—¡Preso, preso!—gritó lleno de alegría el carabinero, descubriendo un cartucho de pesos mejicanos,—¡preso!

—Pero ¡si son míos, son míos!—gritaba San Pedro.

—¡Precisamente!—contestaba el carabinero.

San Pedro creyó que se volvía loco; aquel país era verdaderamente incomprensible. Jesús, viéndole en aquel trance y acordándose de la recomendación del Padrè Eterno, quiso vengarse de la conducta que con él Pedro observase cuando le renegó en Jerusalém, renegando de él ahora a su vez. Pero su noble y buen corazón pudo más y siguió a los dos.

El carabinero había conducido a San Pedro a un vecino cuartelillo donde había un oficial español y varios carabineros.

Decomisáronle todos los pesos que llevaba, le tomó declaración y Jesús al ver que le iban a empapear a su discípulo, quiso intervenir.

Con el tono con que diez y ocho siglos antes habló a los fariseos que le preguntaban si debían pagar tributo al Cesar, dijo al oficial Europeo:

—¡Mostrádme un peso vuestro!

El oficial que no había nunca leído biblia no se sospechaba la jugada que se le preparaba. Sin saber lo que aquel indio se proponía sacó de su bolsillo un peso mejicano, idéntico a los pesos de San Pedro.

—¿Esta moneda es vuestra y la gastais en el pais?

—Ya lo creo, como que es de mi sueldo. ¡El gobierno paga con esas monedas!

—Pues si estos pesos son libres en el país y se usan por el mismo gobierno ¿como detenéis lo que trae este chino? Y si le formais causa ¿cómo no se le formais a vuestro gobierno?

El oficial no supo por de pronto contestar: estaba aturdido.

—¡Porque no queremos aquí pesos mejicanos!—repuso enfadándose.

—Entonces ¿porque no arrojaís al río lo que teneis?

—No ¡con lo que tenemos hay bastante!

—¿Habeis hecho voto de pobreza?

—¡Abá! ¡cosa voto de pobreza!—replicó un carabinero. Ya seríamos ricos si hubiesemos hecho voto de pobreza.

El oficial creyó que se guaseaba de él Jesús y no encontrando razones para oponer a las preguntas, se encolerizó y le llamó reformista y antiespañol. En consecuencia ordenó que le registrasen dos soldados minuciosamente.

Registráronle todos los bolsillos y encontraron el libro de memorias que Jesús redactaba para presentarlo al Eterno Padre. Cuando el oficial leyó las observaciones sobre la cuarentena, ¡su rostro se iluminó en una risa infernal!

—¡Hajá! ¡Ya me olía yo que eres filibustero!—gritó dirigiéndose a Jesús.—¡Ah, pillo! ¡Ah, filibustero! Atacas las instituciones, te permites hacer observaciones, osas encontrar censurable y ridículo lo que hacen criticar la cuarentena. ¡A la cárcel con él y formarle ahora mismo expediente!

San Pedro cuando vió que las cosas tomaban mal cariz, empezó poco a poco a escurrirse aprovechándose de la confusión y cuando oyó que llamaban a su maestro filibustero, volviendo a sus andadas salió del cuartel y se alejó a toda prisa. Desgraciadamente era mediodía y no había ni un gallo para que cantara. Tenía cierta vaga idea del nombre filibustero que oyera de alguien en el cielo y sin acordarse de nada, pensando sólo en su peligro, abandonó a su maestro.

NOTAS

1. Alejandro VI se llama una calle en el distrito de Sampaloc de la Ciudad de Manila.

2. En la Ciudad de Manila, además de la Calle Magallanes en el distrito Intramuros hay un Paseo de Magallanes donde había un monumento que no se sabe donde está ahora.
3. *Abá*—Palabra tagala correspondiente a la "Ah".
4. *Nequaquam*—De ningún modo.
5. *Bonne heure*—A buena hora.
6. *Calambours*—Chiquilladas.
7. *Panut*—Calvo.
8. *Schunuch*—Un nombre fingido para encubrir la identidad de Jesús quien viajaba de incógnito.

MALIGAYA Y MARÍA SINAG-TALA *

(UNA NOVELA HISTÓRICA INCOMPLETA)

Era por el mes de Setiembre de 1635, sesenta y cuatro años después de la llegada de los españoles a Manila, y ciento catorce desde que se celebraron los primeros tratados de amistad con los moradores de las Islas Filipinas.

España sostenía a la sazón continuas guerras con los holandeses y los habitantes del Sur,¹ en las cuales los filipinos tomaban la parte más ruda y penosa. En el interior el gobierno vigilaba al chino y reprimía con mano, muchas veces dura, pero siempre con habilidad los cada vez más débiles esfuerzos de algunas provincias para sacudir el yugo. El catolicismo, apesar del celo de los misioneros, no imperaba aún en todas las provincias *pacificadas*, como se llamaban entonces las que se sujetaban por medio de la diplomacia del mosquete o de las predicaciones y promesas; numerosos indios, familias enteras, pueblos y hasta extensas regiones se mantenían aún fieles al pasado, oponiendo una tenaz barrera a los religiosos, que, humildes y derramando dádivas y prometiendo el cielo y la eternidad, predicaban y catequizaban acompañados las más veces de mosquetes y arcabuces o a guisa de argumento *ad hominem* o para defensa propia, y levantaban poco a poco rústicas iglesias entre el silbido misterioso de las balas y los cánticos del rito católico, cosas que herían y atontaban la imaginación de los habitantes de Filipinas.

Conservábanse aún, si bien a duras penas en varias partes, las antiguas tradiciones y los usos de cuando eran independientes, ya como protesta, ya como reto, ya por costumbre, ya por convicción y tenacidad. Era la época en que principiaban a amalgamarse dos pueblos: el uno de los más pequeños y jóvenes de las regiones asiáticas, acostumbrado a una paz relativa por su posición y su historia, y el otro, potencia de primer orden en Europa, en los últimos confines

* Novela traducida al inglés por Juan Collas, intitulada *Tagalog Nobility*.

¹ Véanse las notas al final del escrito, pág. 180-181.

de su apogeo, y si bien caminaba ya a la decadencia, conservaba aún superiores fuerzas y conquistador aliento, con el recuerdo vivo de un pasado que hiciera de ella la primera nación guerrera de entonces, disponiendo de los brazos, de las riquezas y de las naves, que subyugaban las cuatro quintas partes del Mundo, porque entonces el sol no se ponía aún para los dominios de España.

Gobernaban los destinos de las Islas Filipinas como Capitán Gral. D. Sebastián Hurtado de Corcuera² y D. Fr. Hernando Guerrero, como Arzobispo Cabeza de las órdenes religiosas.

Serían como las tres de la tarde; el cielo con nubes tempestuosas, amenazaba una próxima lluvia; los cañaverales de las orillas del Pasig, llamado entonces el río de Manila, balanceaban sus flexibles y elegantes tallos sobre las crecidas aguas del río, sacudiendo sobre ellas algunas secas hojas que desprendidas de las ramas, iban juguetes del aire, revoloteando por un momento en el espacio trazando graciosas y vacilantes curvas, hasta caer para marcar el curso de las ondas y las espirales de los remolinos.

Por la orilla izquierda, al través de los árboles y espesos matorrales como evitando las alegres casitas de los encomenderos y ricos comerciantes de Manila, que tienen allí sus poéticas viviendas rodeadas de huertas y jardines, caminaba un hombre, en dirección hacia *Malapad na bató*,³ roca entonces dos veces más alta y más colosal que lo es ahora y a cuyos piés las aguas del río se retorcían y se revolcaban furiosas, por efecto de la violenta curva que se ven obligadas a trazar, ofreciendo grandísimo peligro a las pequeñas embarcaciones, por lo cual la tenían en veneración los habitantes y dejaban allí ofrendas, al espíritu que suponían, tenía su morada en aquella inmensa mole.

El que así prefería las malezas a la fácil senda que ofrecía el camino, parecía visto de lejos un hombre en todo el vigor de sus años: tan seguro era su andar y su brazo era tan fuerte que para no doblegarse y bajar la cabeza, doblaba y tronchaba las más gruesas ramas que le oponían el paso, con una facilidad como si tratase de tronchar ramas de sampaga.⁴ Sin embargo, visto de cerca era un anciano de sus setenta a setenta y cinco años, de una elevada y erguida estatura, de ojos vivos y profundos y facciones bien pronunciadas y duras.

Iba vestido al uso de los habitantes de Luzón, con un airoso *putong*⁵ arrollado al rededor de la cabeza, dejando caer sobre sus espaldas, en medio de la abundante y larga cabellera blanca, los dos extremos del paño preciosamente labrados. Tanto el *putong* como la corta camisa y la rica manta, que le cubría desde la cintura hasta las rodillas pasando por entre las piernas con graciosos y abundantes pliegues, eran de seda negra listada de oro. Sus alhajas eran cadenas, brazaletes, aretes y anillos de oro y piedras preciosas; y en todo como en su aspecto y en su andar se adivinaba a uno de los restos de la antigua nobleza tagala, que iban desapareciendo poco a poco, huyendo a los lejanos rincones de provincias.

El anciano no llevaba ningún arma: hacía tiempo que se había prohibido su uso a los filipinos, y sólo a los leñadores y campesinos se les permitía como ahora, llevar un grosero *gúluk*,⁶ o machete de corto filo y largo mango.

Después de algunas dificultades, llegó al fin sobre la cumbre, unos veinte pasos lejos de la punta de la roca, donde un espectáculo fúnebre se presentó a sus ojos. Era un pobre entierro, a juzgar por las cuatro o cinco personas que lo acompañaban, medio desnudas y harapientas, y por las miserables parihuelas de caña donde yacía medio envuelto en una pobre estera el cadáver de un hombre de unos cuarenta a cuarenta y cinco años.

Entre los presentes llamaban la atención y formaban verdadero contraste un mozo cuyo traje era medio filipino, medio español ostentando un rosario en el cuello como señal de que era cristiano, y un anciano, vestido a la manera de los habitantes de Ternate⁷ o Tarnate, calzón corto, chamarreta y ceñidor. El mozo no se había quitado el *putong*, estaba de pie y parecía asistir más bien por curiosidad que por afección, mientras que el anciano estaba sentado en el suelo, caído, inclinado hacia el cadáver en una posición de verdadero abatimiento, hablando con voz temblorosa y monótona, como en un delirio doloroso.

Los otros, que parecían gente del campo, estaban medio desnudos y permanecían impasibles.

La llegada del anciano vestido de negro, llamó la atención de todos, menos del otro que estaba a la usanza de los de Ternate, que siguió profiriendo frases incoherentes sin levantar los ojos del semblante del cadáver.

El recién llegado, sin advertir la impresión que había producido, descubrióse quitándose el *putong* e inclinó la cabeza cubierta de una cabellera blanca, en actitud de meditar.

Esta acción parece que le impuso al joven cristiano que allí había, quien también se descubrió, aunque sin perder su aire de curiosidad.

Aquel cadáver era el del Príncipe Tagulima, hijo y heredero de Zaide, Sultán de Ternate, que con los principales Kachiles habían sido conducidos presos a Manila en 1606, fiándose en las promesas de los jesuitas y en el ambiguo salvoconducto que el Gobernador D. Pedro de Acuña le había enviado. Acuña se olvidó de la generosidad y de la justicia y sólo se acordó de que convenía apoderarse de una de las más ricas islas de la especería, y asegurar la posesión, apoderándose de la familia real.

El Religioso Fernando de los Ríos, Procurador de las Islas Filipinas, hablando de este Sultán, decía a Felipe III:

“Acuña, por faltar a su promesa hacia el Rey de Ternate, fue causa para que todos los de Molucas se hiciesen enemigos de los españoles . . . Es cierto que mientras Acuña vivió se le trató al Rey con respeto y decencia, pero en tiempo de D. Juan de Silva, yo le ví viviendo en un cuarto, inundado por la lluvia que le caía sobre todo el cuerpo y en donde le hacían perecer de hambre. Habiéndome ido a verle un día, se arrodilló delante de mí y me suplicó pidiese al Gobernador le pusiese en un lugar donde no se mojase y que proveyesen para su subsistencia porque moría de hambre, porque se veía obligado a menudo a pedir limosna pues de otra manera no había tenido que comer. De lo que doy parte a V. M. para su buen nombre en medio de aquellas naciones que pueden creer que V. M. ordena que se trate así a un Príncipe que un tiempo hacía temblar todas las islas de aquellos mares.”

Más de diez años estuvo así el Sultán Zaide hasta que murió; los Kachiles sus compañeros fueron muriendo también uno por uno, excepto Kachil Ampara, el antiguo ayo del Príncipe Tagulima. La edad y el gran cambio de fortuna habían alterado no poco el juicio del viejo Kachil, que ahora asiste al entierro del hijo de su señor.

Kachil Ampara murmuraba con voz monótona:

—Cuando naciste, hubo fiestas, banquetes, bailes . . . pusimos en libertad esclavos; había nacido un príncipe, un

príncipe había nacido más hermoso que el sol . . . Yo te enseñé el lenguaje de las flores, a expresar tus ideas por medio de ellas, te enseñé a manejar el *Kampilan*,⁸ tu pequeño *Kampilan*, largo como un puñal . . . Pero, todo aquí lo olvidamos . . . todo se ha concluido . . . Ternate está ya muy lejos y nadie se acuerda de nosotros.

El viejo Kachil hizo una señal a los hombres, y estos descendieron el cadáver en la fosa.

—¡Esperad!—dijo Kachil Ampara, y cogiendo unas hojas secas que estaban a su alcance las empezó a esparcir en la fosa sobre el cadáver mientras hablaba con el mismo acento monótono:

—Entrega de mi parte estas flores a tu padre, ¡Oh! Tagulima: ¡no son las que le envié cuando tu naciste para anunciarle su felicidad! ¡Estas son otras flores, son las flores filipinas! Él sabrá lo que significan . . . Ahora, ¡salám!⁹ No pidas sobre tu tumba armas ni trofeos . . . como la luna que se oculta en medio de la noche cuando todo duerme en silencio; ningún suspiro lamenta su ocaso, ninguno llora la moribunda luz . . . Tagulima, ¡salám! ¡salám!

Y el mismo Kachil con temblorosas manos empezó a esparcir la tierra sobre el cadáver.

Al tiempo que los otros se disponían a cubrir la tumba, el robusto anciano que hasta entonces había permanecido en profunda meditación, se avanzó al borde de la tumba, y quitándose la macisa cadena de oro la dejó caer en la fosa, dijo en voz baja:

—¡Que el espíritu que mora en esta sagrada roca guarde tu sepulcro; que *May Kapal*,¹⁰ el Creador, conduzca tu sombra a donde están las de tus padres a fin de que veleis allá por los destinos de vuestro pueblo, mejor que cuando vivíais en la tierra!

Y dicho esto, cogió un puñado de tierra y la esparció sobre el cadáver. Los hombres entonces empezaron a llenar la fosa en medio de un profundo silencio.

Terminábase de cubrir la fosa y se iban a alejar ya los circunstantes, cuando se oyeron pasos precipitados y un joven sacerdote, un jesuita, apareció con semblante irritado, creyendo que allí se cometía algún culto idolátrico.

Había entonces jesuitas y varios estudiantes novicios en el vecino Colegio del Noviciado que existía en Buenavista, S. Pedro Macati, o S. Pedro de los Montes como lo llamaban entonces.

El joven cristiano al ver al jesuita se puso pálido, los sepultureros se dispusieron a alejarse, pero se detuvieron al ver que el anciano se adelantó cruzándose de brazos. El jesuita se detuvo y ambos se miraron de pies a cabeza.

El jesuita comprendió que no tenía delante a uno de los que él trataba cada día, él veía por primera vez a aquel anciano y su aspecto le impuso a pesar suyo.

—¿Que os trae aquí, señor?—preguntó el anciano con voz firme y serena en tagalo, pues fue el primero que habló.

—¡La religión de un Dios Único!—contestó el jesuita disponiéndose a sacar una cruz.—Y a vosotros ¿que os trae aquí?—preguntó a su vez.

—¡También el Dios Único, el gran *May Kapal!*—contestó el anciano.

A este nombre la indignación se apoderó del jesuita y se excitó su fanatismo de misionero.

—¡*May Kapal, May Kapal!*—repitió—¡de modo que habéis venido a rendir culto a vuestro Dios! ¡*May Kapal!* ese nombre es el de un Dios falso; ese no es el Dios verdadero.

Y miraba a todas partes como buscando los restos del sacrificio gentilicio.

—Joven,—le dijo el anciano calmándole—no pretenda el hombre dar nombre a ese Sér, . . . Nosotros le llamamos el Creador, y el Creador de todas las cosas ¡no puede ser el falso Dios!

—¡Falso, falso, falso!—repitió el jesuita sacando el crucifijo—no hay más que un Dios verdadero, el nuestro; el vuestro es un falso Dios, no existe; y la prueba de ello, nosotros los que seguimos su santa ley, ved como nos ayuda, ved como triunfamos en todos los combates, nuestros soldados vencen a todos los ciegos adoradores de Satán; nuestro Dios, el Dios de los ejércitos es el único verdadero y poderoso, y Jesucristo . . .

El anciano se mordió los labios y replicó con cierto aire de despecho mezclado de desprecio.

—Vencéis porque tenéis superiores armas; pero *May Kapal* es *May Kapal*, Sér que crea, y no Sér que destruye . . . Vuestra Religión domina ahora . . . por la fuerza . . . día llegará en que la fuerza también dominará vuestra religión.

Y dicho esto el anciano se alejó.

—*Vade retro*, Satanás, *vade retro!*¹¹—empezó a exclamar el joven jesuita trazando cruces en el aire con el crucifijo que tenía en la mano, mientras el anciano desaparecía al través de los cañaverales.

Los otros indios ya habíanse alejado, quedándose el joven cristiano, el viejo Kachil y el jesuita.

El jesuita observó el rosario que aquél llevaba en el cuello y cogiéndole del brazo, le preguntó:

—¿Tu eres cristiano?

—Sí, padre,—contestó balbuceando.

—¿Quién era ese viejo?

—No lo sé padre. Nadie le conoce.

—¿Qué hacías aquí entre infieles?

—Vine a ver por curiosidad . . .

—Curiosidad, la curiosidad es la madre de todos los pecados; y ¿la *catalona*?¹²

—No la había, padre.

—¿Cómo que no la había? ¿Quién es este viejo?

El mozo explicó entonces que allí no se había hecho más que enterrar el cadáver de uno que decían era un Príncipe Tagulima.

El misionero examinó el sepulcro junto al cual continuaba sentado el viejo Kachil, inmóvil como si nada pasase cerca de él.

El misionero entonces, para dar una prueba de su celo cristiano y de su valor en la fe a los ojos del neófito, empezó a remover con el pié la fresca sepultura hollándola y esparciendo la tierra con desprecio.

El viejo Kachil levantó la cabeza, una expresión feróz contrajo sus facciones, de sus ojos brotaron rayos, irguióse y saltó sobre el joven novicio para estrangularle. El joven misionero soltó un grito.

Hubo un momento de lucha. Ambos rodaron por el suelo. El joven entonces quiso intervenir para defender al sacerdote, pero ya era inútil; el viejo Kachil había empleado en aquel esfuerzo toda la vitalidad que le quedaba. El joven sacerdote sintió que se aflojaban los brazos de su enemigo, desprendióse de ellos, levantóse, y vió con horror que tenía a sus piés un cadáver con los ojos abiertos y los dedos crispados.

Persignóse y se alejó corriendo de aquel lugar que consideró maldito. El joven le siguió.

El sol se ocultaba entonces y gotas de lluvia empezaban a caer.

Por la noche, en el colegio del Noviciado se comentaba el suceso de un modo maravilloso. El P. Pedro de S. . . en la encantada roca de *Malapad na bato* se había encontrado con los infieles rindiendo culto a Satanás. Al demonio que se le había presentado en forma de un anciano vestido ricamente le ahuyentó por medio de la señal de la Cruz; y un sacerdote,* cuya vida se lo conservaba el diablo, murió repentinamente con tocar el hábito del sacerdote.** Que aquel viejo que había desaparecido milagrosamente era el diablo, no cabía duda; iba ricamente vestido, nadie le conocía allí, nadie le había visto antes, y sobre todo daba unas contestaciones que sólo podían venir del sutil espíritu de las tinieblas. El hecho se comentó mucho, los cronistas lo consignaron aquella misma noche en sus manuscritos.

Veamos ahora si el anciano desaparecido era el diablo en efecto.

II

En *Maalat*¹³ o Malate como lo llaman ahora los españoles vivían los restos de la antigua nobleza tagala de Manila. Era entonces una hermosa población, con pintorescas granjas, huertas y floridos jardines, con casitas de piedra, madera, o caña, rodeadas de espaciosa galerías, y medio cubiertas por un velo de verdura tejido por hermosas enredaderas matizadas de flores. Malate era entonces el punto a donde iban a pasar el domingo los ricos de Manila, en espléndidas y alegres fiestas que tenían lugar ya en los baños de mar en la vecina playa,

* Sacerdote pagano.

** Sacerdote cristiano.

“Do el viento riza las calladas olas
con blando murmullo en la arena.”

como decía el poeta filipino Alaejos; ya entre los bosquecillos de los jardines, a la sombra de los cocoteros y *bongas*,¹⁴ de los plátanos y cañaverales, entre la música de las guitarras, el dulce quejido de la mar y el canto de las entonces aún no muy perseguidas aves.

A la nobleza filipina, desposeida de los antiguos hogares que tenían en Manila y en Tondo, se les había dado allí nuevo domicilio, sitio no mal escogido por cierto a orillas del mar y sobre todo al alcance de los cañones del baluarte de S. Andrés, por si ocurría alguna cosa.

Cuando se les señaló *Maalat* para su pueblo, el gobernador con tono como quien hace todavía un favor les había dicho:

—De esta manera estaréis siempre bajo la protección de las poderosas armas de España, convenciéndoos cada vez más de cuanta utilidad os es su amistad porque defendía siempre con tesón vuestra seguridad y vuestras moradas contra cualquier enemigo que fuese, con el esfuerzo de su incansable brazo y con las balas de sus poderosos cañones.

La Providencia ha querido que jamás haya llegado esta ocasión. Las fuerzas de Limahong¹⁵ llegaron allí dos veces, los piratas del Sur tuvieron un tiempo la audacia de extender sus piraterías hasta la bahía de Manila y hacer cautivos a indefensos habitantes de *Maalat*; el inglés se apoderó de su iglesia desde donde arrojó bombas sobre Manila, e hizo estragos, y la Providencia ha querido que no se disparase un solo cañón para defender a sus habitantes, porque entonces ¿quién sabe si el cuento no habría salido al revés?

Pero dejando esto, volvamos a los impotentes restos de la aristocracia tagala.

En la época de nuestra historia veíase aún allí la casa de los descendientes del Rahang Matanda¹⁶ o Lakandula, ahí estaba todavía la escalera de madera a cuyo pié cayó el infeliz anciano sin sentido, a la noticia de la muerte de su hijo, el *Rahang bago*¹⁷ en quien hacía poco había abdicado el señorío de Tondo, horriblemente degollado en la prisión víctima de una equivocada sospecha. Los españoles habían creído que la escuadra de Li-ma-hong, era una borneesa, llamada por los descontentos a cuya cabeza creían se encontraban el Rajá nuevo y el principal Numanatay,¹⁸ y para asegurarse de ellos y de su venganza, pusieron preso a estos

dos, y a la hora los encontraron degollados. Dicen que no se supo quién fuese o fuesen los autores; la prisión no estaría guardada y entraría allí todo el que quería así soldados como asesinos, y en una hora podían haber entrado tantos de estos últimos que debió haber sido imposible para Labazarris o Lavezares ¹⁹ averiguar el autor de tan criminal atentado. No hay pues que acusar de este horrible crimen a los gobernantes, sino a las mismas víctimas quienes pudieron haberse escapado y no lo hicieron aprovechándose del estado de la prisión que debía parecerse a una guarida de malhechores, donde es difícil averiguar el autor de un doble asesinato, cometido en el espacio de una hora. Tampoco faltó en aquella época de gran fe quien atribuyera el asesinato a un duende o fantasma, etc. Por lo demás, la muerte de estos dos principales se ha indemnizado sobradamente regalando Labazarris al viejo Lakandula un rico vestido de seda y una cadena de oro, lo cual indica los pocos remordimientos, y por ende la no culpabilidad de Labazarris, porque tales regalos eran entonces bagatelas: entonces los trajes de seda eran comunes y el más pobre tenía una cadena de oro, si hemos de creer a los historiadores que vivieron en aquellos felices tiempos.

No lejos de esta casa, estaba la de la familia del Rajá Soliman, con su pequeña torrecilla desde cuyas ventanas, cuenta la tradición, el desposeído Rajá en sus viejos días pasaba horas enteras silencioso e inmóvil, con la mirada dirigida hacia Manila * su antiguo señorío.

Entre estas dos casas había otra, no tan grande ni tan notable como sus vecinas pero con un jardín mejor cultivado y sembrado de más hermosas flores. A la sombra de las palmeras de diferentes especies como el cocotero, el buri y la *bonga* a la sombra del *Ylang-ilang* ²⁰ y de las flexibles y sonoras cañas trepaban por el cerco matas de *sampaga* con sus blancas flores, cubrían el suelo grupos de *kamantigi* ²¹ y se erguían como brotando de las piedras caprichosamente amontonadas flexibles tallos de la azucena, grupos de lirios con sus teñidas flores destacándose del verde oscuro de las hojas. Como dispersos al acaso ya sobre el suelo, ya sobre las piedras inmensos *taklobos* ²² cubiertos de musgo recogían en su blanquísimo seno el agua de las lluvias, mientras que sobre la alfombra de grama, como gigantescas flores veíanse

* Intramuros. Ed.

madréporas y políperos aquí y allá esparcidos, denominados por los tagalos, *flores de la piedra* por su procedencia, su forma vegetal, y aspecto florido.

Todo lo que tenía de hermoso y bien cultivado el jardín lo tenía la casa de viejo y descuidado. Partes de ella caían en ruinas felizmente disimuladas por los calabacines y guisantes que por allí trepaban. Al ver aquel contraste se habría dicho que la casa estaba deshabitada, si al través de la ventana, no se oyesen a ratos las notas de una guitarra o *kutyapi*²³ y una especie de canto triste y melancólico a media voz por una garganta femenina que a juzgar por la manera parecía que se ejercitaba en una nueva composición.

Los vecinos lo conocían muy bien: ella era Maligaya, hermana gemela de Maria Sinagtala, dos jóvenes que por su belleza, y sus antecedentes de familia eran muy conocidas en la población.

Por la línea del padre descendían de Numanatay, aquel principal que fue degollado en compañía del hijo de Lakan-dula; su madre era una nieta de éste y se llama Isabel. El padre llamado Maambun era infiel como todos sus ascendientes, y tuvo que bautizarse para casarse con Isabel de quien estaba enamorado. Al mes sin embargo de haberse casado, reprochado por su padre el terrible Kamandagan, declaró delante de toda la familia que continuaba en su antigua religión y que no tenía más nombre que Maambun.

—¿Y el bautismo?—le preguntaron.

—El agua ya se ha evaporado, y apenas ha tocado la piel de mi cabeza,—contestó con mucha sangre fría.—¿Y qué os importa a vosotros eso? ¿No me baño cada día, como sal, y me unto los cabellos con aceite?

—¿Y las palabras que el sacerdote español ha proferido sobre tu cabeza?—le objetó su esposa aterrada.

—No le entendí una palabra,—contestó encogiéndose de hombros y aunque habló por mucho tiempo tampoco le entendieron los sacristanes y eso que le contestaban.

—¿Qué pueden y de que sirven las palabras si no se entienden?

—Y entonces ¿por qué te has bautizado?—le preguntó un tío de Isabel.

—Pues para casarme: yo me dije, un poco de agua no cambia la sangre de Maambun. Se les ha ocurrido a esos extranjeros mojarnos la cabeza a todos y como esta rara locura ha contagiado a los parientes de mi futura esposa,

transijamos con ella. No era ni fue eso lo más difícil sino el aprender y retener en la memoria aquellas cosas tan raras de tres o cuatro que con una, de Madre que es Virgen y de padre que no es padre y que sé yo más, que ya los he olvidado: son historias tan raras y tan complicadas como todo lo que ellos enseñan. Así que no vayaís a contar esto al padre, porque no vaya a entrometerse y nos quiera separar; lo principal es que yo sea para Isabel buen marido, como lo fueron todos mis abuelos y los vuestros que nunca se bautizaron, y dejadme creer lo que me enseñaron mis padres y no lo que dicen esos extranjeros.

No costó mucho trabajo hacerles admitir este nuevo convenio a los parientes, muchos de los cuales eran cristianos al modo de Maambun: y para vivir en paz, Kamandagan el padre de éste les instó para que dejasen Malate y fuesen a vivir a Mainit o Los Baños, una miserable visita recientemente cedida a los franciscanos por los agustinos. Era Mainit poco más o menos tan miserable entonces como lo es ahora apesar de que también ya tenía un solitario hospital, tan desierto como el de ahora y como éste, construido también a costa de los indios del pueblo. En este miserable rincón Kamandagan tenía propiedades que visitaba de cuando en cuando, cuando volvía de sus largos y desconocidos viajes. Allí fueron a vivir Maambun e Isabel y allí vieron la luz las dos gemelas.

Siguiendo las costumbres de los tagalos, cuando nacieron las dos gemelas, la primera siguió la condición del padre y se llamó Maligaya; la segunda siguió la de la madre, se bautizó en el pueblo de Bay²⁴ y se llamó Maria Sinag-tala.

Allí crecieron y se educaron las dos hermanas. Sinag-tala aunque había sido bautizada, vivía y crecía como una infiel, reduciéndose toda su religión a ir tal o cual domingo a Bay a oír misa, ver tal o cual procesión y nada más. Verdad es que su madre tampoco hacía más.

Visitábalas allí de tiempo en tiempo el viejo Kamandagan que procuraba infundir en sus nietas el odio hacia los nuevos dominadores y su religión, contándoles hechos pasados, acontecimientos en que unos y otros aparecían siempre bajo los más negros colores. Pero esto duraba poco, porque Kamandagan volvía a desaparecer y para mucho tiempo.

En efecto, este hijo de Numanatay había jurado eterna enemistad a los que él suponía como los asesinos de su padre

y como indio de aquellos tiempos tenía por la cosa más sagrada un juramento de venganza. En 1585 ya se le sospechó de tomar parte en la conspiración que se dice se fraguó entre la Pampanga, Manila y los borneeses, conspiración que fracasó gracias a la delación de una india mujer de un soldado. Cierta o no este rumor, es el caso que se ahorcó y se arcabuceó a muchos y el joven Kamandagan apenas pudo librarse huyéndose al Norte de Luzón. Algunos creen que había tomado parte en el alzamiento de Cagayán el 1589, motivado por el tributo y las exigencias de los encomenderos; no faltaba quien verá en él al *diwata*²⁵ que cuatro años más tarde apareció en Bohol sublevando a sus habitantes, sosteniendo tres reñidas acciones, y escapándose de allí por milagro para el año siguiente encender la guerra en Leyte y Cagayán. Si estos rumores eran ciertos o no, nadie puede decirlo entonces como ahora, las sospechas y los falsos rumores estaban a la orden del día y no pocas veces inocentes acusados o sospechados concluían como ahora también, por ponerse fuera de la ley, para librarse de las vejaciones y tormentos que eran siempre la consecuencia de semejantes acusaciones. Sin embargo en honor de la verdad dirémos que Kamandagan estaba ausente de Manila cuando pasaban estos disturbios.

A consecuencia de la expedición a Formosa en 1629 Maambun fue obligado a dejar su familia y marchar con las tropas expedicionarias muriendo en la toma de Tanchuy. Esto hizo que Kamandagan encontrando a sus nietas sin padre, dejase sus misteriosos viajes y se estableciese al lado de ellas que contaban 11 años de edad.

Así vivieron tres o cuatro años y las hermanas se hicieron jóvenes tan bellas y agraciadas, que no solamente llamaron la atención del cura de Bay sino también del encomendero, quien con menos recato que aquél envió un día varios criados suyos para que le trajesen las chicas. Naturalmente Kamandagan se opuso, y los criados entonces quisieron emplear la fuerza, pero en mala hora; el viejo Kamandagan con una estaca que arrancó del cerco mató a dos dejando huir a los demás para que diesen parte al encomendero y viniese en persona, según él decía. Y sin turbarse ni apresurarse embarcó a la madre y a las dos hermanas en un *parau*²⁶ para que se fuesen a Manila y allí le esperasen.

El encomendero de Bay no se presentó, pero se buscó a Kamandagan quien desde entonces desapareció.

Fueron a vivir en la antigua casa de sus padres que hallaron medio arruinada. Al cabo de algunos meses la madre se les murió, y en el instante en que comienza nuestra narración encontramos a las dos hermanas todavía vistiendo el luto.

III

Maria Sinag-tala bordaba y Maligaya tocaba la guitarra. Eran dos jóvenes cuya semejanza habría confundido ojos inexpertos: había más energía y altivez en el semblante de Sinag-tala, mientras que en el de Maligaya se leía más dulzura, más candor. Sin embargo era el mismo óvalo de la cara, la misma frente, la misma nariz y los mismos rayos de la boca y de los ojos: eran las mismas diminutas manos con los afilados y torneados dedos.

—Anoche he soñado,—dijo Maligaya interrumpiendo de repente su canto.

—Y qué has soñado, *ate!*—preguntó Sinag-tala sin levantar sus ojos de su trabajo.

Ella le daba el tratamiento de *ate* como a hermana mayor por haber nacido momentos, antes.

—He soñado que ¡el abuelo venía! . . . Y venía trayéndonos mantas de Ilocos y sedas de China.

Sinag-tala entonces levantó la mirada y repuso lentamente.

—Si el abuelo está muerto, eso significaría según el padre, que pide misas y limosnas para sacar su alma del Purgatorio, donde le están torturando, pero . . .

—¿Pero?

—Según la *babaylan*²⁷ Katipunlâ eso significaría,—contestó bajando la voz,—que el alma del abuelo vela por nosotros y no nos abandona . . .

—¿Y quién crees tú que tiene razón?—preguntó Maligaya.

Ésta aunque la mayor, subordinaba su opinión a la de Sinag-tala en quien reconocía tácitamente más inteligencia y más carácter.

—¿Quién tiene razón?—repitió maquinalmente Sinag-tala mirando hacia el mar al través de la ventana.—¿Quién puede decirlo? Los padres blancos leen muchos libros y dicen que saben muchas cosas . . . pero entre creer que mi abuelo vela por mí o se tueste allá en el fuego . . . el abuelo que era tan bueno. Sin embargo, tú como no eres cristiana debes creer lo que dice la *babaylan* mientras que yo, como

he sido bautizada . . .

—Sí; no crees tú todo lo que dice el padre.

Sinag-tala no contestó.

—Si yo fuera cristiana,—continuó Maligaya.

—Si fueras cristiana, ¿qué?

—¡Creería!—contestó Maligaya bajando la cabeza y tocando algunas cuerdas de su guitarra.

Sinag-tala frunció las cejas y miró un rato a su hermana, quien continuó con la cabeza baja.

—Es que yo creo lo que decía el abuelo,—repuso ella en tono seco;—y si no fuera por nuestra madre cuya condición tengo que seguir, jamás iría a la iglesia ni oiría esos sermones, que como decía el abuelo, sólo tienden a rebajarnos a nuestros ojos para que nos degrademos y fácilmente nos puedan esclavizar; cuando me bautizaron era yo una niña y a habérmelo preguntado antes, jamás habría consentido. No puedo creer, no es mi culpa; mi razón se niega, ¿que puedo hacer? Bastante hagó yo con ir a la iglesia, arrodillarme, rezar y oír el sermón ¿que más pueden pedir?

Maligaya estuvo escuchando a su hermana con la boca entreabierta.

—No te enfades, hermana; yo no te lo decía por reproche,—repuso Maligaya;—lo decía sólo por . . .

—¿Por qué?

—¿Qué sé yo?—contestó ruborizándose la joven y volviendo a tocar en su guitarra ciertos acordes, de modo que pasaron algunos minutos sin que las dos hermanas cambiasen una palabra.

—¡Martín se retarda!—dijo Sinag-tala aprovechando una pausa de su hermana.

Con estas palabras indicaba que su resentimiento había pasado. Martín, un cantor de la Iglesia de S. Agustín era un pretendiente de Maligaya.

—Es verdad,—respondió indiferentemente.

—Ahora ya sé yo—clamó de repente Sinag-tala con aire malicioso,—por qué decías que crearás lo que dicen los padres si fueses cristiana; lo he adivinado.

Y se levantó risueña para abrazar a su hermana.

—Y ¿que has adivinado?—preguntó Maligaya con cierta inquietud como queriendo leer el pensamiento en los ojos de su hermana.

—He adivinado,—continuó ésta riendo,—que quieres ser cristiana, vamos, lo he adivinado.

Maligaya se mordió los labios y miró a su hermana con voz y ojos inquietos con creciente inquietud.

—Y ¿por qué había yo de querer ser cristiana?—preguntó con voz quebrada apesar de su sonrisa y del tono de bronce que quería seguir.

—Porque Martín es cristiano,—contestó Sinag-tala riendo.

Al oír esto, Maligaya soltó una alegre y franca carcajada que desconcertó a su hermana. La inquietud había desaparecido de su rostro y reía tan alegremente.

Entonces fue Sinag-tala la que se puso inquieta y repuso con seriedad.

—¿De qué te ríes tanto?

—De tu idea de hacerme cristiana para casarme con Martín, ¡el pobre Martín!

Y la cruel joven empezó a remedar el andar y las maneras zurdas del infeliz pretendiente.

—Entonces si no le amas,—repuso Sinag-tala seriamente,—¿por qué no se lo dices claramente?

—Ya se lo he dicho, pero ¿qué puedo hacer si se obstina en venir?

—Porque le das esperanzas, te haces enseñar la guitarra, le das conversación, le diriges muchas preguntas acerca de su vida, de su iglesia, de las cosas de los santos como si te interesases en todo lo que le ataña o te quisieses hacer cristiana para casarte un día con un cristiano, que él cree sea él sin duda alguna.

—Pues me pesa,—repuso Maligaya pensativa;—pero ¿qué puedo hacer? No tengo valor para imitarte: me lastima portarme con dureza hacia las personas que me quieren bien . . . no lo puedo remediar. Yo no puedo decirle a Martín indirectas como las que dijiste a aquellos jóvenes que te hablaban ayer en el jardín.

—¿Quiénes? ¿Aquellos escribientes y criados que sirven en los palacios de Manila?

—Son hijos de principales.

—¡Tanto peor! Degradados como esclavos, ni se ruborizan ni sienten ira cuando van a servir como criados allí mismo donde sus padres fueron los señores. ¿Aquellos? Sin más aspiraciones que la sonrisa compasiva del amo español, sin más felicidad que un cargo o un oficio que les permita vivir a costa de los demás, humildes con los españoles y tiranos con sus compatriotas; ¿qué les queda de su antigua nobleza?

Maligaya bajó la cabeza y no contestó.

—Francamente,—prosiguió Sinag-tala, en tono más triste,—prefiero morir soltera que casarme y poner mi ventura en manos de un esclavo.

—Y cuando te mueras,—le preguntó Maligaya—¿quién te va a dar la mano a ti para pasar aquel angosto puente que conduce a la gloria? Katipunlá dice que es esa la suerte de las que mueren solteras, porque en el mundo no sirvieron para nada. La mujer,—dice,—¿es una flor que no debe ser estéril sino dar fruto!

—Sí, eso dice nuestra religión antigua; pero los padres blancos prefieren la virtud de la pureza a la virtud de la maternidad. ¡Por eso ensalzan siempre a las jóvenes que se encierran en aquel convento de Manila que llaman Sta. Clara!

—¿Eso dicen?— preguntó admirada Maligaya.

—Sí, según ellos es poco menos que pecado el criar hijos. Según parece su Dios había hecho al hombre y a la mujer sólo para que anduviesen corriendo por un hermoso jardín que llamaban paraíso. Ahora bien, el demonio les indujo a pecar y nacieron los hombres.

—¿De manera que los hombres nacerían por obra del demonio y no de Dios?

—¡Tal vez! según ellos.

—¿Que raro! ¿Y a quién crees tú, a Katipunlá o a los padres?

—¿Qué sé yo? Pero . . .

—¿Pero?

—¿He de decirte todo lo que pienso?— preguntó mirando a su hermana de hito en hito.

—¿Y qué piensas?

—Que nos conviene a nosotras creer lo que dicen los padres blancos. Es un horrible pecado dar la vida a seres que sabemos van a ser infelices esclavos. Pero, dejemos estas cuestiones y vamos a regar nuestras flores.

—Es inútil,—contestó Maligaya, mirando hacia el jardín.— Ya empieza a llover.

Sinag-tala recogió su labor y se puso a arreglar la casa.

Entretanto se hacía de noche; la campana de la iglesia de Maalat tocó las Ave Marías; Sinag-tala al oírlo suspendió sus quehaceres y se puso a rezar lo que su madre le había enseñado, mientras Maligaya encendía las luces. Entretanto la vieja criada no llegaba.

—Martín ya no vendrá,— dijo Maligaya soltando la guitarra.

—Aquí viene, oigo sus pasos.

En efecto se oyeron pasos desiguales que se fueron más y más acentuados; eran los mismos pasos de Martín que cojeaba un poco. Este subió las escaleras del *batalán*,²⁸ después se oyó el ruido del agua, porque Martín como todos los indios de entonces no entraba en ninguna casa sin lavarse antes los pies; para lo cual había siempre agua preparada a la entrada de las casas.

Maligaya se adelantó para recibirle.

IV

Martín era un joven de sus veinte a veintidos años, flaco y delgado de cuerpo con fisonomía agradable y simpática, sellada por una sonrisa melancólica y resignada. Servicial, fino y atento con todos, hablaba siempre en voz baja: los que le conocían decían de él que la música era todo su saber, y Maligaya su único amor.

Algo había de traer para las dos hermanas, sino flores, alguna cosa de devoción, porque Martín era muy devoto. Aquella tarde traía pues una vela para Sinag-tala y un papel de música para Maligaya.

—He tardado en venir,—dijo al entrar,—porque en el convento ha ocurrido una gran desgracia.

—¿Qué ha pasado?—preguntaron las dos hermanas, inquietas y curiosas, leyendo en el semblante del joven el terror que aún no se había desvanecido del todo.

—¿Os acordais de aquel artillero que el año pasado estuvo aquí buscando a vuestro abuelo?

¿Quién? ¿Aquél que quería dormir aquí so pretexto de que el abuelo estaba escondido e iba a venir? ¿Y para que nos dejara tuve que darle mi cadena de oro?

—¡El mismo!

—¿Y qué? ¿piensa venir otra vez?—preguntó Maligaya aterrada.

—¡Bah—contestó el joven tratando de sonreirse,—¡Jesús María, Joseph! ¡Dios le perdone!

—¿Y bien y qué?—preguntó impaciente Sinag-tala.

—Le hemos estado escondiendo en el convento pero al fin le han cogido.

—¿Que probablemente le ahorcarán?

—¿Al fin? Supo al fin el nuevo gobernador sus crueldades y obras.

—¿Y entonces?

—Os acordais que tenía una hermosa esclava, a quien quería mucho pero maltrataba cuando se encontraba bebido.

—Sí, ¿y qué?

—El Arzobispo le obligó a casarse con ella o a venderla a otro, y él quiso casarse, pero la esclava que no le podía sufrir prefirió ser vendida que casarse con su antiguo verdugo.

—¡Y bien, bien!

—El artillero la encontró esta tarde en la calle real del palacio y la mató a puñaladas.

Maligaya se estremeció.

—Y después se escondió en nuestra iglesia para librarse de la justicia. Porque sabeis que entre los cristianos, el más grande criminal una vez que se esconde en la iglesia ya está libre de la justicia. Por eso muchos escogen las cercanías de las iglesias para cometer crímenes y dicen que este artillero había elegido nuestra iglesia para eso. No hay cosa más sagrada que una iglesia, y la iglesia de S. Agustín es de las más sagradas y eso que dicen que el lugar que ocupa era el sitio donde antes mis padres cuidaban sus cerdos, porque nuestra casa estaba antes donde ahora está la sacristía.

Y Martín suspiró sonriéndose.

—¿Y por qué dices que le van a ahorcar si la iglesia es sagrada?

—Allí está precisamente el escándalo por eso he venido tarde. El Gobernador, que según los padres es muy poco cristiano porque se ha contagiado allá con los vicios de los herejes en Flandes, país de los enemigos holandeses, mandó cercar el convento y la iglesia sin permitir salir a nadie, lo cual en opinión de los padres, no solo es una impiedad sino también una injuria manifiesta contra Dios.

—Y ¿que sucedió?

—Que yo no podía salir. Los padres, al principio, pensaron resistir y no faltó quien propuso defender con armas las puertas, diciendo que los soldados no se atreverían a tocar a los sacerdotes, porque saldrían excomulgados, y porque tocar a un sacerdote es tocar a Dios, y se condena para siempre . . . Ya buscaron trancas, espadas y arca-

buces y nos armaron a los sacristanes y cantores para defender el convento, lo que nos parecía peligroso e inútil, porque nosotros no somos sagrados como ellos y podrían muy bien alancearnos y arcabucearnos sin que ofendiesen a un ángel ni saliesen excomulgados; pusieronnos pues en las puertas, mientras ellos que eran sagrados se alejaban del peligro y ¿qué sucedió? Que cuando los soldados forzaron las puertas, los sacristanes se echaron a correr, a mí me alcanzó un golpe con el asta de una lanza, los soldados registraron el convento apesar de las amenazas de los frailes que les soltaban terribles oraciones en latín y echando bendiciones que a los buenos cristianos habrían atemorizado, pero de que no hacían caso los servidores de Satanás como los llaman los padres . . . Así sacaron a viva fuerza del convento al artillero y lo entregaron al general de artillería.

—¿Y crees que le van a ahorcar?

—Los padres dicen que el Gobernador no se atreverá a hacerlo; porque eso sería faltar a los derechos del convento, y por consiguiente, faltar a Dios. Inmediatamente fueron a ver al Arzobispo que sabeis es agustino para obligar al Gobernador a que devuelva el preso a su convento, como cosa que les pertenece a ellos. Y el Gobernador tendrá que hacerlo por miedo al Arzobispo, que le pueda excomulgar y condenarle para toda una eternidad.

—¿Es pues tan poderoso el Arzobispo?—preguntó Maligaya.

—¡Vaya!—contestó Martín;—si fuerais cristiana no me lo preguntaríais; los padres dicen que este que tenemos ya hacía milagros cuando estaba todavía en el convento, y no era más que un simple fraile; con que ahora que es Arzobispo y se pone la mitra, aquel sombrero largo y puntiagudo con perlas y brillantes, si quiere, hace bajar a Dios, hace al sol de noche o le detiene como S. José, que detuvo al sol tres días y tres noches según cuenta el Hermano Francisco.

—Pues bien diferente era el otro Arzobispo,—repuso Maligaya.—Le hemos visto precisamente el día que llegamos de Los Baños: iba en procesión descalzo, cubierta la cabeza de ceniza y con una soga al cuello; se parecía al viejo borracho de Bay, a quien castigó el cura a ir de la misma manera por haber entrado borracho en la iglesia sin quitarse el *putong*.

—Pues el Arzobispo no fue castigado por nadie sino que lo hizo voluntariamente, para descubrir el ladrón del Santísimo.

—Para descubrir el ladrón: curiosa manera; el cura de Bay lo mismo que el encomendero, cuando les roban algo, buscan a los ladrones a fuerza de apalear y azotar a los criados y esclavos y quitarles la comida; ¡que raros son los españoles! Y dí, ¿se descubrió el ladrón?

—No,— contestó Martín procurando afectar tristeza;—el santo Arzobispo no consiguió más que morir de tristeza pensando que habían robado a Dios, lo cual era una inmensa desgracia.

—Pero ¿puede el Dios de los cristianos ser robado?

—Ya lo creo,—contestó Martín;—eso es precisamente la grandeza de nuestra Religión; de un pedazo de pan podemos hacer el mismísimo Dios en cuerpo, alma y sangre, el Dios Todopoderoso que crió los cielos, la tierra y todo cuanto ves . . .

Maligaya estaba absorta y pensativa.

—¿Y si el que robó a ese Dios lo vende para que hagan de él un esclavo?— preguntó con interés.

—Eso era precisamente lo que temía el Arzobispo que lo hubiesen vendido a los chinos, moros o infieles, que sabeis son enemigos de nuestro Dios, y por lo que se afligía mucho. Los libros hablan de una mujer que comulgó para vender a Dios a un judío, el cual como un enemigo, lo puso en aceite hirviendo, pero Dios en forma de un hermosísimo niño saltaba y no se quemaba. Esto temía el Arzobispo que sucediese. Pero parecía según confesó después a un padre el ladrón, que había dado el cuerpo de Dios a un niño de dos meses, y sólo vendió las piedras y el oro, lo cual si lo hubiese sabido el Arzobispo no habría muerto de sentimiento.

Maligaya estaba pensativa.

—Dime, Martín, ¿obedecen los españoles todo lo que quiere su Dios?

—Los buenos le obedecen pero no los malos.

Hubo otra pausa y por fin Maligaya como decidiéndose, dijo a Martín.

—Martín, te voy a pedir un favor.

—Manda.

—Tráeme un día a tu Dios.

Martín levantó la cabeza.

—No temas,— dijo ella sonriendo,— no le he de hacer nada, le he de preparar flores, miel a una caja de seda perfumada. He de tocarle mis más hermosas sonatas.

Martín se santiguaba y miraba con temor a Maligaya creyendo que no era aquella la misma Maligaya que la solía hablar, sino el demonio que había tomado su forma para tentarle, por lo que, acordándose de lo que había oído varias veces de los frailes, hizo con los dedos la señal de la Cruz y la presentó a Maligaya.

Pero la joven siguió mirándole con ojos como preguntándole que quería significar todo aquello. Convencido Martín de que no era el demonio, el que profesaba un amor ciego a la joven volvió a sosegarse poco a poco y no sabía que responder y ya iba a ceder confiando en las promesas y en la buena intención de la joven que era incapaz de cometer ningún crimen y que no tenía más defecto que no ser cristiana. Quien sabe, pensaba él también, si por este medio se convierte ella y Dios obrando un milagro con su venida persuade su corazón . . . Pasos enérgicos que se oyeron cambiaron los pensamientos de todos. Ambas hermanas se levantaron sobresaltadas mirándose una a otra.

—¡El abuelo!— exclamó Sinag-tala poniéndose pálida.

Sinag-tala conocía el andar de todos sus parientes y amigos.

Sus miradas estaban clavadas en la puerta.

Las pisadas volvieron a oírse y pronto apareció un anciano, el mismo que vimos en la roca de *Malapad-na-bato* asistiendo al entierro del Príncipe Tagulima.

Al verle las dos hermanas avanzar sonriendo a ellas con ademán de silencio, convencidas de que no era un fantasma, se arrojaron a sus manos para besarlas, pero él las atrajo a sí y las abrazó.

Ambas jóvenes no pudieron contener las lágrimas y lloraron de placer.

—¿Quién es este joven?— preguntó el anciano señalando a Martín.

—Es un nieto de *Gad*²⁹ Sindana,— contestó Sinag-tala, y enseña el *kutyapi* a Maligaya.

—¡Ah!— exclamó el anciano saludando afectuosamente a Martín. *Gad* Sindana era hijo de *Gad Tandul*, que yo conocí cuando niño: era el más valiente de su tiempo y murió antes que llegasen los españoles lleno de gloria y honores. ¡Feliz él! La casa de vuestros mayores ocupaba el solar donde hoy se levanta la iglesia de los agustinos. ¿Quién se lo hubiera hecho creer a *Gad Tandul*? ¡Su descendencia no volverá ya al suelo de sus antepasados!

—Por eso,—contestó con resignación Martín,—me he hecho cantor y sacristán de la iglesia siquiera para vivir en los mismos sitios donde un tiempo vivían con gloria mis abuelos.

—¡De manera que sois cristiano!

—Mis padres lo eran también; mis abuelos no quisieron bautizarse jamás.

—Y para poder vivir sobre el solar de vuestros mayores ¿os habeis hecho cantor y sacristán; esto es para cantar las alabanzas y servir a ese Dios en cuyo nombre se os ha despojado a vosotros de vuestro hogar, morada y sepulcro durante siglos de todos vuestros abuelos, cuyas cenizas no se respetaron, para elevar sus altos templos? ¡Ah Gad Tandul!

Y una amarga sonrisa se asomó en el semblante de Kaman-dagan.

Martín se sintió ofendido y replicó.

—No es mía la culpa; la culpa la tienen mis padres y los de su tiempo que no supieron defender ni su hogar ni su libertad. Ellos habían nacido libres mientras que yo ví la luz aquí en este pueblo y me he educado ya en la sumisión. Sirvo, sí, pero a Dios y no a los hombres como los otros jóvenes, también hijos de principales.

—Tenéis razón, joven,—contestó Kamandagan con seriedad,—pero un buen hijo no debe nunca acusar a sus mayores, sino subsanar las faltas que ellos cometen o hayan cometido —Pero no os ofendáis, tampoco es culpa vuestra. A los jóvenes de ahora sobre todo a los cristianos, se os inculca sabiamente el desprecio de lo pasado, de vuestra raza, creencias y tradiciones, para que viéndoos constantemente rebajados y teniendo a vuestros ojos vuestra inferioridad dobleis más sumisos el cuello al yugo y os educéis para esclavos. Joven, la culpa no es vuestra, en vos al menos queda algo: el amor al hogar de sus mayores.

Y dulcificando el viejo el acento de su voz continuó:

—Cenad esta noche con nosotros, joven; he estado ausente por mucho tiempo y os agradezco la amistad que habéis dispensado a mis nietas. No rehuséis, porque, como leo en los ojos de mis nietas que nada hay preparado, pueden creer que rehusais compartir con nosotros nuestra pobreza.

Dejaremos a ellos conversando sobre asuntos de familia que el lector podrá fácilmente adivinar y nos iremos por fin a Manila, la ciudad señora del Oriente, tenida y respetada de sus vecinos de entonces.

V

Su Ilustrísima D. Fray Hernando Guerrero estaba en su despacho, lleno de la más grande consternación por lo sucedido en S. Agustín.

Allí estaban para llenarle más de confusión dos agustinos uno de los cuales era el Provincial y su célebre favorito el Provisor D. Pedro Monroy. El Provincial de agustinos había preparado un discurso.

—Considere Vuestra Ilustrísima,—decía el Provincial, la injuria inferida no solamente a Vuestra Orden, no sólo al sagrado asilo del convento, donde un tiempo pasó Vuestra Ilustrísima tan tranquilas horas, imposibles ya ahora porque su sagrada virginidad se ha violado; considere V. I. no sólo el ajamiento de la inmunidad eclesiástica, columna de la religión, fundamento de la sociedad, y por consiguiente palanca poderosa del mundo, sino también el ultraje a la Majestad divina, porque Ilustrísimo Señor, este ultraje no es al convento, no es a la inmunidad eclesiástica; no es al asilo, es a Dios mismo. Considere V. I. la cuenta que la Majestad divina le puede pedir por haber abandonado sus derechos, considere V. I. no es a ti sino a mí; decía Dios a Samuel, no al hombre sino a Dios se dirige la contumelia.

El Arzobispo aterrado con esta oratoria inclinó la cabeza juntando ambas manos en ademán suplicante.

—¿Qué he de hacer?— gimió el buen Arzobispo.

—Lo que le decimos,— contestó el Provisor dando un golpe sobre la mesa con el puño cerrado: V. I. debe pedir enérgicamente al Gobernador que devuelva el preso al asilo so pena de *excomunió latae sententiae* hacer penitencia y proclamar . . .

—Pero no ven vuestras mercedes,— contestó el Arzobispo lloroso,— que el Gobernador no hará nada de lo que se le diga, que con él las amenazas no tienen efecto . . .

—¡Sí, cuando las amenazas no se cumplen!

—¿Que? ¿se atrevería él a resistir los rayos de la Iglesia?

—No los teme,—dijo el Arzobispo,— porque tiene a los jesuitas de su parte.

—Pues hay que obligar a los jesuitas a que se pongan de parte nuestra, a que ayuden a la iglesia. V. I. es el Arzobispo y tiene poderes bastantes para obligarles.

—Los jesuitas tendrán que hacer lo que hagan las cuatro Religiones,—añadió el Provincial;—no se atreverán jamás a ponerse en contra de nosotros.

El pobre anciano sacudió la cabeza.

—Los jesuitas no temen a nadie; ¿no se han puesto en contra de todos en la cuestión del presidio de Sambuañgan? ¿Qué les ha valido a los religiosos hacerles la guerra, que han podido con desacreditar aquel puesto, instigar el descontento de los indios cuyo tributo se aumentó para sostener aquel presidio? Nada, el presidio continúa, el Gobernador les apoya, ¡y ellos triunfan y se ríen de los enemigos! ¡Ah! los jesuitas son ladinos.

El Provincial se mordió los labios y el Provisor golpeó el suelo con un pié.

—Pero vamos a ver, Ilustrísimo Señor, dijo el agustino,—procurando contenerse;—es deber de V. S. I. proteger a su rebaño como buen pastor, ¿sí o no?

—Claro que es mi deber,— contestó el infeliz Arzobispo.

—Es la sagrada orden de agustinos, de quien V. S. I. es hijo, una columna de la Iglesia, la más fuerte columna ¿sí o no?

—Todos lo sabemos que sí.

—Puede el edificio de la Cristiandad subsistir sin peligro haciendo que su más firme columna vacile a los golpes del destructor enemigo, ¿sí o no?

—¿Pero a que vienen, P. Provincial, todas esas preguntas?—Preguntó el Arzobispo en tono de queja.—Yo soy el primero en reconocer la alta significación de nuestra orden y ojalá no hubiese jamás dejado la tranquilidad del claustro. Tan feliz era mi vida . . .

Y con el revés de la mano enjugó una lágrima.

—Pues entonces,— continuó el implacable Provincial,—debéis defender enérgicamente la inmunidad del asilo, no sólo como un asilo eclesiástico, sino también como el asilo de vuestro convento.

—¿Pero no podría la prudencia hallar otra solución?

—Cuando se trate de defender un derecho, es pecaminoso buscar términos medios, Ilustrísimo Señor; Dios que es la verdad debe defender sus derechos sin considerar mundanos. Primero los derechos de Dios y después ¡que el mundo se trastorne!

—Pero observen Vs. que D. Sebastián es voluntario.

—¡Pues nosotros más! ¡Y vamos a ver quién podrá a quién! El no puede estar aquí más de nueve años, mientras que V. S. I. estará por toda su vida y nosotros las corporaciones por toda la eternidad. Si D. Sebastián Hurtado de Corcuera es tan gran político como pretende, procurará no tenerlos con nosotros, porque aquí podría perder toda su buena fama. Nada, Excmo. Sr., en estas cuestiones hay que mostrar entereza, porque el que manifiesta ceder, cuenta que jamás recuperará el terreno perdido. V. S. I. debe pues pedir que se nos devuelva el preso bajo pena de excomunió*n latae sententiae* como aconseja el Sr. Provisor, para que los tribunales eclesiásticos juzguen del hecho como mera eclesiástica y después se la devolverá o no según lo crea conveniente, pero primero que todo el mundo vea que se debe respetar el más pequeño privilegio de que gozan los religiosos. Hágalo así V. S. I. y tenga seguro que nosotros estaremos siempre a su lado apoyándole en todo; de lo contrario si los religiosos ven que su Prelado la abandona en la reclamación de los derechos, ¿quién sabe si después los Prelados no la abandonen también? V. S. I. sabe que hay ciertos piques entre V. S. y el Gobernador, y le conviene tener aliados, y porque parece que el enemigo provoca, bueno es contestarle en arrogancia para que no cobre alientos.

Estas últimas razones pusieron pensativo al Arzobispo que sólo contestó con un suspiro.

—Y no olvide además V. S. I. que conviene salvar a ese Francisco Nava de la muerte,—añadió intencionadamente el Provisor que conocía el flaco del Arzobispo;—pues V. S. I. casi casi fue la causa de su desgracia y de su crimen.

—¿Comó?—preguntó el Arzobispo aterrado.

—Porque V.S.I. fue quien le obligó a separarse de ella.

—¡Pero era mi deber!

—Sin duda, pero es el caso que Francisco Nava decía, que a él sólo se le había obligado a separarse de su querida porque él era un infeliz; y con otras se hacía la vista gorda. Y dicen que después de su separación había dicho: Responda el Arzobispo de lo que yo pueda cometer.

Aquí el buen viejo perdió completamente la reflexión y se entregó en manos de su Obispo y del Provincial. El buen hombre se creía en cierta manera causa de aquella desgracia,

y se acusaba de su debilidad en hacer la vista gorda con respecto a otras personas entre ellas algunas religiosas.

—Está bien, está bien, ¡Dios me perdone!—repuso,—haré lo que Vds. crean que se debe hacer. Salvemos a ese infeliz.

—Pues lo primero es pasar un oficio comunicativo al Gobernador que sacó del asilo al preso.

—Sí, . . . pero procuren Vms. suavizar las frases, ya sabe que D. Sebastián tiene un temple duro.

El Provisor comprimó su sonrisa y escribió en una hoja de papel lo siguiente:

Señor Gobernador: A Francisco Nava artillero se ha sacado violentamente del sagrado asilo, que la inmunidad eclesiástica le ofrecía en el venerable convento de los PP. agustinos, por lo cual como Arzobispo mando a V. S. cumpla su deber como hijo sumiso de la iglesia devolviendo inmediatamente a ella el reo que le pertenece, dando así ejemplo de humildad y de ser buen cristiano pues de otra manera recurriría en gravísimas censuras que más tarde tendrá V. S. que lamentar.

De casa hoy (ilegible).

—Está muy bien,—dijo el buen anciano cogiendo el papel,—pero ¿no podía Vms. cambiar un poco la frase, *como Arzobispo mando*? El Sr. Corcuera es muy celoso de sus facultades de Gobernador y esto puede importunarle: ponga Vms. *le ruego*; lo mismo digo con respecto a la amenaza del final.

—Es que si V. S. I. no amenaza no produce efecto,—objetó el Provisor.

—Es que a veces las amenazas son contraproducentes—contestó tímidamente.

—Sí, Excmo. Señor, pero cuando uno se encuentra con un carácter como el del Gobernador no hay que andar con dulzuras; cuando se maneja hierro se usa martillo y fuego.

El buen Arzobispo bajó la cabeza y contestó.

—Está bien, pero quite Vms. aquello de como Arzobispo.

Mientras el Provisor ponía en limpio la carta, el Provincial decía al Arzobispo por vía de consuelo.

—Verá V. S. que efecto le hará al Gobernador la carta, veré como le apaga los humos.

Y guiñaba maliciosamente.

Concluida y firmada llamaron al más ladino de los pajes para que llevase la carta y la entregase al mismo Gobernador observando el efecto que le iba a causar.

El paje le prometió todo.

NOTAS

1. Se refiere a los habitantes de Mindanao y las Islas de Sulú, que profesan la religión de Mahoma.
2. Gobernador General de Filipinas desde Junio 25, 1635, hasta Agosto 11, 1644.
3. *Malapad na bató*—Piedra ancha o amplia.
4. *Sampaga*—Un arbusto que da flores rojas.
5. *Putong*—Pañuelo de cabeza o turbante nativo.
6. *Guluk*—Bolo de trabajo que los hay con punta ancha, roma y aguda.
7. Una isla de las Molucas.
8. *Kampilan*—Espada ancha y larga, muy común entre los Mahometanos de Filipinas. Por ser pesada, se maneja con dos manos.
9. *Salám*—Saludo ceremonial entre los Orientales.
10. Palabra tagala.
11. *Vade retro*—¡Atrás!, frase en latín.
12. *Catalona*.—La sacerdotiza.
13. *Maalat*—Salado; así llaman a la Iglesia y distrito de Malate.
14. *Bongas*—Areca.
15. El corsario chino que en 1574 atacó y tomó Manila matando al Maese de Campo Martín de Goiti; pero que después fue repulsado de Manila, gracias al socorro traído de Vigan por el Capt. Juan de Salcedo. Las tropas, con la ayuda del Rajá Solimán y su gente juntamente con los Bisayos y los de Mindanao, le echaron a Limahong hasta su escondite en el Golfo de Lingayen y le quemaron su armada. Más tarde se escapó de Lingayén en nuevas embarcaciones.
16. *Rahang Matandá*—Raja Viejo.
17. *Rahang Bago*—El nuevo Rajá.
18. Principal Numamatay—No se puede precisar si este personaje es puramente ficticio o histórico. Es de suponer que sea histórico.
19. Gobernador General Lavezares.
20. *Ylang-ilang*—Un árbol con flores amarillas que se usan en la fabricación de perfume.

21. *Kamantigi* o *Kamantigui*—Una pequeña planta que da flores de varios colores.
22. *Taklobos*—Conchas grandes del mar que suelen servir de receptáculos de agua.
23. *Kutyapi*—Guitarra nativa.
24. De la Provincia de La Laguna.
25. *Divata*—Espíritu.
26. *Parac*—Banca estrecha de gran fondo y con velas.
27. *Babaylán*—Sacerdotiza.
28. *Batalán*—Una azotea, parte de la casa contigua a la cocina donde se lava y se baña la gente.
29. *Gad* o *Gat*—Título significa Señor u Honorable que llevaban los aristócratas nativos en tiempos prehispanos.

1519-1921

DAPITAN *

Todo aquel que tenga un poquito de vergüenza al leer este epígrafe, debe soltar un *¡ya!* pero un *¡ya!* de satisfacción, de alegría, de suficiencia como si le recordase un conocido *pasaje* de su juventud, porque Dapitan es, sin exageración ninguna, la población que merece ser más conocida del orbe, sin exceptuar Roma ni París, tanto que los que oyen hablar de ella por primera vez sientan plaza de tontos o ignorantes si al instante no guiñan un ojo, o exclaman en tono significativo: oh, oh, Dapitan, ¡vaya!

Como todos saben, Dapitan es la cabecera de una comandancia político-militar, compuesta de varios pueblos y barrios igualmente dignos de eterna fama y universal renombre conocidos bajo los sonoros nombres de Dipolog, Ilaya, Libay, Lubuñgan, Sindangan, etc.

Está situado en un hermoso seno que mira hacia el Oeste, en una especie de isla que forman expresamente para él, como para aislarle del mundo vulgar, un hermoso río que para este efecto ha consentido gustoso en dividirse en dos, rodeándole entre sus dos brazos de plata y trayéndole así hacia el mar como ofrenda y la más bella que encontrará en su tortuosa y accidentada peregrinación por montes y valles, por selvas y llanuras. El casco de la población como dicen prosaicamente lo forma la iglesia, una iglesia grande, pero grande, desde cuyos dos flancos se extienden dos montoncitos de casitas en sentido opuesto y que vistos desde el monte que lo defiende por detrás aparecen como los finos élitros de un monstruo insecto devorando la verde llanura, cabe la ribera del mar. Estos dos élitros o alas se llaman el uno Banono y el otro Banting y como el cuerpo de que forman parte o sea la iglesia-insecto y todo el resto merecen particular descripción. Pero los dejaremos por ahora y nos contentaremos con decir que Banting es la derecha y que Banono es la izquierda, y como en las Cámaras y Parlamentos, ambos representan seres y agrupaciones distintas y hasta opuestas y contrarias en pareceres, ideas, sentimientos y aspiraciones. Frente de este insecto, como yerba talada, se extiende la

* Ms. sin terminar.

plaza a cuyos lados se levantan tres edificios que merecen llamarse palacios—el de la Casa Real, el de la escuadra y el del Capitán de Cuadrilleros famoso por más de un concepto como después se verá—y la extensa llanura que conduce hasta confundirse con la arena del mar.

Dapitan es célebre por varios conceptos: sus rojas mantas de algodón listas de colores vivos se buscan en todas partes y en ninguna se encuentran ni en los mismos telares que solo tejen telarañas a verlos muertos de sueño y acurrucados silenciosamente en los *silongs*² de las casas. Estas mantas que constituyen su única casi industria—porque uno de los motivos de la celebridad del pueblo es no tener industria ninguna—menos la fama de que gozan; son sólidas, fuertes y bien tejidas, suelen heredarse de padres a hijos y sólo las pueden obtener los extranjeros como un particular regalo o en cambio de enormes sacrificios. Dapitan es célebre por sus afectuosas casas de nipa, con techos bordados al través de cuyos encajes se disfruta de todas las caricias del clima, del azul del cielo, de los rayos del sol, de la lluvia y del sereno como si se estuviese en plena campiña, salvo el olor a pescado que recuerda las orillas del mar, y decimos *afectuosas* casas porque lejos de tener la rigidez de las otras, ya se inclinan a la calle saludando graciosas al solitario caminante, ya se echan para atrás como diciendo ¡hola! ¡tu por aquí! ya se ladean contra la vecina como para contarse secretos o para hacerse mutuas confianzas al arrullo de los cocoteros. Aquellas calles cubiertas de verde alfombra por donde serpentea entre bosquecillos de amores-secos un hilo estrecho que sirve de senda para que desfilen unos tras otros sus flacuchos habitantes bastarían para hacer de Dapitan un pueblo inmortal si su célebre iglesia y su aún más célebre gallera construida bajo la sombra de los cocoteros no hubiesen llevado la fama del pueblo hasta los últimos confines del mundo conocido. Esta gallera a poco más daba al traste con la célebre teoría Newtoniana y con todo el sistema de gravitación. Figúrese el lector lo que habría pasado si en vez de una manzana *sobre la cabeza del gran matemático inglés*³ se hubiese caído todo un coco como le aconteció a un tahir en la célebre gallera, que fue inmediatamente a jugar al gallo con San Pedro en la otra vida si nuestras creencias religiosas no mienten como no pueden mentir—¿qué habría sido de la teoría de Newton?

En Dapitan todo es célebre, desde el misionero que lo administra, un antiguo coronel carlista ⁴ hasta el loco que recorre las calles con una rama de flores hablando y saludando a todos en castellano y parándose delante del palacio del gobernador para dirigirle una alocución y plantaba la rama en el suelo como símbolo de homenaje, todos son famosos, el gobernador que tiene la fama de santo entre los beatos, el misionero que le tiene de gobernador, el maestro, el practicante, el vacunadorcillo que inventa las mas peregrinas enfermedades, el gobernadorcillo que se enferma por quererse curar bailando delante de Santiago, el teniente mayor que es el menor teniente de todos porque no tiene nada ni siquiera para comer, en cambio del chino que lo tiene todo; todos, todos son célebres, todos son celebridades que merecen cada cual capítulo aparte, con admiraciones e invocaciones, narración y puntos suspensivos.

Pero no he hablado aún del carácter distintivo del pueblo, de la cualidad que le hace superior a Roma, París, Viena, Londres, Madrid, Berlín y a todas las capitales del mundo antiguo y nuevo, de todas las civilizaciones pasadas, presentes y futuras: hablo de la gran castidad en que viven todos sus séres, las plantas inclusive.

En Dapitan la flor no murmura amores al oído de otra flor, porque apenas hay flores, el aura no tiene arrullos, el ave no tiene cantos, las calles están solitarias y en las casas no retoza la risa y sólo se oye el rosario, monótono, lúgubre, narcotizados de la noche a la mañana. No se oyen serenatas ni cantos de amor, el joven no suspira por la joven y las casas empezadas se pudren solitarias porque no cuaja ningún amor, se deshace toda boda proyectada. La proverbial castidad de Dapitan se extiende a todos los seres. Nada se murmura de sus misioneros ni siquiera respecto del bien provisto convento de beatas que colinda con la iglesia, su soltero gobernador como dijimos goza fama de santo entre las mujeres; un gobernador que había hecho armas en gloriosas campañas y se había cubierto de heridas en encuentros y batallas de todas clases. ¿Qué más? Todos ahí predicán e infunden la castidad. El misionero ha hecho de un toro, un enorme animal, todo negro como la sotana de su amo, el símbolo paciente de la pureza: el toro prefiere la yerba de la plaza a la vecindad de la linda vaca que se le acerca sumisa y con temor; a su vez el gobernador imbuido por el

ejemplo del misionero tiene en santa continencia a toda su servidumbre, y capa a todos sus gallos, pone en el cepo a sus criados que se acuerdan de uvas a brevas de que son jóvenes, no tolera en el palacio la presencia de ninguna mujer por lo cual ni sus gallinas echan huevos, ni el número de pollitas aumenta, y cuando su perro, un enorme perro de Luzón, recorre las calles, las perras le salen al encuentro y en vez de acariciarle y olerle, le ladran y le muerden con ira y con furia como si también existiese un sexto mandamiento perruno y como si se contara, en alguna Biblia de debajo de la mesa, que el linaje perruno se había hecho desgraciado por algún hueso prohibido comido allá en el paraíso de sus abuelos. Pero nosotros creemos que en esto los perros no hacen más que imitar a sus amos: tal perro tal amo—dice el refrán, y yo creo en los refranes a pié juntillas, por lo que lamento profundamente que no hayan escrito el evangelio en forma refranística, así no habría infieles ni incrédulos y todos creeremos más en él y nos dejaríamos asar. Digo que las perras imitan a sus amas: en Dapitan las mujeres se apartan cinco varas de la senda y se meten entre las yerbas cuando de lejos divisan un hombre, y por pudor no se ponen a ladrar y a morderle, como las francas hembras de cuatro piés. En fin, para amores Dapitan no tiene más que amores-secos.

Varios sabios extranjeros y nacionales, filósofos inclusive, han querido averiguar la causa de semejante fenómeno. Unos lo atribuyen al clima, allí suave y templado; otros al suelo arenoso del pueblo, otros a los cocos, a la *tuba*⁵ y no faltó quien lo atribuyera al baile moro-moro⁶ que danzan todos desde el Patrón Santo Señor Santiago al último *pampan*⁷ de la escuela. Para mí que soy sentimental, lo atribuyo a la tristeza que reina en el pueblo, a la soledad de sus calles en donde no se ve jugar a nadie, ni siquiera a los niños, con que hace del pueblo un gran claustro de convento a la hora en que todos los frailes toman la siesta y si me apuran, echaré mano del mismo lego del convento cuya prolongada figura debe espantar al amor como a los gorriones un espantajo.

Sabios filólogos y arqueólogos, interesados profundamente por la fama de Dapitan, han tratado de averiguar su antigüedad: Blockhead⁸ lo cree fundado por Fenicios; Naseweis fundándose en los testimonios de Niemand y de

Lugenzunge ve en él una antigua ciudad cartaginesa sobre los restos de una colonia griega; en cambio el doctor Stultus, de conformidad con el célebre etnógrafo Grandtaupe y el arqueólogo Asinelli sostiene la atrevida hipótesis de ser Dapitan una colonia antigua caldea, opinión con razón rebatida por el sabio Dr. Van der Niesen que no puede ver nada de caldeo allí donde no hay cal ni siquiera para el buyo que se masca.

Nuestros sabios nacionales peninsulares e insulares, en vista de la divergencia de opiniones de los extranjeros, han adoptado otro método y han analizado la palabra Dapitan. Varios y múltiples son las etimologías de la palabra. El periodista Desbarrados que ha descompuesto la palabra da la versión mas verosímil y desentierra la siguiente leyenda: Cuando Magallanes pasó por Mindanao, los habitantes de la isla se fueron a bordo para vender a los extranjeros sus mercancías y comprar en cambio las que venían de Europa. Los indios llevaban consigo pesos mejicanos y en cambio los españoles daban vales por *todo* y no acababan de arreglarselo. Los unos alegaban que los pesos mejicanos estaban prohibidos, y los otros, que los vales no tenían sellos de cinco céntimos. En esto empezó a silbar el vapor—¡Dad, dad que pitán!—gritaban los marineros haciendo comprender a los indios por el gesto lo que significaba, y echándoles del barco,—Dad, dad, que pitán,—decían. Cuarenta y tres años después, pasando Legazpi por los mismos pasajes quiso preguntar a los insulares como se llamaba el país, y los indios, llenos de terror acordándose de lo que les habían contado sus padres, gritaban huyendo ¡*dadquepitan!* por lo cual el P. Urdaneta llamó Daquepitan al territorio, nombre que se transformó después en Dacpitan y más tarde en Dapitan por la dificultad de la pronunciación. Participan de la opinión del Sr. Desbarrados,⁹ como fundado en testimonios de relaciones y manuscritos cuya antigüedad es tanta que se han perdido, pero estudios hechos en el Real Archivo de Indias de Sevilla parecen prometer mas amplios detalles y acaso darnos el nombre del vapor en que venía Magallanes, nombre que Navarrete por más que quiso no pudo averiguar y que ha desesperado en más de una ocasión a Don Cesáreo Fernandez Duro.¹⁰

Esto es lo que se sabe de Dapitan, país de la castidad, país tranquilo, país solitario, país donde todos son celebri-

Kaspa
Legazpi

dades, menos un desgraciado deportado que arribó a ella, venido desde un extremo del mundo, desde una isla florida de la América.

La historia de este desconocido deportado va a ser el objeto de los capítulos siguientes.

NOTAS

1. Pueblo en la que es hoy Provincia de Zamboanga del Norte, donde Rizal había sido desterrado cuatro años.
2. *Silong*—Palabra tagala que significa piso bajo de una casa.
3. Isaac Newton, (1642-1727). Sabio inglés, descubridor de la gravitación universal.
4. *Carlista*—Seguidor de ideas ultracatólicas.
5. *Tuba*—Bebida alcohólica hecha con la savia fermentada de la nipa o del coco.
6. *Baile moro-moro*—Una especie de drama o comedia muy popular entre las masas hasta principios del siglo XX en que los adversarios se pelean o esgriman bailando al son de la música, regularmente moros y cristianos.
7. *Pampán*—Alumno.
8. *Blockhead*, como también los otros filósofos y arqueólogos mencionados en este párrafo son nombres ficticios inventados por Rizal.
9. (Fernando Domingo) Facundo, (1610-1689). Escritor y misionero dominico español, que recorrió Méjico, Filipinas y China.
10. Geógrafo e historiador español (1830-1898).

Andrea (Indaghi 1698-1568).
Dasyneura ^{militaris, par} *nanigakre*, par foto Argentina.
 e studiosi di strumenti di nanigakre.
 Partecipò alle spedizioni di Legazpi di 1566.

ANG DALAWANG MAGKAPATID

Ako'y may kakilalang magkapatid, na pinaninirahan ng isang mapaglupig na ali. Ang nasabing ali, ng unang panahon, ay mayaman at malakas, kaya nga at nakapanhimasuk sa pamumuhay ng mga magkapatid. Nguni't sa kalaunan, raw nga baga, ay nanghina at naghirap, karamay ang mga nasasaklawang pamangkin. Nilupig nga, at inalipin, at sa balang hingi o hangad ay parusa ang isinasagot ng palalong ali. Sa lagay na ito, ang isa'y tumanong at nagsabi sa sarili:

“Ang sagot sa dahas ay dahas, kapag bingi sa katuiran; ¿tutulungan kaya baga ako ng mga karugó, sakali at pag-isipan kong kami'y lumigtas? Hangan dito . . . kung ang isa sa amin ay mangahas o nangahas kayang sumagot ay napapagisa, sa pagka't ang iba'y hindi tumutulong. Nguni't tila nagbago; kung pangahasang mulí, ipagubus ang lakas, at pagsabay sabayan, tutulong kayá ang iba? Ang lakbayi'y lubhang mapanganib, nguni't ang tubu'y higit sa ibayo: puhuna'y malaki, higit sa buhay, sapagka't kalakip ang buhay ng iba. Makapangaku kayang tutugon, at di lulu-bay, yamang ang sala o hiná ng isa makapapahamak sa lahat?”

Ito ang itinanong, ñguni't di ko talastas ang sagot ng iba.*

* La traducción sigue en la página siguiente.

LOS DOS HERMANOS *

Yo conozco unos hermanos que están bajo el tutelaje de una tía ambiciosa. Dicha tía era un tiempo rica y poderosa, por cuyo motivo ha podido entrometerse en la vida de los hermanos. Pero andando el tiempo, humana al fin, la tía cayó en la decadencia arrastrando a sus sobrinos. Despojó a éstos, les tiranizó y a cada demanda o queja de los mismos, respondía con insultos y castigos la ensoberbecida tía.

En este estado de las cosas, uno de los hermanos se preguntó y dijo para sí: "A la violencia hay que responder con violencia, cuando se muestra sorda a la justicia. ¿Me ayudarán los de mi raza en el caso en que yo piense en la salvación? Hasta aquí . . . cuando uno de nosotros se atreve o se atrevía a contestar, se ha quedado solo, porque los demás no ayudaban. Mas, parece que han cambiado las cosas: Si nos atreviéramos a intentarlo de nuevo, agotando todas las fuerzas en una ocasión común ¿ayudarían los demás? La empresa es muy peligrosa; pero la ganancia sería más que el doble; el capital es grande; más que la vida, puesto que incluye la vida de los demás. ¿Podrían comprometerse a responder y no cejar, ya que la falta o la debilidad de uno pondría en peligro a todos?"

Esto es lo que se pregunta: ignoro lo que contestarían los demás.

* Traducción del artículo anterior.

CHARADAS *

Dos-prima a cualquier *todo*
Que halle sin *prima-tres* propio acomodo.

Al que cayó subiendo enhiesta cima
Una *todo dos-cuarta* no *tres prima*.

En espléndido *todo*
Tres dos; que raro! *prima* sobre todo

Dos, una *todo* fresca y sazónada,
Es *prima-tercia* de comer, si agrada?

Al que de *prima-tres* vive y prospera
La *todo* le *dos-tres* como a cualquiera.

Un sobrio bebedor *prima dos todo*,
Mas, si *dos prima* doble, está beodo.

Prima-tres Dios eterno; *tres-cuarta* casi diosa;
Dos-cuarta reina y nada; *todo* es casi una esposa.

Si una *todo* haces *prima dos* confía
Que la celeste *tres* verás un día.

Prima-tercia ciudad
Prima todo la sin par y es verdad.

Al *todo cuarta prima-dos*, por Dios,
Y *Prima dos-tres*, mas no *cuarta-dos*.

Primera-dos, de un sér puro y divino;
Dos-prima, de otro sér sucio y cochino.

Dos-prima alumbrá; *tercia* consonante,
Y el *todo* arma cortante.

Dos letra; *prima-tres*, allá, de modo
Que *aculla* no es, aunque es lugar mi *todo*.

Prima, dos-tres a todo le decía
A mi mujer que un coche apetecía.

* Reproducido de "Documentos Rizalinos", regalados por el pueblo español al pueblo filipino; Manila; Bureau of Public Libraries, 1953; p. 75.

Prima-tres dos en el mercado habrá,
Pero en la *todo* no se venderá.

De una *dos-prima* el todo a mí me mata,
Me haría turco, marroquí o pirata.

Defecto de la piel es *dos-primer*a
Y el *todo* es bueno para estar cualquiera.

Tercia-dos-prima es nombre gentilicio,
Y el beber de mi *todo* es el oficio.

Un *prima-tres* de *todo* es un *dos-tres*;
Quitale un trozo y una *segunda* es.

Diz que es de *prima-dos* tu *tres-primer*a,
Mas si teñido está de *todo* fuera.

Dos-tres, *dos-prima-tres* de *dos-primer*a
Tiempos son; y mi *todo* es ave fiera.

Prima-dos sér marino y despachero.
*Dos primer*a terrestre y caballero.

COMPOSICIONES EN FRANCES *

UN VILLAGEOIS ÉGARÉ DANS LES NEIGES

(*Monologue*)

Me voilà bien! Aucun sentier, aucune trace, pas une pierre, pas un signal! La neige a caché tout sous une couche épaisse et uniforme qui dépasse mes genoux! Et elle tombe, elle tombe sans cesse, effaçant la trace de mes pas! Si au moins si je pouvais distinguer un village, la fumée d'une cheminée, une cabane ou le sommet aigu d'un clocher! Mais, rien, rien! L'épais brouillard, les flocons qui tombent tout autour de moi, l'immense étendue de cette nappe éblouissante de blancheur, qui se perd au loin dans l'horizon nébuleux, où elle se confond avec le ciel uniformément grisâtre, tout semble se conjurer pour m'égarer dans ces solitudes! D'où suis-je venu? Où vais-je maintenant? Quel est l'Orient et quel l'Occident? Si au moins la neige cessait, je pourrais m'orienter peut-être, aidé par le soleil. Mais, avec un ciel pareil, avec la neige qui obscurcit tout, où se cache-t-il dans ce moment? Les arbres me pourraient guider à coup sûr, si seulement je pouvais les reconnaître; mais comment deviner dans ceux-ci les beaux arbres que j'ai vus en feuilles pendant l'été? Les sapins! Ceux-là, ils se ressemblent tous, et avec leurs cônes couverts de neige, ils sont aussi mystérieux que le silence qui m'entoure. Le vent souffle, secoue la neige des arbres, la fait tourbillonner, me la jette sur la figure! . . . Mes chaussures sont mouillées, j'ai sous les semelles une épaisse couche de neige durcie. Ah, mon ami, si tu avais écouté ta vieille qui te disait ce matin: "Ne pars pas, tu vas attraper une pulmonie!"

. . . C'est vrai, ce n'est pas la pulmonie la meilleure raison pour faire rester un homme qui se vante d'être aussi solide que le fer; il fallait me dire, ma vieille, que j'allais m'égarer; il fallait me représenter les ennuis d'une marche à travers les bois, les avantages de la chambre chaude, où l'on prend une bonne soupe à côté du poêle, pendant qu'on regarde à travers les carreaux tomber la neige à gros flocons et qu'on

* Otras dos composiciones de Rizal en francés aparecen en el apéndice págs. 333 y 335.

répète entre deux cuillerées: "Sapperlotte; quels temps, quels temps, quels temps; de loups"— Tiens, les loups! Si j'en rencontrais maintenant; le faim et le froid les poussent à attaquer les voyageurs les mieux armés: si une bande se jettrait sur moi, fatigué comme je le suis! Et les ours donc, les ours! Il y en a très peu, c'est vrai, mais il y en a toujours . . . Ah, si jamais je rentre chez moi, je promets de ne plus faire le téméraire, si je rentre chez moi . . . Je commence à me fatiguer, j'ai faim, mes jambes tremblent et s'alourdissent, je transpire . . . Si je pouvais rencontrer quelque voyageur, pour demander des renseignements, mais je n'aperçois personne, personne, personne, pas même un voleur. Mais, il ne faut pas que je reste comme cela attendant que ma maison vienne à moi; mon cher, il faut que tu marches, il faut que tu prennes courage; tu as beau jaser et raisonner, si tu ne fais pas un pas tu ne sortiras pas de ton embarras. Mais est-ce que je sais où je suis? Est-ce que je sais si je ne m'éloignerai pas d'avantage? Que faire? Faudra-t-il que je couche ici et que je me contente de la neige pour nourriture? Un peu de sang-froid allons; eh bien j'ai le sang glacé. Oh, là là! me voilà bien!

EXEMPLES

Qu'on juge de ce que j'ai dû devenir dans une maison où je n'osais pas ouvrir la bouche; où il fallait sortir de table au tiers de repas, et de la chambre aussitôt que je n'avais rien à faire; où sans cesse enchaîné à mon travail je ne voyais qu'objets de jouissance pour d'autres et de privations pour moi seul.

Un jeune homme écrit à un de ses amis pour le féliciter au sujet d'un lot de 50,000 francs, gagnés au tirage d'un emprunt:

"Mon cher ami:

"En commençant ma lettre, j'ai toutes les peines du monde à me contraindre et à ne pas m'écrier: *Hossanna, Alleluia! Gloria in excelsis!* en y joignant toutes les exclamations latines, syriaques, chaldéennes, barocques, etc., capables d'exprimer mon bonheur et ma joie. Oui, mon ami; je suis content que si j'étais moi-même l'heureux gagnant de ces cinquante mille francs dont la Providence vient de te faire cadeau avec tant d'opportunité! Aussitôt que j'ai reçu l'heureuse nouvelle, j'ai eu envie de pleurer, de danser, de

sauter, de chanter; j'ai remercié Dieu de tout mon coeur et me suis permis même le luge d'une bouteille de champagne por fêter ta bonne fortune. Les premiers moments passés, je me suis mis à penser aux petits bonheurs que cette somme t'apportera, au bien-être de ta famille, de tes enfants qui grandissent, à ton rêve d'avoir un petit coin dans la campagne, à une foule, enfin, de choses qui autrefois, étaient des désirs pour toi et qui maintenant sont des réalités.

Tu sais mieux que moi l'usage que tu dois faire de cet argent; je te connais assez pour supposer que tu vas changer maintenant ta manière de vivre modeste et régulière; les cinquante mille francs ne te griseront pas sûrement et ne te porteront pas à faire de folles dépenses, en considérant que tu les a gagnés sans peine at presque pour rien: la Fortune oublie celui qui ne sait pas apprécier ses bienfaits. Tu n'iras pas non plus t'embarquer dans des affaires que tu ne connais pas, comme les jeux de la Bourse, les spéculations téméraires, les combinaisons hardies, qu'on ne connaît bien qu'après un coûteux apprentissage et ne profitent qu'après avoir englouti des fortunes. Il est plus que probable que tu les emploieras dans des affaires plus sûres, quoique moins alléchantes; ta prudence et le souci de la famille sauront faire de cet argent ce que les millions font dans la main des autres.

Jouis donc en paix, mon ami, de ton heureux sort; déride ton front et dégage les dépenses soucieuses qu'autrefois l'avenir te présentait; que cet argent ne soit pas dans tes mains ce que la bourse, pleine d'or, a été pour le pauvre pêcheur qui la retira de la mer avec son filet: avant cela il riait, il chantait toute la journée, car il avait peu d'ambition et de besoin; mais la richesse éveilla en lui mille désirs à partir du moment où il fut riche; il ne rit plus et il fut le plus malheureux des hommes.

En te souhaitant une bonne santé, ainsi qu'à ta famille, je t'envoie mes félicitations les plus amicales et les plus sincères.

Du tiret.

Le tiret sépare dans un dialogue les répliques de différentes personnes.

On s'en sert quelquefois pour remplacer la parenthèse ou l'alinéa.

Des guillemets.

Les guillemets se placent avant et après toute citation; quelquefois même on en fait précéder chaque ligne de la citation.

Les autres signes de ponctuation se placent avant les guillemets finales.

De la parenthèse.

On renferme entre parenthèse tout ce qu'on veut séparer d'un texte. Les autres signes de ponctuation figurent après la dernière parenthèse.

De l'alinéa.

On va à la ligne chaque fois que l'on passe à un nouvel ordre d'idées et pour indiquer les différentes parties d'un tout.

Il faut moins de joie au dehors à celui qui la porte dans le coeur; elle se répand de là sur les objets les plus indifférents; mais, si vous ne portez pas au dedans la source de la joie véritable c'est à dire la paix de la conscience et l'innocence du coeur, en vain vous la chercherez au dehors.

PROVERBES

La faim, la soif et la chaleur nous accablent.

L'écureuil est léger, vif, alerte, et gracieux.

Les demi-talents ont pour eux l'audace, l'adresse, la souplesse.

Le chien aboie, le cheval hennit, l'âne brait, le taureau mugit.

Un bon roi, disait-il, est le père de ses peuples.

Notre vanité, à laquelle nous sacrifions tout, est notre plus mortel ennemi.

Votre luxe, grande de la terre, fait-il votre bonheur?

Quand on fait son devoir, on ne doit rien craindre.

UN AVEUGLE QUI VIENT DE PERDRE SON CHIEN

Tiens! tiens! Où est donc Boulot? Ici, Boulot, ici! Mais, il est disparu! Je ne trouve pas sa corde! Est-ce possible? Boulot, ici, Boulot! Mon petit, mon soleil, ici, ici! Mais, est-il vraiment parti? Serait-il allé pour suivre

une chienne? Le printemps est la saison des amours . . . Maudits soient le printemps et les chiennes! Vraiment je ne comprends pas à quoi servent les chiennes; elles sont un danger pour les bonnetes chiens, un malheur pour les aveugles, et une occasion pour l'immortalité. Ainsi, je l'ai dit maintes fois: le monde est pourri jusqu'au noyau. Des demoiselles se permettent le luxe d'une petite chienne, la prennent avec elles dans les rues, sans penser à nous, à la saison des amours, à la morale . . . et quoi pensent donc les curés, les évêques et messieurs les députés quand ils siègent à la chambre? Oh, si j'étais député. Mais, en attendant, cherchons Boulot. "Pardon, mesdames, messieurs, est-ce que vous n'auriez pas vu par hasard un petit chien d'aveugle qui marchait sans son maître? C'est pourtant si facile à reconnaître; il s'appelle Boulot! Oui? Non?" Eh bien, vrai! Les hommes marchent sans regarder, sans faire attention, sans remarquer les chiens; ils n'ont rien vu, rien vu. Je n'étais pas comme eux, pour sûr, quand j'avais mes yeux; je voyais tout, j'observais tout. Pourquoi donc les yeux? Pourquoi ne sont-ils pas aveugles? Pourquoi le suis-je, moi? O Fortune, Fortune, tu es aveugle aussi dit-on, c'est à dire, disent ceux qui ne le sont pas; mais en tout cas, tu auras perdu ton chien aussi. Me voici aussi aveugle que toi, sauf que je n'ai pas tes dons! Mais laissons les apostrophes de côté, et rentrons chez nous; bientôt les employés sortiront de leurs bureaux et les fainéants se promèneront; ceux-ci sont de la pire espèce: ils vous culbutent, vous poussent, vous trépignent, vous coudoient; on dirait qu'ils y voient moins que les autres. Moi, de ma vie je n'ai jamais culbuté personne, tout aveugle que je suis! Pour les voitures, passe encore, on les entend venir de loin; ce qu'il faut craindre ce sont les maudits charriots poussés par des méchants gamins: ils font exprès de vous les lancer par derrière: on voit bien que ce sont des hommes avec des yeux. Donc il faut que je rentre, malheureux que je suis! Pauvre Boulot! Boulot, mon ami! Tu seras peut-être égaré, perdu, cherchant ton maître; un voyer te prendra et te vendra pour quelques sous à la grande Place; si au moins je pouvais être là! Qui sait?

On te mangera peut-être; j'ai entendu dire que la chair du chien est appétissante, et toi, mon Boulot, tu es si rondet, si gras, si bien nourri! Oh, les cannibales! . . . Que

faire? Marchons doucement. Attention, messieurs, gare! . . . Encore une fois! Fuyons donc cette foule idiote et inconsidérée . . . Paff! Nom d'an . . . sapperlipopette! C'est une lanterne, je me suis écrasé le nez contre elle, voyez-vous! Je jure que je ne comprends pas à quoi servent les lanternes car je vous le demande: si on a des yeux et on peut voir, pourquoi des lanternes? et si on n'en a pas, à quoi bon les lanternes? Dans les deux cas elles sont inutiles! C'est un raisonnement sans réplique qui n'est jamais venu à personne et qui pourtant est très juste. Mais, que voulez-vous? On aime à faire de folles dépenses; il n'y a pas dans le gouvernement un seul aveugle et je vous soutiens qu'il n'y a que les aveugles pour la lucidité d'esprit . . . Encore une culbute, un gamin sans doute! . . . Mais, c'est Boulot; c'est mon lion, mon soleil, chère petite bête, où es-tu donc allé?

De la virgule.

On sépare par la *virgule*:

1.^o Les différentes parties d'un sujet, d'un attribut ou d'un complément composé.

2.^o Les propositions coordonnées.

On place entre *deux virgules*:

1.^o Tout ce qui peut se retrancher sans que le sens de la phrase en souffre, tels que les propositions isolées incidentes ou subordonnées explicatives et les mots en apostrophe.

2.^o Tous les membres des phrases susceptibles de se déplacer comme les propositions circonstanciées, les compléments explicatifs circonstanciés et indirects, lorsque ces membres des phrases ne sont pas placés immédiatement après le mot dont ils dépendent.

3.^o Tout ce qui sépare des termes plus ou moins inséparables, comme le sujet de son verbe, le verbe de son attribut ou d'un complément direct, indirect ou circonstancié.

On se sert encore de la *virgule*:

1.^o Avant un verbe séparé de son sujet par une subordonnée déterminative d'une certaine étendue.

2.^o Après un sujet d'une étendue assez longue pour exiger un long repos avant le verbe.

3.^o Après toute proposition renfermant un des mots suspensifs *si tant, tel, tellement, d'autant plus, d'autant, moins*, etc.

Remarques relatives aux conjonctions.

Quand une proposition ou une phrase renferment plusieurs parties semblables, les deux dernières sont ordinairement jointes par une conjonction: l'emploi de cette conjonction dispense de la virgule si l'étendue de deux parties ne nécessite pas un repos. On peut cependant, même dans ce cas, faire usage de la virgule quand on veut fixer l'attention sur chaque partie, ou quand il y a entre elles une certaine opposition. Si la conjonction était répétée avant chaque partie la virgule c'est nécessaire, la conjonction ne servant plus à relier, mais à renforcer chaque partie.

Du point-virgule.

On sépare par le point-virgule:

1.° Les différentes parties d'un sujet, d'un attribut ou d'un complément composé.

2.° Les propositions coordonnées.

Toutes les fois que l'une ou plusieurs de ces parties ou de ces propositions exigent déjà l'emploi de la virgule.

3.° Deux membres de phrase dont aucun n'exige la virgule, mais présentant une séparation de sens assez marquée pour que la virgule devienne insuffisante à l'exprimer.

Remarque. La présence d'une conjonction entre deux parties de phrase devant se séparer par le point-virgule, fait remplacer ce point-virgule par une simple virgule à moins que l'on ait l'intention de fixer l'esprit sur chaque partie ou qu'elles ne renferment des oppositions, des séparations de sens assez marquées.

Des deux points.

Les *deux points* s'emploient:

1.° Pour séparer les grandes parties de phrases qui exigent déjà la présence du point-virgule.

2.° Avant ou après toute citation suivant que le membre de phrase qui l'annonce ou la résume précède ou suit la citation.

(La citation commence toujours par une majuscule.)

3.° Après une proposition suivie, soit d'énumération, de développements, d'explication soit d'une réflexion qui s'y rapporte, ou d'une conséquence qui en résulte.

Si l'énumération précède la proposition qui la résume, les deux points, au lieu de les mettre après cette proposition, se mettent avant.

Du point.

Le point se place après toute pensée complète.

EXPLIQUEZ LE PROVERBE: "QUI TROP EMBRASSE
MAL ÉTREINT."

La science n'est pas seulement dans les livres, plus ou moins volumineux, qui s'étalent dans les bibliothèques: il y a aussi une autre science qui nous est transmise dès la plus haute antiquité, qui n'est pas écrite, et n'est pas le produit des laboratoires ni des élucubrations des savants; cette science est la science populaire, la science du sens commun; elle est l'ouvrage du temps, des expériences de plusieurs générations: nous la connaissons sous forme de proverbes, de dictions, etc. Un de ces proverbes est: "Qui trop embrasse mal étreint."

Qui trop embrasse mal étreint est un axiome que vous aurez dû entendre et dont vous aurez peut-être déjà compris la profondeur. Dans ce proverbe, le mot *trop* signifie *trop de choses, trop d'objects*, et c'est le complément direct du verbe *embrasser*; ce n'est pas un adverbe, car alors, au lieu d'exprimer une vérité, le proverbe serait une paradoxe comme celle-ci: Qui embrasse trop (fortement) mal étreint. Donc, la vraie signification est: Qui embrasse trop de choses, mal étreint.

N'allez pas non plus lui donner un sens facétieux interprétant le mot *embrasse* dans l'acception de donner un baiser; non, le mot *embrasse* est pris dans le sens matériel ou figuré *d'entreprendre, de prendre sur soi, de se charger*, etc.

Ceci est un proverbe des plus profonds, et le premier qui l'a formulé devait bien connaître la nature humaine.

L'homme, étant limité de sa nature, ne peut avoir une puissance infinie et, par conséquent, ses aspirations doivent se régler selon ses moyens. Ses facultés, tant corporelles qu'intellectuelles, ne peuvent aller au delà de la limite à elles prescrite par leur Créateur. Que l'homme puisse développer ses facultés au moyen de (l'exercice et de) l'entraînement, personne ne peut s'en douter; mais un moment arrivera où il ne pourra plus avancer un pas et il restera for-

cément à l'état stationnaire. L'indéfini n'existe pas dans la nature; toute créature, arrivée à la plus haute perfection dans sa sphère, doit nécessairement tomber ou décliner. Ceci posé, vous comprendrez bien que tout ce qui dépasse le pouvoir d'une faculté est *trop* pour cette faculté; ne confondez pas le mot *trop* avec le mot *beaucoup*; l'homme peut embrasser beaucoup, et doit même embrasser beaucoup, parce que, ayant plusieurs sens et plusieurs facultés, il doit les employer tous et leur fournir leur objet à chacun; mais il ne doit pas embrasser trop; son attention devant se diviser entre les différents objets, qui la sollicitent, se trouvera affaiblie et nulle pour les objets excédants, qui non seulement seront inutiles mais encore nuisibles aux autres. Vous pouvez en faire l'expérience: Prenez sur vous plusieurs volumes, disons trente ou quarante: si vos forces peuvent les transporter c'est parce qu'ils ne vous sont pas de trop: mais si vous surchargez le poids, un moment arrivera où le nombre de volumes dépassera vos forces, c'est à dire, ils seront trop, et alors non seulement peut-être le volume de trop tombera, mais il entraînera aussi les autres dans sa chute.

Je vous engage donc, à ne pas vous laisser tromper par trop de confiance: mesurez bien vos forces avant de vous charger de n'importe quel poids ou quelle besogne; mais que la paresse ou le découragement ne vous fasse pas tomber dans le défaut contraire: penser que c'est seulement quand il y a *trop* que les forces s'épuisent et cessent de prêter leur concours.

NUL N'EST CONTENT DE SON SORT

(Dialogue)

—Me voici! J'ai entendu tes plaintes, ouvrier; tu dis que tu travailles trop, que tu gagnes peu et ne t'amuses guère. Tu veux changer d'état? Accordé! Que veux-tu devenir?

—O Fortune, vous me demandez ce que je veux devenir? Mais vous le savez bien; je voudrais être l'inspecteur qui nous tyrannise. Oh! comme je serais bon pour tous. Un inspecteur! en voilà un qui est heureux, il n'a pas grande chose à faire! il n'a qu'à crier, à gronder, à commander; il est bien payé, il est libre!

—Entendu! Tu seras inspecteur. Heureusement j'en connais un qui envie le sort d'un laboureur. Tu prendras sa place, ses pensées, ses plaisirs, ses inquiétudes; cours remplir tes nouvelles fonctions . . . Eh bien! es-tu content?

—Mais, vous ne m'avez pas dit que mon patron était aussi capricieux qu'exigeant, qu'il avait une humeur fantasque. Il veut que tout aille à merveille, que rien ne manque, et il ne paie pas assez pour qu'on puisse tenir son rang et être respecté des ouvriers. Oh! si j'avais su qu'il était comme cela, certes, au lieu de désirer un emploi subalterne, j'aurais voulu devenir patron!

—Hein?

—Puisque vous avez été si bonne . . .

—Tu veux maintenant devenir patron, soit! Heureusement il y en a beaucoup qui veulent quitter les affaires. Sois patron et jouis de ton sort; es-tu content?

—Je ne dis pas non . . .

—A la bonne heure! . . .

—Seulement . . .

—Quoi?

—Pardon, mais je ne pensais pas . . . Par le temps qui court, tout n'est pas rose dans la vie des patrons. Les grèves, les menaces, le socialisme! On est toujours à la veille d'être assassiné, saccagé, ruiné, lapidé. Vous savez que le capital ne rend plus grande chose, les risques sont énormes; les chômages nous font perdre beaucoup; la concurrence abaisse les prix; les impôts, les contributions, la guerre prennent le reste. Penser qu'on a travaillé jour et nuit dans l'espoir de se reposer un jour avec sa famille et s'éveiller un beau matin avec le socialisme et ses rêves évanouis! . . . Combien j'envie l'insouciance de cet auteur qui me raillait hier au dîner du maire! voilà un homme heureux; il vit paisiblement, il a ses loisirs; l'avenir ne le préoccupe pas; il a tout ce qu'on peut désirer, il est fêté, invité partout, admiré comme un homme d'esprit . . .

—Veux-tu devenir ce poète-là?

—Dame! si je le veux!

—C'est facile; il veut aussi devenir épicier. Sois donc poète, sois auteur; aie de l'esprit. !Va, sois heureux!

—La belle chose que d'avoir de l'esprit! On vous invite, on vous fête pour être l'amusement de tous et la joie des sociétés fades. Etre auteur, c'est se trouver à la merci des éditeurs

et des libraires; c'est se torturer la pensée et l'imagination nuit et jour pour faire naître une idée que les imbéciles ne comprendront même pas, et que les gens d'esprit l'écouteront avec indifférence, jaloux de votre renommée! L'écrivain est un esclave à la merci de tout le monde; c'est la proie des critiques ignorants, c'est un malheureux qui vit d'espérances et d'illusions et meurt de faim et de misère. Voilà les épines qui se cachent sous les lauriers. Cela est beau d'être poète, mais seulement quand on est mort! Chateaubriand, après avoir écrit *Atala*, fit bien de devenir ministre! Il n'était pas bête lui! Un ministère, c'est là qu'est la vraie puissance, la vraie gloire! Commander, avoir le sort de ses compatriotes dans son portefeuille, passer devant la multitude silencieuse et courbée; lire le respect, la peur, l'envie dans la figure des autres!; pouvoir refuser les invitations, les accepter sans être obligé, sans faire de l'esprit ni du sentiment, rester mystérieux, silencieux, muet; laisser tomber de temps en temps un mot au milieu de l'attention générale, lancer un regard protecteur . . . Ah! c'est là le vrai bonheur! c'est la vie!

—Veux-tu devenir ministre? Quel portefeuille?

—Oh! n'importe lequel; j'aurai le temps de me faire au métier.

—Sois donc ministre! Tes vœux, sont-ils comblés?

—Ouf! La Chambre, l'opposition, les envieux qui s'évertuent à trouver mauvais tout ce que vous trouvez bon! Allez donc! Et les journaux, les hideux reptiles qui glissent leurs regards curieux jusque dans votre alcôve, qui vous attaquent sans pitié, sans ménagement, sans délicatesse. Ministre, on est à la merci de tout le monde. C'est un esclave couvert d'or, respecté pendant qu'il est au pouvoir, méprisé quand il est tombé; gladiateur dont la vie dépend des caprices du public et d'un signal de son maître, le roi! Pas une nuit sans affreux cauchemars! Deux ou trois votes de plus ou de moins et voilà l'impopularité, et votre souverain vous réduit au néant. Oh! être souverain, n'être pas responsable, n'avoir rien à faire que de signer, dormir, s'amuser pendant que les ministres veillent! . . . Ah! si j'étais roi!

—Roi? Veux-tu une couronne? Roi constitutionnel ou absolu?

—Constitutionnel s'il vous plaît. Je suis conséquent avec mes principes.

—Constitutionnel bon! Ca, fais ton métier de roi!

—Mais, c'est ridicule, absolument ridicule! Je suis une poupée mécanique, à la merci de mes ministres!

Je n'ai pas de volonté, pas d'initiative! Si je dois lire un discours, il faut que le ministre le fasse; je suis son lecteur, voilà tout! Je ne peux pas contracter des amitiés, des alliances; je ne peux pas voyager sans leur permission. Je suis le moins libre dans mon royaume. A-t-on jamais vu? Mais c'est insupportable! Je veux devenir absolu, être maître de moi-même et de mon royaume, dois-je faire une révolution!

—Ne troubles pas le monde, mon cher! Veux-tu devenir czar?

—Absolu, mais absolu!

—Te voilà czar absolu! Te voilà! Mais tu soupères, ton front est soucieux . . . qu'as-tu?

—Malheureux que je suis! Est-ce vivre cela? Craindre, se méfier, et servir toujours? Ai-je deux jours tranquilles, deux jours seulement, depuis que le sceptre de l'empire est dans mes mains? Le danger me menace à chaque instant mystérieux et inattendu! Je ne peux me fier à personne; je dois soupçonner tout et tâcher de noyer dans le sang mes peurs et mes craintes. Ah! Heureux toi, Marc-Aurèle, heureux le roi qui peut gouverner son peuple sans haines et sans soucis! Heureux le philosophe qui, avec le sourire aux lèvres, peut assister tranquillement aux luttes sociales sans y prendre part; qui voit paisible et calme éclater les révolutions, s'écrouler les trônes et disparaître les dynasties! Ah! Alexandre, tu n'enviais Diogène que parce que tu étais Alexandre, et moi, moi je l'envie!

—Veux-tu devenir philosophe? Quelle secte?

—N'importe laquelle, pourvu que je me débarrasse de ce lourd fardeau . . .

—Eh bien; sois le meilleur philosophe! Es-tu heureux je suppose . . .

—Hélas, hélas! Heureux! J'ai parcouru du regard toutes les classes de la Société et je n'ai vu que des larmes! Comme l'enfant qui, ayant quitté le sein de sa mère, être égaré dans les rues d'une grande ville, et pleure et marche toujours et ne se repose que quand il la revoit, ainsi l'homme,

le fils du néant, cherchera en vain le bonheur, et gémera inutilement sous son sort; il ne sera jamais heureux tant qu'il ne retournera pas au sein de la mort.

LA SAISON QUE JE PRÉFÈRE.

J'aime l'hiver quand la famille se rassemble autour du foyer où pétille un bon feu, ou quand les salons s'ouvrent pour permettre à la jeunesse de danser et s'amuser; j'aime le printemps quand les fleurs s'épanouissent et embaument l'air, quand la gaieté et l'amour font entendre partout des rires et des chants; j'aime l'été avec les plages animées de baigneurs et de baigneuses, faisant retentir l'espace de leurs cris et miroiter le soleil dans les vagues azurées de la mer; mais je te préfère, automne, douce saison de vendanges, qui nous apportes les fruits de l'année, les frais zéphirs et les rêveries mélancoliques!

Automne, si tu es triste comme l'adieu de la nature mourante, tu viens comme la tranquille vieillesse après une orageuse existence! Quoique tu n'aies pas les joies radieuses d'Avril, quoique ton soleil soit moins brillant que le soleil de Juillet, je te préfère à toutes les saisons, je salue ton arrivée et je ne te regrette que trop quand tu nous quittes en emportant les chants de nos oiseaux et les feuilles de nos bois!

Que je t'aime, automne, quand, en me promenant le soir dans la campagne, j'entends au loin les chansons des laboureurs qui rentrent de leurs récoltes, le produit de leur travail! Je t'aime quand je contemple la forêt aux couleurs variées, les feuillages qui jaunissent, les différentes nuances que tu donnes à la verdure monotone du printemps et de l'été! J'aspire ton souffle mystérieux quand la fraîche brise effleure mon front ou secoue les feuilles des arbres avec un soupir plaintif, un tendre gémissement! Alors mon âme, insouciant d'ordinaire, se recueille et médite; alors il me semble entendre des murmures partout, des voix qui chuchotent; je crois sentir la présence des êtres invisibles dans les endroits solitaires, dans les ondes du ruisseau qui coule paisiblement au fond du bois, dans l'imposant fracas de la cascade qui tombe; dans le vent qui fait gémir les ruines des châteaux et des couvents, longtemps abandonnés, dans les vagues qui viennent de loin pour se briser contre la falaise solitaire, et s'éparpiller sur le sable sous la forme d'une blanche écume!

LA FOIRE DE BRUXELLES

Cher ami:

Toi qui connais si bien mes habitudes de flâteur et le faible que j'ai pour les expositions, les kermesses, les courses, les revues, les régates et toutes sortes d'esppectacles où se réunit beaucoup de monde, tu ne t'étonneras pas si je te parle de la foire de Bruxelles.—“Encore une!” me diras-tu; depuis trois mois, tu ne t'occupes que de foires!” Tu as raison, cher ami, mais cette fois je te dirai avec le poète latin: *Paulo majora canamus*: la foire de Bruxelles n'est pas comme celles dont je t'ai déjà entretenu; il y a foire et foire. Ecoute un peu.

Le samedi, douze Juillet de cette année heureuse, de dix-huit cent quatre-vingt-dix, comme je descendais le long de l'avenue du Midi, suivant la foule qui se dirigeait vers la gare, je distinguai au loin, vers la place de la Constitution, une immense clarté, produite par un gigantesque diadème de lumières, combinées de telle façon à former des croix, des médaillons, des étoiles, etc., réunis au moyen de guirlandes de feu qui se dessinaient parfaitement à un kilomètre de distance. De temps en temps des feux d'artifices répandaient aux environs leur vif éclat et leurs couleurs brillantes: on aurait cru que d'énormes émeraudes, de colossales saphirs, de fabuleux rubis venaient s'entremêler avec les cordons des diamants de la couronne, comme les pierres précieuses qu'on voit incrustées dans les couronnes des anciens rois de France. Je pressai le pas, à mesure que je m'approchais. La foule augmentait; des musiques criardes et nasillardes faisaient retentir les airs; des coups de sifflet, des cris, des voix rauques, des rires annonçaient la proximité d'une foire; deux montagnes russes circulaires situées au milieu de la place et qui, en tournant, faisaient miroïter les oripeaux, les fausses broderies, les drapeaux argentés, les écussons dorés me firent ressouvenir que c'était ce jour-là—l'inauguration de la foire dont on me parlait depuis le commencement de la saison.

Imagine-toi un boulevard long d'un kilomètre et demi peut-être, au milieu duquel se trouve la place dont je viens de te parler; couvre maintenant ce boulevard de lampes vénitiennes, de figures et de couleurs variées; suspends-y des cordes attachés aux arbres de manière à former un plafond lumineux et gai, qui permet de se voir sans fatiguer la vue,

et fais circuler sous ce plafond fantastique une foule en colonne serée qui marche distraite, se bousculant, se heurtant, se poussant, et tu auras une idée de cette merveilleuse foire.

Maintenant, à la foire proprement dite. Chaque fois que je me promène au milieu des baraques d'un Kermesse, je me persuade de plus en plus qu'une grande philosophie et une étude approfondie du coeur humain se cachent sous les oripeaux et les tapagux étalages des marchands ainsi qu'une grande misère et une profonde tristesse se laissent deviner sous les dorures des jongleurs et sous leurs amusantes saillies. Ces grands carrousels, ces montagnes russes mises en mouvement par la vapeur et dont les voyageurs font des cris perçants, autrement que de détresse, quand la voiture descend une pente rapide; ces chevaux de bois, bridés et sellés, avec de fortes tiges de fer sur le dos pour que les cavaliers s'y cramponnent et ne courent aucun danger; ces autres qui imitent le pas d'un cheval lancé à toute vitesse, et que montent des jeunes gens avec tout le sérieux et le plaisir d'une vraie course au Longchamps; ces barques qui se balancent dans l'air, agitées par une imaginaire tempête et qui donnent le mal de mer moyennant quinze centimes; toutes ces choses-là ne te disent-elles pas que l'homme est un animal friand d'émotions fortes, savourées de quelques grains de danger sans conséquence? Alternant avec ces grandes machines sont les baraques et les boutiques; les unes attirent les curieux par des promesses miraculeuses, par l'appât de grosses jambes, par des femmes peintes et travesties, par des annonces pompeuses de tableaux assassins et des peintures méphitiques; les autres, au contraire, tâchent d'intriguer les passants par le voile du mystère: un nom exotique, des portes fermées, quelques mots inintelligibles voilà leurs moyens. D'autres, philosophes, poussent encore plus loin l'exploitation des faiblesses humaines; l'homme ne se contente pas de connaître le présent; il veut aussi savoir l'avenir dont des sonnambules, des astrologues, de chiromanciens, pour dix ou cinquante centimes prédirent au premier venu tout ce qui lui plaira, sans savoir eux-mêmes s'ils feront ce soir-là une bonne recette, si viendront beaucoup de naifs villageois. Je continue mon chemin et je vois des ateliers de photographes avec leurs collections de portraits de toutes sortes, des athlètes qui font ressortir leurs muscles,

des nègres, des généraux, des danseuses, des soldats, des paysans, etc.: la multitude qui entre me prouve que l'homme aime à se contempler et que personne ne se croit indigne de se reproduire: Des coups! une musique tapageuse! Bon! C'est le tir mécanique, le tir à la carabine, et au pistolet à air comprimé; l'homme a son instinct de destruction, il aime à casser des pipes, des boules en verre, il faut qu'il expie cet instinct là moyennant dix centimes chaque trois fois qu'il pêche! Encore plus loin! qu'est-ce qu'il y a donc dans cette baraque-là (qu'y a-t-il donc) pour que les curieux qui l'assiègent rient si bruyamment? *Le Massacre des Innocents* c'est écrit dessus; mêlon-nous à la foule, faisons travailler nos coudes, poussons un peu, glissons-nous, nous verrons peut-être Hérodes . . . en fin! mais, ce sont des gamins affublés de masques de toutes sortes, et à la tête desquels le public s'amuse à jeter des balles; les gamins baissent la tête aussitôt qu'ils voient venir le coup, et font un pied de nez au maladroit; mais, quand ils sont attrapés, c'est alors que le public se *moque* d'eux. Voilà un amusement nouveau et qui a du succès! Ce ne sont plus des poupées; l'homme peut tirer sur d'autres hommes, sans les tuer, le voilà content.

Tu vois, mon ami, que cette foire vaut bien une soirée de bousculades et de culbutes. Non seulement les baraques sont plus grandes et mieux peintes qu'ailleurs, mais les amusements sont aussi plus variés; il y a même du nouveau. Je ne te parlerai plus des cabinets d'anatomie, des femmes endormies qui soulèvent leur poitrine par un mouvement de respiration: je passerai vite devant les fritures de toutes les contrées du monde qui se font à Bruxelles, devant les moules parquées, momifiées devrait-on dire; je ne m'arrêterai pas même devant l'hippodrome où l'on monte de vrais chevaux moyennant vingt cinq centimes le tour, non je néglige tout cela, et je vais plus loin. Je veux voir ce qu'il y a dans ces élégantes baraques où s'étalent des copies de grandes tableaux, connus au Salon: *Charcot, les hystériques, Pasteur*; la science; à côté Eyraud, Jack l'Eventreur, le crime; magnifique! Est-ce un hasard? Y a-t-il une arrière-pensée? La science du crime existerait-il? Le crime deviendrait-il plus terrible à mesure que l'homme devient plus instruit?

Avec cette idée je passe, je circule, je me laisse entraîner par la foule qui m'entourne; la musique parvient à peine à

me déranger ; les rires ne m'égayent plus, je vois les chevaux tourner, j'entends les causeries, j'aperçois de jolies figures de femmes, mais je pense à autre chose, je pense aux criminels, aux assessins, je regarde les hommes avec méfiance; je pense aux pick-pockets, je tâte ma montre et mon porte-monnaie et pour plus de sûreté je rentre chez moi et je t'écris.

LE PRIX DE TEMPS

Dans ma jeunesse, dit Buffon, j'aimais beaucoup à dormir et il était rare que le sommeil ne me dérobat la moitié de mon temps. Mon pauvre Joseph, mon valet de chambre, faisait tout ce qu'il pouvait pour vaincre ma paresse, et il se passait peu de jours qu'il n'essayât de me guérir de ma maladie; mais il arrivait rarement qu'il réussît. Je lui promis un soir un écu pour qu'il me forçât de me lever à six heures. Il était impossible qu'il ne vînt pas le lendemain matin me tourmenter à l'heure que je lui avais fixée mais je lui répondis brusquement. Le jour suivant, il vint encore; cette fois je lui fis de grandes menaces, et peu s'en fallut qu'il ne me crût sérieusement fâché. "Joseph, lui dis-je dans l'après-midi, j'ai perdu mon temps et tu n'as rien gagné; je veux que tu comprennes mieux tes intérêts, que tu ne penses qu'à la promesse que je t'ai faite, et que désormais tu ne fasses aucun cas de mes menaces." Le lendemain il en vint à son honneur. D'abord je le priai, je le suppliai, puis je me fâchai; mais j'avais ordonné qu'il ne fît aucune attention à tout ce que je lui dirais, et cette fois il obéit; je fus forcé de me lever quoi que je fisse. Il était rare que ma mauvaise humeur durât plus d'une heure; Joseph était alors récompensé par mes remerciements et par ce que je lui avais promis. Je dois au pauvre Joseph une demi-douzaine au moins de volumes que j'ai publiés. (Copié).

PENSÉES

La nuit est plus ancienne que le jour; elle sera peut-être éternelle.—Pour certains métiers la *nuit* c'est le jour. C'est pendant la *nuit* que les plus tristes pensées obsèdent l'esprit. Sans la *nuit* le jour serait intolérable.

Parmi les êtres vivants la *plante* est la plus primitive. On dirait que la *plante* est très malheureuse en ce qu'elle n'a ni liberté ni mouvement; elle est peut-être la plus heureuse

parce qu'elle n'a pas de sensibilité. Si Dieu avait donné à la *plante* une autre couleur que le vert, l'aimerions-nous aussi bien? Tel le sol, telle la *plante*.

Le vent n'est que l'air en mouvement. Si léger et capricieux que le *vent* puisse nous paraître, il a pourtant ses lois et ses marches delimitées et déterminées.—Les fleurs s'envoient leurs baisers au moyen du vent.—Soyons comme le vent; il agit sans être visible, il caresse comme le zéphyr et brise tout comme l'ouragan.

L'oiseau est le thermomètre de plusieurs hommes.—Les hommes appellent oiseau celui qui est un étourdi; c'est une injustice comme il y en a tant d'autres.—Il y a peut-être relativement plus de sagesse dans le cerveau d'un petit *oiseau* que dans celui de certains politiques. Si *l'oiseau* n'existait pas l'homme serait plus malheureux, la nature plus triste, mais les vers et les insectes en remercieraient Dieu

LE FIGUIER DES INDES

Cet arbre est une des plus belles productions de la Nature dans l'Inde. De larges feuilles, douces au toucher, et d'un vert tendre à la vue, au milieu desquelles brillent de petites figes d'un rouge écarlate, donnent une ombre paisible et salutaire au voyageur fatigué. Les Hindous ont la plus grande vénération pour cet arbre et lui rendent en quelque sorte les honneurs divins. Les branches de ce bel arbre servent de demeure à une infinité d'animaux. On y remarque surtout des paons, des écureuils et des singes. On peut facilement se faire une idée du mouvement continu qu'y produit la nombreuse population de ces derniers. Rien n'est si divertissant que leurs mines grottesques, leur humeur fantasque et les leçons qu'ils donnent à leurs petits pour leur apprendre à devenir agiles et à sauter adroitement de branche en branche. Ces leçons, qui sont accompagnées de caresses quand l'élève est docile, et de coups quand il est revêche le conduisent insensiblement à faire sans crainte les sauts les plus périlleux, et l'habituent à cette adresse vive et souple qui distingue ces animaux de tous les autres. (Copié)

Le *chien* garde la maison, le troupeau et veille pendant notre sommeil. Quelquefois l'instinct du *chien* a découvert l'ennemi le plus redoutable dans celui que son maître

regardait comme un ami.- On croit ordinairement que la langue du chien guérit les plaies qu'il lèche; souvent il les infecte.- Plusieurs assassinats ont été découverts grâce aux chiens des victimes.

Quand on se baigne dans une profonde rivière, celui qui sait nager y trouve de l'agrément, celui qui ne sait pas, la mort. Toute petite qu'une rivière puisse être, elle aura toujours des mystères; en dehors des poissons, elle nourrit des milliers d'animaux dont la vue de l'homme, dépourvue d'instruments, ne pourrait soupçonner l'existence. La rivière est comme la vie: la plus douce et la plus pure contient toujours une petite quantité de sel.- La vie et le bonheur des villages et même des contrées dépendent quelquefois de l'eau d'une rivière: elle apporte les principes nourrissants à la région qu'elle traverse.

Pendant un orage, la pluie tombe à verse et le vent atteint une vitesse de 25 mètres par seconde au moins. Les météores ne sont pas rares pendant l'orage, surtout les électriques.- Dans les pays froids, l'orage est souvent accompagné de grêle; dans les pays chauds, des éclairs, du tonnerre et de la foudre; en mer des trombes parfois, et une grande obscurité toujours, le rendent très dangereux et imposant.— Ce qui caractérise les orages des pays intertropiques c'est le mouvement vertigineux des vents tout en se déplaçant et suivant une direction connue; les tourbillons qui en résultent, déracinent les arbres, font tourner et s'entrechoquer les navires et arrachent les toitures des maisons.

LA TOURTERELLE ET LA PIE

Une tourterelle qu'avait atteint à l'aile, le plomb du chasseur, n'avait pu suivre les autres oiseaux dans leur migration accoutumée. Elle s'était réfugiée dans une forêt où elle s'était choisi un chêne pour abri. L'amitié, les doux épanchements étaient un besoin pour son âme; il y avait au fond de son cœur des secrets qu'elle aurait voulu confier à une amie discrète. Or, elle avait pour voisine une pie qui, après s'être montrée un peu plus communicative, dit tout ce qu'elle savait, puis ce qu'elle ne savait pas, parla, jasa, passa en revue tous les oiseaux de la forêt, imagina même des disgrâces, qu'elle n'avait jamais essayées, des situations délicates où elle ne s'était jamais trouvée, une foule de sentiments qu'elle n'avait point éprouvés,

ne les ayant jamais connus que par tradition. La tourterelle, charmée d'un tel abandon, s'épancha toute entière dans le sein de sa nouvelle amie; mais celle-ci n'eut rien de plus pressé que d'aller répéter à tous les autres oiseaux les secrets qu'on lui avait confiés. La pauvre tourterelle, indignée d'une si grande trahison et donnée d'une sensibilité excessive, ne tarda pas à mourir de chagrin.

Confier un secret à un indiscret c'est mettre tout le monde dans sa confidence. (copié)

LES PLAISIRS DE L'ÉTÉ.

L'été est la saison du plaisir et du mouvement: grâce à la longueur de ses jours, tous ceux qui le peuvent, voyagent pour admirer la nature dans toute sa beauté, pour visiter différents pays ou pour prendre les bains de mer que les exigences de la santé ou de la mode imposent, pour changer de l'air et faire une provision de chaleur et de gaieté pour les froides soirées de l'hiver. Ceux qui ne disposent pas de grands moyens, restent chez eux et rien n'est plus charmant que de les voir, le soir, à l'heure du crépuscule, rassemblés dans leurs jardins sous les vieux arbres, prenant le thé, jouant ou se racontant des histoires ou se confiant leurs mutuelles impressions: c'est alors que la brise, parfumée et remplie d'émanations vivifiantes, pénètre le sang et éveille dans l'esprit des images joyeuses, des réminiscences agréables comme si dans le souffle mystérieux se révélait l'être invisible qui nous a apporté nos premières sensations.

LES MOYENS DE SE GARANTIR DU FROID

Il est probable que la première chose dont l'homme se servit pour se garantir contre le froid, était une caverne, le creux d'un arbre ou l'excavation d'un rocher: les premiers hommes ne devaient pas être très frileux et supportaient bien un froid graduel et continu: mais ils seraient pourtant sensibles aux brusques changements, aux courants froids, aux vents du Nord, et pour cela chercheraient à se mettre à l'abri. Le long séjour dans ces habitations primitives aurait rendu après sa sensibilité plus délicate, et pour son confort et pour s'abriter de l'air extérieur il aurait eu besoin de couvrir sa nudité, soit en arrachant aux animaux leurs peaux, qui les défendaient contre le froid, soit en tissant des

feuilles et des filaments végétaux. Un hasard, le choc de deux corps durs, la foudre qui, en tombant, brûle une forêt les mirent ensuite en rapport avec le feu, et par là ils conquirent ses propriétés dégourdissantes: de là à en faire usage il n'y a qu'un pas.

Plus tard, mais beaucoup plus tard, et seulement quand, grâce au concours du hasard et de mille heureuses circonstances, son industrie se fut développée relativement, il connut l'usage des boissons spiritueuses pour réchauffer son sang endormi et en activer la circulation.

LES MATÉRIAUX QUI ENTRENT DANS L'ÉDIFICATION DES MAISONS

L'homme met à contribution toute la nature à peu près pour lui fournir sa demeure. Au règne minéral il emprunte la pierre, les marbres le sable, la chaux, le fer, le zinc, l'étain, le plomb et tout ce qui peut lui servir, ou comme soutien, lien, attache ou simplement comme ornementation. Il prend du règne végétal le bois dans sa riche variété, les joncs, les bambous, les feuilles et divers filaments qu'il tisse pour sa commodité intérieure. Les animaux lui donnent leur peau, leurs cornes, leurs défenses, pour en faire des tapis, orner les murs ou pour embellir les chambres par des capricieuses et fantasques incrustations.

Les usages de la pierre.

Exception faite du fer, il n'y a peut-être pas, sur notre planète une matière qui sert à plus d'usages à l'homme que la pierre. Elle l'a accompagné dans toutes les périodes de sa laborieuse marche à travers les âges. Elle lui servit d'abord de demeure en lui offrant ses cavernes et ses grottes; coupée en petits morceaux elle a été sa première arme soit pour se défendre, soit pour chasser les animaux qui constituaient sa nourriture. Peut-être même, se procurait-il du feu en frappant une pierre contre une autre pour faire jaillir l'étincelle qu'un heureux hasard lui avait fait découvrir. Avec des morceaux des rochers il éleva des autels aux divinités que sa crainte et son ignorance faisaient éclore dans son imagination à l'aspect des puissants phénomènes de la nature; il imita construction des cavernes pour se procurer un abri en entassant bloc sur bloc; il marqua par la présence de cette matière durable l'endroit d'un tombeau,

un lieu fameux quelconque, créant ainsi le premier monument. Ensuite il voulut la façonner pour rendre plus saisissant le souvenir des êtres chéris et cela fit naître la sculpture. Dire tous les usages de la pierre à travers les siècles et parmi les différents peuples qui ont existé et existent encore sur la surface du globe, serait faire l'histoire de l'humanité: il nous suffira de dire que, dans le moment actuel, la quantité de pierres que la nature a créées, ne peut plus satisfaire, à l'exigence de l'homme qui se voit obligé d'en fabriquer au moyen du ciment, pour édifier des églises, des bâtiments, des maisons, des murailles, des forteresses, pour paver les rues, former les quais des rivières, et canaliser les fleuves. On pourrait dire que sans la pierre l'homme ne serait pas ce que nous le voyons actuellement.

COMMENT ON CUIT LE RIZ

La manière de préparer le riz diffère considérablement selon les peuples qui s'en servent pour leur nourriture. Sans parler ici des gateaux que l'on fait avec le riz et dont l'énumération serait fatigante, nous nous bornerons aux préparations les plus usitées. Depuis l'habitant de Valence, en Espagne, qui cuit son riz avec des anguilles, des poulets, des écrevisses, etc., faisant ce qu'on appelle un *arroz a la Valenciana*, jusqu'au Chinois de la province de Fou-tchéou qui le mange bouilli simplement dans une énorme quantité d'eau, il y a l'Italien qui l'assaisonne à sa façon pour son *risotto*, le Turc qui en fait le *pilaw*, l'Hindou qui s'en sert pour son curry, le Malais et le Japonais qui le font bouillir dans des pots de terre ou morceaux de bambou, l'Américain qui y met de la graisse ou du beurre. La préparation la plus ordinaire en usage chez la plupart des peuples qui se nourrissent du riz, c'est à coup sûr, la suivante: on met une certaine quantité du riz décrotté dans un pot de terre de façon à ce qu'il n'occupe pas plus d'un quart de la capacité du pot: on le lave trois ou quatre fois en le frottant contre les parois intérieures jusqu'à ce que l'eau qui en sort soit claire et transparente. Alors on y ajoute autant d'eau qu'il est nécessaire et on met le tout sur le feu. Il faut que ce feu soit ardent et égal pour que le riz cuise bien. Quand l'eau commence à bouillir, on remue le riz avec une cuiller, on nettoie les bords du pot et on éteint la flamme pour le

laisser cuire à petit feu: cela ne dure en tout qu'un quart d'heure ou vingt minutes au plus. Dans certaines contrées, et chez les familles riches, on prépare même le riz à l'aide de l'évaporation. Le pot a alors deux compartiments: l'inférieur qui contient l'eau bouillante, et le supérieur où le riz se trouve: ils ne sont séparés qu'au moyen d'un fin crible de bambou ou d'autre matière. Préparé de cette manière le riz est indubitablement une nourriture très propre et très facile à digérer.

CE QUE NOUS MANGEONS

L'homme mange tout ce qu'il peut et se laisse manger par lui. Non seulement il tue les animaux qu'il élève à cette fin, comme le porc qui ne paraît être créé que pour lui servir de nourriture, tant il ne vit que pour s'engraisser; non seulement il sacrifie à sa voracité les animaux de basse cour comme les dindes, les oies, les canards, les poules, les colombes, dont il ne se contente pas des individus adultes mais aussi de leurs petits nés de leurs oeufs; il tue aussi le boeuf qui l'aide à labourer son champs, le mouton qui lui fournit son habillement pour l'hiver, et quand la faim le talonne il mange non seulement les rats, les chiens, les chats comme cela souvent arrive pendant des sièges opiniâtres, mais aussi son cheval, son noble compagnon qui a combattu avec lui, pour lui et l'a sauvé peut-être en maintes dangereuses occasions. Tyran de toute la nature, l'homme ne limite pas ses exigences aux êtres qui plus ou moins dépendent de lui; il chasse aussi les animaux qui vivent dans la liberté des bois et des forêts incultes; le lapin, le daim, le cerf ont beau fuir avec toute la vélocité de leurs fines jambes, sa flèche ou la balle de son fusil les atteindra au milieu de leur rapide carrière; en vain le sanglier lui fera face et lui montrera ses défenses meurtrières; en vain l'ours le menacera de ses puissantes et lourdes pattes, l'homme trouvera toujours le moment pour leur plonger son couteau dans le coeur, et célébrer sa victoire en mangeant la chair de ces victimes. Même les animaux qui vivent dans l'air, et qui s'y montent hors de l'atteinte de sa vue, ne laissent pas de devenir sa proie. Le poisson pourra se cacher dans les abîmes, ennemis de la vie humaine; les mollusques protégeront leur frêle et pauvre existence au moyen de grosses armures, aussi dures que la pierre elle-même et s'attacheront

aux rochers par des concrétions calcaires, comme les huîtres par exemple; l'homme saura les détacher, ouvrir leurs puissantes valves, les poursuivre dans les profondeurs des mers, et inventer mille moyens pour s'emparer d'eux, soit par la force soit par la ruse.

L'appétit de l'homme ne se satisfait pas du tribut que les autres animaux lui paient: il lui faut encore d'autres victimes. Les plantes lui offrent un champ immense pour repaître les exigences de sa voracité. Depuis les algues que la mer envoie aux rivages comme les lichens jusqu'au fruit du palmier qui se balance dans l'espace il y a toute une série innombrable de plantes qui lui donnent, les unes leurs racines comme les pommes de terre, les patates, les carottes; les autres leurs tiges, comme les asperges; celles-ci leurs feuilles comme la laitue; celles-là leurs fleurs, leurs fruits, leurs sémences, comme les légumes, dont nous nous nourrissons tous les jours. Il y a même des végétaux qui sont comestibles depuis la racine jusqu'au dernier bourgeon et dont la fleur, la sémence, les feuilles et la tige servent à nourrir comme la *Kachumba* de l'Inde et les champignons. Les gommés que distillent certains arbres, ainsi que la sève de l'arbre à lait et les résines d'autres non seulement ont leur emploi dans la Médecine, mais aussi dans la composition des gateaux, dans la confiserie et dans d'autres préparations plus ou moins usitées. Outre cela, les graminées, le blé, le riz, le maiz qui constituent la nourriture quotidienne de tous les hommes, c'est du règne végétal que l'homme tire ses boissons soit nourrissantes comme le vin, la bière, le chocolat, ou simplement excitantes comme le thé, le café, l'alcool, etc.

C'est du règne minéral qu'il prend le moins possible. Soit que la simplicité des formes des minéraux tentât peu sa gourmandise, soit que la difficulté de les transformer en compositions assimilables, leur manque de goût, ou leurs qualités quelquefois destructives lui aient inspiré de l'indifférence, du dégoût ou de l'horreur, la vérité est que l'homme ne prend du règne minéral que les substances composées des corps qui se trouvent aussi dans son organisme. Ainsi, parce qu'il a du fer et des chlorures dans son sang, des carbonates dans ses os, de l'hydrogène et de l'oxygène partout, il avale des composés de fer, il mange du sel, etc.

Ni la férocité, laideur, ni la bizarrerie garantissent assez certaines créatures de la voracité humaine. Les peuples du

Nord mangent l'ours, les chinois le requin et les serpents; les méridionaux comme les Français et les Espagnols regardent comme une friandise les escargots; plusieurs nations mangent des grenouilles; les Arabes et les Malais tiennent en grande estime les sauterelles; en Europe la soupe de tortue est très recherchée ainsi que le fromage fermenté. Quelques voyageurs même parlent d'une peuplade en Amérique qui se nourrit dans certaine saison, de la terre qu'ils prennent par bouchées. Enfin, l'homme fait bien honneur à son appellation d'*omnivore*, il mange de tout, il se mange lui-même, cela n'arrive pas seulement parmi les peuples dits civilisés, comme c'est le cas dans une horrible famine, pendant une longue navigation. Deux matelots anglais n'ont-ils pas mangé un jeune mousse il y a à peu près huit ans?

COMMENT ON BÂTIT UNE MAISON

Un Français que les événements politiques ont forcé de s'expatrier dans les pays tropicaux demande à un de ses amis, qui a séjourné longtemps en Malaisie, des renseignements sur la bâtisse des maisons appropriées aux exigences du climat. Son ami lui écrit la lettre suivante:

Mon cher ami:

Je comprends bien toute l'importance de la question que vous venez de m'adresser, touchant la manière de bâtir une maison dans un pays tropical. Nulle part peut-être la bâtisse d'une maison n'a plus d'importance que dans les climats chauds, non seulement au point de vue des commodités mais aussi de la santé de l'individu, étant donné la fait que la vie s'y passe presque toute entière. En conséquence je vais tâcher de mettre à votre disposition ce qu'une longue expérience en Malaisie m'a appris à ce sujet.

Ne devant pas bâtir votre maison serrée contre une autre, comme cela arrive dans les villes européennes vous choisirez un endroit suffisant (le terrain étant à bon marché) pour que votre demeure puisse être entourée d'un jardin, où vous planterez des arbres, des palmiers, des bambous, qui, par leur ombre, vous garantiront des rayons du soleil et attireront la fraîcheur sans empêcher les courants d'air si nécessaires à la vie. Ensuite, vous creuserez la terre jusqu'une certaine profondeur, disons trois mètres si vous n'êtes pas dans

un pays humide ou quatre et même cinq si la nature du sol est marécageuse ou peu sèche. Vous remplirez ce creux de pierres, de morceaux de briques, de ciment jusqu'à un mètre des bords, et vous tâcherez de pétrir le tout en l'aplanissant bien et en le rendant ferme et solide. Cette couche vous garantira de l'excès d'humidité et rendra les fondations imperméables aux pluies qui filtrent toujours à travers le sol. Quand cette couche se sera raffermie vous jetterez les fondements, suivant ce que vous désirerez, un palais ou seulement un cottage, sans oublier de laisser toujours une cour, assez grande au milieu pour favoriser encore plus la ventilation. Inutile de vous dire que vous devez ajouter un jardin aussi, au milieu duquel vous ferez jaillir une ou deux fontaines, si vous le pouvez. Vous affirmerez ces fondements avec les mêmes matières dont vous avez comblé le creux; les caves ne sont pas nécessaires ni même utiles, attendu que les pluies filtreront probablement à travers de leurs murs ou les inonderont pendant les orages torrentiels. Cela fait, vous édifierez les murs, en les faisant toujours épais et doubles pour que les fréquents tremblements de terre ne les renversent pas à la première secousse. Sans perdre de vue la ventilation, tâchez toujours de faire les portes et les fenêtres larges, bien larges; dans la distribution des compartiments éloignez la cuisine de vos habitations ainsi que le magasin des provisions: autrement la chaleur et l'odeur ne vous laisseraient ni travailler ni même dormir. Que votre maison n'ait que deux ou trois étages au plus, y compris l'entresol élevé d'un mètre et demi au dessus du terrain. Les chambres doivent être larges ainsi que les salons et les bureaux et assez hautes de plafond pour que vous puissiez y conserver des plantes, des fleurs et même des palmiers. Après avoir construit les murs, que vous renforcerez avec de gros troncs d'arbres cachés dans les colonnes, vous finirez tout de suite le toit, avant d'entreprendre aucune autre chose, afin de garantir l'intérieur pendant la saison des pluies et de permettre aux maçons et aux charpentiers de travailler à leur aise. Le toit doit être solide mais le plus léger possible; les pluies torrentielles gâtent bientôt les faibles toitures, et les tremblements de terre rendent trop dangereuse celles qui sont trop lourdes et surchargées. Une fois que vous vous êtes assuré que votre toit (en zinc, en briques, ou en feuilles) ne laisse pas passer une seule goutte d'eau, vous

pourrez commencer les ouvrages intérieurs, la maçonnerie, la boiserie, etc. Le parquet doit toujours être fait en bois, jamais en briques ou en fayences comme cela arrive dans le Sud de l'Europe sous prétexte que la brique est fraîche: elle vous donnerait du rhumatisme quand la saison des eaux viendrait. Construisez des verandahs du côté qui donne vers le Sud, même tout autour de la maison; elles vous seront très utiles. Avant de songer à la salle à manger, soignez d'abord la salle de bain, car elle vous est nécessaire pour vous conserver la santé. Un escalier large, droit et à marches faciles et commodes vous sauvera la vie si quelquefois un tremblement de terre vous surprenait pendant que vous êtes aux étages supérieures; c'est pour cette raison que la plupart des habitants dorment à l'entresol. Pour vous mettre à l'abri de la foudre pendant les orages, rien n'est plus sûr qu'un ou deux paratonnerres placés sur le toit ou au milieu du jardin. Si vous disposez d'un terrain suffisant, n'oubliez pas de faire construire une terrasse, et si vous n'en avez pas, faites en mettre une à la place de la toiture, ayant toujours soin qu'elle soit assez convexe pour que l'eau de pluie coule facilement: vous en verrez après les immenses services et l'utilité. Gardez-vous bien en tout de sacrifier à vos préoccupations les exigences du climat car vous seriez la victime de votre imprévoyance. Enfin, pendant que vous bâtirez votre maison, ayez toujours présent à la mémoire la puissance des phénomènes naturels tels que les tremblements de terre et les orages, les incommodités de la chaleur, le besoin d'air et de propreté, l'humidité du sol, les maladies épidémiques, etc, et tâchez d'y pourvoir par les moyens que les habitants connaissent, ou que votre intelligence vous inspirera.

Tout en vous souhaitant une vie heureuse et paisible je vous envoie le salut plus amical et mes amitiés les plus sincères.

UN ÂNE REPROCHE À SON MAÎTRE SES MAUVAIS TRAITEMENTS
(Discours)

Assez, monsieur, maintenant c'est mon tour. Depuis longtemps j'ai souffert sans proférer un seul mot, sans vous faire aucun reproche, vous ne me comprendriez pas d'ailleurs puisque vous n'êtes pas un âne et n'avez malheureusement que deux pieds, ce qui vous excuse, car ils donnent peu de

solidité à vos jugements. J'aurais voulu que ma sage conduite, ma patience, mon exemple et ma détresse vous rendissent un peu plus traitable, mais je vois que je me suis trompé; vous n'êtes qu'un homme et vous resterez toujours homme: la société des ânes ne vous rend pas meilleur. Tout a été inutile: Vous continuez à me maltraiter, à abuser de votre force envers moi, créature pensante et pacifique: vous me taquinaez trop quand je travaille; vous m'accablez d'injures et de coups; vous me nourrissez mal; mes forces et ma patience sont à bout. Assez je vous dis; je veux parler pour vous éclairer; vos insignifiantes oreilles ne vous empêcheront pas de m'écouter; il faut que je vous aide; si la nature vous a privé de la précieuse faculté de braire, ce n'est pas une raison pour persister dans l'abrutissement; par bonheur nous vivons encore, les ânes, pour vous corriger de vos mauvais instincts.

Sachez que Dieu vous a créé pour nous accompagner sur la terre, pour nous atteler à des charrettes puisque c'est un fait indéniable que le vrai bonheur pour l'âne consiste à transporter quelques ânes arriérés, des fanatiques abrutis, qui prétendent que notre bonheur se réduit à recevoir de temps en temps quelques coups de baton et de braire triste-ment; d'autres, au contraire, des philosophes matérialistes, sont d'avis qu'il n'y a rien hors du chardon et de la paille. Mais ce sont des opinions religieuses et philosophiques dont le vrai sens vous échappe et qui n'ont rien de commun avec notre sujet. Il est question seulement de vous avertir qu'en manquant le but pour lequel vous avez été créé, en suivant vos instincts égoïstes et féroces, vous m'écarterez de mon chemin, vous offensez en moi la Providence, vous agissez contre la Nature, et c'est pour cela que je vous arrête et vous engage à considérer. Regardez ce que vous avez fait de moi. J'étais un âne robuste, gai, un peu têtu peut-être, mais toujours actif, courageux, sautillant, gambadant, faisant retentir les airs de ma voix puissante et harmonieuse. Depuis que je vous ai eu, j'ai maigri énormément; la rondeur de mon ventre a disparu; il est devenu à peu près comme la taille de votre fille. Tenez; mes os semblent vouloir sortir à travers leur enveloppe comme s'ils cherchaient à me quitter pour se déclarer en grève; tant ils sont mécontents de l'excès de travail et du manque de repos et de nourriture. Regardez mon dos, regardez cette place

noble et insigne où s'étale vis-à-vis du ciel et où l'Éternel a mis toute la force et toute la sublimité de l'être ânesque: Les poils en sont tombés, j'ai même des plaies à leur place. Considérez mes oreilles, mes belles oreilles que je dois à une faveur toute spéciale du Créateur et dont tout âne doit être fier et orgueilleux; elles tombent aussi sans vie, flasques et tristes, honteuses de mon humiliation. Quelle compte rendrai-je à Dieu lorsqu'il me demandera ce que j'ai fait de mes organes si nobles, si longs et si poilus? Enfin, tout mon corps est brisé, je marche en boitant; je suis mal nourri, couvert de boue et de plaies hideuses où pullulent les mouches et des insectes de toutes sortes; je peux braire à peine; mes lèvres pendent mélancoliquement, mes yeux se ferment, je me sens mourir. Est-ce-là, ingrat, la récompense de tout ce que j'ai fait pour vous chaque jour? Ne voyez-vous pas que si cela continue je mourrai un de ces jours, les ânes-mêmes ne sont pas immortels?

Et une fois je serai mort, vous travaillerez alors pour vous et pour moi, vous serez obligé de porter vous-même, ce qu'il vous faudra transporter au marché; vous courberez, votre dos n'est pas fait pour un si noble exercice; si vous êtes pressé, il vous faudra courir, même sur un sentier pierreux, avec vos malheureux pieds qui n'ont pas même une seule corne pour les protéger. Le matin je ne vous éveillerai plus avec mon chant pour vous engager à travailler; vous marcherez tout seul le long des routes sans la compagnie égayante d'un âne raisonnable, avec son joli trot piqué et continu qui est le charme des bois et des paysages. Enfin vous serez le plus malheureux des animaux et vous vous repentirez quoique un peu tard. Alors, pour ne pas succomber à votre désespoir vous serez obligé de déboursier de l'argent pour servir à un nouvel âne, chose qui n'est pas toujours facile, attendu qu'il y a beaucoup d'hommes qui aspirent aussi à cette honneur et que nous devenons plus rares; n'est pas ânier que veut.

Mais vous ne comprenez peut-être pas toute l'importance de ce que je dis: l'idée de l'avenir a peu d'influence sur les instincts de l'homme. Un de mes frères mourut parce que son serviteur voulut vivre sans manger; après sa mort, l'homme eut beau pleurer son excellent maître trépassé précisément quand il commençait déjà à s'y habituer; mon frère ne resuscita plus. Eh bien; nous sommes susceptibles

d'être corrigés par l'expérience, vous ne l'êtes pas peut-être, et si vous voulez me faire mourir comme mon frère, moi je ne le veux pas. En conséquence, si vous continuez à me maltraiter, quand je n'en pourrai plus, avant de mourir, je vous flanquerai deux bons coups sur n'importe quelle partie du corps, sur la tête ou sur la poitrine, aussi forts et bien donnés que ces coups si universellement célèbres qu'un de mes ancêtres lâcha un jour à un énorme lion, et qui le tuèrent au moment où il voulait lui arracher une épine. Quelques hommes prétendent que ce n'était qu'un loup affamé, mais c'est par envie qu'ils le disent; il ne faut pas regarder de si près; il faut craindre les coups.

LES BIENFAITS DE LA PLUIE

(Dialogue)

—O père, quelle pluie! Qu'elle est désagréable! Que la vie serait belle s'il n'y avait pas de pluie! Il ferait toujours beau, on pourrait toujours se promener; la boue ne salirait pas nos chaussures ni nos habits, et les hideux parapluies n'iraient pas encombrer les rues et les trottoirs.

—Charles, mon fils, tu parles comme un petit enfant. Tu vois les choses sous un seul point de vue, tu juges étourdiment et sans réfléchir. Si pendant un an il ne pleuvait pas, nous pleurerions tous, et tu seras un de ceux qui la demanderaient au ciel.

—Moi! Jamais de la vie! Même si j'avais à vivre deux mille ans je ne demanderai jamais une seule goutte de pluie, à coup sûr. A quoi sert-elle si non qu'à empêcher le monde de se promener, pour prendre de l'air? Si on tombe malade pour rester enfermé chez soi c'est certainement à cause de la pluie. Si Dieu n'en avait pas fait, il y aurait moins de maladies, moins de rhumatismes, et nous serions tous contents.

—Ecoute, mon fils, s'il n'y avait pas de pluie, tu ne mangerais pas du pain, tu ne boirais ni de la bière ni du vin; la pluie arrose les champs où croit le blé, les vignobles; c'est elle qui fait germer la semence dans le sein de la terre, dissout les substances dont les plantes ont besoin pour se nourrir et grandir; sans la pluie tu n'aurais pas la verte pelouse où tu vas jouer avec des amis, tu n'aurais pas de fleurs, pas une seule feuille, aucun arbre te garantirait des rayons du soleil, puisque tous les végétaux devraient périr, faute d'arrossage.

—Mais, mon père, si ce n'est que pour cela, on y remédierait facilement. Il n'y a qu'à les arroser avec de l'eau comme on le fait quelquefois quand il y a de la poussière. C'est vite arrangé.

—Et d'où puiserais-tu l'eau, mon fils?

—Des puits, des fontaines, des rivières: de l'eau il y en a toujours.

—Sais-tu, mon enfant, d'où vient l'eau des fontaines, des puits et des rivières? Ce n'est que l'eau de la pluie. La pluie, en tombant sur la terre, est filtrée en partie à travers les couches du terrain et en partie conduite au moyen des sillons, des creux, des pentes vers certains bassins. L'eau qui se dépose dans le sous-sol, forme les puits et constitue une espèce de réservoir secret que la bonté de la Providence a préparé pour l'homme en cas que celui-ci ne profitât pas de l'abondance des sources, ou se trouvât loin des rivières. L'eau qui ne filtre pas, et qui par une loi de gravité va toujours chercher les pentes, coule d'abord sous l'aspect de petits ruisseaux insignifiants, qui, en se réunissant, forment les rivières, comme celles-ci les fleuves qui vont se perdre dans la mer; il en est de même pour les fontaines. Quelquefois une certaine quantité d'eau de pluie qui se trouve déposée dans le creux d'une montagne, par la loi, dont je viens de te parler, trouve moyens de se glisser à travers les fissures du terrain, à travers les pierres, les racines d'arbres et sort à l'extérieur, après avoir fait mille détours, en forme de pure et limpide fontaine.

NOLI ME TANGERE

“Mon cher ami: dans votre dernière lettre vous vous plaigniez de mon silence. Vous avez raison: l'oubli c'est la mort de l'amitié; seulement je dois ajouter que pour une vraie amitié il n'existe point d'oubli, et je vous en donnerai la preuve tout de suite.

Il y a longtemps que vous désiriez lire quelque roman, écrit par moi; vous me disiez qu'il fallait faire quelque chose de sérieux, ne plus écrire des articles qui vivent et passent avec la feuille d'un journal. Eh bien; à vos souhaits, à vos trois lettres, je réponds avec mon roman *Noli me Tángere* dont je vous envoie par la poste un volume.

Noli me tangere, mots tirés de l'Évangile de Saint Luc, signifie *ne me touche point*. Le livre contient donc des

choses dont personne chez nous n'a jusqu'à présent parlé: tant elles sont délicates qui ne consentaient point à être touchées par quel qui ce soit. Moi, je tentai de faire ce que personne n'a voulu; j'ai dû répondre aux calomnies que pendant des siècles on a entassées sur nous et notre pays: j'ai décrit l'état social, la vie, nos croyances, nos espérances, nos désirs, nos plaintes, nos griefs; j'ai démasqué l'hypocrisie qui, sous le manteau de la Religion, venait chez nous nous appauvrir, nous abrutir; j'ai distingué la vraie Religion de la fausse, de la superstitieuse, de celle qui commerce avec la parole sainte pour tirer de l'argent, pour nous faire croire aux sottises dont le Catholicisme rougirait si jamais il en avait connaissance. J'ai dévoilé ce qui était caché derrière les mots trompeurs et brillants de nos gouvernements; j'ai dit à nos compatriotes nos torts, nos vices, nos coupables et lâches complaisances avec ces misères-là. Où j'ai trouvé de la vertu je l'ai dit haut pour lui rendre hommage; et si je n'ai pas pleuré en parlant de nos malheurs, j'en ai ri, car personne ne voudrait pleurer avec moi sur les malheurs de notre patrie, et le rire est toujours bon pour cacher des peines. Les faits que je viens de raconter sont tous vrais et arrivés: j'en peux donner les preuves. Mon livre aura (il en a) des défauts sous un point de vue artistique, sous un point de vue esthétique, je ne dis pas non; mais ce qu'on ne peut me contester c'est l'impartialité de mes narrations.

Voilà ma réponse à vos trois lettres; j'espère que vous serez content et ne me blâmez plus pour mon silence. J'aurais un grand plaisir de savoir que vous le trouvez de votre goût; je ne crois pas que je sois tombé en disgrâce. Vous m'avez toujours encouragé par vos approbations et vos conseils: encouragez encore votre ami qui tient beaucoup à vos opinions et censures.

J'attends vos lettres; et aussitôt vous aurez lu mon livre, j'espère votre jugement sévère. Moi je ne feins pas une modestie étudiée mais je crois et vous assure que votre opinion sera suivie par moi.

Mille amitiés à nos amis, venez si vous le pouvez pour que nous voyagions ensemble.

TARTARIN SUR LES ALPES

“Tartarin sur les Alpes” est un charmant et amusant roman d'Alphonse Daudet où il est question des aventures

d'un tarasconais nommé Tartarin. Le fond de ce roman est de mettre en relief les caractères bruyants, vifs, mobiles des habitants du Midi de la France par leur contact avec les hommes d'autres pays. L'oeuvre est satyrique, mais d'une satire gaie, inoffensive, même quand on parle des exagérations propres à ces bons tarasconais qui font et défont des histoires, des contes merveilleux sans y faire attention, mentant sans s'en apercevoir, croyant peut-être tout ce qu'ils disent, mais tout avec le meilleur coeur, sans la moindre intention de faire tort à quelqu'un ni de tromper personne: c'est seulement une habitude de voir les choses sous un lumière plus vive, plus éclatante, plus pittoresque, c'est toujours l'imagination qui l'emporte, sur la réalité, c'est l'esprit poétique qui partout domine. La critique que l'auteur fait des phrases et des mots particuliers aux bons tarasconais n'est qu'un plaisant accessoire du roman, si bien que je crains que ce ne soit un peu trop exagéré. L'exposition des faits, des aventures est naturelle, la peinture des caractères est charmante, les personnages sont vivants, parlant et agissant selon leurs sentiments, éducation et nationalité, avec des traits piquants et satyriques. Il n'y a qu'un passage où je trouve un peu de l'in vraisemblance, et c'est la scène qui mène au dénouement. Peut-être l'auteur a été contraint de faire passer cela pour donner lieu à la session que Bompard présidera dans le club des Alpines et pour se moquer aussi des serments de fidélité et d'amitié de ses héros. Ceci c'est l'aventure de Tartarin et de Bompard quand tous les deux coupent au même temps la corde qui les attachait l'un à l'autre. Ce n'est pas facile à comprendre pourquoi Tartarin croirait-il à la chute de son ami quand la corde a été prise entre deux morceaux de glacier; Tartarin allait-il dans cette direction?: on comprend que Bompard croit cela parce qu'il marchait à l'avant-garde; il se serait senti retenu par arrière et aurait cru que son ami était tombé; mais Tartarin, qui le suivait, aurait vu que la corde se lâchait et cela ne pourrait pas lui faire croire que son compagnon eût eu une mésaventure. Mais on ne peut pas écrire toujours selon la vérité et la réalité des choses: tout ouvrage humain a ses défauts. Il ne faut pas non plus oublier que les gens du Midi en content beaucoup, et l'auteur, un méridional lui-même, n'aura peut-être pas encore oublié les habitudes de son

pays, malgré son séjour dans le nord de la France. Le roman est plein d'esprit, de traits charmants, de saillies inattendues, et il est bien digne du nom de l'auteur du Sapho.

DIMANCHE DES RAMEAUX

Le Dimanche des Rameaux que l'Eglise Catholique célèbre en commémoration de l'entrée triomphante de Jésus à Jérusalem, inspire bien de curieuses réflexions.

Cette entrée au milieu d'une population enthousiaste sautant et acclamant l'envoyé de Dieu, l'homme juste et compatissant aux douleurs de son prochain, au milieu de la foule qui accourt pour fêter celui qui avait béni la pauvreté, consolé les misérables, les indigents, les déclassés, au milieu des cris de joie, des chants, des rameaux d'olive, des palmes, cette entrée, croyons-nous a décidé de l'avenir du Juste, et des destinées de l'humanité pendant des siècles. Peut-être, si Jésus n'était pas entré à Jérusalem triomphant et acclamé par la foule, sa passion n'eût pas eu lieu, et par conséquent, le christianisme ne serait pas devenu ce qu'il a été. Cette entrée décida les jaloux prêtres, les pharisiens, à tous ceux qui se croyaient les seuls ayant le droit de parler au nom de Dieu, de ceux qui n'admettaient pas les vérités que d'autres ont dites parce qu'elles ne sont pas été dites par eux; ce triomphe, ces *hossannas*, toutes ces fleurs, ces rameaux n'étaient pas pour Jésus seul; ils étaient le chant de victoire de la nouvelle loi, ils étaient les cantiques qui célébraient la dignification de l'homme, la liberté de l'homme, le premier coup mortel dirigé contre le despotisme et l'esclavage. Jésus montant un âne et salué par le peuple révolta et mit en action les orgueilleux qui voyaient en danger leur royaume, leur pouvoir, leur abus, et leur bonheur. Le Dimanche des Rameaux fut la commencement de l'épopée.

Si Jésus n'avait pas été crucifié, s'il n'était pas devenu un martyr de sa doctrine, peut-être celle-ci, aussi divine qu'elle était, serait restée au fond de la Judée, méconnue parmi quelques malheureuses familles qui n'avaient pas même eu le courage de la soutenir, comme nous la voyons chez Pierre qui fut le premier à nier son maître, et chez tous les disciples de Jésus qui disparurent aussitôt que les choses devinrent menaçantes; cette religion se serait perdue avec la nationalité juive. Nous n'aurions au plus entendu

parler d'elle comme du bramisme, du bouddhisme, du sabéisme, seulement pour l'étudier comme une curiosité historique, peut-être si cette religion arrivait jusqu'à nous elle aurait été défigurée, mutilée, batardée, comme tant d'autres dont nous ne connaissons que quelques absurdités, et dont nous nous moquons parce qu'ainsi nous avons appris des voyageurs et missionnaires. Et alors, au lieu d'adorer Jésus, nous l'aurions pris pour un fou comme nous en faisons de Zoroastre, de Boude et de Manon; au lieu de baisser la tête à ses doctrines, nous les discuterions en plaisantant avec des sourires railleurs.

Ce sont les pauvres qui les premiers ont accepté le christianisme; oui, ce sont les pauvres qui, ne voyant plus les ministres de Dieu dans leurs prêtres, devenus despotes, saluaient dans Jésus l'homme de Dieu, l'homme pour quoi la misère n'était pas une souillure et qui pouvait les délivrer de leur malheur; les pauvres qui sont parmi tous les moins contents de leur sort, ceux qui cherchent toujours quelque chose qui soulage leurs souffrances et qui acceptent tout ce qui est nouveau désireux de changer leur présent, ne voyant autour d'eux que des larmes et des privations, pareils à celui qui se noie, qui se cramponne à tout, qui saisit tout, n'importe si c'est un fer ardent, n'importe si c'est la lame tranchante d'un poignard envenimé.

Les pauvres ont donné au christianisme le pouvoir, car il était leur ami, leur religion à eux. Les potentats, les riches et les rois ne l'ont accepté qu'après, les uns obligés, les autres par politique, les autres entraînés, l'ont accepté d'abord pour n'être pas écrasé et après pour le maîtriser et en faire leur instrument pour subjuguier les peuples.

Pourquoi donc dans nos temps le christianisme n'est-il plus la religion des pauvres, des malheureux? Pourquoi les riches en sont-ils? A-t-il cessé de promettre le bonheur à ceux qui souffrent et s'est-il rangé du côté de ceux qui regnent et dominant?

LE PISTOLET DE LA PETITE BARONNE

"Le Pistolet de la Petite Baronne" est un roman où il est question de mille choses plutôt que des pistolets métalliques; peut-être l'auteur veut-il d'un autre pistolet, très cher à la petite baronne! A la bonne heure. Alors pour parler

le plus exactement, l'auteur l'aurait mieux écrit sous le titre *les coups de pistolet*, ou *la petite baronne immortelle*, car ces *coups de pistolet* ne lui faisaient pas beaucoup de mal, au contraire! Le roman est écrit avec de l'esprit, quelquefois piquant, jamais sale, quelquefois un peu obscur: il y a des scènes incompréhensibles pour ceux qui ne savent pas ce que l'affaire est, par exemple, le dîner à Auteuil. Un autre ne comprendra pas pourquoi les deux jeunes filles se disputeront Mlle. Fernande avec tant de ténacité; M. Zola est plus explicite et ses descriptions bien instruisent même ceux qui n'en savent rien auparavant. Est-ce un défaut ou une bonne qualité? La scène la plus piquante est celle où la petite baronne se trouve par un hasard cherchée avec son cousin; elle lui parle de profiter de l'occasion du sofa mou et doux et que *cela ne sortira pas de la famille*.

C'est un peu transparent, parce que l'auteur y ajoute qu'il la leva et la conduisit au lit. Les scènes qui ne sont pas belles mais dégoûtantes ce sont celles avec le jeune anglais et dans la maison 52. Ces scènes sont plutôt tristes qu'amusantes. L'auteur n'est pas juste: elle peint les dames étrangères avec des couleurs trop fortes: certes, il y a du vice partout et des couleurs trop fortes: certes, il y a du vice partout et dans toutes les classes de la société, et plus on monte, plus on en trouve, parce que l'oisiveté, la richesse et la vie confortable sont très favorables à son développement; mais nous ne devons pas croire que toute une classe, toute une espèce soit pervertie. Il est bien vrai que quand une femme du Nord devient passionnée, elle est folle et plus terrible qu'une femme du Midi; je trouve une excuse pour la petite baronne dans l'inconduite de son mari, dans la vie de sa mère, dans les livres qu'elle a lus, et dans la même nature humaine qui n'est jamais contente et jamais n'en a assez. Je ne crois pas à la vertu de Mlle. Marion, qui va visiter aussi le dîner d'Auteuil avec un Mr. Lynx et a des connaissances comme la *Lionne* et autres; sera-t-il peut-être parce que l'auteur est une comédienne? Je ne peux pas croire que Marie Colombier, auteur du *Pistolet de la Petite Baronne*, soit une femme: elle parle trop en homme en faisant ses descriptions, elle ne parle presque jamais en femme; elle décrit des choses sous un point de vue masculin et non féminin; non obstant le livre a aussi quelques traits de comédienne, par exemple, la scène avant

la représentation du "Passé Minuit" entre Mlle. Marion et la petite baronne.

Je ne crois pas que ce roman devienne immortel, malgré les traits d'esprit qu'on y trouve: dans ce genre on a écrit beaucoup et des meilleurs. La scène du Café des Ambassadeurs est la plus belle, la plus parisienne, la plus vive; si tout le livre était écrit de la même façon, cela eût été un des plus amusants romans de la vie parisienne.

"Le livre, est-il immoral? Cela dépend de celui qui le lira. Pour ceux qui comprennent qu'il faut vivre, que la matière a des exigences qu'on doit satisfaire comme les exigences de l'esprit, que les rapports sensuels entre la femme et l'homme sont seulement coupables quand ils ne se dirigent pas vers leur but, ou qu'ils nuisent à un tiers, pour ceux-là le livre est indifférent. Pour les autres qui permettent tout, le livre est bon; et mauvais pour ceux qui défendent tout.

LA PECHEUSE ET LE POISSON

C'était une fois un très petit poisson qui, très content de la rivière où il vivait, ne demandait rien à Dieu qu'un peu de mousse et beaucoup de petites pierres pour courir, se glisser comme dans un labyrinthe.

Le poisson ne connaissait pas ce que c'était le hameçon, il n'avait jamais vu de filets, tant la rivière était petite et ignorée dans le fond de la montagne.

Il arriva une fois qu'une jeune fille y était allée pour faire sa toilette et pour se regarder dans le miroir de la rivière limpide. La fille vit le poisson et voulut s'en emparer. Elle descendit dans l'eau et avec ses fines et belles mains tâcha de le faire prisonnier.

—Viens, dit-elle; tu es beau et petit; tu es en danger, les autres poissons peuvent bien t'avaler un beau jour; mets-toi sous mon protectorat, et je te ferai voir de choses que tu n'as jamais vues. Viens, chez moi j'ai des pots de cuisine, des assiettes, des tasses, des fourchettes, des couteaux, et dans le foyer il brûle un très beau feu: là tu n'auras jamais froid.

—Je ne te comprends pas, dit le poisson; à quoi bon toutes ces choses-là dont tu me parles? Est-ce quelque chose comme une pierre couverte de mousse ou comme le sable fin et confortable de ma demeure?

—Pas du tout! Ils sont mille fois plus beaux que tout ce que tu as vu, plus confortables que tout cela.

—En ai-je besoin, moi? demanda le poisson.

—Mais je le crois bien! Tu seras charmant et ravissant quand d'abord je te mettrai dans une poissonnière; c'est une chose faite exprès pour vous. C'est luisant, brillant, encore plus que tes écailles.

—Et après?

—Tu auras de feu dessous.

—Qu'est-ce que c'est que le feu?

—C'est bien difficile à décrire; il vaudrait mieux le sentir. Tiens! Tu vois le soleil? C'est un morceau du soleil.

—Oh! que ça doit être beau! dit le poisson, frissonnant de plaisir. Et après?

—Après, je te mettrai dans une assiette.

—Qu'est-ce que c'est que l'assiette?

—L'assiette . . . l'assiette, c'est comme un soleil, aussi grande que le soleil, mais avec des fleurs, avec des oiseaux peints dessus.

—Et tu dis que je serai là dans cette merveille-là? demanda le poisson qui songeait à l'impossible, tant il lui paraissait beau d'être sur un soleil peint de fleurs et d'oiseaux.

—Je t'assure!, répondit la fille, viens seulement avec moi, et tu verras si je tiens parole.

Le poisson doutait encore, il voulait s'assurer et regardait la jeune fille en face. Jamais de sa vie il n'avait vu un poisson plus beau que cette fillette-là. Elle avait une bouche toute rose, des yeux noirs et grands et une chevelure magnifique. Le poisson devint amoureux d'elle et répondit en soupirant, tandis que l'eau faisait monter de petites bulles sur la surface.

—Eh bien; j'aime mieux être dans ta bouche rose, coucher sur tes lèvres, que sur l'assiette et la poissonnière. Si tu me promets de faire ce que je te demande, je te suis; autrement je reste, car pour moi il n'y a de bonheur que de toucher tes lèvres roses et tes petites et blanches dents. Veux-tu?

—Mais oui; si tu ne demandes que cela, j'y consens: je t'aime tant.

—Oh! que tu es bonne!, s'écria le poisson, et il sauta sur les mains de la fillette.

C'est pour cela qu'on dit toujours chez nous: "il est intelligent comme un poisson"; mais les allemandes disent: "je suis saine comme un poisson". Voilà de l'intelligence dans un corps sain.

HISTOIRE D'UNE MÈRE

Là à côté de son petit enfant une mère est assise, affligée et craintive de peur qu'il ne meure. L'enfant était bien pâle, ses petits yeux fermés, son haleine était faible et quelquefois profonde comme s'il gémissait, et la mère regardait le petit être de plus en plus triste.

On sonna à la porte et un pauvre vieillard entra, couvert d'un capuchon parce qu'il avait froid et la couverture le chauffait un peu. C'était un affreux hiver; en dehors tout était couvert de glace et de neige, et le vent sifflait de telle sorte qu'il cinglait le visage à tout le monde.

En voyant que le vieillard grelottait et que son enfant sommeillait un petit moment, la mère alla chercher de la bière; elle versa un peu dans un petit pot à la cheminée pour le réchauffer. Le vieillard cependant était assis et berçait l'enfant, la mère s'assit à côté de lui sur une chaise, regardait son fils malade qui respirait profondément; elle leva ses mains en haut. —Ne crois-tu pas que je le conserve? disait-elle. Le bon Dieu ne me le prendra pas.

Mais le vieillard était la Mort même qui hochait singulièrement la tête comme s'il voulait dire oui ou non: c'était la même chose. La mère baissa les yeux et les larmes inondèrent ses joues. Sa tête s'alourdit, elle n'avait dormi pendant trois nuits et trois jours, et maintenant seulement, parce qu'elle se leva toute tremblante de froid. —Qu'est-ce que c'est? demanda-t-elle en regardant tous les coins; mais le vieillard était déjà parti; et son petit enfant aussi était parti, le vieillard l'avait pris, et là au coin la vieille horloge bourdonnait, le gros contrepoids de plomb rouait et tomba sur le plancher, bum! et l'horloge resta aussi tranquille. Alors la pauvre mère sortit en courant hors de sa maison tout en appelant à grands cris son enfant.

Dehors au milieu de la neige une femme était assise, vetue de longs et noirs habits; la femme lui dit, —La Mort a été chez toi dans ta chambre, je l'ai vue sortir avec ton petit enfant; elle courait plus rapidement que le vent; elle ne rend plus ce qu'elle a pris une fois. —Dis-moi seulement

par quel chemin elle s'est éloignée, demanda la mère; montre-moi le sentier et je la retrouverai. Je le sais bien, répondit la femme aux habits noirs, mais avant que je te dise tu devras d'abord me chanter toutes les chansonnettes que tu as chantées pour ton petit enfant. Je les aime, je les ai entendues autrefois. Je suis la Nuit, j'ai vu tes larmes quand tu chantais. —Eh bien, je veux bien les chanter, et les chanter toutes! dit la mère, mais ne m'arrête point afin que je le puisse atteindre, afin que je trouve mon enfant.

Mais la Nuit resta muette et silencieuse; alors la mère torda ses mains, elle chanta et pleura, et les chansons étaient nombreuses, mais les larmes étaient encore plus. Alors parla la Nuit: Va droit dans l'obscur bois de sapins, vers ce côté-là j'ai vu la Mort courir avec ton petit enfant.

Mais au milieu du bois les chemins se croisaient, et la pauvre mère ne savait plus dans quelle direction elle devait marcher. Il y avait là un buisson épineux, dépourvu de feuilles et de fleurs; c'était vraiment en hiver et les tiges en étaient couvertes de neige et de glace.

N'as-tu pas vu passer la Mort avec mon petit enfant?

Oui, répondit le buisson, mais je ne te dirai pas quel sentier elle a pris, si tu ne me réchauffes d'abord près de ton coeur. J'ai bien froid et je crains que je ne devienne glace tout à fait.

Et elle pressa le buisson dans sa poitrine, elle le serra fortement pour qu'il puisse devenir bien chaud; les épines pénétrèrent dans sa chair, son sang coula abondamment et il poussa sur le buisson des feuilles fraîches et vertes; il eut des fleurs dans la froide nuit d'hiver, telle était la chaleur du coeur de la mère affligée. Le buisson lui traça le chemin qu'elle devait prendre.

C'est alors qu'elle arriva près d'un grand lac, où il n'y avait ni bateau ni barque. Le lac n'était pas encore bien durci par le froid pour qu'elle puisse marcher dessus, et dégelé et bas non plus pour le passer à gué, et cependant il fallait le traverser si elle voulait vraiment trouver son enfant. Alors elle se baissa pour tâcher d'épuiser le lac en le buvant, mais ce n'était nullement possible pour une créature humaine; la mère affligée croyait cependant que peut-être Dieu aurait pitié d'elle et pour elle voudrait bien faire un miracle. —Non, cela ne va pas!, dit le lac; voyons d'abord si nous

pouvons nous arranger. J'aime à collectionner des perles et tes yeux sont les plus belles et claires que jamais j'aie vues. Si tu voulais me les donner en pleurant, je te conduirais jusqu'à la grande serre où demeure la Mort, où elle soigne des fleurs et des arbres dont chacun est une vie humaine. Oh! que ne donnerai-je pas pour retrouver mon enfant!, dit la pauvre mère et elle pleura encore plus, et ses deux yeux tombèrent dans le lac et devinrent deux perles précieuses. Et le lac la prit, l'amena, et tout comme dans une balançoire elle arriva à l'autre bord du lac où l'on voyait une maison grande de l'espace d'une mille. On ne pouvait pas dire à coup sûr si c'était une montagne avec des bois et des cavernes, ou si c'était une maison maçonnée et bâtie, parce que la pauvre mère ne pouvait pas la voir, elle était aveugle, elle avait perdu les yeux.

Où trouverai-je la Mort, qui a pris mon enfant? demanda-t-elle.

—Elle n'est pas encore arrivée, répondit la vieille femme qui gardait les tombeaux dans la grande serre de la Mort; mais comment es-tu parvenue à arriver jusqu'ici et qui t'a aidé?

—Le bon Dieu m'a aidé, dit-elle; il a eu pitié de moi et tu l'auras aussi! Où pourrai-je trouver mon petit enfant?

—Allez! je ne le connais pas! dit la femme, et tu ne peux non plus voir. Beaucoup de fleurs et d'arbres se flétrissent pendant la nuit; la Mort viendra bientôt pour les transplanter. Tu dois bien savoir que chacun a son arbre ou sa fleur qui cache la vie, selon leur condition; ils ressemblent aux autres plantes, mais ils ont des battements de coeur. Le coeur d'un enfant peut aussi battre! Va! de ce côté-là, peut-être tu reconnaîtras le coeur de ton enfant, mais qu'est-ce que tu me donneras si je te dis ce que tu as encore à faire?

—Je n'ai plus rien à donner!, répondit la pauvre mère. mais pour toi j'irai jusqu'à la fin du monde.

—Beau! là je n'ai rien à faire, dit la femme, mais, tu pourras me donner ta longue et noire chevelure, tu sais toi aussi qu'elle est bien belle et qu'elle me plaît beaucoup. Tu pourras aussi avoir la mienne, qui est toute blanche, c'est encore quelque chose.

—Si tu ne demandes pas que cela, dit-elle, je te la donne volontiers.

Et elle donna à la vieille sa belle chevelure, et reçut en échange la chevelure blanche comme la neige de l'autre.

Alors elles entrèrent dans la grande serre de la Mort, où des fleurs et des arbres croissaient pêle-mêle, merveilleusement. Il y avait là des jolis hyacinthes sous des cloches de crystal et de grandes pivoines, fortes et hautes comme des arbres; il y croissait aussi des plantes aquatiques, les unes fraîches, les autres malades; des serpents d'eau se couchaient dessus et des noires écrevisses grimpaient à la tige. Il y avait aussi de beaux palmiers, des chênes et de bananiers, de persil et des thyms, couverts de fleurs. Chaque arbre et chaque fleur avaient leurs noms à eux; ils étaient des vies humaines, l'un vivait en Chine, l'autre en Groenland, autour de la terre. Il y avait des gros arbres dans de si petits pots qu'ils étaient déformés et menaçaient de crever le pot. On trouve aussi des fleurs chétives dans de la terre grasse, couvertes de mousse à l'alentour et bien soignées. Mais la pauvre mère s'inclinait vers les plus petites plantes et écoutait le battement du coeur, et parmi les millions elle reconnut le coeur de son enfant.

—Le voilà! s'écriait-elle et elle étendait la main vers un petit lis bleu qui tout maladif s'inclinait d'un côté.

—N'y touche pas, dit la vieille femme; mais place-toi à côté et quand la Mort viendra—je l'attends d'un moment à l'autre—alors ne lui laisse point arracher la plante, et menace-la que tu en feras autant avec les autres plantes, dont elle aura bien peur. Elle en est responsable à Dieu et sans sa permission aucune ne peut-être arrachée.

Tout à coup il souffla dans la salle un vent froid comme la glace et la mère aveugle sentit que c'était la Mort qui venait.

—Comment as-tu trouvé le chemin jusqu'ici?, demanda-t-elle; comment pus-tu arriver ici plus vite que moi?

—Je suis une mère, dit-elle.

Et la Mort allongea sa main vers la petite fleur, mais la mère l'arrêta avec force de peur que la Mort ne touchât seulement une des feuilles. Alors la Mort souffla sur ses mains, et la mère sentit que l'haleine de la Mort était plus froide que le vent plus froid et ses mains tombèrent en bas tout engourdis:

—La vois-tu bien, tu ne peux rien contre moi! dit la Mort.

—Mais, Dieu pourra bien contre toi, répondit-elle.

—Je ne fais que ce qu'il veut, dit la Mort; je suis sa jardinière; je prends toutes ses fleurs et tous ses arbres et je les transplante dans le jardin du paradis, dans la terre inconnue, mais je ne dois pas te dire comment ils croissent là et comment ça leur va.

—Rends-moi mon enfant, dit la mère en pleurant et en suppliant.

D'un mouvement elle saisit de ses mains deux belles fleurs qui étaient à côté d'elle et dit à la Mort:

—J'arrache toutes les fleurs aussi vrai que je suis dans le désespoir.

—N'y touche point, dit la Mort; tu dis que tu es malheureuse et maintenant veux-tu faire une autre mère aussi malheureuse que toi.

—Une autre mère, dit la pauvre femme en lâchant tout de suite les deux fleurs.

—Voici tes yeux, dit la Mort; je les ai péchés dans le lac; ils étaient si brillants que je ne savais pas qu'ils étaient les tiens; prends-les de nouveau, ils sont maintenant plus clairs que jadis, penche-toi dans cette profonde fontaine et regarde; je te les nommerai les deux fleurs que tu voulais arracher et tu verras tout leur avenir, toute leur vie: regarde ce que tu voulais détruire et anéantir.

Elle se pencha dans la fontaine et ce fut un bonheur de voir comment l'une des deux fleurs était une bénédiction pour le monde, combien de joies et de bonnes fortunes elle répandait autour d'elle. Et elle vit la vie de l'autre et c'était du deuil, de la misère, des plaintes et des privations.

—Toutes les deux sont la volonté de Dieu, dit la Mort.

—Quelle est la fleur de la misère et quelle est celle de la bénédiction? demanda la mère.

—Je ne te le dirai pas, fit la Mort, mais je te ferai savoir qu'une des deux fleurs est la fleur de ton enfant à toi, et c'était la destinée de ton enfant, l'avenir de ton propre enfant.

Alors la mère poussa un cri de douleur.

—Laquelle des deux était mon enfant? Oh! dis-le moi, sauve l'innocent. Sauve mon enfant de toutes les misères, mène-le avec toi. Conduis-le au royaume de Dieu; oublie mes larmes, oublie mes prières et tout ce que je dis et je fis.

—Je ne te comprends pas, dit la Mort; veux-tu reprendre ton fils, ou dois-je l'emmener où tu ne sais pas comment il y est?

Alors la mère tordait ses mains, tomba agenouillée et pria le bon Dieu.

—Ne m'écoute pas quand je prie contre ta volonté qui est la meilleure. Ne m'écoute pas, ne m'écoute pas.

Et elle inclina sa tête vers sa poitrine.

Mais la mort s'en alla avec son enfant vers la terre inconnue.

(ANDERSEN)

ESSAI SUR PIERRE CORNEILLE

Quand dans l'étude de la littérature française on arrive à Pierre Corneille, on sent la nécessité de s'y arrêter, comme à l'arrivée dans une grande ville, après un long voyage à travers les petits villages, les chemins tristes ou les bois sombres et dangereux. Après un long et ennuyeux travail pour chercher un peu d'or dans un amas de paille et de sable, si une gracieuse fée vous ouvre tout à coup les portes qui cachent les trésors des Mille et une Nuits vous deviendrez ébloui, immobile, égaré, et vous ne saurez certainement par où commencer le pillage, quel objet saisir le premier, tant la richesse et l'abondance troubleront vos sens, pour leur laisser la faculté d'apprécier. Une pareille chose j'éprouve quand il me faut parler de Pierre Corneille dont la personnalité littéraire est si grande qu'on ne peut l'embrasser d'un coup d'oeil. Cependant nous tâcherons d'en dire quelque chose, nous répéterons tout ce qu'on a dit de lui, c'est à dire, tout ce que nous rappelons avoir été dit de lui, parce que faire un résumé complet et exact sur les idées cornéliennes, c'est une tâche à peu près impossible.

Le mérite incontestable de Pierre Corneille c'est d'avoir tiré l'art dramatique de l'état chaotique où il était, de l'avoir fait grandir jusqu'à un certain grade de perfectibilité que l'on pourrait considérer qu'après lui on a marché bien lentement en rapport du pas gigantesque qu'il avait donné. Avant Corneille la littérature dramatique était si pauvre, si puérile qu'on comprends bien l'enthousiasme que son *Cid* a dû provoquer. Les premiers ouvrages même de Corneille res-

tent si loin de son *Cid*, *Horace*, *Cinna*, et *Polyeucte*, qu'on est tenté de dire que ces ouvrages n'appartiennent point à un seul et unique auteur. Cela a fourni à Voltaire l'occasion de dire que Corneille avait un lutin qui lui inspirait ses bonnes pensées dans les endroits merveilleux de ses oeuvres et qui l'abandonnait dans autres. La période la plus brillante de son génie est dans l'espace de quatre années (1636-1640) qui commence par le *Cid*, l'oeuvre de sa jeunesse florissante, et se termine par *Polyeucte*, son chef-d'oeuvre. Monsieur Nisard compare ces productions au premier épanouissement d'une fleur, charmante quand elle s'est ouverte tout entière.

La première fois que le *Cid* apparut sur la scène il dut être d'un effet merveilleux, il dut étonner, maîtriser comme ces apparitions soudaines, subites, de choses qu'on n'attend pas, qu'on ne comprends pas, et qui pourtant s'imposent, comme toute oeuvre de génie, à la foule et aux gens d'esprit eux-mêmes. Avant lui le théâtre n'offrait que de sèches imitations de l'ancienne littérature bonne pour l'esprit des anciens, mais incompréhensible pour un autre peuple qui a d'autres sentiments et d'autre façon de vivre.

Le *Cid* est une tragédie dont l'appréciation n'a été jamais unanime. Ni l'Académie, questionnée par Richelieu, et qui parla par la bouche de Chapelain, ni Voltaire, dans son magnifique "Commentaire sur le Théâtre de Corneille", ni Lessing, dans sa "Hamburgische Dramaturgie" où il critique l'art dramatique français, ne sont d'accord et n'envisagent le sujet sous un point de vue semblable. En même temps que les uns y trouvent des beautés, les autres regardent ces beautés comme des défauts, par exemple, les deux vers de Chimène.

Son flanc était ouvert et pour mieux m'émouvoir

Son sang sur la poussière écrivait mon devoir,

où Mr. de Voltaire trouve de l'affectation, tandis que Mr. de Nisard trouve une charmante vérité. Chapelain trouve Chimène une fille dénaturée, les autres au contraire une charmante figure humaine de la fille et de l'amante qui lutte entre le sentiment du devoir et l'amour. Néanmoins les personnages de Corneille sont des héros, mais des héros humains; ils ne sont pas si grands que ceux de l'Iliade, mais cela

précisément fait leur belle qualité, cela leur donne le plus beau charme parce que nous nous y voyons, nous sommes animés à les imiter, et leurs passions nous touchent de plus près, parce que nous nous voyons dans la ressemblance, entre eux et nous mêmes. La force, l'énergie et le sublime sont les caractères dominants dans Corneille: on dit qu'il a créé la langue tragique et que c'est lui qui a tracé à Molière le chemin par où l'on s'en va au monde riant et plaisant de la comédie.

UNTER DEN LINDEN

Cher ami: Vous vouliez que je vous donne quelques renseignements sur cette ville de Berlin née avant hier, grande à présent et grossissant toujours, et demain peut-être, qui sait ce qu'elle deviendra dans l'avenir? Eh bien! puisque la première chose qu'on montre aux étrangers c'est la promenade, appelée *Unter den Linden* (Sous les Tilleuls) je veux vous en parler comme j'aurais parlé des grands boulevards si j'étais à Paris, des courses des taureaux à Madrid, du Colosseum à Rome, etc. Les berlinois ainsi que moi nous avons raison de nous occuper de cette promenade-avenue-boulevard (elle peut porter chacun de ces noms); ici vous trouverez les palais de la famille impériale, de quelques ambassades et généraux, l'arsenal, les ministères, les plus beaux magasins, les hotels et restaurants chics, etc. *L'Unter den Linden* a une étendue de treize cents mètres depuis la Porte de Brandebourg où elle commence jusqu'au Pont du Chateau où elle finit. L'aspect général de cette avenue en hiver est assez beau. Dès la Porte de Brandebourg aux belles colonnes doriques et couronnées d'un quadrigé, vous apercevrez au loin au milieu des arbres nus à travers la brume, un monument imposant: c'est celui de Frédéric le Grand, l'élève et l'ami de votre Voltaire. Ce monument est placé devant même le palais impérial, en face de la fenêtre du rez-de-chaussée, peut-être pour que le prince régnant se souvienne toujours des gloires de son aieul. Sur la place de Paris, tout à côté de la Porte de Brandebourg, vous remarquerez un édifice dont le toit se distingue des autres maisons et palais; ce toit vous rappellera celui des maisons de Paris, fait en ardoises, placées l'une sur l'autre à manière d'écailles. Cet édifice est le palais de l'ambassade de France: on dirait que cette nation ait voulu

conserver ses génialités, même en coeur de l'Allemagne. Ne croyez pas que cette promenade ait quelque chose de ressemblance aux grands boulevards; elle est plus large, plantée de marionniers et tilleuls au milieu, en quatre rangées; les trottoirs sont moins peuplés, il y a moins de mouvements que dans ceux-là. Toutes les maisons n'ont pas non plus des boutiques et magasins quoique vous y trouviez toujours des flâneurs, des cocottes, des demi-mondaines, peut-être trop de militaires, qui se promènent, les épaules haussées, horizontales, grâce à leurs épaulettes, ce qui leur donne une figure triangulaire, la base en haut et le sommet en bas. Les trottoirs ainsi que la rue sont bien pavés, bien soignés et entretenus; l'asphalte y entre comme dans les grands boulevards. On trouve ici l'avantage d'un chemin fait exprès pour les cavaliers, si beau on n'en voit pas beaucoup.

La vie dans cette promenade commence dès l'après-midi jusqu'au soir surtout quand il fait beau; alors on trouve une vague humaine ou féminine parce qu'il y a plus de promeneuses que de promeneurs, courant vers la Porte de Brandebourg pour aller au parc où l'on passe l'après-midi dans de petits restaurants. Au soir les concurrents deviennent plus rares, mais depuis dix heures ou onze heures jusqu'à minuit ou deux heures du matin commence une autre vie, on voit un autre spectacle dont je vous donnerai une petite description quand j'aurai le temps et l'humeur pour parler du Berlin Nocturne.

Si vous voulez lire des journaux, je vous recommande le Café Bauer; là vous trouverez aussi un journal japonais et autres choses qui ne sont pas des journaux mais qui sont aussi amusants les unes que les autres. Ce Café vous l'aurez au coin de la Friedrich-strasse.

Sur cette avenue donne aussi le seul passage que je connaisse à Berlin, le Passage de l'Empéreur Guillaume. Il n'a rien à envier aux autres, ses confrères de Paris et de Londres. Là dedans sont de jolis étalages, un panopticum, une espèce de Musée Grévin ou Mme. Toussand; si vous voulez un bon conseil de votre ami, n'y entrez pas: gardez vos cinquante *pfennigs*. Toutes les figures sont en cire et ont leurs noms en bas au pied, ce n'est qu'avec raison que cela est fait, parce qu'autrement vous ne connaîtriez

pas les personnages. Là j'ai vu un soi-disant Napoléon I qui ressemble à celui-ci comme à vous et à moi, un Gambetta qui a la tête basse; un Victor Hugo qui demande l'aumône, un Voltaire qui a toutes les apparences d'un vieux valet de chambre.

ADIEU.

Jamais, sans l'espoir de l'immortalité personne n'affronterait la mort pour sa patrie.

La douleur est un si petit mal que le courage la surmonte.

FRAGMENTO DE UNA NOVELA

Aquel domingo fue un día memorable en los fastos de la Concordia, cabecera de uno de tantos gobiernos político-militares del Sur de Filipinas. Fue un domingo con cara de martes, pero un martes de los más aciagos.

Lo había predicho el viejo Zacarías, un pobre loco que recorría las calles con su flauta y su borrachera. Tempranito se había encontrado con el Administrador paseándose, cosa insólita, pues desde que este señor fue nombrado gobernador interino desaparecieron repentinamente sus hábitos antiguos: de madrugador que era, se levantaba a las nueve; siendo naturalmente cabizbajo, andaba derecho y erguido, y habiendo tenido siempre muy buena pasta, había empezado a reñir con todos y a repartir bastonazos.

Zacarías, al verlo otra vez tan de mañana, con esa lógica terrible de los niños y los locos, le dió los buenos días llamándole Señor Administrador. ¿Administrador dijiste?, pues bastonazos.

—Te voy a volver cuerdo a palos; has de respetar el principio de autoridad.

—¡Gracias, Señor!—contestó Zacarías, llevándose la mano a la parte dolorida.

El loco tenía la costumbre de dar las gracias por todo lo que los españoles le daban.

Y más aturdido que resentido, se alejó, diciendo a todo el que encontraba!

—Primo, empieza mal el día.

Cuatro o cinco más de los madrugadores recibieron iguales caricias, tanto que el bastón con borlas azules que el interino se había hecho exprofeso de un hermoso gajo que le regaló un chino, se rompió de resultas.

—¿Qué tiene el administrador?—se preguntaban algunos, acostumbrados a nombrarle por su antiguo empleo.

Y ninguno se sabía explicar aquellos atropellos en un hombre, cuyas mañanas solían ser tan pacíficas como alborotadas sus tardes.

—¿Estará borracho ya?—pensaban otros.

Pero la sorpresa del pueblo subió de punto cuando, según costumbre, la principalía con la música del pueblo se diri-

gió a la casa gobierno para sacar a *Usía* como dicen, y acompañarla a misa. *Usía* desde la ventana hizo un gesto tan significativo que en otras circunstancias lo hubiera entendido el más lerdo en mímica; pero acostumbrados a la pública piedad y a la devoción de *Usía*, que oía la misa entera de rodillas y comulgaba casi cada mes, creyeron haber visto mal y prosiguieron su camino. Un buen grito y un buen juramento les hicieron alejarse más que de prisa.

¿Qué había pasado?

Si hubiera sido posible que la gente de La Concordia concibiera que un gobernador fuese accesible a ciertas debilidades humanas habría creído inmediatamente en un repentino ataque de locura. Pero un gobernador, aún cuando interino, era imposible que se volviera loco; pertenecía a la categoría de seres infalibles, como les constaba por triste experiencia. Así que abrían la boca, los ojos y los oídos, y se preguntaban con el gesto, la palabra y la mirada:

—¿Que? El gobernador, el amigo del cura, el sacristán, como le llamaba el interventor, el que no hacía nada ni dictaba nada sin consultar con Su Reverencia, el que le besaba la mano en público, el que asistía a todas las procesiones, no para dar buen ejemplo según el médico titular, sino para tenerle muy contento al párroco, el que mandaba a palos a los vecinos que no asistían al rosario del domingo, ¡no oír misa en un domingo después de haberse paseado toda la mañana!

—¿Había reñido con el cura? preguntó el interventor a su vecino el médico titular mientras ambos se persignaban devotamente, viendo al sacerdote que salía a decir misa.

—¡Imposible!,—contestó el médico,—él no es capaz.

—Anoche le he visto venir del convento . . . apostarí a un billete entero!

—¡Que escándalo!—exclamó el médico persignándose de nuevo.—Aún cuando hubiere reñido, un hombre como él un gobernador, debía guardar ciertos miramientos; fingir siquiera que estaba enfermo.—El médico estaba verdaderamente escandalizado. Y como el cura se volviese para decir *dominus vobiscum*, se persignó furiosamente y repitió— ¡Qué escándalo!

El gobernadorcillo que se sentaba cerca de estos dos señores había oído lo de la riña y se puso muy inquieto.

—¡Volvemos a las andadas!—suspiró, y olvidó por completo la chillería para no pensar más que en el negro porvenir. Cuando dos eminencias riñen, cuando dos montes vomitan fuego, quien lo paga es el valle.

Nadie podía oír la misa con devoción: todos pensaban en los extraños sucesos de aquella mañana: los bastonazos, la ausencia del gobernador. Silvinito, el dandy del pueblo lo lamentaba acaso más que nadie: estrenaba aquella mañana un traje anchísimo en que podían caber tres personas y unas botinas estrechísimas que solo admitían medio pie. Había calculado que el gobernador iría a misa con su hija, la bella Lolita y sus cálculos resultaban fallidos. Le dolían los zapatos de una manera indecible.

Las mujeres no eran las menos preocupadas, los actos religiosos perdían su importancia con la ausencia de la primera autoridad. Adiós, las procesiones con las luces de Bengala de los complacientes cabezas de barangay, en que ellas desfilaban como tentadores ensueños a los reflejos fantásticos de las luces de color: adiós, las misas de gracia, las fiestas pomposas que el gobernador realizaba con su presencia y a la que no faltaban, por lucir sus aéreas camisas de piña y sus vistosas faldas, como cestones de flores coronados por ligera niebla, encima de la que asomaban, velados en el tul de los pañuelos, unos soñadores ojos y unos labios llenos de promesas; hasta los músicos, sin recobrar aún del susto, por la chillería y la confusión del Sr. Gobernador perdían el compás y desafinaban; ahora sí que se les presentaba el porvenir oscuro. Se acordaban del tiempo aquel en que en las vísperas y en los días de fiesta, el gobernador que estaba en mal con el cura les hacía tocar horas y horas sin parar, delante de la casa real, hasta reventarlos para que después no les quedase fuerza para tocar delante del convento. Quien sufría más era el clarinete principal, el pobre Martín, hijo del loco Zacarías a quien por ser el mejor músico de la banda no se le permitía faltar ni una vez y llevaba, por decirlo así, todo el peso encima. Con el recuerdo de pasadas experiencias todos creían en que el interino gobernador, haciendo una hombrada, se había reñido con el cura, y en vez de oír misa, cada cual se devanaba los sesos para saber cual pudiera haber sido el motivo, y no daban con ello.

El médico titular, más ingenioso sin duda que nadie, pareció haber dado en el clavo, porque de repente se iluminó

su fisonomía y se dió un ligero golpe en la frente. Y como advirtiese la inconveniencia del gesto, volvió a persignarse con tanto más fervor cuanto que en aquel momento el cura leía el Evangelio.

—¡Ya lo sé!— dijo por lo bajo al interventor, sin mirarle y quedándose quieto como una estatua.

—¿Qué sabe V.?

—¡El motivo! La Cármen le ha dado al fin calabazas.

—¿Eh? ¿cómo lo sabe V.?, ¿cómo?

El interventor se olvidó por completo de la misa y mendeó sus preguntas, pero el médico se mantuvo silencioso, contestando con una sonrisa de Esfinge.

—¿Cómo lo sabe V.?, ¿cómo?

La Cármen es la chica más guapa y elegante del pueblo, riquísima heredera y la hermana del dandy Silvinito.

El único que acaso se sonreía en su interior prometiéndose algo de aquel acontecimiento es el chino Pascual, el teniente de su gremio, el más rico del pueblo, que en aquella época sufría algunas vejaciones y no pocos desaires de parte de la primera autoridad. Se creía que si le trataba así el Gobernador era para contentar al Cura que no miraba con muy buen ojo al ricacho chino que apenas mandaba decir cuatro flacas misas al año, y en vez de casarse, tenía queridas. Digamos en honor de la verdad y para que los lectores no piensen mal del chino, que en esta cuestión no tenía razón el cura. Bastante hacía el bueno del chino Pascual con costear cuatro misas, él que no creía ni en media, y si no se casaba no era por falta de voluntad. Dígalo si no la hermosa Salomé, la hija del músico Martín, la cual lucha con la miseria, con todos los regalos del chino y con toda su parentela que ven en el casamiento la felicidad de la joven y la salvación de la decaída familia. La joven, vestida pobremente, oye la misa y piensa también en el suceso del día, piensa en lo que espera a su pobre padre: la hermosura de sus facciones hace resaltar la pobreza de sus vestidos y lo demacrado de sus mejillas. Al mirarla, cree uno adivinar las noches de trabajo, los días de ayuno y la eterna humillación de la miseria, parece una rosa que brota entre piedras, sin agua, sin luz; ella llevaba a misa a su hermanito, un niño de dos años, enfermizo, con una cabeza fenomenal y unos zapatos estrechos que por no

poderlos sufrir, el chico se los había quitado y chupaba las cintas por entretenimiento.

Todavía estaban los ánimos ocupados con los sucesos de la mañana cuando otro más inaudito, si cabe, dá al traste con la poca devoción de la gente y trastorna todas las conciencias.

El cura, el cura que desde que había llegado al pueblo no había dejado pasar un solo domingo sin su correspondiente sermón; el cura que había preferido reñir con un gobernador antes que renunciar subir al púlpito para hablar al público, por más que éste le significase que le fastidiaba pues no comprendía el idioma, el cura que aún en la convalecencia de una grave enfermedad había predicado media hora, el cura; *tersibili dictu!* el cura sano, robusto, sin motivo aparente no predicaba en aquella mañana.

Algo grave debía suceder, ya no cabía la menor duda. Si aquel día no se hacía el juicio final sería porque tendrán algún inconveniente los de arriba, pensaban los timoratos, el Anticristo que había nacido, a creer el rumrum de los devotos.

—¿No lo decía?—pensaba el médico,—el cura está amoscado.

Entretanto, en la Iglesia empezaba a sentirse la sofocación de costumbre. Al calor del sol que penetraba al través de los cristales de las ventanas y del techo de zinc del edificio, se unía el calor de tantas velas encendidas, en que desprendían de sí más de cuatro mil fieles ahogándose en el reducido espacio. El aire no circulaba, se respiraba una atmósfera húmeda, caliente, penetrante, saturada de sudor, oliendo a cera quemada, a aliento humano, y a otros gases indefinibles propios de las grandes aglomeraciones en localidades mal ventiladas. El mismo oficiante, apesar de encontrarse en el despejado presbiterio, sentado cómodamente en su ancho sillón parecía dormido, fatigado, mientras en el coro los cantores la emprendían con el credo. Se oían llantos de niños sobreponiéndose a la voz del bajo, toses de bronchíticos que gargajeaban ruidosamente para aliviarse. El San José en un altar colateral miraba al púlpito con las cejas levantadas en una expresión resignada como diciendo. —“Ved que sufro aquí también rodeado de tantas velas;” mientras que la Purísima Concepción del altar opuesto, con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza y la mirada

vueltas el cielo parecía que decía: —¡Uf!—buscando seguramente una atmósfera más pura. Sólo el San Bartolomé del altar mayor, el Patrono del pueblo, no desmayaba en medio de tanto ácido carbónico, sino que más bravo y más fiero aún, si cabe, amenazaba con su machete a la postrada multitud. Muchos, rendidos e hipnotizados empezaban a cabecear.

Más he aquí que mientras el sacerdote preludiaba el prefacio con su magnífica voz de barítono de correcta escuela, despertando con la sublimidad melancólica de aquel canto, nota arrancada de las lamentaciones de las Sinagogas, a los fieles que se estremecían involuntariamente al percibir aquellos acentos modulados con voz de pena y entonación sentidos por el joven sacerdote; mientras toses, gritos, abaniqueros, todo se suspendía en la Iglesia no oyéndose más que la voz del sacerdote que acompañaba furtivamente el órgano como respetuoso eco, he aquí que de repente se oye sonoro, potente, el silbato de un vapor.

¡Un vapor! El silbato del vapor se apropió toda la atención de la concurrencia. El prefacio bien podía invitar a las Dominaciones, Potestadas, Ángeles etc. para adorar la venida del Señor, pero el silbato del vapor, sin tanta sublimidad sin tantas notas, invitaba a otras cosas. Todos se ponían atentas para contar cuantas veces silbaría el vapor.

El *Sanctus* llegó con su campanilleo, pero no importa, se arrodillaron y no dejaron de contar.

¡El correo!

El interventor, hombre decidido, se levantó, y salió de la Iglesia. El guardamonte estuvo vacilando si imitarle o no, y ya sacó una pierna, pero al ver la actitud devota del médico, se puso otra vez de rodillas.

¿Que traería el vapor? ¿Qué noticia?

Y el vapor silba por tres veces consecutivas con intervalos iguales, con tiempos medidos.

¡¡¡Era el correo, no había duda, pero el correo en día de domingo!!!

Cuando resonó estrepitosa la marcha real, y el campanilleo empezó con todo brío para anunciar que había bajado el Señor de los señores, encarnado en un disco de pan sin levadura, por más que muchos se daban ligeros golpes de pecho y al parecer estaban muy contritos, ninguno ¡ay! pensaba en Su Divina Majestad. Todos se preguntaban inte-

riormente ¿por qué habrá venido hoy el correo cuando no se le espera hasta el martes? Cuando más se anticipó, llegó un lunes; pero ¡¡¡llegar en domingo!!! ¿Vendrá ya a juzgar la enmarañada cuestión de los cabezas de barangay?

Aquello acabó de trastornar a todos. Al silencio y compostura de la multitud, después de la elevación, sucedieron las toses y un movimiento particular característico de cada sexo y cada grupo. Por el lado de las mujeres, esto es, hacia la mano derecha, el movimiento era depresivo, como el de las espigas en un campo cuando las abate una ráfaga de aire: las más se acomodaban para sentarse sobre sus piernas o sobre el mismo suelo, sirviéndolas de alfombra la extendida falda. Soñolientas y fatigadas, se abanicaban con sus pañuelos y hasta con sus devocionarios, agitando los labios un rezo, como quien habla durante una pesadilla. Por el contrario, por el lado de los hombres, a mano izquierda, el movimiento era de elevación; los hombres se levantaban armando un ruido regular al sacudir los pañuelos, las rodilleras y al estirarse, contentos con el pensamiento de ver pronto terminada la ceremonia. Sólo en las dos filas de bancos que ocupaban el centro de la iglesia formando una T, destinados a las personas de carácter y categoría, se notaba el movimiento mixto de elevación y depresión; los viejos capitanes pasados, rechinándoles las rodillas y otras coyunturas se levantaban apoyándose en los bordes de los bancos colocados a sus costados, ahogaban ayes y se sentaban después enjugando el sudor que les inundaba el rostro; el gobernadorcillo actual, aniquilado y anonadado por su cargo y la ceremonia que presenciaba, procuraba empequeñecerse lo más que podía en su asiento, a la cabeza del banco, y colocaba por delante la vara, como si quisiese esconderse detrás.

El chino Pascual pensaba en su cargamento de arroz y cal, que suele llegar en mal estado, gracias a las brutalidades de los grumetes; después tendría también que cargar azúcar y abacá. Silvinito esperaba una corbata de seda negra con motas rojas de la última novedad, igual a la que usaba el Interventor: y ya se veía con ella, llamando la atención de Lolita; ¡que feliz sería! El médico titular pensaba en el atracón de lectura que se iba a dar con los periódicos de Manila, y el interventor se relamía con la idea de algunas partidas de tresillo con la oficialidad, y quién sabe si después

se enredaba la cosa y ponía una banca. Cada llegada del correo era un acontecimiento; era un soplo de vida que les venía de Manila. Avivados y despabilados por aquella anticipación extraordinaria del correo, oyeron el resto que les quedaba de la misa, sin sueño y sin bostezos. Las chicas veían relucir las nuevas sayas y las elegantes camisas que habían encargado al chino y pensaban ir cuanto antes para que otras no se las anticipasen. Aniquilado y anonadado por su cargo, estaba para desmayarse el gobernadorcillo: después de misa ¿dónde iría? ¿Al convento antes, como era costumbre con este gobernador, o a la casa real como se hacía cuando los gobernadores estaban reñidos con el cura? ¿Habría junta en el tribunal, o habrá que ir a la playa a presenciar la descarga? ¿Le recibiría el gobernador con otra chillería? ¡Qué feliz era el chino Pascual, el teniente de su gremio, que a pesar de los pequeños rigores del gobernador, siempre estaba grueso y bien nutrido! Ahora tenía las piernas abiertas y las manos sobre los muslos, como dos asas, y miraba rencoroso al sacerdote que con mucha gracia apuraba el contenido del cáliz. La mirada del chino parecía decir:

—¡Cosa, usted bebe y está pelesco y aquí nosotolo leventalo!

A todos se les hacía muy larga la misa, y los más compuestos no podían dominar su curiosidad y volvían la cabeza para ver si al través de la puerta veían algo al vapor. Así es que se alegraron no poco cuando el cura dió su bendición y la música atacó con todo brío una endiablada polka. D. Narciso, el obseso guardamonte, no esperó como el médico titular, para levantarse, al fin de la misa; pero esta vez, su trabajosa gimnasia, su postura a lo Nabucodonosor, y su enorme . . . ¿qué diremos? . . . levantado al aire, amenazando romper las costuras de su pantalón, pasaron desapercibidos: nadie oyó sus quejidos, los chasquidos de sus articulaciones, nadie vió su cara congestionada, ni la mirada iracunda que dirigía a su alrededor. D. Narciso era un buen cristiano que, como el médico titular, su amigo y enemigo, oía toda la misa de rodillas y pasaba estos trabajos al izarse, por no sentarse en los socorridos bancos longitudinales que ofrecen seguro apoyo. Pero así tuviera que dar un salto mortal y morir de resultas, D. Narciso

no era hombre para sentarse donde se sentaban los principales indios y el alférez mestizo que manda la fuerza. Como buen español filipino o hijo del país, se pasaba de muy etiquetero y era muy amante de la propia dignidad. No solamente hacía remonstrar su familia a la de los primeros conquistadores, sino que en una ocasión en que rivalizaba, por decirlo así, en pública subasta con el médico titular, consiguió empujarse hasta llegar a los antiguos senadores romanos que se habían dejado matar, impávidos en sus sillas curules, envueltos en sus heréticas togas. D. Narciso pensaba morir en su silla perezosa envuelto en una manta de Ilocos.

Al fin el sacerdote se volvió a la sacristía y los fieles empezaron entonces a abandonar el templo casi en tumulto. Empujados y empujadores disputaban sobre el vapor, manifestando su sorpresa unos a otros. El médico titular, el interventor y el guardamonte llegaron también a la puerta del templo.

Pero aquí les aguardaba mayor sorpresa, la sorpresa ¡bomba!

No se sabe por donde lo supo. Silvinito les esperaba agitado y trastornado—tenía la corbata ladeada—¡con la terrible noticia de que venía un nuevo gobernador!

—¡¡Un nuevo gobernador!!

—¡Viene un nuevo gobernador!

La noticia dejó atontados a todos.

Nuestros conocidos, repuestos del susto, hicieron indagaciones. La noticia no podía ser más cierta. Un oficial del gobierno venía a avisar a los músicos y a la principalía para que, después de misa, se dirigiesen a la Casa-Gobierno, para desde allí ir todos a la playa a recibir al nuevo Gobernador.

Los españoles tenían la costumbre, los domingos después de misa, de tomar el chocolate en el convento. En el primer momento se olvidaron del chocolate y pensaron encaminarse al Gobierno; pero el obeso D. Narciso les recordó el pozuelo, y vacilaron.

—Antes a lo más seguro,— dijo éste,— todavía tendremos dos horas y mejor es prevenirse. Iremos con el cura, y de paso hablaremos con él y tendremos noticias antecedentes.

La prudencia del consejo a todos amén de las ganas de desayunar, pero la impaciencia del interventor para recibir

la correspondencia y enterarse de lo sucedido le hizo dirigirse antes a la casa real para presentarse al jefe. Los otros dos quedaron en esperarla en el convento.

Discurriendo y discutiendo sobre las causas y motivos del cambio, llegaron al convento. El cura les recibió tranquilo con su sonrisa habitual. El padre era un hombre de mucha calma y tranquilidad.

Su Reverencia ya estaba enterado y prevenido. Días antes había recibido cartas de Manila, en que le anunciaban la venida, y veía que todos estaban enterados del suceso. —¡Vaya, vaya con esto, señores—decía—pues yo creía que tenían Vds. mejor olfato! Lo que me extraña es que no haya llegado quince días antes.

—¿Y quién es el que viene? ¿Qué tal es? ¿Es civil o militar? ¿Le conoce V.?— preguntaban unos y otros.

—Hombre, parece militar, es un ayudante y un pariente muy cercano del mismo Capitan general, según dice la carta. Nos le mandan como una gracia especial, pues dicen que es el favorito de S. E.; como que le solía representar en muchos actos y era su secretario particular. Pero hasta que no se resuelva el expediente sobre si hacer de este gobierno civil o gobierno político-militar, alternaremos de gobernadores.

—¡Un ayudante y un pariente de S. E.!

—Un hombre muy echado palante como dicen en España, si las noticias no mienten.

—¡Hola!

—Parece que es orador, escritor . . . ¿que sé yo? . . . Figúrense Vs. Uno de los favoritos del célebre Lopez Dominguez, con veleidades de republicano. Sin embargo, me aseguran que blasona de buen cristiano y es de una absoluta honradez; lo que no me explico, pero ya veremos. Dicen que el general—añadió el cura con una sonrisa ambigua.—teniendo en cuenta las condiciones del distrito y después de haberse enterado de nuestras cartas, ha querido enviarnos lo mejor.—Y el cura se encogió de hombros.—Se llama Ramiro Monje y Fontanet.

—¿Es casado?—¿Tiene familia?

—Es casado, pero dicen que ha dejado su señora en la Península.

—¡Ah!

La llegada del interventor trayendo periódicos y cartas, cortó la conversación. Traía noticias de la casa gobierno. El gobernador saliente estaba de un humor de diablos. No le vió, pues se estaba vistiendo, pero le había mandado decir que se adelantaría con la música y principales, pues tenía que conferenciar con el gobernador entrante. Por consiguiente, tenían tiempo para almorzar todo el chocolate que quisieran. El saliente no quería verse con nadie por oír pésames forzados o sonrisas inequívocas de compasión. . .

—Y del nuevo ¿qué noticias tiene V.?

—Psh, nada. Me hablan muy bien de él, le llaman la flor y nata de los gobernadores político-militares, dicen que es honradísimo, celocísimo, muy activo y que merece un cargo mucho más elevado etc., etc., etc., cosas de siempre que se escriben y se dicen, porque como las cartas tienen que pasar por el correo y no hay necesidad de indisponerle a uno con su jefe . . . Por lo demás, aquí tienen Vs. las suyas; acaso en ellas les digan menos paparruchas . . .

Al guardamonte no le decían, ni siquiera una palabra acerca del nuevo gobernador. El médico, que había abierto un grueso paquete que contenía además muchos recortes de periódicos, hacía visajes y arqueaba las cejas.

—¡Uy! ¡uy!— exclamó;— es un liberal en toda la extensión de la palabra, ilustradísimo, habla dos o tres idiomas, distinguido escritor, . . . Y me envían recortes de sus artículos y discursos . . . ¡Todo un pájaro gordo!

—¡Hola!

—“. . . los discursos del banquete que dieron a S. E. en Barcelona.”—prosiguió el médico leyendo la carta.

—¡Ah, ya!— interrumpió el cura—el banquete de marras que le dieron los masones antes de venir y al que prudentemente no ha asistido.

—Sí, ese es,—repuso el médico, recorriendo la carta,—pero al que envió a su ayudante y sobrino para representarle.

El interventor quería que se leyeran los recortes y los discursos, pero el cura propuso que se desayunaran antes, pudiendo leerse en la mesa.

El cura, so pretexto del calor, se había hecho servir el chocolate en su magnífico mirador, colocado en una torrecita cuadrangular del convento desde donde se dominaba todo el pueblo, el mar, la playa y los vecinos montes. Desde

allí vieron el vapor pintado de negro y rojo, humeando todavía como un monstruo descansando de un fatigado viaje. Se oían ruidos de cadenas, se veían algunos marineros yendo de aquí para allá. La bandera española tremolaba en la popa. El mar azul, brillante, apenas rizado por una ligera brisa, le servía de fondo.

El chocolate del P. Macario tiene fama en todo el distrito y no necesitamos describirlo: es una cosa que si no se prueba, no se conoce, por lo que excusamos hablar de ella.

Bástele al lector saber que el pozuelo era grande y que el médico, por no interrumpir su desayuno, dió gustoso los recortes al interventor para que los leyera, pretendiendo no saber dar énfasis a los párrafos. El guardamonte, a pesar de que le salía bien el chocolate, hacía grandes enfuerzos por parecer atento y comprender el significado.

Uno de los recortes que leyó el interventor traía el discurso de un ministerial, quien, después del preámbulo de modestia y de lamentar que una ligera indisposición—que espera será pasajera—haya impedido al futuro gobernador asistir personalmente al banquete, decía entre otras cosas.

—A Filipinas va el ínclito General G., nuestro particular amigo . . . una de las más firmes columnas de la monarquía, el centinela avanzado del honor nacional y la legítima confianza del soldado. Con él se va una de nuestras más jóvenes y brillantes esperanzas. (*Aplausos*). El señor Monje da las gracias para sepultarse en la sombra de sus grandiosos bosques, para exponerse a los peligros y asechanzas que un nuevo clima y un nuevo sol siembran al paso del audaz europeo. Son dos astros que abandonan nuestro hemisferio para anunciar en otro una nueva aurora. (*Bravos, aplausos estrepitosos*). Con un pié en la playa y con el otro sobre la cubierta del gigante de los mares, acaso un sentimiento de duda, un vago estremecimiento se apoderen de sus corazones varoniles y se pregunten: ¿A dónde vamos y qué dejamos detrás de nosotros? Yo dejo el respeto, el amor de un pueblo por quien vertí mi sangre; yo, las esperanzas, la ansiedad de una patria que espera pruebas de mi amor: yo dejo familia, amigos, recuerdos, hogar; yo, esposa, porvenir, mi elemento, mis seguros laureles. Y todo lo cambiamos por lo desconocido, lo extraño, por un clima ardiente, por fatigas y acaso por inútiles sacrificios. ¿Qué nos impele a abandonar lo que hace agradable la vida, lo que consuela

al alma en sus ratos de amargura y vacilación?" Empero la duda pasa rápidamente como una ráfaga de aire sobre una bruñida hoja toledana. Sus resoluciones son inquebrantables. A Filipinas van animosos como los mineros que abandonan risueños paisajes para descender a las cavernas de la tierra, portadores de la luz, apóstoles de la civilización, obreros de la nueva palabra, para alumbrar y hacer fructificar los oscuros senos que por tantos siglos dormían en olvido y letal quietud. El partido liberal puede decirlo con orgullo: no sólo no lamenta su marcha, sino que se despide de ellos como la mujer espartana: les entrega el decálogo de los principios radicales y les dice como aquélla: o con él o sobre él (Aplausos). Nuestros votos van con ellos y les acompañan por doquiera: su marcha representa uno de los más grandes sacrificios que la causa liberal hace en obsequio a Filipinas, pues con ellos se van una palabra autorizada y un consejo en los Parlamentos, y una pluma y un corazón en las luchas de la prensa. Pero no importa; la causa liberal la defiende aquí el pueblo español, pueblo liberal de abolengo . . .

—¡Eso, sí, de abolengo!—repitió el cura tapándose la cara con el pozuelo de chocolate.

—Y sólo allí, en nuestra nunca bastante querida Filipinas allí es donde prudencias como el ilustre general G. e Inteligencias como nuestro amigo Monje hacen falta, obreros como ellos para realizar la justicia, la moralidad, consolidar la paz, el amor de sus habitantes a la Madre Patria y hacer ver a aquellos confiados hermanos nuestros lo que es la España liberal, la España moderna, la España del siglo diez y nueve, que si nunca ha podido tolerar en su pasado ser esclava, tampoco, nunca jamás, tolerará en el porvenir, no sólo en su sagrado suelo, sino donde quiera tremole al aire su pabellón glorioso, que resuena por un segundo siquiera la cadena de la esclavitud . . . (Aplausos prolongados, vivas entusiastas).

—Eso sí que es verdad—clamó el médico entusiasmado.—España será lo que se quiera, pero tolerar la esclavitud, jamás. Yo nunca he podido tolerar el despotismo, por eso, yo haría trizas a todo el que no piense así.

El recorte de un periódico conservador también fue leído.

Reproducía el brindis de un representante, uno de cuyos párrafos decía:

—“Dogma secular ha sido siempre de la política conservadora, la verdad inconcusa de que tratándose de Filipinas no haya en España más que un partido, el partido de la patria, esto es, el partido conservador. Todo aquel que atraviesa el Océano, sea aquí republicano, sea aquí demócrata, llámese federal, llámese si se quiere socialista, va como soldado a asegurar la integridad de la patria, es español y por ende, conservador y patriota.

—Eso es verdad,—exclamó el médico.

—“Y nosotros le saludamos y unimos nuestros votos a los suyos. He ahí la grandeza, he ahí la eternidad, he ahí el principio universal, la verdad que informa nuestro partido. Aquí en casa, permítaseme lo vulgar de la frase, nos permitimos tener nuestros caprichos y nuestras fantasías, tenemos nuestras rencillas y desavenencias naturales entrè individuos con opuestos temperamentos: unos se precian de demócratas, otros de liberales, otros de republicanos; pero en vísperas de abandonar la patria, en ese momento supremo en que el corazón habla como en el momento de la muerte, ¡pues! ¿qué es la ausencia en la patria más que la muerte política? en ese momento supremo digo, se rasga el velo del error y aparece la realidad, no hay más verdad en política que la que sostiene el partido conservador. Y es que el único credo verdadero en política es el credo de nuestro partido, como el único sentimiento absoluto, eterno, que anima toda la naturaleza y por el cual el mundo subsiste: es el sentimiento de la propia conservación.

—¡Qué verdad es!

—“Es el único compatible con el orden necesario a toda vida, a toda armonía social, a toda colectividad política pues contribuye poderosamente a que lo bueno sea mejor y lo mejor sea incomparable, a que las grandes ideas, las ideas-madres, se sustraigan a ese incesante vaivén de las cosas humanas y, mediante tal sustracción, se eternicen y perfeccionen. El General G., y el Sr. Monje podrán ser liberales de filiación; pero, como todo hombre, serán siempre espíritu conservador, pues este es inherente a la gran familia humana. Por eso yo, simple miliciano de la idea política más gigante que han conocido los siglos, saludo al ilustre representante del general G., y brindo para que ambos, en sus esferas respectivas, hagan de Filipinas una tierra eminente conservadora, y, por consiguiente la tierra de la dicha. Sí, señores,

con estas dos eminencias, no del partido liberal, del pueblo español, puede esperarse que aquellas islas hermanas lleguen algún día al pináculo de la civilización y el progreso, para honra y orgullo de la noble, hidalga y valerosa patria española . . . (Aplausos ensordecedores, felicitaciones al orador.)”

El médico quiso aplaudir también; pero al ver el aire contrariado del cura, refrenó su entusiasmo con un nuevo sorbo de chocolate.

—Aquí está el discurso de un republicano—dijo el intervector—¿Se lee también?

—“Léase, léase—contestaron todos.

“El partido republicano, al asociarse a esta manifestación de simpatía hacia el caballeroso general G. y su digno representante aquí presente, no puede menos de llevar el grano de arena de sus deseos y esfuerzos a la hermosa y titánica empresa de la gobernación de Filipinas, al tenor de los principios republicanos, principios de libertad, de igualdad, de fraternidad, que son la más preciada conquista del género humano. Antiguamente, al pasar una nueva tierra, los conquistadores hacían del vencido un verdadero siervo, un esclavo, una máquina inconsciente y sumisa, y convertían la colonia en un campo abonado para toda suerte de explotaciones. Exprimían el jugo de la tierra, chupaban la sangre del colono, en una palabra, hacían de los débiles y vencidos verdaderos esclavos de la gleba. Nació el republicanismo, y desde entonces la autocracia feudal quedó herida de muerte: se destruyó lo caduco, se renovó lo viejo y corrompido, y comenzó a circular por las arterias de la humanidad, una nueva savia, una nueva sangre: la savia y la sangre de la Libertad, y del Derecho.

“No evoquemos aquellos tiempos: afortunadamente, han pasado a la Historia. A nosotros nos toca perfeccionar la obra que nos han dejado desbastada: nos toca depositar la semilla en los surcos que con tanto trabajo abrieron nuestros antecesores. No, señores y amigos, entiendo que para el europeo del siglo XIX y para el español, lo mismo que para el inglés, el francés, el alemán, el holandés y el belga, colonizar no solo es explotar las riquezas de un país, no solo es abrirse un mercado para dar salida a los productos de su industria, no sólo es imponer a los demás por todos los medios nuestras creencias, ahora que pedimos la libertad

de conciencia para todos, y se ha declarado muy justo el respetar todas las religiones; colonizar no es enseñar la decencia ni el pudor a tribus salvajes para que luego compren nuestros tejidos, ni es procurar el aumento numérico de una raza para cobrar mayor capitación, no es sólo sembrar café, cacao, opio, azúcar; no es infundirse creencia, de las que muchos dudan, por desgracia aún en medio de nosotros; para mí colonizar es levantar del decaimiento a una raza atrasada, prepararle para un porvenir noble e independiente; para mí, una nación colonizadora es una hermana mayor que toma bajo su protección a una menor, la educa, la ilustra, la pule, no para que sea eternamente su esclava, su doncella de compañía, sino para que cuando llegue el tiempo, pueda tomar su estado, siempre bella, dotada de todas las perfecciones, con los conocimientos necesarios para una independiente situación. Misión noble, difícil pero honrosísima y que solo pueden realizar naciones privilegiadas. Otra cosa sería la mísera trata de negros con otro nombre y en un organismo más complicado.”

Largo tiempo había dejado de leer el interventor y ninguno se atrevía a hacer la menor observación. Todos se miraban unos a otros medio sonriendo, con sonrisas forzadas. Pero aunque no se hablaban, sus ojos se decían mucho y se comprendían. El interventor, como siempre, fue el primero que rompió el silencio.

—¡Qué diantre!—dijo,—todo eso es bueno para dicho allá, después de un banquete en que se ha cenado bien, se ha bebido champán y se está en vísperas de dejar su país.

—Padre,—dijo tímidamente un criado, en el idioma del país,—allí está el músico Martín que desea hablar con V.

—¿Qué quiere?—preguntó con cierta impaciencia el cura frunciendo las cejas.

—No lo sé, Padre, ya le he dicho que V. estaba ocupado, pero dice que viene para hablarle sobre un asunto muy importante.

El cura reflexionó un momento.

—Bueno, vaya, dile que venga—dijo al fin el padre muy condescendiente.

—La verdad es que V. R. es muy bondadoso,—dijo el médico, que por ser hijo del país había comprendido el diálogo.—Otros curas no les recibirían, sobre todo teniendo gente . . . Un músico. ¿Que vendrá a pedirle dinero?

—Pierden el respeto si es muy condescendiente con ellos,—añadió el interventor;—hay que tenerles siempre ¡a distancia!

—¿Qué quiere V. que haga?—dijo en tono bondadoso S. R.;—hay que tener calma y paciencia con esta gente, hay que saberle dispensar al maestro Martín, que no es un músico cualquiera sino un verdadero músico; es el alma de la banda, es el que la dirige, la organiza.

El ruido de pasos, que se acercaban hizo callar al padre, y de pronto, apareció por la puerta del comedor un hombre de estatura regular, de facciones regulares, marcadas con un sello de tristeza y desesperación.

Dió los buenos días a todos en castellano, por más que nadie se los devolvió, besó la mano al cura y esperó hasta que éste le preguntó que deseaba.

—Padre, quisiera pedir un favor, mi mujer ha caído repentinamente enferma y desearía me dispensase de la asistencia ahora para recibir al nuevo gobernador.

El cura se encogió de hombros y se sonrió.

—Ya le hablé al Sr. Gobernadorcillo, pero éste me ha contestado que el gobernador puede regañarse y mandarme a la cárcel a palos. Padre, mi mujer está ahora sin conocimiento, y gracias a algunas vecinas . . .

—Tu mujer acabará mal,—dijo el padre en tono de reconvencción—Se dá mucho a la bebida y tú no sabes sujetarla.

Martín bajó la cabeza y se calló; la reconvencción era justa. Su mujer había empezado a beber; primero a consecuencia de un parto laborioso, y después para distraerse cuando se les murió su hijo mayor. Cuando Martín quiso corregirla, ella se defendió primero excusándose, después le echó la culpa a él, y más tarde tomó la ofensiva.

¿De qué tenía él que acusarla que no hubiese aprendido de su familia? En efecto, sin contar con el loco Zacarías, muchos primos y hermanos de Martín tenían fama de bebedores.—Bebo, porque tengo hambre—solía decir.

—¿Que vamos a hacer?—añadió el padre consolándole;—ten paciencia, Martín, la asistencia de hoy no pasará del mediodía. Sería malo para tí que el nuevo gobernador, notando algún desarreglo en la música, supiese que ni habías querido recibirle. Vamos, aquí el señor doctor irá a ver a tu mujer gratis ¿no es verdad, D. Vicente?

—¡Ya lo creo!—contestó éste con tono avinagrado.

Martín se resignó, y al cabo de algunos segundos de silencio, repuso.

—También quisiera suplicarle, padre, que intercediera por mí con el nuevo gobernador para quitarme de mi oficio. Hace más de quince años que soy músico, mi sueldo de veinte pesos al año, y los cinco de gratificación que V. me da no me bastan . . . tengo mi mujer enferma, mi padre loco, mis hijos . . .

—Vamos, hombre, vamos, ¡ten paciencia! En cambio, ni te hacen cabeza de barangay ni cuadrillero ni te piden los quince días de prestación personal. Siempre estás de jolgorio; aquí una serenata, allá un baile . . . ¿qué más quieres? . . .

—Es que no voy a esas fiestas por gusto propio, ni me divierto en ellos; porque, en vez de estar desocupado, trabajo mientras los demás se divierten . . . ¡Si al menos la compensación fuera bastante y le diera a uno lo suficiente para la familia!

—No te quejes, Martín; hay muchos que están en peor situación que tú. Hay que corregir a tu mujer para que esteis bien, si no, lo pasarás mal. Anda, vete, procura que la banda esté preparada a recibir al gobernador y que toque escogidas piezas.

El músico salió cabizbajo y triste, después de dar a todos los buenos días. En esto, llamó el interventor la atención de la tertulia hacia la playa. En el buque se notaba movimiento, la gente se apiñaba en la escalerilla y una lancha atracaba en aquel momento al costado del barco.

—¡Parece que ahora desembarcan!—dijo el cura—vamos allá.

Entretanto en la playa reinaba alguna animación. El mar ofrecía una superficie uniformemente rizada de pequeñas arrugas, que hormigueaban y aquí y allá despedían brillantes rayos. Parecía una fina gasa ligeramente azulada y sembrada de lentejuelas. No había ni una ola, no había más que el movimiento uniforme y continuo de la marea que sube, en tiempo de absoluta calma. Los montes de las costas, en parte sombrías por proyección de nubes, o por el efecto de su modelado, en parte bañadas por el sol, formaban un soberbio marco de esmeralda a aquel ancho espejo, marco animado graciosamente por alguna columna de humo que indicaba que en sus faldas alguien quemaba un *kaiñgin*.

En medio de aquel ancho espejo cuyo uniforme color de azul *lumiere* solo interrumpían dos fajas plateadas, se levantaba imponente la masa negra del vapor, que por un efecto de óptica, adquiría proporciones mayores de las que tenía. Desde la orilla se oía el mugir del vapor, ruidos de cadenas, se veían figuras blancas andar sobre su cubierta. Ningún baroto, ninguna banca pescadora se veía; bien sea que guardasen el reposo del domingo, bien sea que sabiendo la llegada de la nueva autoridad, no se atrevieran a presentarse de puro temor y respeto.

Los principales estaban allí esperando al nuevo gobernador, unos de pié, al sol, otros debajo de un secular talisay otros sentados sobre un caído tronco, que desde tiempo inmemorial se encontraba en aquel sitio, indiferente a la calma, a la tempestad y aún a cada llegada de una nueva autoridad. Los principales apenas hablaban entre sí, apenas se cambiaban sus pensamientos: todos parecían inquietos, preocupados. Llegaba un nuevo amo: se cernían en el aire nuevas órdenes, nuevas disposiciones, y naturalmente nuevas multas y acaso nuevos castigos.

El más preocupado, y el que no se podía estar quieto era el pobre gobernadorcillo. El infeliz se sentaba, se levantaba, andaba, volvía, se arreglaba la levita, sonreía de una manera que parecía llorar, hablaba, decía cosas incoherentes, suspiraba, miraba hacia el vapor, hacia el pueblo, el convento, la Iglesia, etc. Tan pronto como veía andar alguno sobre la cubierta del vapor, mandaba tocar la música, o la mandaba parar. El desgraciado tan pronto trataba de soltar una broma como se ponía serio y parecía murmurar una oración. Ya no había ningún polista para el resto del año y solo estaba a fines de Mayo. El gobernador saliente que le gritaba, le chillaba y le tenía metido en un puño, le había hecho firmar recibos de cosas y cantidades que no había recibido, asegurándole que aquello era pura fórmula y que no le pasaría nada, pues continuando él de gobernador nada tenía que temer. El hombre firmó más muerto que vivo y sudando como de costumbre. Y ahora que ya no había prestación personal, ahora que se encontraba comprometido, se marchaba y le sustituía otro. El hombre se veía cuando menos en presidio.

Contrastando con la actitud de los principales naturales se veía al teniente de los chinos. Pascual, vestido de seda con su bastón con puño de oro y un abanico de seda que le

servía de quitasol. El chino Pascual había tenido tiempo de vestirse y prepararse para la ceremonia. Detrás de él se veía por el descubierto camino, venir su servidumbre y su coche tirado por dos magníficos caballos blancos. La servidumbre aderezó enseguida debajo del talisay una pequeña mesa que cubrieron con un mantel, encima del que pusieron varias bebidas, dulces y frutas. Había pensado en el calor del sol, la hora del desembarco y la distancia del pueblo. Por lo demás, motivos tenía para hacer todos estos preparativos; el gobernador saliente había tenido con él pocas consideraciones.

Allí no faltaba nadie del elemento oficial: los diez y seis soldados de que se componía la fuerza, también estaban allí alineados, procurando guardar su actitud marcial: pero inútil, cada uno tenía la estatura que sus padres le dieron sin cuidarse de que algún día pudiese el hijo ser soldado. Uno se mantenía muy recto, muy derecho; otro que no podía con el uniforme, demasiado estrecho, se mantenía doblado por no romperlo; por el contrario, otro que lo tenía muy ancho sacaba hasta el vientre afuera, para extender la pechera; quien por apretarle demasiado los zapatos se veía obligado a apoyarse ya sobre un pié ya sobre otro. El maestro de la escuela también estaba allí, con sus alumnos en dos filas mirando envidiosos a algunos chicos harapientos que correteaban en la playa cogiendo cangrejos y almejas, jugando con las olas. Como los otros, estaba también inquieto: le preocupaba el estado de la escuela, y sobre todo la manera como los chicos iban a saludar al nuevo gobernador. Tan pronto decía a unos:

—Vais a decir: Viva el señor Gobernador, tan pronto: ¡Buenos días, señor! tan pronto recomendaba ambas cosas a la vez, de tal modo que muchos chicos que a todo contestaban con un “si señor Maestro” no sabían de fijo como le iban a responder. Entre estos chicos, se notaba uno de cara enfermiza y que escuchaba atento: era hijo de Martín.

Fuera del elemento oficial, apenas se veían algunos curiosos que esperaban desde lejos la llegada de la nueva autoridad. Algunos solteros procuraban encontrarse a la mayor distancia posible . . . Mujeres no había ninguna.

Por fin vieron aparecer sobre cubierta al antiguo gobernador, acompañado de un oficial luciendo el uniforme de rayadillo del ejército de Filipinas. Ambos, después de las

protestas de ceremonia, bajaron las escaleras, el oficial delante y el antiguo gobernador detrás. Al pié de ellas estaba un bote.

La música esta vez no se engañó y entonó su más alegre polka. Al mismo instante llegaban a la playa el P. cura, el coadjutor y nuestros conocidos con el elegante Silvinito que tenía en el rostro pintado el dolor. ¿Era por las nuevas botinas o por qué no veía allí a la simpática Lolita?

—No hay como el chino Pascual para estar en todo—dijo el médico.

El bote avanzaba rápidamente empujado por cuatro remos: el oficial daba la derecha al antiguo gobernador. El capitán del vapor le acompañaba con dos o tres oficiales más del barco.

Todos tenían la mirada fija en el bote, en un solo punto, en el militar que venía en él. Así es que nadie se apercibió de la llegada de Salomé que venía pálida, con paso agitado y los ojos llorosos como buscando a alguien. La joven iba descalza y se cubría la cabeza con un pedazo de tela de coco que medio flotaba al aire, rodeándola de una atmósfera de luz. Nadie había podido notarla, ni el mismo chino Pascual tan enamorado de ella, ni su mismo padre, que procuraba lucirse con el pistón y eso que ella le hacía repetidas, casi desesperadas señas. No, todos miraban al militar: parecía muy joven en sus movimientos; su rostro terminado en una barba recortada y rematada en punta tenía mucha animación y en vez de adoptar un aire de Gobernador, esto es, una *cara feroce*, como tantos otros, sonreía escuchando atentamente lo que el antiguo le parecía decir. Ninguno de sus movimientos se escapaba a nadie de los que estaban en la playa.

El primero que saltó a la playa, fué el ágil joven quien ofreció—la mano con mucha gracia a D. Fermín, y arrojó después unas cuantas monedas de plata al fondo del bote.

El recién llegado saludó afablemente a los padres y a los españoles, y si bien no dijo una sola palabra, en cambio, en su movimiento, y en su sonrisa, y en su mirada se leía el placer que tenía de hacer semejante conocimiento. A Silvinito le estrechó la mano. Para los principales tuvo un saludo muy ceremonioso y deferente, lo mismo que el chino Pascual y al ver la mesa de las bebidas preparada a la sombra del árbol, una sonrisa se asomó a sus labios y al

oir la respetuosa invitación del chino, dió las gracias brevemente pero no tomó nada.

—Bien, bien,—dijo el gobernador, al pasar cerca de la banda de música dirigiéndose a Martín con una sonrisa de felicitación.

Los chinos de la escuela, no acostumbrados a ver tanta naturalidad y gracia en los gobernadores que llegaban, se olvidaron de las instrucciones del maestro, solo se acordó el pequeño Justo quien gritó con todos sus pulmones:

—Buenos días, señor, ¡viva el señor gobernador!

Los chicos, vueltos en sí, unos dijeron viva, otros buenos días, resultando el efecto mejor de lo que el maestro se había propuesto.

—A favor del Sr. Gobernador don Ramiro Monge,—gritó una voz.

Era la del loco Zacarías que venía corriendo con su flauta. El loco ya sabía el nombre y todos los apellidos del nuevo gobernador. Era el primero que en el pueblo se enteraba de los nombres y apellidos de los recién llegados. ¿Cómo se arreglaba? ¡Nadie lo sabía!

—Favor, Sr. D. Ramiro, favor, se muere la mujer de mi hijo.

La voz del loco tenía aquella vez un timbre raro, parecía el grito de uno que se ahoga, pero la música había vuelto a tocar y el pistón del músico Martín sobresalía entre todos, haciendo prodigios. El pobre músico, sin saber lo que decía su padre y temiendo no dijese locuras procuraba apagar su voz con el torrente de notas estrepitosas de su instrumento de latón. Por otra parte, por más que el pobre loco hiciese gestos desesperados y procurase acercarse al gobernador, era inútil: éste se ocupaba de inspeccionar a la pequeña fuerza que presentó las armas, cada uno a su tiempo.

Su Señoría no quiso aceptar el coche del chino Pascual, apesar del sol, prefiriendo ir a pié como todos, y se dirigió al pueblo, sonriendo como siempre, radiante de felicidad, rodeado del cura y del gobernador.

El loco, viendo que no le dejaban acercarse al gobernador, se dirigió al gobernadorcillo. Imposible, éste estaba más de mal humor que nunca y al verle acercarse, levantó el bastón.

Zacarías vió a Salomé que indecisa y tímida no sabía que hacer en medio de tanta gente.

—Vete, Ume, llámale a tu padre: dile que tu madre se va a morir y quiere hablarle.

Salomé, hizo una señal con la cabeza y se dirigió a su padre, pero la música ya se había puesto en marcha, y Martín, haciendo de principal, tocaba con un brío singular el pistón sin hacer caso de lo que le decía su hija. Sus carrillos se hinchaban, sus ojos se inyectaban parecían querer salir de las órbitas y dirigía el compás con su instrumento, moviéndolo a un lado y otro y llenando el aire de notas armoniosas, claras y marciales. Había llamado la atención del nuevo gobernador, y el pobre músico, fuera de sí de satisfacción, procuraba sobrepujarse. Todavía hizo un gesto de disgusto con la cabeza cuando vió que su hija se le acercaba. Aquel día, tan brillante como jamás se había visto otro en el pueblo, habría sido capaz de improvisar una marcha triunfal, si el gobernador se lo hubiera ordenado.

La noticia que había dado el loco no era exagerada: la mujer del maestro Martín estaba agonizando.

Sobre miserable estera, y bajo mugriento pabellón para defenderla contra el viento y los mosquitos se vislumbraba confusamente, gracias a la oscuridad mal iluminada por una humeante vela puesta sobre una botella vacía, una forma humana envuelta entre sábanas y vendajes. Era Rosalía, la mujer del maestro Martín. Dos mujeres le administraban medicinas, le sobaban, contenían sus movimientos bruscos. La enferma sacudía la cabeza, se agitaba y murmuraba frases incoherentes.

Aquella era la joven más hermosa de su tiempo; hoy envejecida, gastada, cadavérica, sudando el sudor de la agonía en su destartado hogar. Ellas eran dos hermanas Rosa y Rosalía, gemelas, hermosas ambas, muy parecidas, sin más diferencia que la Rosa era una niña muy tranquila, muy sensata, bastante sosa según algunos, mientras que la Rosalía era viva, alegre, graciosa; artista de corazón viviendo entre cantos, flores, luz; una avechilla al comienzo de la primavera.

Niñas, habían llegado al pueblo en compañía de su madre, una mujer de aspecto distinguido, aire reservado y triste

que todos llamaban doña Isabel. Se suponía que venían de muy lejos, acaso de Manila, porque las niñas hablaban en tagalog, que doña Isabel era una viuda de alguien y nada más. Los misterios o los secretos de su pasado, si alguien en el pueblo los podía saber, sería solo el cura que confesó a la difunta en su lecho de muerte. En cuanto a las niñas, confesaban que nunca habían conocido a su padre, habían vivido en diferentes pueblos, no conocían a sus parientes.

Apenas jóvenes, Rosa y Rosalía vieron pretendientes y admiradores brotar por todas partes, ofreciéndoles su fortuna, a cambio de las manos. Los jóvenes de la provincia, los empleados solteros, los más ricos viudos y hasta viejos richachos desfilaron en la sala de la modesta casa de tabla que doña Isabel ocupaba. El más importante de todos los pretendientes era don Jacinto Cavia, el más rico de todo el distrito, el heredero de una antigua familia de hacenderos cuya casa honraban todas las autoridades que acontecían pasar por aquel rincón de Filipinas. Don Jacinto se había enamorado perdidamente de la Rosalía, apesar de lo oscuro y misterioso de su origen, apesar de cierta oposición de su señora madre, la altiva y orgullosa Da. Carmen, que siempre había considerado a doña Isabel como una aventurera que recorría las provincias en busca de buenos partidos para sus hijas. Pero D. Jacinto, al querer formalizar la relación se había encontrado con lo que nadie esperaba: Da. Isabel, de una manera muy cortés y muy fina, había dado a comprender que no la deslumbraban las haciendas ni las riquezas, que su hija Rosalía las merecía y algo más, y protestando la poca edad de la niña, dejó la cuestión del matrimonio para más adelante. Este fracaso irritó tanto el orgullo de Da. Carmen, quien juró que Da. Isabel sería la que después la imploraría para que consintiese en el casamiento.

Desde entonces D. Jacinto menudeó sus cortejos, regalos, fiestas, convites, partidas de campo al que solía invitar naturalmente a las gemelas, viendo cuán aficionado a la música era Rosalía que por todo instrumento tocaba un arpa que habían traído al pueblo. D. Jacinto en pocos días, aprendió música, el solfeo para cantar, había organizado una orquesta bajo la dirección del músico Martín y la daba en las noches de luna las más sentidas serenatas. Pero doña Isabel seguía diciendo a todos los pretendientes que las dos hermanas eran demasiado jóvenes, y con la mirada

vaga en el espacio, parecía esperar noticias que nunca llegaban. Así las cosas murió un día casi repentinamente doña Isabel, de una fiebre perniciosa, llevándose consigo tal vez sus secretos, sin dejar a las dos hermanas más que sus numerosas y preciosas alhajas y un par de miles de pesos.

Las dos hermanas, solas ya, sin la poderosa égida de su madre, sin más compañía que la de sus criados, vieron revivir el ardor de sus pretendientes, y noche y día se vieron asediadas, D. Jacinto menudeó sus serenatas, sus visitas, y pasados algunos meses decentes, Da. Carmen que había tomado a pecho el asunto, como una cosa donde dependía el honor de la familia, se presentó en casa de las dos huérfanas acompañada del Rdo. P. cura. No se divulgó lo que pasó en aquella visita pero es lo cierto que un mes después y en el mismo día se casaban Rosa, la modesta y pacífica Rosa con D. Jacinto y Rosalía, la brillante Rosalía, con el músico Martín.

Las dos hermanas que se habían querido siempre, al principio se visitaron con mucha frecuencia, pero algunas expresiones de Da. Carmen que el viento de la murmuración llevara a los oídos de Rosalía hicieron que ésta, sensible y altiva como artista que era, evitara poco a poco la visita de su hermana encerrándose en su modesto hogar. Al año de casada, Rosa dió a luz a Silvinito, y Rosalía a una niña que murió a los pocos meses gracias a una enfermedad de la madre que impidió amamantarla.

La muerte de esta niña descubrió el abismo que separaba a las dos hermanas por el escándalo que se supo en el pueblo con motivo de ella. Rosa había querido ver a su hermana, pero su suegra Da. Carmen se lo había impedido a viva fuerza hasta mandar cerrar las puertas y amenazar delante de los criados a la nuera con mandarla encadenar. La pacífica Rosa enfermó después, y a pesar de todas las medicinas, juntas de médicos y consultas, murió sin haber conseguido ver a su hermana que, aunque había rondado—según decían—noches enteras la calle, jamás había llamado a la puerta para entrar.

Dos años después nació Salomé, y luego nacieron otros y otras que, morían de croup unos, de calenturas otros y de otras enfermedades, que mal combatidas, hacen su estrago en la infancia.

Martín y Rosalía fueron un matrimonio feliz durante muchos años. Con el dinero que la había dejado su madre y con la venta de algunas alhajas, Rosalía había ayudado a su marido a poner una buena casa, a comprar algunas cabezas de ganado y un pequeño cocal, con cuya *tuba* tenían una buena renta diaria para cubrir sus necesidades. Pero músicos y artistas ambos, sabían contar muy bien los tiempos y el compás, pero en materia de aritmética, su vida estaba en la primera página.

A Martín parecía perseguirle la mala suerte: hiciéronle escoger entre ser maestro de la música del pueblo, que entonces se acababa de fundar, o ser cabeza de barangay. Verdad es que el maestro no tenía más que pfs. 12 al año, pero ser cabeza de barangay . . . Martín, sin vacilar escogió lo primero.

Después, como en la cabecera del distrito hacía falta carne, vino un gobernador que tomó una medida enérgica y fue la de obligar a todos los que tenían ganaderías a matar una vez cada semana, en vista de la anemia general que reinaba entre los peninsulares y que les hacía apáticos e irritables al mismo tiempo. Es verdad que el mayor ganadero era D. Juanito, pero éste tenía su ganadería más allá de la séptima montaña y del séptimo vadeo: era imposible contar con él. El único que tenía reses a mano era el maestro Martín, y ante la razón poderosísima de la necesidad, sus reses fueron sacrificadas unas tras otras. Verdad es que para que no perdiera, el gobernador había ordenado que se vendiese la libra a real fuerte, en vez de los 16 cuartos precio de antaño; pero como era costumbre obligada regalar carne gratis a las primeras autoridades, al P. cura, etc. resultaba que el pobre músico no sacaba la mitad de su capital. Martín y Rosalía no se apercebían, por fortuna del trocamiento que hacían, en vista de que tenían carne en casa y estaban alimentados.

Después se trató de abrir una carretera y ¡pícaro Ayudante de Montes! la hizo pasar imprescindiblemente por el cocal del matrimonio, echando abajo precisamente los 30 mejores cocoteros del terreno, sin indemnizarles un cuarto, por supuesto, como es costumbre en provincias.

Por negocios y pasajes parecidos, Martín ganando pfs. 12 al año y gastándose pfs. 20 en zapatos, sombreros y vestidos para presentarse con decencia como maestro de mú-

sica; Rosalía vendiendo sus alhajas de oro y piedras preciosas para comprarse trajes vistosos, a fin de que no se conociera el descenso de la fortuna, llegaron poco a poco a la miseria, precisamente cuando su hija Salomé, el retrato corregido de su madre, entraba en la juventud.

Hacia más de un año que Rosalía, melancólico recuerdo de lo que fué se dedicaba a la bebida, unos decían que para olvidar sus penas, otros por el ejemplo de la familia de su marido, otros por imprudencia del médico que la había aconsejado la bebida, y no faltaron quienes, como Da. Carmen, admitían la posibilidad de todo esto, añadiendo, sin embargo, la conjetura de que bebería para apagar el hambre.

Quizás hubiera algo más, acaso una desesperación, el cansancio de luchar inútilmente contra su sorda enemiga, la implacable Da. Carmen. Al principio, eran accesos frenéticos de alegría que espantaban a Salomé, accesos durante los cuales ella sacaba de su rincón el arpa, tocaba aires antiguos, canciones antiguas de indefinible poesía para la joven, aires y canciones que parecían recordarla los primeros albores de su vida. Después, excitándose más, se ponía a bailar danzas que, brazos menos descarnados y rostro menos descarnado, hubieran sido pasables, cuando no graciosas. Luego seguía un aplanamiento, un sueño letárgico. Más tarde, los accesos ya no eran tan divertidos: eran escenas cómicas o trágicas que terminaban en llanto, si no en hecatombe de platos y lámparas. Vinieron después cólicos pertinaces, inapetencia completa, devolviendo todo cuanto tomaba. Luego tuvo dos ataques: en el primero, se le paraliza el brazo izquierdo; y en el segundo estuvo a dos pulgadas de la muerte, pues fue confesada y sacramentada.

Ahora vino el tercer ataque.

Salomé llegó cansada y desanimada, y entró en el cuarto donde su madre agonizaba; y limpiándose el sudor de su frente y arreglándose la cabellera, se sentó en la estera. A la pregunta que le hicieron las mujeres acerca de su padre contestó:

—Allí está tocando; dicen que el nuevo gobernador es muy aficionado a la música.

—¿Sabes que el chino ha venido,—dijo una, observando la cara de Salomé,—y ha dicho que si se necesita algo se

puede pedir a la tienda? ¿No teneis arroz? Nosotros no hemos aún almorzado.

Salomé se levantó y se fue a un rincón donde se veían dos bayones medio llenos.

—Voy a pilar, dijo.

Mejor será que mandes por tuba,—dijo en voz baja la mediquilla;—a la otra orilla del río hay . . .

—Tuba . . . sí, tuba,—repitió la enferma, abriendo los ojos;—anda, Salomé, y traeme tuba.

Salomé se mordió los labios.

—El caso es que no tengo a quien mandar . . . Justo no ha vuelto aún.

—Aunque no fuera más que un vaso,—dijo la mediquilla.

—Lucía podría ir.

—¿Y quien cuidaría a Sito?— observó Salomé pensativa.

Sito era el hermano idiota y mudo a quien había que vigilar y que solo se llevaba bien con Lucía.

La mediquilla hizo un gesto de disgusto.

—Iré yo misma,— dijo Salomé, levantándose.

La joven temía que la mediquilla se disgustara; encargó a Lucía que mientras vigilaba a Sito, pilara arroz. Y cogiendo una botella bajó las escaleras.

Salomé andaba pensativa; ¿cómo iba ella a sacar *tuba* no teniendo ni un *grande* * con que pagar? ¿Qué nueva excusa iba a decir? Ella sabía que no negarían nada que pidiese, que Juan el *mananguete* le miraba siempre con ojos significativos, y por lo mismo ella se sonrojaba sin saber claramente por qué.

Zacarías, que estaba andando por la calle ya medio achispado, al verle con la botella, adivinó a donde iba, y se la acercó meloso, con la melosidad de los borrachos.

—¿Vas a la otra orilla, Omeng? Me alegro, te voy a acompañar; anoche estaba el caimán en el río y no quisiera que te sucediese nada.

Salomé sintió oprimirse el pecho.

—Abuelo, es para la curandera. ¿Tiene V. un grande allí?

—¿De dónde, quieres, que lo saque? Pero, no importa; acaba en entrar la embarcación de Ambil que trae mucho

* Perro grande o 10 centimos de peseta. De aquí viene el "*isang pera*"—Ed.

arroz; está precisamente en la bocana. Ambil es amigo mío.

Salomé miró a su abuelo, y miró hacia el mar.

—Ambil me prestará cuanto quiera; su padre y yo somos amigos. Vamos.

Salomé se pasó la mano por la frente, por la cabellera; se arregló la saya; ocultó debajo de un pliegue la parte zurcida; se estiró las arrugadas mangas de la camisa, y se puso colorada.

Ella se acordaba muy bien de Ambil. Ambil era un joven infiel, medio moro o *medio subano*, que de cuando en cuando venía en su vinta a la Concordia, cargando arroz, cera y bejucos para llevar en cambio platos, cuchillos, telas, alambres. Vivía en una ranchería donde su padre era una especie de dato medio sometido al gobierno de España. Este le había nombrado teniente y regalado un bastón de mando con muchos adornos. Como la ranchería no estaba lejos de un fuerte y de una población cristiana, Balarat, el padre, estaba en relaciones con muchos cristianos con quienes tenía amistad. Uno de estas amistades era el viejo Zacarías, que en sus mocedades había sido cabo del destacamento.

Pero Salomé pensaba en otra cosa; se acordaba de la última vez en que Ambil había venido, hacía una cosa de dos meses. So pretexto de las amistades de su padre y de Zacarías, frecuentaba mucho la casa de Salomé y llevaba regalos, como arroz, tapa de venado, etc. Salomé observaba que Ambil la miraba a hurtadillas, con ojos pensativos, y cuando sus ojos se encontraban, Ambil miraba a otra parte y suspiraba. La última vez, encontrándola sola y tejiendo, Ambil la declaró su amor. Ella le contestó que no era cristiano.

Andado el abuelo y la nieta, llegaron al río, y, en efecto, se veía una vinta, acabada de llegar; las velas estaban aún sin recoger; un joven de pié sobre una batanga, daba órdenes a tres moros que, probablemente, serían tripulantes. El joven vestía un turbante rojo, una de cuyas puntas le caía sobre un hombro, una chaqueta corta bordada, con pasadores de tela, y un pantalón ancho; por lo demás, estaba descalzo y no llevaba ningún arma.

—Primo Ambil,—le gritó de lejos Zacarías,—¿cómo está mi primo Balarat?

El joven volvió la cabeza: iba a contestar, mas al ver a Salomé, se quedó cortado. Aunque era moreno, se vió, sin embargo que sonrojó.

Bajó de la batanga, saltó al agua y se dirigió a saludar, sonriendo y enseñando unos dientes hermosos y blancos. Ambil, aunque era moro, no mascaba buyo.

—Mi padre está en los montes,—respondió Ambil—aquí traigo tres sacos de arroz que él os manda.

—A tiempo llegan,—dijo Zacarías,—porque hace días que no hay arroz en el distrito. A propósito, vente con nosotros a la otra orilla a tomar un vaso de tuba.

Salomé miró a su abuelo. Ambil aceptó gustoso, sin encargar nada a su gente, siguió a los dos que se embarcaron en el baroto del polista que tenía a su cargo el vadeo.

Mientras pasaban el río, Zacarías no cesaba de preguntar por el viejo Balarat y por los demás amigos de la ranchería.

Se iban marchando los habitantes de ésta, trasladándose más al interior; la vez que estuvo por allí el misionero, les riñó fuertemente, porque no querían bautizarse y les amenazó con atarles a todos y enviarles a la cabecera para que con grilletes en los pies, limpiaran las calles.

—¿Por qué no queréis ser cristianos y queréis condenaros?—preguntó Zacarías y como era ferviente devoto de la Virgen, empezó a ponderar las excelencias de ser cristiano.

—Si fuerais cristianos podríais oír misa, asistir a las procesiones, tener una iglesia como la que tenemos. No has visto todavía cómo están poniendo nuestra iglesia. Dicen que es la más grande en toda la isla, no ha costado nada a nuestros curas y sólo se han muerto dos y roto una pierna uno al levantarle.

—Yo, por mí . . . —repuso en voz baja Ambil mirando a Salomé.

—Y luego os podrán predicar los padres cada domingo . . . ¡Si vieras cómo predica nuestro cura! Verdad es que no grita ni pega como el otro padre . . . que, según decía, fue coronel de caballería, no. Nuestro padre no grita, tiene un tono de voz tan suave, tan igual, tan . . . tan . . . que sin querer se queda uno dormido como si estuviera debajo de un cañaverál.

Entretanto, habían llegado a la otra orilla; el *mananguete* bajaba precisamente de un cocotero con el sahod suspendido del hombro, gracias a una rama curva sujeta al caño.

Dignas de describirse eran, sin duda alguna, las escenas que ocurrieron después en la casa-comandancia, tales como la presentación breve, parsimoniosa que hizo el gobernador saliente de los principales y el discurso afectuoso, lleno de promesas y muy sentido con que les saludó el entrante. Tampoco eran de perderse las frases severas, cortas, aunque en el fondo laudatorias, a la pequeña fuerza militar del distrito, la elocución complementaria e insinuada del Rdo. padre cura, recordando lo que se debe y lo que debe a la Religión Filipinas y el distrito en particular, ni la timidez, el silencio, la turbación de la principalía, etc.; nada de lo que ocurrió en aquel maravilloso día en la casa gobierno fue vulgar; pero ya el interventor lo describió todo minuciosamente en una revista provinciana. El que quiera enterarse de ello, no tiene más que leer el número 17 del año primero de su publicación. Los periódicos de Manila lo reprodujeron con muchos comentarios y muchos encomios.

Pero lo que no mencionaron los periódicos ni la revista provinciana siquiera, con ser la más minuciosa, en el país de los periódicos que no olvidan ni los nacimientos, ni los catarros ni siquiera los estornudos de los amigos y las autoridades, es lo que aquel día había pasado en casa de Martín mientras éste tocaba entusiasmado, sonata tras sonata, delante de la casa-real.

Los comentarios suscitados por el inesperado cambio de autoridad no tenían fin. El caso estaba previsto por muchos, según el giro que habían tomado las circunstancias, pero, no obstante, causó sorpresa y admiración.

El médico titular decía aun, por la tarde, refiriéndose al antiguo gobernador.

—Al fin, no pasó de interino! Ahora sí que ni de interino se queda.

Y se reía como un bendito.

La risa del médico titular era muy natural: corría la especie entre el círculo ilustrado de la provincia de que el gobernador se daba por molestado cuando en su presencia le llamaban interino. Se volvía áspero y fruncía las cejas, mientras que se hacía muy tratable cuando le llamaban

señor gobernador. Gobernador no era verdaderamente su categoría: era, como todos sabían, administrador y cuando el anterior Comandante político-militar fue llamado repentinamente a Manila, por ciertas cuestiones que había tenido con los párrocos, había quedado de interino, mientras se esperaba o la vuelta de aquél o el nombramiento de otro. Pero como el administrador era un empleado civil y no podía llamarse Comandante político-militar, se hacía llamar Señor gobernador a secas. Por lo demás, en los pequeños gobiernos, el público, por agradar, eleva la categoría de sus autoridades.

—¡Qué chasco se ha llevado!—añadió el interventor;— ¡estaré que rabia! ¡Cualquiera se le acerca ahora! Y él que esperaba que le iban a nombrar propietario!

—¡Como es posible! ¡No siendo militar!

—¡Pues que! ¿No lo sabía V.? ¡Si confiaba en que iban a hacer de la Comandancia un gobierno civil! Dice que tiene un tío en el ministerio y un primo en el gobierno general. Por eso, todo su afán era limpiar las calles y pintar las casas para cuando llegara el capitán general estuviese satisfecho de su celo y actividad. ¡No es tonto!

—Sí todo apariencia y aspecto exterior,—repuso el médico,—y lo demás que lo lleve Pateta. Tanto como he insistido yo en que haga traer ganados para el consumo. ¡Estamos todos anémicos por falta de carne!

—¡Ah! sí,—exclamó el interventor, conteniendo la risa,— me acuerdo . . .

—¿Se acuerda V.? Ese tío, con su grosería habitual, me contestó que yo quería que hubiese muchas matanzas, no por la carne, sino por lo que cobraba. ¿Ha visto V. mayor grosería? Decirme que yo no compro más que dos miserables libras de carne. ¿Pues qué? ¿Compra él tanto? Yo al menos, pago de mi bolsillo lo que como, poco o mucho; él consume una pierna, los sesos y los riñones, pero ¡es que se los regala el matancero!

—¡El cura debe estar de enhorabuena!

—Quien debe estar de enhorabuena es el chino Pascual.

—¡Es verdad! Como le ha apretado éste y le ha chupado . . .

—¡Eso sí que es miserable! Vaya, comprendo que se le trate mal a un chino, por ser chino y porque viene para robar. Péguale V. un puntapié, pero no le vaya V. a sacar cuartos.

—¡Hombre! ¿A donde vamos a parar?

—Eso es infame y nada más. Si recibe V. regalos, al menos sea V. considerado. El dinero es dinero, y al fin el chino, digan lo que quieran, lo gana con el sudor de su frente. Debemos cerrar los ojos a ciertas cosas, porque dígame V., sin el chino . . .

—Vamos, no me diga V. eso; el chino para mí es . . .

—No hable V. tan mal del chino, señor. ¿De qué vive V., sino . . .

—¡Amigo, poco a poco! Es verdad que juego con ellos y gano algunas veces, pero en juego de buena ley. Arriesgo mi dinero, no les obligo a que jueguen conmigo, pongo la banca, ellos apuntan, y si pierden, ¿qué culpa tengo yo? ¿Por qué en vez de poner ellos al as, ponen al rey? Les obligo acaso a poner en cierta carta? Usted sí que . . .

—¿Qué?—preguntó receloso el médico.

—Yo no hago lo que usted. Usted prohíbe a todo el mundo que cure para que V. solo pueda curar; V. obliga a los chinos a que se medicinen según el sistema europeo, ellos que tienen la naturaleza china. ¿Por qué no deja V. que todo el mundo se cure o se muera como le dé la real gana?

—Porque eso es bárbaro, señor, porque es un crimen dejar que un ignorante se meta a tratar enfermedades que no conoce.

—¿Y quién le dice a V. que no conoce?

—Pues naturalmente, ¿dónde han estudiado?

—¿Dónde? Pues . . . en la cabecera del enfermo. ¿Dónde han estudiado los primeros médicos?

—¡Hombre! No hable V. de medicina que está V. desbarrando lamentablemente. Hábleme V. de ruletas, de carreras de caballos, del juego de billar, de la moda, de los que V. quiera, yo le creo a V. porque en eso es una autoridad, pero no me hable V. de mi especialidad.

El interventor, lisonjeado por estas palabras, porque pretendía ser un *sportman*, dejó al médico hablar de medicina y de sus teorías sin contradecirle.

—A propósito, ¿no decía V. que vino un pasajero? ¿Qué traza tenía?

—¡Pshé!

Y el interventor hizo su gesto familiar que equivalía a decir: está sin un cuarto. El gesto consistía en colocar la

mano delante de la nariz con el pulgar y en abrir y cerrar los dedos como agitando el aire.

—¿Si?

—Ha estado muy poco tiempo en la casa gobierno y de allí se ha ido al convento. Yo no creo que el padre le dé de comer.

—¿Y a que viene? ¿No ha hablado V. con él?

—No, no, iba muy a la moda . . . última. Nadie le conoce, ni el asesor ni el escribano ni el juez de paz ni siquiera el guardamonte.

—¡Vamos! será uno de los recién llegados que se han encontrado con su cesantía.

—Puede ser. ¡Y vendrá a tentar fortuna!

—No tiene traza de listo. ¿Se acuerda V. de aquel célebre Martínez que recorrió el distrito sacando cuartos de los indios, so pretexto de gestionar la abolición de las patentes? ¡Qué célebre era!

—¡Y aquel otro que se hacía pasar por misionero de la Tierra Santa y vendía rosarios y reliquias! Y el pillo tenía el atrevimiento de hospedarse en los conventos.

—Yo no sé como hay tontos que se dejan engañar. La verdad es que estos indios son imbéciles. ¡Cuántos miles ha recogido aquel que pretendía haber trabajado para reducir a diez días los quince de la prestación personal!

—Sí, sí, aquello ha sido una buena jugada. En efecto, en aquel año los polistas no trabajaron más que diez días. Se sospecha que estaba en connivencia con el gobernador. Los cabezas dieron cada uno cincuenta pesos, y cobraron a cada *sákope* un peso y medio. ¡Pero la cara que pusieron todos cuando, al año siguiente, en vez de los diez días convenidos, les hicieron trabajar veinte, cobrándose en aquel año los cinco días que se les dejó el año anterior!

—¡Eso sí que es soberbio y tiene gracia! Me gusta la ocurrencia!

Y el médico, se reía como un bendito.

—¡Si hay pillos, si hay pillos!—decía riéndose.

—Pillos, no lo son, señor. La culpa crea V. que la tienen los indios. Aquí hay mucho de aquello de caja abierta el justo peca y lo de la ocasión hace al ladrón. Créame V., si los indios no fueran tan tontos, habría pocos guasones. Yo mismo tengo que llamar en auxilio toda mi honradez para no . . . Figúrese, yo tendría ahora muchos

miles de pesos . . . ¡Pues no está Gonzalo ofreciéndome dos mil pesos si le procuro una cruz de caballero! . . . Ayer mismo me decía que daría seiscientos, porque le nombren juez de paz.

—¡Qué tonto! Vaya un cuñado que se va V. a echar.—

El interventor que se reía, se puso serio.

—Sí, yo con mi cuñado y V. con su suegro . . .

—¡Hombre! le diré a V.; mi suegro será chino, lo que V. quiera, pero es un hombre de talento y sobre todo de medios . . . y luego la hija, si bien pasa por ser su hija, hay quien opina que . . . mientras que su cuñado de V. es un tonto de capirote.

—¡Hombre! Yo no me caso con el cuñado.

—Ni yo con mi suegro.

—Entonces a qué venir . . .

Y se trabaron de palabras de nuevo.

El médico titular y el interventor eran de esos que no se pueden ver sin reñir y sin disputar; pero que, sin embargo, se buscan y se complacen, porque uno encuentra en el otro el objeto que dirían los escolásticos, o el aliciente de sus sentimientos. Así como a unos les gusta lo dulce, a otros les gusta lo amargo.

El uno ya le llamaba al otro *matasanos* y éste le pagaba con el nombre de *tramposo*, cuando la aparición de una persona, cortó por completo la pendencia. Era un hombre de mediana estatura, más alto que bajo, con una barba negra poblada, ojos brillantes y un perfil completamente árabe. Vestía más que modestamente, pues su traje de lana tenía pliegues tan marcados que el cepillo no había podido borrar. El tejido no era de lo mejor, pues en las partes gastadas se veía asomar el algodón que el fabricante había entremezclado. Era el pasajero que había llegado aquella mañana por el vapor.

—Buenos días—señores,—dijo saludando con esa cortesía y finura propias de los castellanos de cierta educación para arriba.

Los dos amigos o enemigos se apresuraron a contestar a su saludo con análoga cortesía y alegrándose verdaderamente de su llegada. Los españoles son de por sí un pueblo muy cortés y muy hospitalario, siquiera en la forma, aun en

España; estas cualidades suben de punto cuando se encuentran fuera de su tierra, y se llevan a la duodécima potencia en el caso de nuestros dos conocidos que se encuentran en una aburrida cabecera de una lejana provincia.

—Pues, señor—empezó el recién llegado con un tono medio familiar medio serio.—Vs. dirán que soy un intruso . . .

—¡A, no señor, ande V.!—protestaron los dos casi a la vez.

—Al entrar y presentarme de improviso en un momento tan . . .

—¡Hombre! No faltaba más—interrumpió el médico titular.—Estábamos, es verdad, disputando . . .

—Figúrese V.—añadió el interventor—que el señor, que es el titular de la provincia, opina nada menos . . .

—No, señor, el señor que es el interventor y que es muy amigo mío, sostiene lo que nadie más que él en el mun . . .

—¡Hombre! No diga V. eso, parece mentira . . .

—Bueno . . . Ahora . . .

Y se trabaron de nuevo de palabras, hablando los dos a la vez.

El recién llegado que a cada presentación iba también a presentarse esperó pacientemente que acabara la discusión, y sin mezclarse en ella, como si nada hubiera oído ni presenciado, repuso con mucha tranquilidad.

—Y yo, señores, soy el pasajero que ha venido por el vapor esta mañana.

—¡Ah!

—Me he presentado en la casa gobierno . . .

—Y como le ha recibido a V. el interino?—preguntó el interventor con sonrisa maliciosa.

El pasajero se encogió de hombros.

—Pues, señor, más bien bien que mal: me ofreció su casa y su mesa, excusándose de tenerlo todo desarreglado por ser solterón y por tener una mesa muy mala por habérsele escapado el cocinero . . .

—No le crea V. una sola palabra,—interrumpió el interventor—aquí *inter nos*, es un mezquino y un tacaño de primera. Cocinero tiene él ¿cómo se le va a escapar si es un soldado? Malo es sin duda, pero no le cuesta un cuarto. En cuanto a la casa, desarreglada no la tiene. Lo que tiene

es que no tiene nada, porque por no gastar, so pretexto del calor, no usa sábanas . . .

—Por lo demás—continuó el recién llegado—me ofreció sus servicios, todo su apoyo, mientras no llegue . . .

—Si como se va de aquí a algunos días . . .

El recién llegado hizo un movimiento.

—Sí, he oído que le han relevado.

—No señor, ¿que le han de relevar? Él no es más que interino. Le devuelven a su antiguo puesto de donde no debió salir. Pero, por lo visto, su padrino que le había prometido hacer del distrito un gobierno civil y dejarle a él de gobernador, se ha quedado con las ganas. El propietario, como V. sabía vino esta mañana.

—¡Hm!—dijo el recién llegado.

—¡Vaya! en verdad que dicen que acaba de llegar de la península, pero créame V., todos procuran encontrarse cuanto antes en sus destinos: esto dá mucho.

—¡Hm!—repitió el pasajero.

—Aqui el único que no gana es el médico.

—Y ¿que tal hombre es el que vino?

—Hombre, peor que éste no podrá ser. Dicen que viene con las mejores intenciones.

—De buenas intenciones está empedrado el infierno,—repuso el médico.—También un Miura las tiene buenas . . . ¡vaya!

El recién llegado se puso pensativo.

—¿Y. V. no le ha ido a ver al cura?—preguntó el médico.

El interrogado parecía absorto en sus meditaciones porque se volvió y pidió que repitiesen la pregunta.

—Sí señor, después de mi vista al gobernador, me presenté en el convento. ¿No es así como llaman aquí la casa del cura?

—¿Y le habrá recibido el fraile a las mil maravillas? es un hombre muy espléndido y todo lo que tiene en el convento es de lo más exquisito. Es todo un caballero. Recibe a los españoles como en un restaurant.

—Pues no señor, al contrario. El cura me ha recibido muy de mal humor. Apenas me invitó a tomar asiento y me indicó que tenía mucho que hacer.

—¡Hola, hola!—repuso el médico; echando una mirada de sorpresa y desconfianza al *bago*.

—¡Ah, ya!—dijo el interventor—la mala noticia. ¡El cambio de su protegido! es capaz el cura de decir esta tarde una misa . . . *de profundis*.

—Hombre, no diga V. misa *de profundis*, diga V. misa de *requiem*.

—Hombre, me parece que . . . —protestó el médico que se creía aludido.

Iban de nuevo a trabarse de palabras, pero el recién llegado que acaso tenía más interés en saber la amistad del cura, y del gobernador que presenciar disputas, se apresuró a preguntar si, en efecto, eran ambos muy amigos.

—Carne y uña. No faltaba más sino verlos casados—dijo el interventor con sarcasmo.

—Es que con este cura todos se llevan bien.

—¡Sí, eh!—repuso el interventor.—Por eso el otro ha saltado. Diga V. que éste quería quedarse con el gobierno de la provincia y hacía la barba al cura. Todo lo que éste quería, se hacía. ¡Vaya! el cura ya hubiera querido quedarse con éste, acordándose de lo malo que había sido el otro, pero por lo visto no ha podido. El distrito lo tiene que mandar un militar.

—¿Y por qué estaba en mal con el otro?

—¡Hombre, averígüelo V.!—repuso el interventor con tono de compasión.—V. le ha visto una carta al banquero y lo quiere copiar, viene otro y quiere hacer lo mismo, ¿lo dejará V.?

—¡Hm!

Despechado el último, le dice el banquero al oído el por qué y naturalmente se pegan.—¿Entiende V.?

—¡Hm!

—Pues, lo mismo. Hasta hace poco, los curas aquí habían dispuesto casi siempre de la prestación personal para hacer sus iglesias y sus conventos y hasta para ayudar a sus paniaguados. Llega éste y quiere disponer a su vez de los polistas y los emplea en cortar trozos y tablas para hacer mesas.—¿Entiende V.?

—¡Hm! entiendo.

—¿V. viene sin duda para comerciar?—preguntó esta vez el interventor cansado de contestar.

El interrogado se turbó ligeramente, pero repuso.

—No, señor, pero vengo de avanzada para ver si . . . puedo después hacer algo.

—¡Ya, ya! entiendo, pues mire V. aquí se puede hacer mucho en poco tiempo, teniendo mucha habilidad. El país es muy necio y torpe, y estando en bien con las autoridades y el cura, todo se puede hacer y conseguir. Allí tiene V. al chino Pascual, que es el más rico del distrito. Dirá V. que todos los gobernadores le sangran y le estrujan, será verdad, pero a su sombra él sangra y estruja más. ¡Dicen que vino al distrito como criado de otro chino hace veinte años y ahora cuenta con un capital de unos trescientos mil pesos!

—Caramba—exclamó el interrogado, sin poder contener y sacudiendo los pelos.

—Trescientos mil pesos aquí, sin contar lo que tiene en China, a donde gira cada año enormes cantidades . . . Tiene una hija adorabilísima. ¿No es verdad, doctor?

—¿Y es el único rico en la provincia?

—Hay otra familia también rica aunque no tanto. Una viuda . . .

—Que tiene dos herederos uno de ellos, el varón, es un discípulo del señor, y la niña, una muchacha elegantísima, es la futura del señor.

El recién llegado saludó seriamente.

—Fuera de estos dos ya no hay más que pobretes, labradores, capitanes pasados entrampados . . .

—Y de peninsulares ¿como están Vdes?

—Pocos y mal avenidos—contestó el médico.—El señor y yo, el gobernador, el cura, el guardamonte . . . antes los había más. Teníamos un auxiliar, un asesor letrado, un guarda almacén, pero se fueron marchando unos con permiso y otras plazas se fueron suprimiendo como la del auxiliar. Del elemento oficial todos, porque comprenderá V. que aquí nadie viene por su gusto.

—De manera que en todo el distrito . . .

—Sí, hay un comerciante, pero está en un pueblo lejano y procura no venir casi nunca, evita la cabecera.

—¡Hola!

—Es un ser extraño: figúrese V., siendo europeo: se cura con los yerbajos del país que le administran los indios.

Después de algunas palabras más, el recién llegado se levantó despidiéndose. Los dos españoles, sorprendidos de que no se quedara con ellos para almorzar, insistieron en

que se quedara. El recién llegado dió las gracias, pero manifestó que habiendo enviado ya sus equipajes por el criado para el próximo pueblo, a él no le quedaba más remedio que marcharse y deseaba recorrer la población antes de irse. Los dos se ofrecieron a acompañarle por el pueblo, lo que rehusó por no molestar; insistieron, volvió a dar las gracias hasta que la llegada de un soldado, llamando al interventor de parte del gobernador, puso fin a la amabilidad. El médico dijo que no podía andar por tener un ojo de gallo.

—Le digo a V. que está . . . así!—dijo el interventor, repitiendo su gesto particular, cuando el recién llegado se hubo marchado. No tiene una mota.

—Pues me parece lo contrario . . . Los aventureros son los que generalmente se visten bien,—añadió el médico, asomándose al balcón y siguiendo con la mirada al viajero:—Calle, y se va a casa del chino.

—Cuánto apuesta V., a que . . .

—Mi padre me decía: porfía . . .

La llegada de un sacristán llamando al médico de parte del cura cortó la iniciada disputa.*

*Hasta aquí llega la narración. No hay continuación.

APENDICES

AN ACCOUNT OF THE LIFE AND WRITINGS OF MISTER JAMES THOMSON *

By PATRICK MURDOCH, D.D.F.R.S.

It is commonly said that the life of a good writer is but read in his works, which can scarcely fail to receive a peculiar tincture from his temper, manners and habits: the distinguishing character of his mind, his ruling passion, at least, will there appear undisguised. But however just this observation may be, and although we might safely rest Mr. Thomson's fame as a good man as well as a man of genius on this sole footing, yet the desire which the public always shows of being more particularly acquainted with the history of an eminent author ought not to be disappointed, as it proceeds not from mere curiosity, but chiefly from affection and gratitude to those by whom they have been entertained and instructed.

To give some account of a deceased friend is often a piece of justice likewise, which ought not to be refused to his memory; to prevent or efface the impertinent fictions which officious biographers are so apt to collect and propagate. And we may add, that the circumstances of an author's life will sometimes throw the best light upon his writings; instances whereof we shall meet with in the following pages.

Mr. Thomson was born at Eduam, in the shire of Roxburgh on the 11th of September in the year 1700. The village of Eduam is within a short distance of the tweed. This circumstance explains the epithet "*parentstream*" ("Autumn" line 889). His father, minister of that place, was but little known beyond the narrow circle of his co-presbyters, and to a few gentlemen in the neighbourhood; but highly respected by them for his piety and his diligence in the pastoral duty, as appeared afterwards in their kind offices to his widow and orphaned family.

* See Appendix to I. "Bibliografía de las Obras de Rizal," Vol. XII:

This article was copied from the handwriting of Rizal and the copied manuscript was found in the Newberry Library, Chicago, U.S.A., with other works of his own.

The Rev. Thomas Thomson was admitted minister of Eduam in 1692. He was appointed to Southdean, or more extensive parish in the same shire, soon after the poet was born; and preached his farewell sermon at Eduam in November, 1700. The manse of Southdean is near the *sylvan sed.*

The reverends Messrs. Riccaltown and Gurthart, particularly, took a most affectionate and friendly part in all their concerns. The former, a man of uncommon penetration and good taste, had very early discovered, through the rudeness of young Thomson's puerile essays, a fund of genius well deserving culture and encouragement. He undertook therefore, with the father's approbation, the chief direction of his studies, furnished him with the proper books, corrected his performances; and was daily rewarded with the pleasure of seeing his labour so happily employed.

The other reverend gentleman, Mr. Gurthart, one of the ministers of Edinburgh, and senior of the chapel royal, no less serviceable to Mrs. Thomson in the management of her little affairs, which, after the decease of her husband, burdened as she was with a family of nine children, required the prudent counsels and assistance of that faithful and generous friend.

Sir William Bennet (whose seat was in the parish of Eckford, Roxburgshire) likewise, well known for his gay humour and ready poetical wit, was highly delighted with our young poet, and used to invite him to pass the summer vacation at his country-seat; a scene of life which Mr. Thompson always remembered with particular pleasure.

But what he wrote during that time, either to entertain Sir William and Mr. Riccaltown, or for his own amusement, he destroyed every New Year's day, committing his little pieces to the flames, in their due order, and crowning the solemnity with a copy of verses in which were humorously recited the several grounds of their condemnation.

After the usual course of school education, under an able master at Tedburgh, in the grammar school, which was held in a chapel on the south side of the choir of the venerable Abbey, Mr. Thomson was sent to the University of Edinburgh. But in the second year of his admission, his studies were for some time interrupted by the death of his father; who was carried off so suddenly that it was

not possible for Mr. Thomson, with all the diligence he could use, to receive his last blessing. This affected him to an uncommon degree; and his relations still remember some extraordinary instances of his grief and filial duty on that occasion.

Mrs. Thomson, whose maiden name was Trotter, and who was co-heiress of a small estate in the country did not sink under this misfortune. She consulted her friend, Mr. Gurthart; and having, by his advice, mortgaged her moiety of the farm, repaired with her family to Edinburgh, where she lived in a decent, frugal manner, till her favorite son had not only finished his academical course, but was even distinguished and patronized as a man of genius. She was herself a person of uncommon natural endowments; possessed of every social and domestic virtue, with an imagination for vivacity and warmth scarce inferior to that of her son, and which raised her devotional exercise to a pitch bordering on enthusiasm.

But whatever advantage Thomson might derive from his excellent parent, it is certain, he owes much to a religious education, and that his early acquaintance with the sacred writings contributed greatly to that sublime feeling, by which his works will be forever distinguished. In the "Seasons" we see him at once assume the majestic freedom of an Eastern writer; seizing the grand images as they rise, clothing them in his own expressive language, and preserving throughout the grace, the variety, and the dignity which belong to just composition unhurt by the stiffness of formal method.

About this time, the study of poetry had become general in Scotland, the best English authors being universally read, and imitations of them attempted. Addison had lately displayed the beauties of Milton's immortal work; and his remarks on it, together with Mr. Pope's Essay on Man, had opened the way to an acquaintance with the best poets and critics.

But the most learned critic is not always the best judge of poetry; taste being a gift of nature, the want of which Aristotle and Bossuet cannot supply; nor even the study of the best originals, when the reader's faculties are not tuned in a certain consonance to those of the poet; and this happened to be the case with certain learned gentlemen.

into whose hands a few of Mr. Thomson's first essays had fallen. Some inaccuracies of style, and those luxuriations which a young writer can hardly avoid, lay open to their cavils and censure; so far indeed they might be competent judges; but the fire and enthusiasm of the poet had entirely escaped their notice. Mr. Thomson, however, conscious of his own strength, was not discouraged by this treatment, especially as he had some friends on whose judgment he could better rely, and who thought very differently of his performances. Only from that time did he begin to turn his views towards London, where works of genius may always expect a candid reception and due encouragement; and an accident soon after entirely determined him to try his fortune there.

The divinity chair of Edinburgh was then filled by the reverend and learned Mr. Hamilton, a gentleman universally respected and beloved and who had particularly endeared himself to the young divines under his care, by his kind offices, his candour and affability. Our author had attended his lectures for about a year when there was prescribed to him for the subject of an exercise, a Psalm in which the power and majesty of God were celebrated. Of this psalm he gave a paraphrase and illustration, as the nature of exercise required; but in a style so highly poetical as surprised the whole audience. Mr. Hamilton, as his custom was, complimented the orator upon his performance, and pointed to the students the most masterly, striking parts of it; but at last, turning to Mr. Thomson, he told him smiling, that if he thought of being useful in the ministry, he must keep a stricter rein upon his imagination, and express himself in language more intelligible and ordinary to the congregation.

This gave Mr. Thomson to understand that his expectation from the study of theology might be very precarious, even though the Church had been more his free choice than it probably was. So that having, soon after, received some encouragement from a friend of his mother's (Lady Grisal Baillie daughter of Sir Patrick Thurne, afterwards Earl of Marchmery and wife of George Baillie, of Terviswood, Esq. the member of Berwickshire) then in London, he quickly prepared himself for his journey. And although this encouragement ended in nothing beneficial, it served

for the present as a good pretext to cover the imprudence of committing himself to the wide world unfriended and unpatronized, and with the slender stock of money he was then possessed of.

But his merit did not lie concealed. Mr. Duncan Forbes, afterwards lord-president of the session then attending the service of parliament, having seen a specimen of Mr. Thomson's poetry in Scotland received him very kindly, and recommended him to some of his friends, particularly, to Mr. Aikman, who lived in great intimacy with many persons of distinguished rank and worth. This gentleman, from a connoisseur in painting has become a professed painter; and his taste being no less just and delicate in the kindred art of descriptive poetry than in his own, no wonder that he soon conceived a friendship for our author. What a warm return he met with, and how Mr. Thomson was affected by his friend's premature death, appears in the verses which he wrote on that occasion. Mallet wrote an epitaph on Mr. Aikman.

In the meantime, our author's reception, wherever he was introduced, emboldened him to risk the publication of his "Winter", in which, as himself was a mere novice in such matters, he was kindly assisted by Mr. Mallet, then private tutor to his Grace the Duke of Montrose, and his brother the Lord George Graham, so well known afterwards as an able and gallant sea-officer. To Mr. Mallet he likewise owed his first acquaintance with several of the wits of that time; an exact information of their characters, personal and poetical, and how they stood affected to each other.

The poem of "Winter", published in March, 1726, was no sooner read than universally admired; those only excepted who had not been used to feel, or to look for anything in poetry beyond a point of satirical or epigrammatic wit, a smart antithesis richly trimmed with rhyme, or the softness of an elegiac complaint. To such his manly classical spirit could not readily recommend itself till after a more attentive perusal, they had got the better of their prejudices, and either acquired or affected a truer taste. A few others stood aloof, merely because they had long before fixed the articles of their practical creed, and resigned themselves to an absolute despair of ever seeing

anything new and original. These were somewhat mortified to find their notions disturbed by the appearance of a poet, who seemed to owe nothing but to nature and his own genius. But in a short time the applause became unanimous; every one wondering how so many pictures, and pictures so familiar, should have moved them but faintly to what they felt in his descriptions. His digressions, too, the overflowings of a tender, benevolent heart, charmed the reader no less; leaving him in doubt whether he should more admire the poet or love the man.

From that time Mr. Thomson's acquaintance was courted by all men of taste; and several ladies of high rank and distinction became his declared patronesses—the Countess of Hertford, Miss Drelincourt, (afterwards Viscountess of Primrose) Mrs. Stanley and others. But the chief happiness which his "Winter" procured him was, that it brought him acquaintance with Dr. Rundle, afterwards Bishop of Derry; who upon conversing with Mr. Thomson and finding in him qualities greater still, and of more value than those of the poet, received him into his intimate confidence and friendship,—promoted his character everywhere,—introduced him to his great friend the Lord Chancellor Talbot,—and, some years after, when the oldest son of that noble man was to make his tour of travelling, recommended Mr. Thomson as a proper companion for him. His affection and gratitude to Dr. Rundle, and his indignation at the treatment that worthy prelate had met with, are finely expressed in his poem to the memory of Lord Talbot.

Meanwhile, our poet's chief care had been, in return for the public favour, to finish the plan which their wishes laid out for him and the expectations which his "Winter" had raised, were fully satisfied by the successive publication of the other Seasons: of "Summer" in the year 1727; of "Spring" in the beginning of the following year, and of "Autumn" in a quarto edition printed in 1730.

In that edition the Seasons are placed in their natural order, and crowned with that inimitable Hymn, in which we view them in their beautiful succession, as one whole, the immediate effect of infinite power and goodness. In imitation of the Hebrew bard, all nature is called forth to do homage to the Creator; and the reader is left enraptured in silent adoration and praise.

Besides these, and his tragedy of "Sophonisba" Mr. Thomson had published his poem to the Memory of Sir Ysaac Newton, then lately deceased, containing a deserved encomium of that uncomparable man with an account of his chief discoveries.

Our author's poetical studies were now to be interrupted, or rather improved, by his attendance on the honorable Mr. Charles Talbot in his travels. A delightful task indeed! Endowed as that young nobleman was by nature and accomplished by the care and example of the best of fathers in whatever could adorn humanity; graceful of person, elegant in manners and address, pious, humane, generous, with an exquisite taste in all the finer arts.

With this amiable companion and friend, Mr. Thomson visited most of the courts and capital cities of Europe; and returned with his views greatly enlarged, not of exterior nature only, and the works of art, but of human life and manners, of the constitution and policy of the several states, their connections, and their religious institutions. How particular and judicious his observations were, we see in his poem of "Liberty", begun soon after his return to England. We see, at the same time, to what a high pitch of love of his country was raised, by the comparisons he had all along been making of our happy well-poised government with those of other nations. To inspire his fellow subjects with the like sentiments, and to show them by what means the precious freedom we enjoy may be preserved, and how it may be abused or lost, he employed two years of life in composing that work; upon which he valued himself more than upon all his other writings.

While Mr. Thomson was writing the first part of "Liberty" he received a severe shock, by the death of his noble friend and fellow-traveller: which was soon followed by another that was severer still, of more general concern, the death of Lord Talbot himself; which Mr. Thomson so pathetically and so justly laments in the poem dedicated to his memory. In him, the nation saw itself deprived of an incorrupted patriot, the faithful guardian of their rights, on whose wisdom and integrity they had founded their hopes of relief from many tedious vexation: and Mr. Thomson, besides his share in the general mourning, has to bear all the affliction which a heart like his can feel, for the person

whom of all mankind, he most revered and loved. At the same time, he found himself, from an easy competency, reduced to a state of precarious dependence, in which he passed the remainder of his life, excepting only the last two years of it, during which he enjoyed the place of Surveyor General of the Leeward Islands, procured for him by the generous friendship of Lord Lyttelton.

Immediately upon his return to England with Mr. Talbot, the Chancellor had made him his secretary of Briefs; a place of little attendance, suiting his retired indolent way of life, and equal to all his want. This place fell with his patron; and although the noble Lord, who succeeded to Lord Talbot in office, kept it vacant for sometime, probably till Mr. Thomson should apply for it, he was so dispirited, and so listless to every concern of that kind, that he never took one step in the affair.

Yet could not his genius be depressed, or his temper hurt, by this reverse of fortune. He resumed, with time, his usual cheerfulness, and never abated one article in his way of living; which though simple, was genial and elegant. The profits arising from his works were not inconsiderable; his tragedy of "Agamemnon" acted in 1738, yielded a good sum. Mr. Millar was always at hand, to answer, or even to prevent his demands; and he had a friend or two besides whose hearts, he knew, were not contracted by the ample fortunes they had acquired; who would, of themselves, interpose, if they saw any occasion for it.

But his chief dependence during this long interval, was on the protection and bounty of Frederic Prince of Wales, who upon the recommendation of Lord Lyttelton, settled on him a handsome allowance; and afterwards, when he was introduced to the Prince, received him very graciously, and ever after honoured him with many marks of particular favour and confidence. A circumstance which does equal honour to the patron and the poet, but not here to be omitted: that Lord Lyttelton's recommendation came altogether unsolicited, and long before Mr. Thomson was personally known to him.

It happened, however, that the favour of his Royal Highness was in one instance of some prejudice to our author, in the refusal of a licence for his tragedy of Edward and Eleonora which he had prepared for the stage in the year

1737. The reader may see that this play contains with a line which could justly give offense: but the ministry still sore from certain pasquinades, which had lately produced the stage-act, and as little satisfied with some parts of the prince's political conduct, as he was with their management of the public affairs, would not risk the representation of a piece written under his eye, and they might probably think, by his command.

This refusal drew after it another, and in a way which as it is related, was rather ludicrous. Mr. Faterson, a companion of Mr. Thomson, afterwards his deputy and then successor in the general surveyorship, used to write new fair copies for his friend, when such were wanted for the press or for the stage. This gentleman likewise courted the tragic muse, and had taken for his subjects the story of Arminius, the German hero. But this, guiltless as it was, being presented for a licence, no sooner had the censor cast his eyes on the handwriting in which he had seen "Edward and Eleonora", than he cried out "Away with it!" and the author's profits were reduced to what his bookseller could offer for a tragedy in distress.

Mr. Thomson's next dramatic performance was the "Masque of Alfred"; written jointly with Mr. Mallet, by command of the Prince of Wales, for the entertainment of his Royal Highness's court, at his summer residence.

In the year 1745, his "Tancred and Sigismunda" taken from the novel in *Gil Blas* was performed with applause. The success of his piece was indeed ensured from the first, by Mr. Garricks and Mr. Cibber appearing in the principal characters, which they heightened and adorned with all the magic of their great powers.

He had, in the meantime, been finishing his "Castle of Indolence" in two cantos. It was, at first, little more than a few detached stanzas, in the way of raillery on himself and on some of his friends, who would reproach him with indolence; while he thought them, at least, as indolent as himself. But he saw very soon that the subject deserved to be treated more seriously and in a form fitted to convey one of the most important moral lessons.

The stanza which he uses in his works is that of Spencer, borrowed from the Italian poets; in which he thought rhymes had their proper place, and were even graceful: the compass

of the stanza admitting an agreeable variety of final sounds; while the sense of the poet is not cramped or cut short, not yet too much dilated; as must often happen when it is parcelled out into rhymed couplets the usual measure, indeed, of our elegy and satire, but he always weakens the higher poetry, and to a true cause will sometimes give it an air of the burlesque.

This was the last piece of Mr. Thomson himself published; his tragedy of "Coriolanus" being only prepared for the theatre, when a fatal accident robbed the world of one of the best men, and best poets that lived in it.

He had always been a timorous horseman; and more so, in a road where numbers of giddy or unskilful riders are continually passing; so that when the weather did not invite him to go by water, he could commonly walk the distance between London and Richmond with any acquaintance that offered company with whom he might chat and rest himself, or perhaps dine, by the way. One summer evening, being alone in his walk from town to Hammersmith, he had overheated himself, and in that condition imprudently took a boat to carry him to Rew, apprehending no bad consequence from the chill air in the river, which his walk to his house at the upper end of Rew-lane, had always hitherto prevented. But now the cold had so seized him, that next day he found himself in a high fever, so much the more to be dreaded that he was of a full habit. This however, by the use of proper medicines, was removed, so that he was thought to be out of danger; till the fine weather having tempted him to expose himself once more to the evening dews, his fever returned with violence, and with such symptoms, left no hopes of a cure. Two days had passed before his relapse was known in town; at last Mr. Mitchell and Mr. Reid with Dr. Armstrong, being informed of it, posted out at midnight to his assistance; but, alas! came only to witness the last agonies of their beloved friend. He died on the 27th day of August, 1748, and lies buried at Richmond.

Our author himself hints, somewhere in his works that his exterior was not the most promising; his make being rather robust than graceful, though it is known that in his youth he had been thought handsome. His worst appearance was, when you saw him walking alone in a thought-

ful mood but let a friend accost him, and enter into conversation, he would instantly brighten into a most amiable aspect, his feateness no longer the same, and his eye darting a peculiar animated fire. The case was much alike in company; where, if it was mixed, or very numerous, he made but an indiferent figure; but with a few select friends, he was open, sprightly, and entertaining. His wit flowed freely, but pertinently, and at due intervals, leaving room for every one to contribute his share. Such was his extreme sensibility, so perfect the harmony of his organs with the sentiments of his mind, that his looks always announced, and half expressed, what he was about to say; and his voice corresponded exactly to the manner and degree in which he was affected. This sensibility had one inconvenience attending it, that it rendered him the very worst reader of good poetry; a sonnet, or a copy of tame verses, he could manage pretty well, or even improve them in the reading, but a passage of Virgil, Milton, or Shakespeare, would sometimes quite oppress him, that you could hear little else than some ill-articulated sounds, rising as from the bottom of his breast.

He had improved his taste upon the best originals, present and modern; but could not bear to write what was not strictly his own, what had not more immediately struck his imagination, or touched his heart so that he is not in the least concerned in that question about the merit or demerit of imitators. What he borrows from the ancients, he gives us in an avowed faithful paraphrase or translation; as we see in a few passages taken from Virgil, and in that beautiful picture from Pliny the elder, where the course and gradual increase of the Nile are figured by the stages of man's life.

The autumn was his favourite season for poetical composition, and the deep silence of the night the time he commonly chose for such studies; so that he would often be heard walking in his library, till near morning, humming over, in his way, what he was to correct and write out next day.

The amusements of his leisure hours were civil and natural history, voyages, and the relations of travellers, the most authentic he could procure; and had his situation favoured it, he would certainly have excelled in gardening,

agriculture, and every rural improvement and exercise, although he performed on no instrument he was passionately fond of music, and would sometimes listen a full hour at his window to the nightingales in Richmond gardens. While abroad, he had been greatly delighted with the regular Italian drama, such as Metastasio writes, as it is there heightened by the charms of the best voices and instruments; and looked upon our theatrical entertainments as, in one respect, naked and imperfect when compared with the ancient or with those of Italy; wishing sometimes that a chorus, at least, and a better recitative could be introduced.

Nor was his taste less exquisite in the arts of painting, sculpture, and architecture. In his travels, he had seen all the most celebrated monuments of antiquity, and the best productions of modern art; and studied them so minutely, and with so true a judgment that in some of his descriptions, in the poem of "Liberty" we have the master-pieces there mentioned placed in a stronger light, perhaps than if we saw them with our eyes; at least more justly delineated than in any other account extant; so superior is a natural taste of the grand and beautiful to the traditional lessons of a common "*virtuoso*."

As for his more distinguishing qualities of mind and heart they are better distinguished in his writings than they can be by the pen of any biographer. There, his love of mankind, of his country and friends,—his devotion to the Supreme Being, founded on the most elevated and just conceptions of his operations and providence—shine out in every page. So unbounded was his tenderness of heart, that it took in even the brute creation; judge what it must have been towards his own species. He is not indeed known, through his whole life, to have given any person one moment's pain, by his writings or otherwise. He took no part in the poetical squabbles which happened in his time, and was respected and left undisturbed by both sides. He would even refuse to take offense when he justly might, by interrupting any personal story that was brought him with some just, or some humorous apology for the offender. Nor was he ever seen ruffled or discomposed but when he read or heard of some flagrant instance of injustice, oppression, or cruelty; then, indeed the strongest

marks of horror and indignation were visible in his countenance.”

To the observations of his friend it may be added, that the simplicity of Thomson's character is seen in the purity and warmth of his sentiments, which are sometimes childish, his indolence in the carelessness of his versification, the improper use of many of his epithets—and he never seems to have thought any line worth the toil of polishing, and hence the perpetual use of pompous glittering diction, substituted for the thought or description. Amidst much that is truly exquisite, he has mingled the most absurd common-place. A line of perfect beauty is followed by a piece of bombast; his touches of nature and picturesque description are often marred by pedantry or carelessness. Hazlitt says, “that he is affected through carelessness, pompous from unsuspecting simplicity of character. He is frequently pedantic and ostentatious in his style because he had no consciousness of these vices in themselves. In spite of all those drawbacks, Thomson is a charming poet, and his works have ever been the delight of all classes; his beauties are genuine, and no one has ever painted more successfully the “changing scene” and “rustic joys” of England. “The Castle of Indolence” may be regarded as his best sustained effort; as on the whole it has fewer defects than “The Seasons.” Some of the stanzas—especially in the first canto—fill the mind with lazy luxury. Of all Thomson's works, his “Liberty” is least read. This poem does not appear as originally composed, but as shortened by Lord Lyttelton.

EL CONCUBINATO DE DOÑA OLALLA DE ROJAS Y
JUSTINA TOLENTINA CON LOS AGUSTINOS
FR. FRANCISCO DE VICTORIA Y
FR. JUAN DE TORRES

Año de 1650

INFORMACIÓN HECHA DE OFICIO CONTRA DA. OLALLA
DE ROJAS Y JUSTINA TOLENTINA
POR VIVIR ESCANDALOSAMENTE
Y ESTAR AMANCEBADAS CON
DOS RELIGIOSOS DE LA ORDEN
DE SAN AGUSTÍN LLAMADOS FR.
FRANCISCO DE VICTORIA Y FR.
JUAN DE TORRES.

Un sello con el escudo de Hércules, entre las de España, las columnas cuales hay una nao. Leyenda: sello tercero un real para Filipinas.

SELLO TERCERO UN REAL PARA FILIPINAS

El Capitán Andrés de Galvez, escribano mayor de la Gobernación y Guerra de las Islas Filipinas, hará sacar; uno, dos, tres y mas traslados de la causa que se fulminó de oficio contra Olalla de Rojas y Justina Tolentina por vivir escandalosamente, autorizados en pública forma y manera que hagan fé para efecto de dar cuenta a S. M. y su Real Consejo de Indias. Manila y Junio 8 de 1650 años.—Al pié de este decreto está una rúbrica del Sr Gobernador y Capitán General de estas Islas, Don Diego Faxardo—Andrés de Galvez.

En cumplimiento de lo mandado por el decreto de arriba del dicho Sr. Gobernador y Capitán General, yo, el Capitán Andrés de Galvez, escribano mayor de la Gobernación y Guerra de estas islas, hice sacar y saqué el traslado que por él se manda, cuyo tenor a la letra es como se sigue:

En la Ciudad de Manila, en 4 dias del mes de Febrero de 1650 años, el Sr. D. Diego Faxardo, Caballero del orden de Santiago, del Consejo de guerra de S. M. su Gobernador y Capitán General de estas Islas Filipinas y Presidente de la Audiencia y Chancillería Real que en ellas reside etc.

Dijo que por cuanto por haber dado noticia a su Señoría algunos naturales de los pueblos de Hagonoy y Kalumpit está informado que D.^a Olalla de Rojas, y Justina Tolentina viven licenciosamente, dando nota, mal ejemplo y mucho escándalo con sus personas respecto de los tratos ilícitos y de incontinencia que tienen, sin embargo de no haberle dado aviso de ello ninguno de los Padres Provinciales, Guardianes ni Piores de las Religiones de estas Islas, a quien su Señoría tiene encargado se lo den de todos los pecados públicos para que se remedien y para que las susodichas lo tengan y el castigo que merecen, y que sirva de ejemplo a los demás naturales por haberlas mandado prender conviene se haga averiguación de lo referido, para lo cual mandaba y mando se haga este auto y cabeza de proceso, de cuyo tenor se examinen los testigos que pudiesen ser habidos, cuyo examen, recepción y juramento comete al presidente susodicho.

Y por este auto así lo proveyó, mandó y firmó Don Diego Faxardo—Ante mí, Andrés de Galvez.

Testigo, Sargento Mayor Juan de Sa- rauz.

En la ciudad de Manila en 7 dias del mes de Febrero de 1650 años. Yo el escribano de Gobernación, y Guerra de estas Islas, en virtud de la Comisión a mi dada, por el auto de esta otra parte para averiguar lo contenido en él, recibí juramento al Sargento Mayor D. Juan de Sarauz, que lo es de este Tercio, el cual habiendo jurado por Dios, N. S. y una señal de Cruz según derecho prometió decir verdad, y siendo preguntado por el tenor de dicho auto—

Dijo que habiendo salido de la ciudad con diez infantes y orden a boca de S. S.^a el Sr. Gobernador y Captn. Gral. de estas Islas al pueblo de Kalumpit para el efecto de traer de él dos indias de mal vivir y que daban con sus personas mucho escándalo y habiendo, según dicho es, salido de esta Ciudad en 3 de este presente mes y llegado al dicho pueblo, hechas algunas diligencias para buscar las dichas

mujeres en la casa de un natural, no se pudieron conseguir, y el dicho indio dijo que no sabía de ellas, y otro que no sabe este testigo como se llama y una chichigua dijeron que las habían llevado al pueblo de Santa Lucía y no habiéndolas hallado en dicho pueblo en la casa que señalaron, este testigo y los demás infantes se volvieron al dicho pueblo de Kalumpit, y habiendo llegado a él al amanecer, aguardó este testigo a que los religiosos se levantasen por tener noticia tenían las dichas mujeres que iban a buscar, y habiéndose levantado, con todas cortesías este testigo le pidió a Fr. Francisco de Victoria, Prior del dicho convento, le dejase hacer en él cierta diligencia que iba a hacer a lo cual se hallaron presentes Fr. Juan de Torres, Prior de Hagonoy Fr. Francisco Medinavasco y otro Religioso llamado Fr. Carlos. Y el dicho Prior se azoró dando muchos gritos, y haciéndole al testigo muchos requerimientos sobre querer entrar en el dicho convento y _____ habiendo conseguido, no queriendo el dicho Padre Prior entrar junto con este testigo, con las cortesías que con él usó le obligó a entrar en dicho convento donde habiendo hecho diligencia, no se hallaron en él las dichas mujeres, con lo cual estando ya embarcado este testigo por la noticia que tuvo de un criado de uno de los dichos Piores de que en dicho pueblo estaba una chichigua que criaba un niño, hijo de una de las dichas mujeres y del dicho Fr. Juan de Torres, dió este testigo Orden al Ayudante Manuel Correa para que con cinco infantes fuese a traer la dicha chichigua con el dicho niño para saber de las dichas mujeres; la cual trajo y al dicho niño y un esclavo que dijo ser de una de las dichas mujeres llamada Justina Tolentina en cuyo tiempo le salió al camino (según le dijo a este testigo el dicho ayudante) el P. Fr. Francisco de Medina Vasco ofreciéndole—digo el P. Fr. Juan de Torres, ofreciéndole muchas dádivas porque dejase el dicho niño, en cuya ocasión dijo, preguntándole que porqué hacía tanta instancia en que no se trajese el dicho niño: “*¡Ya es mucho apurar! Voto a Cristo! ¿No he de hacer diligencia por él si es mi hijo?*” Y habiendo llegado a dicha embarcación, persuadió al testigo a que lo dejase en que no vino, de donde se partieron al pueblo de Apálit por noticia que le dieron estaban en el las dichas dos mujeres en el Convento e Iglesia del dicho pueblo. Y habiendo llegado con el

cuidado posible para que no se escapasen, por no haber hallado en el dicho convento ningún religioso, aguardó este testigo a que viniesen, y por lo que un indio habló con este testigo por ser criado y mayordomo del dicho convento, presumió con certidumbre están las dichas dos mujeres dentro de él, y paseándose este testigo por el cuerpo de la iglesia del dicho convento, vió por una ventana de la casa y vivienda de él estar las dichas dos mujeres, metidas en dos pabellones, y siendo a poco más de las cinco de la tarde, hasta cuya hora se estuvo aguardando por no entrar en dicho convento hasta que viniese el Prior de él, y habiendo llegado el dicho Fr. Francisco de Medina-Vasco, volvió a rogar a este testigo le dejase y entregase el dicho niño, y viendo que el dicho Prior no venía, presente el dicho Fr. Francisco, le dijo este testigo a un mayordomo esclavo del dicho Prior de Apálit, echase fuera e hiciese salir las dichas dos mujeres, que como dicho es, estaban en el dicho convento, en la forma que queda referido, y habiendo salido las llevó este testigo a la embarcación, desde donde se vinieron a esta ciudad, y después ha sabido se llaman, la una D.^a Olalla de Rojas, y la otra, madre del dicho niño, Justina Tolentina, las cuales por orden de S. S.^a las entregó al teniente del castillo Santiago de esta Ciudad. Y es lo que sabe y lo que pasó y la verdad para el juramento que tiene hecho, en que se afirmó y ratificó y declaró ser de 40 años de edad y lo firmó—D. Juan de Sarauz—

ANTE MÍ, ANDRÉS DE GALVEZ

<p>Testigo, Alférez Antonio Romero.</p>

En la ciudad de Manila, en 7 dias del mes de Febrero de 1650 años, yo, el escribano para la dicha averiguación, hice parecer ante mí, en virtud de la Comisión a mí dada, al Alférez Antonio Romero, soldado de la Compañía del Capitán D. Pedro de Carmona, del cual recibí juramento y lo hizo por Dios N. S. y la señal de la cruz según derecho. So cargo del cual prometió decir verdad, y siendo preguntado por el tenor del dicho auto—Dijo que este testigo

fué en Compañía del Sargento Mayor D. Juan de Sarauz, a la Prov.^a de Bulakán (según supo este testigo) a coger dos mujeres de mal vivir, y habiendo llegado al pueblo de Kalumpit donde (se tenía noticia) estaban, habiéndose hecho diligencias, no se pudieron hallar, y supo el dicho sargento mayor, se habían ido a un pueblo llamado Santa Lucía, y asimismo a otro llamado Apálit por la noticia que de ello dieron, y en particular una negra que estaba criando un niño (hijo de una de las dichas dos mujeres) que por saber más bien donde estaban; el dicho sargento mayor mandó traer la dicha chichigua y el dicho niño, y vió este testigo que trayéndolos, venía un religioso (llamado Fr. Juan de Torres) en su compañía hablando con el ayudante Manuel Correa que había ido a dicho efecto con otros infantes, y habiendo llegado a donde estaba embarcado el dicho sargento mayor se desembarcó a tierra a donde el dicho padre persuadió al dicho sargento mayor en orden a que no llevase el dicho niño y chichigua en que no vino, sin embargo de los muchos ofrecimientos que le hizo por conseguir la orden que de S. S. llevaba para prender las dichas mujeres, y este testigo oyó decir el dicho ayudante Manuel Correa que el dicho Padre Fr. Juan de Torres, había dicho era su hijo el dicho niño y que por eso no lo trajesen, con dineros contentaría a la infantería y pampangos, y en ejecución de buscar las dichas dos mujeres por la noticia que de ellas tuvo prosiguió el dicho sargento mayor el buscarlas y se partió al pueblo de Apálit de donde es Prior un religioso, según le dijeron a este testigo, llamado Fr. Francisco de Victoria y habiendo llegado al dicho pueblo y no habiendo en el convento de él ningún religioso, aunque el dicho sargento mayor sabía que estaban dentro de él las dichas dos mujeres, no quiso entrar hasta que viniese dicho Prior, u otro religioso, para que contase de la forma que se entraba en dicho convento a donde por una ventana dijo el sargento mayor haber visto las dichas mujeres en unos pabellones desde una ventanilla y habiendo estado según dicho es, hasta las cinco de la tarde del día 4 de este mes que sucedió lo referido, a cuya hora fué al dicho pueblo otro religioso, llamado Fr. Fulano de Medina-Vasco, que empezó a rogar al dicho sargento mayor, según vió este testigo, para que le entregase el dicho niño y chichigua, y viendo que se acercaba la noche, el dicho sargento

mayor mandó a un negro (que dijo ser del convento) que hiciese salir las dichas mujeres, las cuales vió este testigo las embarcaron y trajeron a esta ciudad en conformidad, y es so cargo del juramento que tiene hecho, y lo firmó, y que es de edad de 33 años—Antonio Romero—Ante mí, Andrés de Galvez.

<p>Testigo, A y u- d a n t e Manuel Correa.</p>

En la ciudad de Manila en 7 dias del mes de Febrero de 1650 años, yo, el presente escribano en virtud de la comisión a mí dada, hice parecer ante mí al Ayudante Manuel Correa, soldado de la compañía del Sargento Mayor D. Juan de Sarauz del cual recibí juramento en forma de derecho por Dios N. S. y la señal de la cruz so cargo del cual prometió decir verdad y siendo preguntado por el tenor del dicho auto—Dijo que este testigo fué en compañía del Sr. Sargento Mayor, D. Juan de Sarauz al cumplimiento de una orden que llevó de S. S. para efecto de coger dos mujeres de mal vivir y que daban mucha nota con sus personas y habiéndolo salido de esta Ciudad para el pueblo de Kalumpit, donde se tenía noticia estaban en el convento de él. Hechas las diligencias no pudieron hallarse sin embargo de los requerimientos que el P. Fr. Francisco de Victoria hizo en orden a que no se visitase el dicho convento que habiendo visto no estaban en él con la noticia que nuevamente le dieron al dicho sargento mayor de que estaban y las habían llevado al pueblo de Santa Lucía, no habiéndolas hallado le dijeron al dicho sargento mayor, las tenían y estaban en el convento del pueblo de Apálit, y habiendo ido al dicho pueblo no hallando en él ningún religioso, se estuvo aguardando a que viniese, y antes de venir al dicho pueblo para bien tener noticia de la parte donde estaban, habiéndola tenido que una de las dichas dos mujeres, llamada Justina Tolentina tenía un niño hijo suyo en él y con una chichigua, el dicho sargento mayor ordenó a este testigo fuese por él y dicha chichigua y habiéndolos hallado y trayéndolos a la embarcación le salió al camino Fr. Juan de Torres,

echando muchas bravatas y por otra parte rogando con dádivas que ofrecía, no los llevasen, y apretándole a este testigo en que los dejasen, le dijo: *“Padre, mucho le importa este bata,”* a que respondió: *“Ya es mucho apretar, no me ha de doler, ¡voto a Cristo! ¡si es mi hijo!”* Y sin embargo se fué en compañía de este testigo y de los demás infantes que con él iban hasta el embarcadero, donde estaba el dicho sargento mayor, a quien persuadió el dicho religioso en que dejase los dichos niño y chichigua, en que no vino, para conseguir el efecto de dicha orden y según dicho se fué al dicho pueblo de Apálit, y viendo ya era tarde y que había llegado el dicho Fr. Francisco de Medina-Vasco, a rogarle entregase el dicho niño, hizo a un negro del Prior del dicho pueblo de Apálit echase fuera del aposento las dos mujeres que el dicho sargento mayor dijo haber visto en él, y el dicho negro entró dentro con quien vió este testigo salieron dichas dos mujeres que ha oído decir después acá se llaman Justina Tolentina la una, y la otra Da. Olalla de Rojas, a las cuales trajo el dicho sargento mayor en la embarcación y las entregó al Capitán Juan Lopez Lucero, teniente del castillo Santiago de esta ciudad, y es lo que sabe y la verdad para el juramento hecho en que se afirmó y ratificó y declaró ser de 45 años y lo firmó—Manuel Correa—Ante mí, Andrés de Galvez—

Testigo, Alférez Cristobal de Porras.
--

En la ciudad de Manila en el dicho día 7 de Febrero del dicho año de 1650 para la dicha averiguación, en virtud de la comisión a mí, el presente escribano dada por el dicho Auto, hice parecer ante mí al Alférez Cristobal de Porras, soldado de la compañía del Capitán D. Pedro de Carmona, del cual recibí juramento según derecho y prometió decir verdad y siendo preguntado por el tenor del dicho Auto—Dijo que este testigo fue en compañía del sargento mayor D. Juan de Sarauz en 3 de este presente mes a la ejecución de una orden de S. S. para efecto de coger dos mujeres de mal vivir de la Prov.^a de Bulakán, y habiendo llegado al

pueblo de Kalumpit por noticia que se tuvo estaban en el convento del dicho pueblo, habiendo llegado a él y hallado a los PP. Fr. Juan de Torres, Fr. Francisco de Victoria, Prior de él, y otros, con toda cortesía, trató dicho sargento mayor de buscar las dichas mujeres sin embargo de los requerimientos que le hicieron y no hallándolas en él, se tuvo noticia las habían llevado al pueblo de Santa Lucía, y habiendo hecho diligencia y no hallándolas el dicho sargento mayor para que tuviese la Orden efecto, hizo que el Ayudante Manuel Correa con este testigo y otros infantes fuese por una negra que criaba un niño hijo de una de dichas mujeres y trayéndolos salió al camino el dicho Fr. Juan de Torres, echando muchos retos y dando voces en orden a que los dejaran, ofreciéndole lo que quisiese de plata y oro para que repartiese con todos los soldados solo porque no llevasen la dicha chichigua y niño en que no vino y prosiguiendo el viaje llegaron todos juntos a donde estaba el dicho sargento mayor, y el dicho Fr. Juan de Torres le instó rogándole se sirviese de dejar el dicho niño en que no vino sin embargo de los ofrecimientos que le hizo para que no dándolo tuviese efecto la dicha orden, de donde habiéndose embarcado se fué con este testigo y la demás infantería que llevaba al pueblo de Apálit por haber tenido noticia estaban las dichas mujeres en el convento de él y habiendo llegado, por no haber ningún religioso, le estuvo hasta cerca de las cinco aguardando a que el dicho Fr. Francisco de Victoria u otro religioso fuesen, y en el dicho tiempo que esperó, por una ventana vió el dicho sargento mayor a las dichas dos mujeres que estaban debajo de dos pabellones y en un aposento del dicho convento y este testigo las vió asimismo en dicha forma, a cuya ocasión llegó al dicho pueblo y convento Fr. Francisco de Medina-Vasco, a rogar al dicho sargento mayor le entregase el dicho niño, y visto que no venía el dicho Prior del dicho convento y que se acercaba la noche mandó a un negro del dicho convento hiciese salir a las dichas dos mujeres, estando presente el dicho Padre Medina-Vasco, las cuales salieron del aposento donde este testigo las había visto y las llevaron a embarcar y trajeron a esta ciudad y entregaron en la fuerza de Santiago al Capitán Juan Lopez Lucero, teniente de ella, y en la ocasión que queda referido, cuando el dicho Fr. Juan de Torres vino a que le entregasen el dicho niño oyó este testigo que le dijo al Ayudante Manuel

Correa el dicho P. Fr. Juan de Torres y a los que con él iban: *Mucho apretar es, ¡voto a Cristo! ¡que es mi hijo, no me hagan hablar!* que notaron todos semejante resolución de dicho Padre y es lo que sabe y la verdad para el juramento que tiene hecho, en que se afirmó y ratificó y declaró ser de 30 años y lo firmó—Cristobal de Porras—Ante mí Andrés de Galvez.

Testigo, Alférez Francisco de Cortabarría.
--

En la ciudad de Manila en dicho día 7 de Febrero de 1650 años yo el presente secretario de gobierno en virtud de la comisión a mí dada hice parecer ante mí al alférez Francisco de Cortabarría, soldado de la Compañía de S. S. del cual recibí juramento según derecho y lo hizo por Dios N. S. y la señal de la cruz so cargo del cual prometió decir verdad y siendo preguntado por el tenor del dicho auto citado en los dichos antecedentes—Dijo que lo que sabe es que el día 3 de este presente mes salió este testigo fuera de esta ciudad en compañía del sargento mayor D. Juan de Sarauz y con otros infantes a la provincia de Bulakán para efecto de prender dos mujeres en ejecución de una orden de S. S. por vivir mal y habiendo llegado al pueblo de Kalumpit, donde se dijo estaban en el convento de él, hechas las diligencias no pudieron hallarse y habiendo hecho otras diligencias tuvo noticia el dicho sargento mayor que una de las dichas mujeres, tenía en dicho pueblo un hijo de pecho a quien criaba una chichigua, y hizo que lo trajesen dando orden para ella al Ayudante Manuel Correa y a este testigo y otros infantes y trayendo el dicho niño salió al paso Fr. Juan de Torres de la orden de San Agustín dando voces porque no lo llevasen, y habiéndolo sosegado el dicho ayudante diciendo era orden a él y a este testigo y a todos los demás hizo muchas promesas de oro y reales porque lo dejasen y habiéndole preguntado, que para qué hacía tanta diligencia por aquel niño, respondió el dicho Fr. Juan que bastaba, y no le apretasen que votaba a Cristo que era su hijo el dicho niño y que no le hicieran hablar y continuando dichos ruegos llegaron a la parte donde estaba el dicho sargento mayor a quien instó con dichos ruegos, que le re-

pondió que no lo había de dejar y habiéndose embarcado trató de hacer diligencias de buscar las dichas mujeres y teniendo aviso que estaban en el pueblo y convento de Apálit llegó a él, que por no haber ningún religioso se estuvo en él hasta casi las 5 de la tarde que por estar este testigo en la embarcación de guardia con el dicho niño y chichigua, no vió lo que en el dicho convento pasó, solo le contaron a este testigo los demas soldados que habiendo venido al dicho convento un religioso, llamado Fr. Fulano de Medina-Vasco a rogarle al dicho sargento mayor entregase el dicho niño y en presencia de dicho religioso, le dijeron a este testigo, que había mandado a un negro del dicho convento el dicho sargento mayor, que hiciese salir del aposento en que estaban las dichas mujeres y en cuya virtud habían salido las cuales vió este testigo trajeron a la embarcación donde estaba y oyó al dicho sargento mayor que mandó fuesen al dicho convento y de él sacasen la ropa de las susodichas que ha oído decir se llaman D.^a Olalla de Rojas y Justina Tolentina, y habiendo entrado en dicha embarcación y llegado a esta ciudad las entregaron al Capn. Juan Lopez Lucero, teniente del castillo Santiago de esta ciudad. Y esto es lo que sabe etc . . . de edad 30 años etc. Francisco de Costavarría—Ante mí Andrés de Galvez.

Auto para que tomen la confesión.

En la Ciudad de Manila en 7 de Febrero de 1650 años el Sr. D. Diego de Fajardo, caballero del orden de Santiago, del Consejo de Guerra de S. M. su gobernador y Capn. Gral. de estas Islas y Presidente de la Audiencia y Chancillería Real que en ellas reside—Habiendo visto la información hecha en virtud del auto y cabeza de proceso contra D.^a Olalla de Rojas y Justina Tolentina y la culpa que contra ellas resulta, mandaba se les tome sus confesiones y se comete al presente secretario para que con asistencia del maestro de campo Manuel Estacio Venegas, Castellano de la Fuerza Santiago se les tome, y las declaraba y declaro por bien presas y así lo proveyó y firmó—Fajardo—Ante mí Andrés de Galvez.

Nombramiento de Curado.

En la ciudad de Manila en 10 del mes de Febrero de 1650 años el Sr. D. Diego Fajardo caballero, etc. etc. (*ut supra*)—Dijo que por haber mandado por auto de 7 del corriente se les tome sus confesiones a Olalla de Rojas y a Justina Tolentina, Indias presas escandalosas y de mal vivir que han parecido ser menores de 25 años y porque no se cause nulidad ninguna, nombraba y nombro por curador *ad litem* de las susodichas al Alferez Juan Garcia procurador de la Audiencia Ordinaria de esta ciudad, al cual se le haga saber para que jure y acepte ante el presente susodicho, y hecho desde luego le daba y dió comisión y facultad en forma para que con su asistencia se tomen sus confesiones y haga todos los autos y diligencias que judicial y extrajudicialmente convengan en defensa de las susodichas y pueden y deben hacer los tales curadores *ad litem*. Y por este auto, así lo proveyó y firmó—Fajardo—Ante mi Andrés de Galvez.

Aceptación y Ju- ramentos.

En la ciudad de Manila en 10 dias del mes de Febrero de 1650 años, yo el presente susodicho hice saber el nombramiento hecho por el auto de esta otra parte de SUSS.^a del Sr. Gobernador y Cpn. Gral. de curador *ad litem* de Olalla de Rojas y Justina Valentina al alferez Juan García, el cual habiéndolo entendido dijo que aceptaba y aceptó el dicho cargo y en su conformidad juró a Dios y a la cruz en forma de derecho de usarlo bien y fielmente a todo su leal saber y entender y donde su parecer y consejo no bastase le tomara de letrado y en todo hará lo que debe y es obligado a buen curador *ad litem* y a la absolución del dicho juramento dijo sí, juró y amén y lo firmó de que doy fé—Juan García—Ante mi Andrés de Galvez.

<p>Confesión de Olalla de Rojas.</p>
--

En la ciudad de Manila en 10 días del mes de Febrero de 1650 años, estando en la Fuerza de Santiago de ella yo, el presente secretario, en virtud de la comisión a mí dada con asistencia del Sr. Maestre de Campo, castellano de dicha Fuerza, Manuel Estacio Venegas, hice parecer a una mujer presa por esta causa y con asistencia e intervención del alférez Juan García, le recibí juramento y lo hizo por Dios N. S. y la señal de la cruz según derecho so cargo del cual prometió de decir verdad para efecto de tomarle su confesión para lo cual le fueron hechas las preguntas y repreguntas siguientes Fuéle preguntado cómo se llama, de donde es natural, que edad y oficio tiene—Dijo que se llama Olalla de Rojas y que es natural del pueblo de Tanagua y que vive en el de Kalumpit y que es de edad de 20 años y que no tiene oficio ninguno Preguntado si sabe la causa de su prisión—Dijo que la sabe muy bien que es por haber estado amancebada con un religioso de la orden del Sr. San Agustín, llamado Fr. Francisco de Victoria, Prior del dicho pueblo de Kalumpit Preguntado pues dice sabe la causa de su prisión que es por lo que queda referido en la pregunta antes de esta diga y declare qué tiempo ha que tiene el trato ilícito y de incontinencia que tiene declarado y las circunstancias de él—Dijo que es verdad y confiesa que ha estado amancebada con el dicho Fr. Francisco de Victoria, puede haber tiempo de 6 años poco mas o menos viéndose con el dicho religioso muy de ordinario así de día como de noche, yendo esta confesante todas las mas de las noches a dormir en el convento del dicho pueblo de Kalumpit en la celda con el dicho Fr. Francisco de Victoria de cuya comunicación y trato está esta confesante preñada y estando con dicho trato en dicho pueblo de Kalumpit llegó a él Justina Tolentina que dijo iba en busca del P. Fr. Juan de Torres de dicha orden y prior del pueblo de Hagonoy con quien asimismo está amancebada la dicha Justina y le dijo a esta confesante como iba huyendo y en su busca para que la escondiese y amparase por haber tenido noticia que por su mala vida la habían ido a prender

al pueblo de Tambobo, y le dijo asimismo a esta confesante que corría el mismo riesgo y que así se escondiese también porque no la prendiesen por haber orden para prender todas las mujeres de mal vivir y esta confesante con la dicha Tolentina durmieron una noche con los dichos Fr. Francisco de Victoria y Fr. Juan de Torres dentro del dicho convento del dicho pueblo de Kalumpit donde se estuvieron el día siguiente, y siendo ya de noche después de haber cenado los dichos religiosos y esta confesante y dicha Justina temerosos de que no se supiese que estaban en el dicho convento sacaron a esta confesante y a la dicha Justina de él los dichos padres y las embarcaron llevando sus esclavos por bogadores y las llevaron al pueblo de Apálit a donde llegaron todos juntos como a horas de las 10 de la noche, y habiendo entrado en el convento del dicho pueblo de Apálit, hallaron en él a Fr. Francisco del Rosario, Prior del dicho convento, a quien hablaron los dichos Fr. Juan de Torres y Fr. Francisco de Victoria para que estuviesen esta confesante y la dicha Justina, escondidas en un aposento del dicho convento, en el cual se lo dieron que servía de despensa que caía al cuerpo de la iglesia de él, y habiéndose ido los dichos religiosos se estuvieron en el dicho aposento hasta que el sargento mayor del Tercio D. Juan de Sarauz, que las iba a prender y habiendo estado mucho tiempo en el dicho pueblo y convento por un criado y mayordomo de él las hizo salir a esta confesante y a la dicha Justina que estaban en dicho aposento, y dentro de dos pabellones y las trajo a esta ciudad y entregó a esta confesante y a la dicha Justina en esta fuerza, a quien le dijeron en el discurso del dicho viaje ya muy lejos del dicho pueblo que se le había escapado una india de nación pampanga que no lo sabe el nombre que estaba asimismo escondida en el dicho convento por ser amiga del dicho Fr. Francisco del Rosario prior de él.

Fuéronle hechas otras preguntas y repreguntas tocantes al caso y dijo que no tiene que decir mas de que en otras ocasiones de las que tiene referidas siendo de día el dicho Fr. Francisco de Victoria la iba a ver a esta confesante a su casa y que todo lo que tiene dicho es la verdad para el juramento que hecho tiene en que se afirmó y ratificó, que por ser ladina en nuestra lengua castellana no fué necesario intérprete y lo firmó con el dicho Sr. Maestre de

Campo y dicho curador *ad litem* de que doy fé—Manuel Estacio de Venegas—Doña Olalla—Juan García—Ante mí Andrés de Galvez.

Confesión de Justina Tolentina.

En la ciudad de Manila en el dicho día 10 de Febrero de 1650 yo, etc., etc. hice parecer a una mujer presa por esta causa a quien recibí juramento etc., etc.—Preguntada como se llama, de donde es natural, que edad y oficio tiene—Dijo que se llama Justina Valentina que es natural del pueblo de Tambobo a donde vive y que no tiene oficio ninguno.

Preguntada si sabe la causa de su prisión—Dijo que la sabe muy bien por haberle preso el Sargento mayor de este Tercio D. Juan de Sarauz por estar amancebada con un fraile de St. Agustín llamado Fr. Juan de Torres, que hoy es prior del pueblo de Hagonoy.

Preguntada pues dice sabe la causa de su prisión y que es por el trato y comunicación ilícita que tiene con el dicho Fr. Juan de Torres, diga y declare que tiempo há que el dicho religioso la comunica a donde y en qué partes y las demás circunstancias del dicho trato—Dijo que puede haber 7 años poco mas o menos que el dicho Fr. Juan de Torres la enamoró desde cuyo tiempo hasta el día que la prendieron ha estado en mal estado con el susodicho y amancebada de cuya comunicación y amancebamiento en el tiempo referido se ha hecho preñada del dicho padre tres veces que ha dado a luz tres hijos, llamado el mayor Juan, y el segundo Bartolomé y el tercero que será de dos años se llama Gerónimo. Y estando en dicha comunicación, yendo el dicho Fr. Juan desde el pueblo de Hagonoy al de Tambobo muy ordinario a dormir con esta confesante, quedándose muchos días en la casa de esta confesante, una noche se escapó y huyó de ella por haberla ido a prender el dicho Sargento mayor, y trató de irse al pueblo de Kalumpit a donde estaba el dicho Fr. Juan de Torres en compañía del P. Fr. Francisco de Vitoria, prior del dicho pueblo y habiendo llegado a él, habló con D.^a Olalla de

Rojas con quien el dicho Fr. Francisco trataba, y habiendo contádole lo que le había sucedido y a los dichos dos religiosos por el riesgo que corrían por ser mujeres que trataban con ellos y todas las demás de mal vivir las llevaron al convento del dicho pueblo donde durmieron con los dichos dos religiosos cada una con el suyo, y estuvieron todo el día siguiente dentro del dicho convento hasta la noche, que habiendo cenado, las embarcaron los dichos dos religiosos a esta confesante y a la dicha Olalla llevando en la embarcación bogadores negros, esclavos de los susodichos, y las llevaron al pueblo de Apalit, á donde llegaron al parecer de esta confesante a cosa de las 10 de la noche poco mas o menos. Y habiendo hallado en el convento del dicho pueblo a Fr. Francisco del Rosario, prior de él, que estaba con una india, pampanga su amiga, le contaron como las querían prender. Y después de haber hablado en lo dicho para que no las viesen, trataron de que se les diese a esta confesante y dicha Olalla aposento donde estar y se les dió a entrambas juntas uno que servía de despensa que cae al cuerpo de la iglesia del dicho pueblo que tenía dos ventanas que caen a ella donde estuvieron metidas cada una en su pabellon hasta que el dicho sargento mayor llegó al dicho pueblo que por no haber religioso en él se estuvo casi todo el día según les dijeron a esta confesante y a dicha Olalla hasta que trató de traerlas y mandó á un criado del dicho Fr. Francisco del Rosario hiciese salir a esta confesante y a la dicha Olalla del dicho aposento, y habiendo salido las embarcó y trajo a esta ciudad y las entregó en esta Fuerza donde han estado hasta hoy y al tiempo de su prisión se le escapó la dicha pampanga, que como queda referido estaba asimismo en el dicho convento como amiga que es del dicho Fr. Francisco del Rosario.—Fuéronle hechas otras preguntas y repreguntas al caso tocantes y dijo que no tiene mas de decir y que dice lo que dicho tiene que es la verdad para el juramento que hizo y no firmó por no saber. Firmólo el dicho Sr. Maestre de Campo y asimismo el dicho su curador de que doy fé y asimismo de ser ladina en nuestra lengua castellana porque no fué necesario intérprete—Manuel Estacio Venegas—Juan García—Ante mí Andrés de Galvez.

Auto de pruebas

En la ciudad de Manila en 11 días del mes de Febrero de 1650 años el Sr. D. Diego Fajardo, caballero etc. etc. habiendo visto la sumaria información de esta causa y confesiones hechas por Olalla de Rojas y Justina Tolentina—Dijo que se les hacía e hizo cargo por la culpa que contra las susodichas resulta y recibía y recibió esta causa a prueba con término de tres días con todo cargo de publicación y conclusión y citación para sentencia y para todo lo que citación requiere, hasta la definitiva y por este auto así lo proveyó y firmó—Fajardo—Ante mí Andrés de Galvez—

Notificación a Olalla de Rojas y a Justina Tolentina

En la ciudad de Manila en 11 días del mes de Febrero de 1650 años estando en la fuerza Santiago de ella yo, el presente escribano leí y notifiqué el auto de prueba de esta causa y los tres días de ella a Olalla de Rojas y a Justina Tolentina contenidas en estos autos estando presente el alférez Juan García, curador *ad litem* de las susodichas a quien asimismo le notifiqué según se contiene y habiendo entendido su efecto dijeron que lo oyen y que atento a que en sus confesiones tienen dicho la verdad no tienen que probar cosa ninguna y así concluyan definitivamente para que se sentencie esta causa para lo cual dan por dichos y ratificándose los testigos de la sumaria. Y renuncian el término de prueba con que esta causa se recibió a prueba y esto dieron por su respuesta de que doy fé y la dicha Olalla lo firmó y el dicho curador *ad litem* siendo testigos el Cpn. Juan López Lucero y el Alférez Nicolás de Herrera y después dijeron que piden y suplican a su Señoría el Sr. Gobernador y Cpn. General de estas Islas use de misericordia con estas respondientes como pobres mujeres y flacas—Juan García—D.^a Olalla—Ante mí Andrés de Galvez.

Auto por ratificar los testigos

En la ciudad de Manila en 12 días del mes de Febrero de 1650 años el Sr. D. Diego Fajardo, caballero etc. etc.—Habiendo visto la conclusión pedida por Olalla de Rojas y Justina Tolentina—Dijo que por lo que toca a la culpa de las susodichas y para que mas bien conste por ser esta causa hecha de oficio de la Real Justicia mandaba y mando se ratifiquen los testigos de la sumaria; los cuales S. S.^a comete al presente susodicho quien da comisión en forma y por este auto así lo proveyó y firmó. Y asimismo se examinen los testigos que de nuevo pudieren ser habidos y se comete al presente susodicho—D. Diego Fajardo—Ante mí Andrés de Galvez.

Testigo, Sarjento Mayor D. Juan de Sarauz.
--

Probanza en plenario—En la ciudad de Manila en 12 de Febrero de 1650 años para la dicha averiguación en plenario, yo el presente escribano, en vista de la comisión a mí dada hice parecer ante mí al sargento mayor D. Juan de Sarauz que lo es de este real campo del cual se recibió juramento y lo hizo por Dios N. S. y la señal de la Cruz en forma de derecho so cargo del cual prometió de decir verdad y siéndole leído el dicho que depuso en la sumaria de esta causa de *verbo ad verbum* que lo declaró en 7 de Febrero de este presente año que está a fojas 1.^o—Dijo que lo dijo y declaró según y como se contiene y que no tiene que quitar de él antes se le ofrece añadir el que después de haber venido a esta dicha ciudad le remitieron a este testigo tres cartas la una del P. Fr. Francisco de Vitoria y las otras de Fr. Francisco de Medina-Vasco en orden a la buena negociación de la dicha Olalla de Rojas y Justina Tolentina según que de ellas consta para lo cual hace exhibición de ellas demás de que a este testigo antes de lo referido le enviaron las causas para las susodichas, chininas y una chamarréta, calzones y zapatillo de un niño. La chamarréta que le parece a este testigo son cinco botones que en ella están de oro. Y después los dichos Fr. Fran-

cisco de Vitoria y Fr. Juan de Torres hablaron con este testigo habiendo venido a su casa los cuales le ofrecieron cincuenta taes (taels) de oro o quinientos pesos en reales para la negociación y soltura de las susodichas, en cuya ocasión el dicho Fr. Juan de Torres le dejó a este testigo veinte pesos para que las dichas Olalla y Justina tuviesen que gastar y como este testigo no le prometió la soltura, no le dieron ni remitieron los dichos 50 taes (taels) de oro o su valor, como habían quedado, que de uno y otro tenía ya dado parte a S. S. el Sr. Gobernador y Cpn. Gral, para que teniendo efecto proveyese de justicia lo que mas conviniese—Y asimismo para dicho efecto se valieron los dichos padres después de lo referido del licenciado Gerónimo Hernandez Zanudo presbítero para que hablase a este testigo como le habló para ver el medio y traza que se había de tener en la soltura de las susodichas y entrego de lo que así habían prometido a quien respondió este testigo que lo dejase y se fuese con Dios a la segunda vez que vino a dichos efectos, con que no teniendo lo que se ha quedado hasta hoy en silencio pues no le han vuelto a hablar los susodichos en ello. Y es lo que sabe y tuvo que añadir y la verdad para el juramento que tiene hecho en que se afirmó y ratificó y lo firmó y declaró ser de edad de 40 años y que no le tocan las generales de la ley—y yo el presente escribano recibí las dichas cartas para que S. S.^a las vea y provea lo que mas convenga—D. Juan de Sarauz—Ante mí Andrés de Galvez.

(El Ayudante Manuel Correa se ratifica en su declaración sin añadir nada nuevo.)

(El Alferez Cristobal de Porras se ratifica de la misma manera.)

<p>Testigo, Sargento Nicolás de Saucedo.</p>
--

En la ciudad de Manila en el dicho día, mes y año dicho para la dicha averiguación yo el presente susodicho hice parecer ante mí al Sargento Nicolás de Saucedo soldado de la Compañía del Capitán D. Francisco Claudio del cual le recibí juramento y lo hizo por Dios etc.—Dijo que lo que sabe y pasa es que este testigo fué en 3 de este pre-

sente mes en compañía de otros infantes con el sargento mayor D. Juan de Sarauz, que lo es de este tercio con orden de S. S. el Sr. Gobernador y Capitán Gral. de estas islas a efecto de prender dos mujeres de mal vivir y habiendo llegado al pueblo de Kalumpit por noticia que se tuvo estaban en el convento del dicho pueblo, aunque las buscaron en él no parecieron y tuvo el dicho sargento mayor aviso después de lo referido y de muchos requerimientos que el P. Fr. Francisco de Vitoria de la orden de S. Agustín le hizo para que no visitase el dicho convento, estaban las dichas mujeres en otro pueblo y hechas diligencias por haber cogido una chichigua y un niño hijo de una de las dichas mujeres se supo por cosa cierta que estaban en el convento del pueblo de Apalit donde el dicho sargento mayor trató de ir, y antes que saliese vió este testigo que el P. Fr. Juan de Torres, religioso de dicha orden venía en compañía del Ayudante Manuel Correa que había ido por dicha chichigua rogándole la dejase y el dicho niño hasta que llegó donde el dicho sargento mayor estaba, a quien rogó asimismo lo mismo que al dicho ayudante en que no vino por dar cumplimiento a dicha orden, y después le dijo a este testigo el dicho ayudante y los demás infantes que con él habían ido que había dicho el dicho Fr. Juan de Torres, que era su hijo el que llevaban con la dicha chichigua y que les había hecho mucho ofrecimiento y prometídoles dádivas porque no lo llevase. Y habiendo proseguido el viaje y llegado al dicho pueblo de Apalit por no haber hallado ningún religioso en él se estuvo el dicho sargento mayor en dicho pueblo hasta que pareciéndole tarde y habiendo llegado Fr. Francisco Medina-Vasco de dicha orden, trató de sacar las dichas dos mujeres que estaban según vió este testigo dentro de un aposento del dicho convento y metidas debajo cada una de un pabellón, mandando a un mayordomo y criado del dicho convento, abriese el dicho aposento de donde las sacó y llevó el dicho sargento mayor a la embarcación y las trajo a esta ciudad donde ha oído decir se llaman Olalla de Rojas y Justina Tolentina, y a las susodichas les oyó decir estando ya apartadas y muy lejos del dicho pueblo como se le había escapado al dicho sargento mayor una india pampanga amiga del P. Prior del dicho convento de Apalit llamado Fr. Francisco del Rosario; y habiéndole llegado á esta ciudad las entregaron en la fuerza Santiago de ella y es lo que

sabe y la verdad para el juramento que tiene hecho en que se afirmó y ratificó y declaró ser de edad de 31 años y que no le tocan las generales de la ley—Nicolás de Saucedo—Ante mí Andrés de Galvez.

(Antonio Romero se ratifica en su declaración y no añade nada nuevo.)—Yd. id. el alférez de Cortabarría.

AUTO

En la ciudad de Manila en 17 días del mes de Febrero de 1650 años el Sr. D. Diego Fajardo etc. etc.—Habiendo visto esta causa por estar concluida—Dijo que mandaba y mando que se ponga en ella las tres cartas que el sargento mayor de este Real Tercio exhibió y citadas las partes se traiga para su determinación, y por lo que toca a la culpa que resulta de ella contra los P. P. Fr. Francisco de Vitoria y Fr. Juan de Torres de la orden del Señor Sn. Agustín, el presente secretario saque un traslado autorizado en forma que haga fé de toda esta causa el cual entregará al Rdo. P. Provincial Fr. Diego de Ordaz de la dicha orden para que les dé a los dichos religiosos el castigo que merecen dentro de seis días del que presentará ante S. S. recaudo auténtico con apercibimiento que no lo haciendo así proveerá lo que de derecho hubiere lugar y de todo lo contenido en este auto y de haber entregado el traslado que se manda lo pondrá por diligencia haciéndolo saber al dicho Rdo. P. Provincial y así lo proveyó y firmó—D. Diego Fajardo—Ante mí Andrés de Galvez.

En la ciudad de Manila en 17 días de Febrero de 1650 años yo el Cpn. Andrés de Galvez, escribano mayor de la Gobernación de guerra de estas islas en cumplimiento del auto de arriba vine al convento del Sr. S Agustín de esta ciudad y le hice notorio dicho auto de *verbo ad verbum* al Rdo. P. Fr. Diego de Ordaz, provincial de Pro.^a del Smo. Nombre de Jesús el cual habiendo entendido su efecto, y entregádole el traslado que en dicho auto se manda de mí mano a la suya—Dijo que lo obedece y cumplirá con lo que S. S. le manda. Y esto dió por su respuesta de que doy fé, siendo testigos el alférez Nicolás de Herrera, Nicolás Rodríguez y Juan Ramos—Andrés de Galvez.

Brevete

Al Cappn. y Sargento mayor Don Juan de Sarauz guarde Nuestro Señor que lo es de este campo de Manila

Señor Sargento Mayor Don Juan de Sarauz, con esta remito a Vm. una del P. Prior de Lubao en que Vm. verá lo que el dicho P. Prior determina. El de Hagunoy y yo llegamos esta mañana con mil deseos de besar a Vm. su mano y estimar con los agradecimientos justos los muchos favores que de su grande nobleza de Vm. en esta ocasión hemos recibido. Para este efecto nos ha parecido avisar a Vm. antes de entrar en el convento y así le suplicamos como ciertos servidores suyos, se sirva de avisarnos el lugar mas a propósito. Nosotros quedamos en esta casa del Señor Dean en el cuarto del licenciado ceñudo solos y sin ninguna persona que pueda notar nuestras acciones. Si la estancia es a propósito aguardamos a Vm. que nos avise y sino Vm. señale puesto y suplícole sea con toda brevedad si es posible porque la ropa está ya en el convento y les consta de nuestra llegada y porque en todo nos sujetamos a su gusto y disposición de Vm. No mas de que N. S. a Vm. me guarde lo que deseo—De Vm. servidor muy cierto que su mano besa—Fr. Francisco de Vitoria.*

Al Cappn. y Sargento Mayor D. Juan de Sarauz guarde N. S. que lo es del Campo de la Ciudad de Manila.

Gratia et Pax.—Señor Sargento Mayor D. Juan de Sarauz.

Sentí en extremo la brevedad de mi viaje causado del disgusto que nuestro Padre Provincial recibió en lo sucedido y entender yo juzgaría Vm. descuido en lo que con tantas veras le supliqué a quien tan bien conoce la obediencia disculpa me parece suficiente y mas a quien es tan dueño y Señor mío—Luego que llegué aquí a Kalumpit dí noticia a los Padres de las muchas galanterías que Vm. me hizo en todo lo que le supliqué y ellos me encargaron de que quedaron sumamente agradecidos y deseosos de mostrarlo en su servicio—Ellos van a esa y el P. Prior de Kalumpit, gran amigo mio, es el portador de esta, él es una mesma cosa conmigo, e interesado en los favores de Vm. suplico le sea también participante en ellos. Lleva

* Nótense las discrepancias en estos expedientes de la causa de concubinato contra Dña. Olalla Rojas, etc. (en 1650) copiados por Rizal de la Escribanía de Manila evidentemente al *verbatim*. El apellido del P. Fr. Francisco de Vitoria escrito a veces Victoria, etc. etc.

el oro el cual entregará y quedará para toda su vida agradecido, y ello en perpétuo silencio, quedó confiado de su nobleza y piedad de Vm. tendrá todo muy a gusto el suceso pasando por humano, y yo con nuevas obligaciones de servirle, cuya vida guarde N. S. felices años en los puestos que merece y yo le deseo. Kalumpit y Febrero 6, de 1650. De Vm. Capellán y servidor que su mano besa—Fr. Francisco de Medina-Vasco.

Al Cappn. y Sargento Mayor D. Juan de Sarauz guarde N. S. que lo es de este real Campo de Manila

Sr. Sargento Mayor D. Juan de Sarauz—Por haber escrito a Vm. con el P. Prior de Kalumpit avisándole de la brevedad de mi viaje no escribo largo en esta sino solo pido humildamente se sirva Vm. de mandar se dé a aquellas pobres muchachas las camas que remito con esta para que tengan en que dormir y con tanto N. S. me guarde a Vm. los años de mi deseo en los puestos que merece. Kalumpit y Febrero 6 de 1650. De Vm. Capellán y servidor que su mano besa

Fr. Francisco de Medina-Vasco.

CONCUERDA con la causa original que se fulminó contra Olalla de Rojas y Justina Tolentina. Y cartas originales que se acumularon en dicha causa que quedan en el archivo del dicho oficio de Gobierno de mi cargo con las cuales corregí y concerté este traslado y va cierto y verdadero según que de él parece a que me remito. Y para que conste en virtud del dicho decreto citado doy el presente. En Manila en 27 días del mes de Junio de 1650 años, siendo testigos el alférez Nicolás de Herrera, Agustín de Gora, y Marcos de Mesa—va enmendado—y escandaprio—a—ca—feo—S y entre renglones—Vua—Valga—testado—no valga.

ANDRÉS DE GALVEZ

Los escribanos que aquí signamos y firmamos damos fé que el Capitán Andrés de Galvez de quien parece ha signado y firmado este traslado escribano mayor de la Gobernación y guerra de estas Islas Filipinas. Y a los autos certificaciones y otros cualesquier despachos que ante él han pasado y pasan se les ha dado y da entera fé y crédito en juicio y fuera de él. Fecho en Manila, en veintiocho del mes de Junio de 1650 años.

JUAN LÓPEZ PESCA—MIGUEL MAROTO JUAN DE TORRES.

MARIANG MAQUILING *

(Leyenda Tagala)

Los habitantes y sobre todo los campesinos de los pueblos, que en la provincia de la Laguna se recuestan al pie del monte Maquiling, arrullados y adormecidos en medio de la exuberante vegetación por las brisas del lago y el murmullo de sus olas; conservan una tradición o leyenda, transmitida de padres a hijos y contada con una verdadera convicción misteriosa y como con cierto pesar por su triste y poco esperado desenlace.

Nosotros hemos oído, cuando niños, esta fantástica relación, que ha sido entonces para nosotros objeto de una viva curiosidad, y que ahora reproducimos, como un recuerdo de nuestra infancia, deseosos de dar a conocer una muestra o un ejemplo de las creencias de aquella poética provincia.

Cuentan los habitantes que en otros tiempos, cuando aun los pueblos se encontraban en el estado más primitivo que se pudiera imaginar; cuando los ciervos y los jabalíes entraban de noche en la población a pacer tal vez la verde yerba de las calles; cuando las aves del campo y los peces del río no eran aun encarnizadamente perseguidos, como lo son en la actualidad, cuentan que había una joven hermosa como el lucero (para servirnos de la comparación tagala) allá en la cumbre del Maquiling, semejante a una dríada de las creencias antiguas.

Era extraordinariamente bella, de grandes, negros y expresivos ojos, sombreados de largas pestañas, ojos dotados de un brillo singular, que a veces se parecían en su melancólica dulzura a la claridad de la luna; cuando a los primeros cantos del gallo va poco palideciendo; a veces su luz era tan irresistible, que semejaban a dos pequeños soles; a veces eran tan sombríos que no parecía sino que el rayo se escondía en sus pupilas, pronto a aniquilar al temerario, que osase desafiarlos. Su cabellera era negra, rizada y tan larga, que, a pesar de su esbelto talle y ele-

* Otra versión de la leyenda, escrita por Rizal, cuyo manuscrito se halla en la Biblioteca Nacional.

gante estatura, arrastraba por el suelo; su nariz era pequeña y fina, y sus labios delicados y rosados tenían una sonrisa, la más pura y graciosa que se ha visto jamás en la boca de una virgen. De tez morena, de dedos largos y afilados, de pies pequeños que más bien que pisaban, se deslizaban por el suelo, pues las yerbas se doblaban apenas, no dejando jamás la más leve huella, parecía un ser aéreo, una sílfide o una habitante de los espacios azules.

Nadie podía decir de donde venía ni de donde era; verdad es que muy pocos habían tenido la fortuna de verla, puesto que los demás tomaban por verdaderos cuentos, cuanto de ella referían los campesinos y labradores. Se sabía que los más viejos la habían visto en su mocedad, joven y tierna, como la veían entonces sus nietos. Y si hablaban de ella, lo hacían con respeto y agradecimiento. He aquí las anécdotas o cuentos que corrían entonces de boca en boca aunque con mucho silencio y misterio.

Un día, un pobre cazador, que mantenía a su numerosa familia con el producto de su fatigado oficio, después de velar toda la noche emboscado tras el tronco carcomido de un árbol, aguardando a alguna pieza que sus compañeros espantaban; a los primeros albores de la aurora vió pasar muy cerca de sí a un monstruoso jabalí, de largos y afilados colmillos, de cerdas erizadas, corriendo como una exhalación. Verle el cazador y seguirle, armado de su corta pica (entonces las escopetas andaban escasísimas) todo fue en un abrir y cerrar de ojos. La fiera huía y nuestro hombre corría y corría tras el animal que nunca se perdía de vista. Perseguido y perseguidor eran incansables; peñas, malezas, arroyos y precipicios en vano se encontraban en el camino: todo se salvaba, todo, menos la invariable distancia que había entre ellos.

Por fin después de errar por todo el bosque, sin que el más débil ladrido de un perro se pudiese oír; después de una obstinada persecución y cuando nuestro hombre, viendo lo infructuoso de su afán, se disponía a abandonar la presa, la ve de pronto moderar su carrera y acortar el paso como si le inquietase ya poco el que la siguiesen. Apréstase entonces a arrojarle su lanza y le hubiera sin duda muerto, si una voz argentina y melodiosa no se lo impidiese.

Una joven de aspecto sereno y tranquilo le pedía gracia para el animal, que, jadeante y espumoso, desapareció entre las hortalizas de un pequeño jardín. Iba la joven cogiendo flores pero unas flores muy grandes y muy blancas que por habituado que fuese nuestro hombre a conocer todas las plantas y árboles de aquellos parajes, tenía que confesar que ignoraba completamente su nombre.

—No le matéis al jabalí que es mío,—le dijo.

Nuestro cazador, sorprendido al encontrarse con aquella joven en medio de aquellas espesuras y más aun cuando la oyó decir que el jabalí era suyo, él que siempre había creído que era del primer cazador que lo espantase; pensó que se encontraba con un *ticbalang*, ese demonio de los bosques y caminos que se complace en extraviar a los viajeros y labradores, discurría como escaparse de aquel apuro. Pero al ver que tenía un rosario en el cuello, de cuentas blancas entremezcladas con otras de oro y una cruz hermosísima, como no la había visto jamás en todos los días de su vida, se sosegó un tanto pues sabido es que el *ticbalang* huye y aborrece todo que huelga a rezo o a la Iglesia.

No hallaba el pobre hombre que decir o que contestar a aquella hermosa *dalaga*, que por su parte siguió en su gentil ocupación; ardía en deseos de entablar un diálogo para saber por lo menos a que atenerse y preguntarla, si todos los jabalíes del monte eran suyos, para respetarlos, o si no para conocer los de su propiedad y distinguirlos de los demás. Pero al ver la riqueza y magnificencia de su traje, que brillaba y relucía (—) al ver los muchos anillos que adornaban sus hermosos dedos, y sobre todo al notar la gravedad de su cara por lo demás correcta y hermosa; el pobre campesino sentía un nudo en su garganta y batallaba por hallar las más respetuosas palabras para aplacarla por si se encontraba incomodada. Por fin haciendo un supremo esfuerzo la dijo humildemente:

—Perdonádmeme, Señora, si he querido matar ese jabalí que no sospechaba perteneciese a nadie. Yo soy un pobre cazador y tengo que alimentar a mis hijos . . .

—¿Tenéis muchos hijos?—le preguntó con voz más dulce la joven.

—Tengo cuatro, señora,—contestó algo reanimado al notar que la voz de aquella, que consideraba como sér

superior, había perdido algo de su sequedad;—tengo cuatro y si no les llevo nada, no tendrán que comer.

—Y ¿de dónde sois?

—Yo soy del barrio de P . . . del pueblo de C . . . si tenéis algo que mandar.

—Lo que yo tengo que mandaros es que no caceis jamás en los días de sábado, ni mateis ciervas; pues de lo contrario os arrepentiréis de haber desoído mis advertencias cuando ya no lo podréis remediar. Entre tanto; quedaos hoy a comer aquí y esta tarde al declinar el sol podréis retiraros.

Y le hizo entrar en una especie de cabaña limpia y aseada en medio de la cual había una mesa preparada y servida abundantemente. Nuestro hombre que estaba cada vez más convencido de que se encontraba delante de una *encantada*, que sabía por los cuentos, vivía en los bosques, obedecía, bien por temor, bien porque la necesidad y el apetito le obligaban a ello.

Comió de todo lo que había que comer, mientras examinaba con los ojos todo el ajuar de la casa, llamándole sobremanera la atención unas grandes tinajas alineadas junto al *dindín* y cubiertas por anchos platos de China.

Hízole la joven varias preguntas a las que contestó como cuando tratando siempre de decir la pura verdad por temor de caer en su desagrado, pues según las supersticiones la enemistad con esa clase de seres es muy peligrosa y perjudicial.

A la tarde cuando iba a despedirse, la joven le dió cebollas, ajos y genjibres que los llevase a su mujer excusándose de no poderle dar otra cosa mejor de más utilidad y provecho.

Partió nuestro hombre mohíno y cabizbajo disgustado de que no le hubiese dado la *señora* un puñado de monedas por lo menos, para los gastos de su casa y burlándose de su miserable regalo, que cebollas, ajos y genjibre abundaban por todas partes y no valían la pena de cansarse para cargar semejantes tonterías. Trató pues de desembarazarse de su carga. Arrojó la mayor parte en el camino quedándose solo con dos pedazos de genjibre para un caso de enfermedad y así prosiguió su camino maldiciendo su poca suerte y mala estrella, preguntándose porque había tomado por un ser poderoso y superior a una simple

campesina, que no sabía regalar sino ajos y cebollas con más ridículas pretensiones y necios encargos que monedas de cobre puede tener.

Malhumorado llegó a su pobre choza en donde era esperado con impaciencia por su mujer e hijos, confiados en que su llegada sería una señal de abundancia y regocijo. Al ver su desaliento y su tristeza los chiquitines no se atrevieron a hacerle fiestas, ni su mujer a importunarle con preguntas temerosa de exacerbar su disgusto.

Al día siguiente, después de una noche muda y silenciosa, su mujer relleno las alforjas para que pueda partir de nuevo a cazar o tender lazos en el vecino bosque. Encontró los dos pedazos de genjibre o al menos tenían su forma: los cogió y observó que pesaban muchísimo y que relucían y brillaban como el oro. Quiso pellizcarlos y rayarlos con la uña y halló que eran muy duros. Llamó al marido, a sus hijos, a sus vecinos y aquí oyeron las exclamaciones de sorpresa, las preguntas, comentarios, etc. Excusamos pintar lo que sucedió después del arrepentimiento del pobre campesino.

Otro día era una vieja que iba al vecino bosque a coger caña para las necesidades de su casa. Retirábase una tarde muy cargada y agobiada bajo el peso de unas cuantas ramas secas, ligeras para un joven, pero pesadas para su avanzada edad. Mas he aquí que en el sendero le detiene una linda moza; le saluda muy respetuosamente preguntándola al estilo del país de donde venía, a donde iba y como se encontraba. La anciana, apesar de la cualidad de habladoras que suelen atribuir a las de su edad, contestó secamente disgustada de que la entretuviesen yendo tan cargada como iba. Pero la joven, al parecer no hizo caso de su poco humor y le suplicó dejase su carga en el suelo que tenía un asunto muy importante que comunicarle. Al oír esto la vieja no pudo menos de pagar tributo a la curiosidad y puso su carga en el suelo y se dispuso a oír.

—Abuela,—le dijo la joven,—teneis dos gallinas blancas que cuidais y que están ya bastante gordas: mañana a la noche me llegarán visitas a mi casa y no tengo nada preparado. Si me las quereis vender por el precio que querais, os lo agradecería muchísimo.

No tuvo inconveniente la pobre anciana en acceder a su demanda quedándose en que al día siguiente llevaría las gallinas a casa de la joven la que condujo a la pobre mujer

a una altura le enseñó una choza cerca de la cumbre del monte, diciéndole que allí vivía y le esperaba al siguiente día. Y se separaron.

Cuando la vieja fue a buscar su haz de leña y encontró con que había desaparecido, y en vano lo buscó, miró y examinó el paraje.

Como la noche se venía encima contentóse con coger dos o tres pedazos de caña para cocer su arroz y se retiró echando la culpa de lo que la había sucedido a la joven que en mal hora tuvo el atrevimiento de detenerla pero cual no sería su sorpresa cuando al llegar a su choza encontró allí el haz que había perdido y que en vano había buscado: nadie lo había traído.

Al día siguiente al ir a buscar las gallinas blancas en el nido, solo halló monedas de plata y oro y un rosario de cuentas gordas sin que se supiese quien las había puesto y con que fin lo había hecho. Llamó inútilmente a las gallinas y no apareció ni una pluma siquiera. Consideróse entonces como robada y se puso a llorar y a gemir, contando y contando las buenas cualidades de sus aves, enzalzándolas mientras recogía las monedas y las guardaba bonitamente.

Tomó la dirección de la casa de la joven para disculparse pero en vano miró y remiró: ninguna choza distinguible se asemejase a la del día anterior. Entonces creyó que era víctima o mejor objeto de los favores de alguna *encantada* pues así solo podían explicarse lo de la leña y lo de las gallinas.

Otro día eran dos jóvenes amantes, huérfanos ambos, se querían casarse, pero que por su pobreza no podían de manera alguna realizar su dorado sueño. Y así pasan los días para la enamorada pareja: el varón trabajando sin cesar, labrando el campo y cortando maderas para vender en el pueblo: la mujer cosiendo o cogiendo guayabas, lombay y otras frutas para cambiarlas por unas cuantas monedas de cobre y poder vivir así modesta pero pobremente.

Una mañana encuéntranse los dos en el camino que separa sus dos chozas alegres y animados como unas pascuas. Al despertarse habían encontrado ambos ropas y muchas monedas de plata y un pedazo de papel a la puerta de sus habitaciones. Ellos no sabían leer y llevaron el papel a un vecino suyo que vivía como a una media hora

de su casa para que les descifrara lo que decían aquellos caracteres. Había escrito lo siguiente:

—“Yo os doy dinero y ropas; casaos; sed buenos y felices.”—Mariang Maquiling.

Anécdotas como estas se contaban muchas siendo considerada esta Mariang Maquiling como una verdadera hada para los sencillos habitantes de los pueblos vecinos. Su nombre era pronunciado con temor y respeto; muchos le eran profundamente agradecidos, y las insinuaciones u observaciones suyas eran obedecidas ciega y puntualmente como mandatos a los que dependieran la vida o la muerte de todos. Este le sabía el que sus bueyes robados le fueron prontamente devueltos; aquel decía que había recibido de ella lujosísimos trajes para cuando se casó o bautizó su hijo; trajes que había devuelto fielmente como si lo había mandado; quien aseguraba que desde que ella apareció las cosechas fueron inmejorables vendiéndose todas a muy buen precio; quien por último contaba cosas tan estupendas y maravillosas como el haber visto tinajas llenas de oro y plata, árboles cuyos frutos brillaban y relucían como estrellas.

Muy pocos podían vanagloriarse de haberla visto, pero mas pocos todavía los que aseguraban haber conversado con ella. Siempre la veían sola en la espesura del bosque, a lo lejos cogiendo flores o bañándose en los arroyos o fuentes que solía hacer por la noche a la luz de la luna. Entonces nadie se atrevía a acercarse o a turbarla porque era muy querida de todos. A ella acudían todos los que se van a casar para pedirle ropas que prestaba con mucho gusto exigiendo solamente al novio le devolviese las prendas y le diese una gallina blanca a la que al parecer era muy aficionada. Muchos de los que la habían visto afirmaban que su sonrisa era la más encantadora, el mirar más dulce y tierno que hayan visto jamás en toda su vida; otros, los que habían hablado con ella, ponderaban la frescura y melodía de su voz, que no parece pronuncia las palabras sino las cantas; ¡tal era su gracia y armonía que cautivada a todos! A veces la hallaban muy seria y severa, infundiendo temor; otras, y esto rarísimas veces, triste pero muy triste, vagando silenciosa al verde de los precipicios como un alma, un aire, un pensamiento, tan suave y ligera que nunca se oía el ruido de su paso.

No se sabía de donde venía; hacía muchos años que había aparecido y siempre era joven. La llamaban Mariang Maquiling porque vivía en el monte de este nombre y ella al parecer lo había aceptado. Nadie se atrevía a preguntar por lo que ella hacía, ni indagar su vida, temerosos de incurrir en su desagrado. Vestía al estilo del país y su larga cabellera negra la tenía siempre suelta y flotante. Cuando llovía o tronaba, al caer la tarde o al rayar la aurora se dejaba ver de los hombres; cuando el sol calentaba lanzando sus más brillantes y abrasadores rayos, inútil era buscarla ni implorarla pues de seguro que no se la hallaría ni obtendría su auxilio.

Sin embargo no todos creían en ella: unos la negaban rotundamente o cuando menos dudaban; otros pretendían explicar con más o menos ingenio los acontecimientos maravillosos de los que era heroína. A la vista de patentes pruebas, como alhajas, ropas y otros objetos que enseñaban los habitantes del campo no había más remedio que admitir el hecho, so pena de pasar por testarudo. Lo cierto es que todos los que fueron a buscarla, movidos por la curiosidad con el ánimo de burlarse de ella nada encontraron ni vieron sino unas buenas calenturas, dolores de cabeza y otras enfermedades parecidas.

Se decía también que Mariang Maquiling colmaba de favores a la familia que la hospedaba cuando se presentaba en el umbral de las casas disfrazada de anciana, enferma o mendiga; y por el contrario, llovían las calamidades sobre la que sin saberlo la hubiese maltratado. Verdad es que esto último sucedía rarísimas veces y apenas se registraban dos casos de esta naturaleza. De aquí venía el que por todos aquellos contornos las ancianas y las mendigas encontrasen tan buena acogida, por si bajo su pobre córteza se encontraba la buena y poderosa Mariang Maquiling.

Así corrían los años y los días trasmitiéndose de padres a hijos la leyenda, las anécdotas, los cuentos y hasta las fábulas que acerca de ella corrían. Enseñábanse y guardábanse con religioso respeto los bienes u objetos que se habían recibido y los pobres campesinos pasaban tranquilamente su vida, confiando siempre en su buena y singular protectora. Nada hubiera turbado la felicidad de aquellas regiones, y la hada misteriosa hubiera seguido velando por la paz y la abundancia de sus vecinos, si las

posiciones, los sentimientos del corazón, eternos compañeros del hombre, no hubieran disgustado y ofendido a tan buena señora.

Vivía un joven de veinticuatro a veinticinco años en el pueblo de . . . al pié del mismo Maquiling. Llamábase Juan y estaba dedicado a las faenas del campo. Los días que la fertilidad del terreno la daba de huelga los dedicaba a pescar, tender lazos a las aves, venados y jabalíes, cortar maderas para venderlos en el pueblo con el fin de reunir un pequeño capitalito y casarse con Sinang (Marcelina) la muchacha mas bonita si bien muy pobre en todo aquel pueblo y de la que era amado y correspondido.

Ambos jóvenes merecían todas las simpatías de las personas que les conocían: Sinang era la mujer virtuosa, limpia, hacendosa y sobre todo muy buena hija. Un tiempo fue la desesperación de todos los jóvenes, pero desde que Juan se presentó a pretenderla, desaparecieron paulatinamente. Y no porque fuera rico ni poderoso, no; era todo lo contrario: pobre, sin mas porvenir ni mas herencia que sus dos robustos brazos, su buena índole, su natural inteligencia e instinto, virgen de toda cultura y educación. Sencillo e ignorante, como el que mas, sin mas guía ni mas leyes que los impulsos de su corazón, sin otro freno que su buen natural, era un hombre que había nacido para ser feliz. No sabía mas de lo que sucedía en su barrio, a que creía estaba reducido todo el mundo, como se reducían a su modo de ver, toda la ciencia y todo el progreso a lo que sabían tenían el cura y los ricos del pueblo que visitaba de tiempo en tiempo. Teníanle todos por el mejor leñador, mejor cazador, mejor pescador, y sobre todo labrador activo y afortunado. Y en efecto: cuando va al bosque a cortar un árbol, era el primero en encontrar el mejor; sus golpes se hundían mas y cortaba por más grande que sea el tronco en la mitad del tiempo que emplearían lo otros. Y por largo que sea el trozo y por espeso que sea el bosque, lo sacaba con tanta facilidad, como si en una plaza limpia y espaciosa. Si su trabajo lo dejaba para el siguiente día, lo encontraba después casi concluido y terminado.

Si iba a la pesca o a la caza siempre volvía cargado y satisfecho: los mejores peces, los mas grandes venados o jabalíes acudían a sus redes, trampas o lazos. Parecía

que los arroyos tenían siempre habitantes para él como presa las selvas y las espesuras.

Pero en donde se notaba más su buena fortuna era en el pedazo de terreno labrado que su capitalista, un rico del pueblo, le había confiado. Los surcos más rectos y profundos él solo los sabía hacer; su caña era la más lozana y daba el mejor azúcar y en vano las lluvias echaban a perder la cosecha de los demás; su campo permanecía íntacto. Si las langostas venían a asolar los sembrados, apenas se posaban sobre el suyo; lo más lo podaban para que después la caña creciese más vigorosa y jugosa. Sus bueyes y carabaos eran los más gordos y fuertes y no se sabía que . . . el rayo o la enfermedad le haya muerto uno siquiera. Nunca se le había podido acusar de que sus animales hayan echado a perder el sembrado ajeno, ni los de los otros el suyo. En fin era muy querido de su *casama* o socio, y sus compañeros le querían, no pudiendo envidiarle ni mirarle mal, por su afabilidad y buenas costumbres.

Podía pues pasar por el más feliz y afortunado de cuantos jóvenes habían visto aquellos campos. Sin embargo de cuando en cuando se le veía triste y silencioso, sentado a orillas de un arroyo o un salto de agua; a veces le veían meditabundo, recostado contra el añoso tronco de un frondoso mangle con la vista fija en el horizonte, siendo como la estatua de la meditación. Muchos aseguraban haberle oído hablar solo en voz alta.

Sus amigos empezaban a inquietarse por su salud, y la buena Sinang temiendo que perdiese la razón, procuraba distraerle, preguntarle por la causa de su tristeza cuando no conseguía disipar sus melancólicos pensamientos. A todas sus preguntas solía contestar con un abatido movimiento de cabeza añadiendo que aquéllo no era nada y que se disiparía muy pronto.

Ya no iba a cazar; las cabezas de jabalí y las astas de ciervo, que, como trofeos, tenía él colgados en el techo de su choza, ya no se aumentaban; los peces jugaban tranquilos en el cristal de los ríos y los ecos de su hacha dejaron de disturbar el silencio de los bosques. Sin embargo seguía cultivando con el afán y actividad de siempre el terreno confiado a su cuidado.

Un día que fué a ver a Sinang, esta le recibió con la sonrisa en los labios y haciéndole mil preguntas para distraerle y alegrarle. Mas él parecía que llevaba una idea fija, porque apenas contestó a sus múltiples preguntas, le hizo la pregunta siguiente:

—Nosotros debemos casarnos ya ¿no es verdad?

—Yo soy muy joven aun,—le contestó ruborizada Sinang —y además somos muy pobres.

—Eso no importa nada: yo soy fuerte y podré mantener una modesta familia; mis economías manejadas por tí podrán ayudarnos en nuestros primeros días. ¿Quieres que nos casemos de aquí a un mes?

—Mira, preguntárselo a mi madre y si ella consiente . . . y si no ten paciencia para esperar.

—¿Esperar?—exclamó con voz sombría pero que procuró endulzar con una tardía sonrisa.—¿Esperar? ¿Y si no puedo, si dentro de algunos días me quedo loco, me muero, me . . . ?

Y se detuvo repentinamente como si se arrepintiese de sus palabras. Sinang le miró espantada.

Pues bien, si quieres, sea. Suplicaré, rogaré a mi madre y además ¿por qué se había ella de oponer? Entretanto hazme el favor de ponerte alegre, de volverte como antes risueño, jovial, franco y comunicativo.

—Sí, sí, pero después, después.

Y se despidió.

En el camino andaba distraído y como hablando consigo mismo: sus ojos fijábanse, pero sin expresión en las personas que encontraba; miraba de cuando en cuando el monte Maquiling y suspiraba.

La madre de Sinang se hizo al principio de rogar; al fin consintió en el casamiento, pero con la condición de que tuvieran una casita, hubiese música y convite a todos los amigos el día de la boda y fuesen a pedir a Mariang Maquiling les prestase alhajas y ropas. Esta costumbre de los padres de la niña a pedir a dar condiciones es muy común entre la gente del campo y es frecuente oír las más extrañas y ridículas exigencias.

A esta última condición, las alhajas y ropas de Mariang Maquiling, Juan quiso contestar y pedir no se le exigiese

semejante condición. Pero la madre de Sinang era tan caprichosa, y como todas las viejas que tienen una hija hermosa casadera, era déspota para con los pobres pretendientes. Oscurecióse terriblemente la morena pero despejada frente del novio ya sea porque considerase que la petición era ridícula e imposible o ya porque no entraba en sus cálculos semejante lujo y ostentación. Pero pareció conformarse al fin tal vez porque le aseguraron que podía hacer pasar cualquiera prenda por regalo de Mariang Maquiling, o porque temiera que se desbaratase el casamiento por semejante fruslería.

Tres días antes del casamiento desapareció Juan no sin encargar antes a un amigo suyo dijera a todos que hacía un pequeño viaje. No se supo jamás a donde fué.

La víspera de las bodas llegó sereno y tranquilo con un *tampipi* lleno de magníficas alhajas, sayas de seda, camisas y pañuelos de finísima piña primorosamente bordados. Exclamábanse cuantos los veían y eran el tema de la conversación.

Al fin se casaron. Hubo música, repiqueteos de campana y una abundante comida servida bajo un improvisado emparrado de hojas de plátano. Todos los amigos y parientes, todos los vecinos y transeuntes hallaban ahí un puesto en la mesa en donde se sentaban como en la suya propia.

Juan miraba de cuando en cuando hacia el Maquiling. El cielo era puro y sereno; el aire corría y refrescaba a todos los concurrentes produciendo en la blanda yerba verdes oleajes. En los intervalos de la música compuesta de dos o tres instrumentos, alternaban los interrumpidos cantos de algunos pájaros, y el sonido de los platos, las risas y las bromas. Los viejos y las viejas recordaban sus felices tiempos cuando se enamoraban; algunas abrumaban de consejos y advertencias a la desposada; los jóvenes mirábanla y hablaban después en voz baja entre sí; las *dalagas*, unas decían que no iban a casarse jamás, otras que temían mucho la pesada carga del matrimonio. Una ancha bandeja de cristal, llena de buyos, tabacos, y cigarrillos circulaban de minuto en minuto y nunca se vaciaba: todo el mundo hablaba: todo reía: los viejos de las cosechas buenas o malas, de sus esperanzas y temores; las mujeres devotas de lo que dijo el cura, de los santos

y sus milagros y los jóvenes, más oportunos, de aventuras, del fandango y del *kundiman*.

Entretanto una delgada columna de humo se levanta en la falda próxima a la cumbre del monte, parecida a la que daría una hoguera o un *kaingin* cuando mas; en poco tiempo crece rápidamente, merced a la abundancia de combustibles, y se convierte en horroroso incendio. Llama la atención de todos y todos se fijan en él. ¿Quién es el que osa labrar la tierra a semejante altura? En el llano hay aun inmensos terrenos que no han sentido el paso del arado. Las llamas apesar de la claridad del día se distinguen en toda su espantosa voracidad; lenguas de fuego se agitan entre el espeso y negro humo, como rojos reptiles o los rayos en el seno ceniciento de las nubes cuando la tempestad prepara sus poderosos elementos. Las detonaciones de la leña fresca llegan hasta los oídos de los convidados, cual descargas de fusilería, o como los quebrados y repetidos ecos del trueno, y como si no bastase aun el fuego y el bosque, un viento fuerte, desencadenado, inmenso, impetuoso va cruzando el espacio en todos los sentidos, avivando la llama y como orgulloso de su poderosa ayuda.

El incendio se apaga poco a poco; la turbada animación vuelve a reinar: el incendio es el tema de las conversaciones.

Juan ha desaparecido, no se sabe a donde fué. Sinang siente una vaga inquietud y no puede contener las lágrimas. Los convidados se burlan de su pueril dolor, cuando no hay por qué. Sigue no obstante la animación creyendo verle llegar de un momento a otro al novio.

Sin embargo, es la noche presurosa y no el esposo quien se anuncia. Los parientes y amigos se inquietan, y extrañan tan prolongada ausencia. Los indiferentes y extraños aseguran que prepara una sorpresa a todos, pero Sinang la de los ojos negros y larga cabellera, no cesa de llorar en silencio mirando de cuando en cuando hacia el monte. Los últimos restos del incendio una humareda débil que se escapa de las aun encendidas ramas se contemplan a lo lejos. Transcurren las horas en vano y el esperado no llega. ¿Habeis visto a Juan? Es la pregunta con que se saluda a todo advenedizo y todos contestan—esta mañana, sí.—Estas tres palabras aumentan el dolor de la triste desposada.

Van desapareciendo todos y despidiéndose: prometen buscarle. Los discretos animan a la familia con la esperanza de que estaría en el pueblo en casa del *casamá* o recogiendo sus animales, esperanzas que ellos mismos no abrigan. Los tontos y temerosos recuerdan sus días sombríos, su manera de vivir regular de hace poco tiempo. Sus antiguos rivales le compadecen a la novia, mientras que algunos abrigan dentro un alto pensamiento.

A la primera campanada de las diez la casa estaba ya desierta y solitaria. Sinang solamente espera sentada a la ventana llorando silenciosamente para que su madre no la oyera. Ella misma se anima con la más débil suposición que pudiera serla agradable en cada bulto que distingue a lo lejos, iluminado por la claridad de la luna quiere ver a su esposo si bien su convicción le dice que no, pues harto le conocé. ¿Quién es la mujer que no distingue a su amante con solo en el andar, en la voz, en sus pisadas aun cuando se hallan de espaldas y a gran distancia?

Las horas pasan mortales y tristes, más tristes aun para una noche de bodas. Ya nadie cruza el camino solitario. La luna brilla clara y radiante y el silencio de la noche apenas turban los cantos de los grillos encontrados en la yerba o de alguna cigarra posada en la rama de un árbol. El Maquiling inmóvil e imponente aparecía iluminado y su cumbre cubierto de blancas nubes. La brisa soplaba agitando las cañas y los árboles y en vez de producir un dulce susurro, solamente suspiros se oían confusos y repetidos. A lo lejos, el aullido prolongado de un perro parecía responder a todo aquel fúnebre concierto.

A media noche aun no ha dormido Sinang. Sus ojos se habían secado pero sollozaba aún. Inmóvil en la ventana su vista se fija en un punto lejano. El punto se convierte en bulto y el bulto en forma humana, pero era una forma de mujer joven y esbelta. Párase delante de ella y se quita el pañuelo que ocultaba su faz. La luz de la luna ilumina entonces sus correctas facciones y unos ojos hermosos pero sombríos y tristes se clavan en ella.

Después la aparición se fué alejando lentamente y Sinang se cree víctima de un sueño, de una horrible pesadilla y busca a la mujer pero ya ha desaparecido. Los ahullidos de los perros lúgubres, terroríficos a lo lejos se repetían con melancólicos intervalos.

El frío se apodera de su corazón, las fuerzas le faltan y se desvanece . . .

Las auroras y los ocasos se sucedieron. Juan no ha vuelto y Sinang, la hermosa Sinang, no se ha vuelto a casar. Mariang Maquiling no aparece en la montaña ni presta a nadie ya alhajas ni ropas. Los viejos y las viejas dicen que, irritada porque no se le han devuelto las prendas, se ha ausentado para siempre.

No puedan acusar a nadie de la desaparición de Juan pues no tenía enemigos. Muchos creyeron que el *ticbalang* le llevó al fondo del bosque.

Tres años después yendo un pastor en busca de un becerro que se extravió, subiendo la corriente de un arroyo pequeño y cristalino, allá en el fondo, en la espesura del bosque virgen de todo cultivo y cuidado, en donde las huellas solo son de jabalíes y venados, encontró un esqueleto en una ancha piedra que había cerca del agua. No había ni alhajas, ni joyas; solo unos botoncillos de loza se encontraban mezclados con los huesos.

Esto me han contado en mi niñez. Los que no creen en nada; los que acostumbrados al bullicio de las ciudades a la vida cansada de los cafés, teatros y negocios; los que os agitais en los elegantes salones y mirais con desdén y compasión a los sencillos campesinos, a quienes suponeis felices porque no tienen vuestras pasiones ni vuestra educación o vicios, acordaos de que también ellos tienen sus dramas, pero dramas más desconsoladores porque la miseria y el abandono completan siempre el cuadro de sus desgracias. La leyenda o tradición será supersticiosa pero en medio de todo puede ser verdadera.

Madrid, 23 de Noviembre (1890)

UNE SOIREE CHEZ MR. B.

Trois jours auparavant j'avais reçu un billet d'invitation de la famille de Mr. B. à Berlin, pour y passer la soirée du lundi, deuxième jour de Pâques. Au premier abord j'avais voulu m'excuser, attendu qu'il y avait déjà longtemps que je ne visitais plus cette famille, vivant un peu loin d'elle. Cela me paraissait un peu inconvenable d'y aller seulement les jours où l'on s'amuse.

Mais le lendemain je recevais la visite de Mr. B. même, pour plus m'obliger; alors je prétextai un voyage à Postdam que justement nous allions faire mon ami et deux étudiants. Il est vrai qu'à sept heures et demi nous serions déjà rentrés chez nous, mais j'ajoutais que je ne serais pas prêt pour paraître dans une réunion où il y avait beaucoup de monde. Mais la famille était trop aimable pour s'arrêter devant de pareilles excuses, et elle m'a prié de prendre part au moins au dessert, qui avait lieu à neuf heures, neuf heures et demie.

Poussé dans cette extrémité je ne pouvais plus m'excuser sans passer pour un impoli: j'ai dû accepter et avec reconnaissance, nous fîmes notre excursion à Postdam d'où je suis retourné de meilleure heure pour me préparer et ne pas avoir l'air de tomber de la lune.

A neuf heures précises j'arrivais chez la famille B.

Dès mon entrée j'entendis déjà des voix, des rires joyeux, le cliquetis de la vaisselle; on était à table, on prenait le dessert. Mr. B. m'accueillit, avec des marques d'amitié, je saluai Madame qui me gronda aimablement d'être venu en retard et on me fit asseoir parmi les jeunes gens.

Il y avait trois jeunes demoiselles, deux jeunes messieurs: ma place était encore vide. On me faisait quatre, cinq questions à la fois, mais heureusement comme ces questions là étaient presque toutes les mêmes, j'y répondis avec une seule réponse, et cela suffit. Cela amusa bien les demoiselles d'apprendre que je suis chrétien, et elles s'étonnèrent grandement quand je parlais de l'histoire de la patrie allemande.

—Est-ce qu'on apprend chez vous l'histoire de l'Allemagne?

—Est-ce qu'on connaît là bas Bismark?

—Et vous savez qui était Frédéric Barbarossa?

—!Mon Dieu, que le monde est grand!

Cela me rappelait une scène de "Theodora" de Sardon, que j'ai vue à la Porte Saint Martin, où il était question d'un prince gaulois ou franc, je ne le sais plus à coup sûr. Des jeunes filles de Bizance ou Constantinople lui demandaient d'où venait-il; et comment s'appelait sa patrie.

—"Je suis né à Paris, répondit tranquillement le jeune barbare.

—"Paris! s'écriaient les jeunes filles: qu'est-ce que c'est? Où est cela?

Et pourtant dans ces temps-là Paris était déjà connu de l'histoire depuis plus de trois cents ans.

Les petites filles des anciens barbares, quoiqu'elles aient encore la blond(e) chevelure et les yeux bleus de leurs grandmères, de ces germanes qui étonnaient les patriciennes de Rome, ces petites filles, ces berlinoises d'aujourd'hui sont à vrai dire plus instruites que ne l'étaient les demoiselles de Constantinople. Elles savent toutes à peu près où est Manille.

On chanta, on dansa, nous jouâmes après, et la réunion s'est dissoute à minuit et demi. J'ai eu occasion de parler français, italien, anglais et allemand, j'ai fait voir encore une fois que la danse n'était pas mon fort.

C'est une des soirées les plus amusantes que j'aie eues à Berlin parmi les dix ou douze que j'ai visitées.

Le jeune barbare des Iles Philippines sourira toujours au souvenir de cette soirée, passée chez les petits fils des anciens barbares de l'Europe. C'est le monde qui tourne et retourne.

J. RIZAL

* * *

milan

LE MILAN ET LA POULE

C'était dans les temps, où les animaux vivaient encore en paix et sans haines, quand l'agneau paissait l'herbe en causant familièrement avec le loup; les cerfs jouait avec les chiens dans les forêts, et les lapins et les lions plaisantaient et dormaient ensemble; c'était dans ce temps là que a eu lieu notre petite histoire.

Comme nous venons de dire, les animaux jouissaient d'une paix octavienne (si cela se peut dire, puisqu'alors César Octavius n'était pas encore né, même ses ancêtres); rien n'avait troublé cette tranquillité, dont la mémoire est toujours regrettée par les malheureux animaux d'aujourd'hui, qui s'en souviennent en versant des larmes chaudes et amères.

Mais cette paix, cette tranquillité n'empêchaient pas que chaque d'eux ait ses bijoux et ses joyaux dont la propriété était religieusement respectée, et qui étaient leurs plus belles parures dans leurs bals, fêtes ou réunions auxquelles tout le monde était obligé de concourir.

Mdme. la Poule était l'amie intime de Mr. le Milan et celui-ci avait une jolie bague, que celle-là convoitait depuis longtemps. Mr. le Milan était bien orgueilleux de son bijou. Toujours qu'il se présentait en société (ce qui arrivait souvent) il était sur d'éblouir les yeux des Mesdames les Milans femelles jusqu'à se croire l'égal des Mrs. les Vautours et Mrs. les Aigles.

Mais voilà qu'un beau jour on invite Mdme. la Poule au bal des faisans où allait se rendre toute l'aristocratie poulienne et faisanienne. Madame la Poule avait besoin de se parer le plus élégamment possible, parce qu'elle désirait être la reine de la fête, et attirer sur elle l'attention générale je ne sais pas par quelles raisons de coquetterie ou jalousie entièrement féminines. Elle va demander à son ami Mr. le Milan de vouloir bien la prêter sa magnifique bague en promettant de l'en rendre aussitôt que le bal soit (fini). Mr. le Milan ne trouva aucune raison valable de refuser sa bague, et quoiqu'il le regrettait beaucoup, sacrifia son idolatrie pour son bijou à leur ancienne amitié mais non pas sans lui faire un million . . . et observations.

Mdme. la Poule, mise fort élégamment, alla au bal et y devint la reine de la fête. On y dansa beaucoup, les coqs chantèrent les plus beaux morceaux de leurs opéras; les faisans y montrèrent les plus éclatantes plumages d'or et de pourpre, que jamais les forêts en ont pu voir de pareilles. Au milieu de l'enivrement de son triomphe, au milieu de mille . . . portés à sa beauté et élégance Mme. la Poule ne s'aperçut pas de la bague qui, détachée, tombait dans une montagne de riz et de blé accumulés pour le répas.

C'est fut seulement qu'à la fin de la fête qu'elle vit, ou mieux encore, qu'elle ne vit pas la bague dont elle était si fière et si heureuse. Je n'ose pas peindre sa douleur, sa terreur et les vaines tentatives qu'elle a fait pour en retrouver; je n'ose pas non plus moi à dire ce qui se passa entre elle et Mr. le Milan qui fut au comble du désespoir lorsqu'il sut la perte de son bijou. Mme. la Poule fut accusée devant le tribunal des animaux par Mr. le Milan et alors ce fut la conversation de sensation de toutes les bêtes et de toutes les volailles des environs.

Après beaucoup de plaidoiries, l'aigle et le vautour condamnèrent Mme. La Poule de donner de temps en temps a Mr. le Milan un poulet, que celui-ci prendra à son choix, jusqu'à retrouver la fameuse bague, cause de futurs malheurs.

Dès lors, la Poule en cherche toujours et partout aussi dans le sable que dans le blé, et toute sa malheureuse postérité, en versant des larmes bien amères, en cherchera jusqu'à la fin des siècles ou de leur race. Cependant les Milans exigeront sans pitié des innocents victimes de la coquetterie de leur aïeule.

* * *

MADRID

—Mon cher ami: Quand d'un pays du nord de l'Europe on voudra vous parler de l'Espagne, vous n'entendrez que des regrets, des louanges pour le beau ciel azuré, la brise parfumée et saturée, les belles femmes aux yeux noirs, profonds et ardents, avec leur mantille et leur éventail, toujours gracieuses, toujours pleines de feu, d'amour, de jalousie et quelquefois de vengeance. Cela est vrai; parce qu'on parle toujours de ce qu'on a perdu, de ce qu'on ne voit plus; on regrette, on convoite toujours le bien d'autrui. Il n'est que bien vrai que le ciel d'Espagne est d'un azur limpide, même en hiver quand il fait horriblement froid; que la brise est parfumée, surtout à Valence, en Andalousie, seulement le parfum n'est pas toujours exquis ou agréable; il est aussi vrai que les femmes sont belles, passionnées, d'un esprit naïf, naturel et piquant, nées pour aimer, vivant pour l'amour, et mourant pour avoir aimé, cela est vrai; on remarque tout cela quand on est au milieu d'un pays couvert de neige; quand on n'entend qu'un langage dur, rude, déchirant pour l'ouïe; quand on sent le froid vous pénétrer jusqu'aux moelles des os; quand on voit des jeunes filles grandes, blondes, belles, mais sérieuses, sans un sourire aux lèvres, sans une étincelle aux pupilles, marchant à peu près comme les hommes, de ce pas rapide, pressé, allant aux affaires ou à la fabrique. Mais auprès de cette poésie de la Nature, qui crée la rose à la tige épineuse, les plus belles fleurs au parfum envenimé pour celui qui osera l'aspirer, séduit de leurs belles couleurs, vous trouverez aussi en Espagne des choses qui vous feront regretter les pays du Nord quand vous serez là-bas. Je ne vous parlerai de ces contrées d'Andalousie que je ne connais que très peu, parce que je n'y ai passé que quelques jours: si j'osais décrire leur climat et leurs moeurs, je craindrais de ne dire que des sottises, des exagérations ou des faits exceptionnels. J'aimerais mieux vous parler de Madrid, où j'ai séjourné longtemps et dont les moeurs, le climat, les histoires secrètes ou publiques je crois connaître un peu, du moins du temps où j'y étais.

Valence 1886

Madrid est une ville des plus riâtes du monde, qui participe au même temps de l'esprit de l'Europe et de l'Orient, qui accepte la régularité, la convenance, le bon ton qui viennent de l'Europe civilisée, sans dédaigner, sans repousser les brillantes couleurs, les vives passions, les moeurs primitives des tribus de l'Afrique, des arabes chevaleresques dont les traces sont encore à reconnaître partout, dans le type, dans les sentiments, dans les préjugés, même dans les lois. Ce qui vous frappera toujours en venant de l'étranger, c'est l'animation, les brillantes couleurs, et quelque allure sans façon que vous trouverez dans les rues. Vous verrez des linges sales ornant les balcons comme des drapeaux de famille: ce sont les blanchisseuses qui saisissent l'occasion pour étaler devant le public le secret des toilettes et d'habillements de leurs maîtres. Mais ne marchez pas, la tête haute, regardant aux balcons pour admirer les jeunes filles qui les couronnent au milieu des fleurs et des plantes grimpantes, parce que vous courrez le danger de marcher sur quelque chose qui vous obligera à changer de bottes. Prenez garde; si quelqu'un vous approche pour vous demander des renseignements, ne dites pas que vous êtes étranger: cela pourrait vous faire un mauvais jeu; on tâchera de vous tromper en imaginant mille pièges et difficilement les étrangers y échappent. Ne vous adressez point aux sergents de ville pour apprendre quelque chose; c'est une peine inutile, ce sont des mots perdus; ils vous répondront tranquillement qu'ils ne le savent, qu'ils viennent d'entrer hier au service; mais si vous les pressez en donnant quelques explications dans l'espoir de vous servir de leurs connaissances, ils vous donneront un labyrinthe qu'eux-mêmes ne comprennent non plus.

La plus belle chose de Madrid c'est la bourgeoisie; elle est aimable, distinguée, illustrée, franche, digne, hospitalière, et chevaleresque. Elle est aussi un peu aristocratique dans ses goûts; elle aime les rois, les titres, les dignités, tout en restant républicaine; elle se moque des curés, des prêtres; qu'elle ne pratique pas beaucoup; mais elle est toujours catholique, ayant en horreur les protestants, les juifs et les libre-penseurs. Elle est toujours fière de l'histoire de son pays, qu'elle croit le meilleur qui existe au monde; mais aussitôt elle entend parler de quelque crime ou faute commise par ses compatriotes, elle se met à crier: violà! nous sommes

encore des sauvages, nous sommes des vandales, nous avons encore du sang africain, etc.

Le vrai madrilène disparaît de jour en jour; il n'en reste que le bas peuple, la canaille qui est la boue, la fange de Madrid. Toutes les fois que je pense à cette société, je m'imagine le bas peuple comme un fumier, la bourgeoisie comme la fleur qui croit sur le terrain enfumé. L'aristocratie se divise en deux classes: la vieille et la nouvelle. La vieille est encore un peu fière, mais c'est une fierté d'écume: elle disparaît aussitôt qu'on y touche. La nouvelle c'est le terme moyen conduisant de la bourgeoisie à la vieille aristocratie: il est bien difficile d'en définir les limites, elle est aimable, quelque fois un peu ridicule pour se donner les apparences qu'elle n'a pas et pour prétendre cacher la nouveauté de ses écussons, forgés avant hier.

Le climat de Madrid est horrible; on ne sait pas au matin s'il fera froid ou chaud à midi; le Guadarrama, qui est au côté, y envoie un vent qui cause beaucoup de pneumonies. Les maisons sont mal bâties, le plancher est en briques; on trouve une ou deux cheminées dans la maison, ce qui fait grelotter en hiver et prendre des rhumatismes. Heureusement, on passe la vie dans les cafés et restaurants, où l'on parle de politique, de taureaux, on discute, on dispute, on crie, on rit, on se bat sans être sûr des motifs ou des causes des divergences d'opinion. Il y a encore beaucoup à dire de Madrid, mais je n'ai plus le temps d'en parler.

